

LOS ERRORES DEL PROTESTANTISMO

LOS ERRORES
del
PROTESTANTISMO

Revelados al pueblo católico

por el

R. P. SEGUNDO FRANCO

De la Compañía de Jesús

Traducido por

D. JOSÉ MARÍA ALVAREZ

Comandante de Infantería.

NUEVA EDICION

EDITORIAL APOSTOLADO DE LA PRENSA

San Bernardo, 7.—MADRID

1930

Imprimi potest:

Emmanuel Sánchez Robles, S. J.

Praep. Prov. Tolet.

Nihil obstat:

J. Joaquín Aspiazu, S. J.

Cens. eccles.

Imprimatur:

Dr. J. Francisco Morán,

Vic. Gen.

Madrid, 11 de Enero de 1930.

VALLADOLID.-IMP. CASA SOCIAL CATÓLICA

1930



PRÓLOGO

Jesucristo, Señor nuestro, nos advierte que vigilemos continuamente y roguemos sin cesar para no caer en la tentación; nos dice también que las pruebas del cristiano serán de distintas clases, y entre ellas señala la herejía. Conviene, dice San Pablo, que haya herejías a fin de que, los que por ellas sean probados, sean como buenos reconocidos (1). A este fin no faltaron en los primeros tiempos de la Iglesia herejarcas como Simón Mago, Cerinto, Ebión y otros, encargados de esparcir el mortal veneno del error, contra el cual los Apóstoles y sus sucesores previnieron a los fieles para que no se dejasen seducir por ellos. Más tarde aparecieron Arrio, Nestorio, Macedonio y otros abortos del infierno, los cuales laceraron el seno de la Iglesia, logrando seducir a algunos incautos. Y en los últimos tiempos, Lutero, Calvino, Zwinglio, Enrique VIII y muchos más, algunos de los cua-

(1) I Cor., xi, 19.

les han llegado hasta nosotros y fueron los fundadores del protestantismo. Con éstos es con los que nos toca luchar, si queremos permanecer fieles a la ley de Dios.

Algunos se admiran y se extrañan de que nuestro Señor permita que los que pertenecen a su Iglesia estén continuamente expuestos a perder la fe, y con la fe la salvación eterna, sin comprender que esto mismo es un suavísimo consejo de su divina Providencia.

Jesucristo no quiere dar el cielo a los ociosos, ni a los negligentes, ni a aquellos que no combatan por su nombre y venzan con su gracia; por eso quiere que estemos en continua pelea, a fin de que le demostremos nuestro amor y nuestra fidelidad. Sin tentaciones, sin lucha, no es gran mérito permanecer fieles a la Ley Divina; el mérito consiste en salir vencedores de tantas y tantas argucias como hoy pone en juego el enemigo de nuestras almas para perdernos, ya haciendo uso de sofismas revestidos de brillante ropaje, ya valiéndose de tanto y tanto libro malo como hoy se propaga. ¿Cuándo y cómo se prueba el valor del soldado? No en la paz, sino en la guerra. ¿Cuándo necesita el piloto hacer uso de su pericia en dirigir la nave? No en la bonanza, sino en la tempestad. ¿Cuándo el labrador de-

rrama el sudor de su frente? No en el invierno, que no puede trabajar, sino en el buen tiempo, cuando labra la tierra. Así, pues, el cristiano da pruebas de su fe, de su fidelidad a Dios y demuestra el amor que le profesa, cuando es tentado, combatido, asaltado y expuesto casi a perder la fe.

Probada así nuestra fe, ¿qué es lo que hace Dios nuestro Señor? Lo que hace el labrador con la mies en la era: todo lo que no ha granado es arrastrado por el aire y condenado al fuego, mientras que el buen grano es recogido con cuidado y depositado en el granero. Lo mismo hace Jesús: condena al fuego eterno, no sólo a aquellos que se han dejado arrastrar por la herejía, sino también a los que no han combatido con valor, mientras guarda para Sí a los que, luchando, han permanecido fieles en el camino de la verdad.

Para prevenir, por tanto, al pueblo, y que no tenga la desgracia de perderse, y perderse para siempre, me propongo enseñarle cuál es el error que hoy más se propala, o sea el protestantismo, demostrando las malas artes de que se reviste para hacerse creíble, los bienes que nos reportará el rechazarlo, así como los males que nos acarreará si le damos entrada en nuestro pecho.

Después indicaré los medios de que podéis hacer uso para defenderos de él si os ataca, medios con los cuales lo venceréis, indudablemente, con la ayuda de Dios.

No voy a hacer uso en este tratado de una infinidad de razonamientos con los cuales se defienden a maravilla la causa de la Iglesia, y, por tanto, la causa de la verdad; éstos quedan para otras personas avezadas a los estudios especulativos, y que disponen de más tiempo que el pueblo a quien me dirijo. Haremos uso, pues, de razones claras y concisas, capaces de ser entendidas por todos, y de lenguaje al alcance de todas las inteligencias, imitando en esto a Aquel que sólo hablaba en parábolas (1) para que todos entendiesen la verdad; Jesús, que es luz que ilumina a todo hombre que viene a la tierra (2), se digne iluminarnos a nosotros y nos guíe de manera que, apartándonos de todo error y siguiendo únicamente por el camino de la verdad, escapemos de las eternas tinieblas y vayamos un día a gozar de la luz eterna de la gloria.

(1) Matth., XIII, 34.

(2) Joann., I, 9.



PRIMERA PARTE

FALSEDAD DEL PROTESTANTISMO

CAPÍTULO PRIMERO

El protestantismo es falso por las personas de sus fundadores

El protestantismo, a abrazar el cual nos invitan algunos renegados, es una religión que tiene dos caras: una, con la que se presenta al mundo, y otra cara que no enseña nunca. La primera es una careta con la que engaña y seduce; la otra es un puñal con el que mata; semejante en esto a algunos reptiles, que bajo una piel hermosísima y brillante ocultan un veneno activo y mortal.

Exteriormente finge gran amor y respeto a la divina palabra, celo por honrar a Dios en espíritu y verdad, horror a toda superstición, amor al prójimo, etc., etc.; pero interiormente es en realidad un acto de rebelión contra la Iglesia, un desprecio de todo aquello que se relaciona con el culto divino, una sentina de libertinaje y malas pasiones y un acto de soberbia más que diabólica.

Pero como no basta afirmar lo expuesto, sino que es preciso probarlo, empecemos conociendo las personas de sus fundadores.

Los protestantes afirman que sus fundadores fueron hombres inspirados por Dios en el siglo xvi para reformar la Iglesia, plagada en aquel tiempo de errores. Pero ¿cómo quieren hacernos creer que Dios, para reformar su Iglesia, se valiese de los hombres más inicuos de aquella época? Siempre que Dios ha querido, no reformar la Iglesia, sino a los fieles, suscitó hombres de la más acrisolada santidad: en el antiguo Testamento mandó a los Profetas; en el nuevo, a sus Apóstoles y a los Santos, y a este fin fueron célebres reformadores San Antonio de Padua, San Bernardino de Sena, San Vicente Ferrer, San Francisco Xavier, San Carlos Borromeo, San Leonardo, San Alfonso de Ligorio y otros muchos ejemplares de virtud; porque para enseñar la verdadera virtud, la perfección, es preciso ser santos, iluminados por el Espíritu Divino, hacer una vida ejemplar.

¿Quiénes han sido los pretendidos reformadores protestantes? Vamos a conocerlos.

En primer término aparece Lutero, hombre tan lleno de soberbia, que con satánico orgullo quiso sobreponerse a los más grandes Santos de la Iglesia; tan lascivo y brutal, que robó a una esposa de Jesucristo para hacerla su manceba; bebedor empedernido, en términos que pasaba los días en crápula continua en la taberna del Aguila Negra de Wittemberg, su patria; blasfemo hasta el punto de llamar al demonio su príncipe y su Dios: éste es el fundamento, la cabeza del protestantismo.

Emulo de Lutero fué Zwinglio, soberbio como

aquél, falsificador de las Sagradas Escrituras, tan fanático, que se dedicó con ahinco a propagar la nueva doctrina por medio de las armas; hombre que, aunque era sacerdote, se casó sacrílegamente con una viuda rica; tan lascivo, que sus mismos adeptos decían que había muerto condenado y conducido al infierno.

Otro de los grandes corifeos del protestantismo fué Calvino, hombre tan arrogante e irascible, que sus mismos amigos decían que era preferible ir al infierno con Teodoro Beza, que al paraíso con Calvino. A la soberbia unía la lascivia: siendo joven fué condenado en público tribunal a ser marcado en la frente con un hierro candente por un crimen nefando que cometió; poco después, y siendo ya diácono, se unió con una mujer llamada Ideleta, la que robó a su legítimo esposo; fué tan cruel, que en Ginebra desterraba y mandaba quemar vivos a todos los que no pensaban como él; teniendo, por último, una muerte tan desesperada, que su relato causa horror, cayéndosele la carne a pedazos y despidiendo un olor nauseabundo que no podía soportarse.

Otro gran maestro del protestantismo fué el rey de Inglaterra Enrique VIII. Este caballero mientras fué honesto, fué un buen cristiano y defensor de la verdad; pero se apoderó de él la lascivia y, no pudiendo satisfacer sus deseos, apostató, renegando de la religión de sus mayores; he aquí algunos hechos de su vida. Viviendo su mujer legítima, la repudió, casándose con Ana Bolena; después con otra llamada Juana Seymour, a la que mandó matar para desposarse con Ana de Cleves; a la que a los seis meses echó de su lado para unirse con Catalina Howard, y finalmente, muerta ésta por orden suya, se casó con

Catalina Parr, a la que no pudo matar por haber fallecido él antes; hombre tan avaro que usurpó los bienes de la Iglesia para poder sostener sus vicios, y de tanta crueldad, que mandaba matar a todo el que se oponía a sus menores caprichos.

Como éstos fueron los demás fundadores del protestantismo: Justo Giona; Amsdorf, Melancthon, Carlostadio, Ecolampadio y otros, hombres ambiciosos, crueles, deshonestos, irascibles, llenos, en fin, de todos los vicios, y como ellos fueron los males que introdujeron y la serie interminable de desdichas, de que hablaremos después.

¿Creeréis ahora que el protestantismo es verdadero, conociendo a sus fundadores? Hasta que no salieron a luz estos monstruos, el protestantismo no existía en el mundo; ellos fueron los que lo introdujeron en el mundo. Ahora bien: ¿es posible que hombres tan perversos estuvieran inspirados por Dios para dar a conocer la verdad? ¿Que fueran éstos los instrumentos de que Dios se valía, los iluminados por el Espíritu Santo para reformar la Iglesia? Como esto es un absurdo, podemos afirmar que el protestantismo es una invención puramente satánica.

CAPÍTULO II

El protestantismo es falso por las personas que lo propagaron

Dícese que, si fueron perversos los fundadores, no lo son los que después se encargaron de predicar y propagar el protestantismo; no es esto cierto, pero aunque lo fuese no debéis darles cré-

dito, pues los que lo propagaron y propagan no hacen más que enseñar y repetir lo mismo que enseñaban los fundadores. La verdad es que, aunque fuesen los propagadores menos malos que los fundadores, no debéis darles crédito, antes bien, huir de ellos, pues no son otra cosa que lobos cubiertos con las pieles de mansísimos corderos.

Voy a darlos a conocer un poco. En primer lugar son ignorantísimos, soberbios, avaros, turbulentos e inquietos. ¿Qué títulos ostentan para enseñarnos? Aunque sean doctores, literatos, abogados, médicos, etc., no pueden, por estos solos motivos, erigirse en maestros de religión. El haber estudiado una ciencia cualquiera no da derecho para enseñarnos otra que, no sólo no han estudiado, sino que, como vulgarmente se dice, ni han visto por el forro. Si no, decidme: ¿podrá un zapatero, aunque haga primoroso calzado, cortar y coser un traje? Un abogado, ¿guiará un arado como lo conduce un labrador? Ciertamente que no: cada uno es maestro en su oficio, profesión o industria. Siendo esto así, ¿cómo pretende un médico o un abogado, porque haya aprendido el modo de curar una calentura o defender un pleito, hablar concienzudamente de religión? Para esto es preciso haber hecho los estudios necesarios; estudios, por cierto, difíciles, arduos, escabrosos, que requieren mucho tiempo y muchas vigiliass. Esto es lo que debéis contestar a los que vengan a deslizar en vuestros oídos proposiciones insidiosas contra la fe; pues, aunque sepáis muy bien el Catecismo, no es bastante esto para discernir lo bueno de lo malo.

Si, pues, queda probado que un hombre, por sabio que sea, no puede enseñar aquello que no

ha estudiado, ¿no es altamente ridículo que se erijan en maestros de religión quienes ni siquiera han asistido a la escuela?

Pero hablemos más claramente. ¿Quiénes son los que se erigen en maestros y propagadores del protestantismo?

Los que inauguraron la predicación protestante en Toscana, y después en Italia, fueron sastres, barberos, zapateros, albañiles y gentes por el estilo. ¿No es esto la cosa más ridícula del mundo?

Preguntad a estos predicadores cuando estudiaron la Teología, ¿cuando cepillaban la madera, cuando cortaban un traje o cuando revestían un muro? Preguntadles cuándo han estudiado, y no ya estudiado, cuándo han leído siquiera las obras de San Agustín, de San Jerónimo, de San Gregorio, de San Ambrosio, de San Juan Crisóstomo o de Santo Tomás y tantos otros grandes escritores de la Iglesia. ¿Creéis que tratar de religión es lo mismo que enjabonar una barba o tapiar una ventana? Esto es altamente risible.

Leyeron algunos trozos de alguna Biblia mutilada y falsificada, aunque sin comprenderlos; los declamaron de memoria, en unión de algunas palabras huecas, delante de cuatro ignorantes, y hételes ya erigidos a sí mismos en maestros, condenando a los Papas, a los Obispos, a los teólogos y a todos los demás grandes hombres de la Iglesia de todos los siglos, que han llenado las bibliotecas de eruditísimos volúmenes, que han asombrado al mundo con su palabra, testificándola algunos con grandes milagros y confirmándola otros con su sangre. ¡Oh temeridad verdaderamente diabólica!

Ya podéis comprender por lo expuesto hasta

dónde llega la soberbia de esos desgraciados. El oponerse a todo cuanto han enseñado y escrito tantos hombres eminentes, es bastante para conocerlos; no siendo suficiente para excusarlos la razón tonta y nimia que aducen, de que ellos siguen el Evangelio puro, que siguen a Jesucristo, pues siempre será una cosa innegable que se atribuyen conocer e interpretar mejor el Evangelio que los que han pasado muchas vigiliass estudiándolo a fondo, que la misma Iglesia, que no lo entiende como ellos. Si esto no es una soberbia infernal, no hay soberbia en el mundo.

Para acabar, por último, de conocerlos bien, no hay más que estudiarlos un poco; notad la importancia que se dan esos nuevos Doctores, la fatuidad con que peroran, cómo hablan sobre todos los asuntos por sublimes y arduos que sean, cómo pretenden saber de todo entendiéndolo todo, y cómo se enorgullecen de su triunfo cuando hablan delante de personas que no entienden una palabra del asunto de que tratan; parece que únicamente ellos poseen el trípode de la sabiduría: tan necios y vanos son. Son propiamente aquellos maestros del error de que nos habla el Evangelio, aconsejándonos huir de ellos.

Me diréis que si los primitivos maestros eran como queda dicho, los modernos son mucho más instruídos que aquéllos. Así parece; en estos últimos tiempos los protestantes están dirigidos por unos llamados ministros o pastores que pretenden pasar por hombres graves e instruídos, no siendo ni lo uno ni lo otro, aunque se presentan más acicalados y elegantes que sus antecesores.

Por regla general son jóvenes que han tomado este género de vida, más por no tener donde meter la cabeza, que por verdadera vocación al

apostolado; han estudiado uno o dos años la Biblia, y esto sin sentido alguno; no se han cuidado, ni había para qué, de leer los escritos de los Santos Padres y Doctores; ignoran en absoluto la ciencia teológica, no conocen ninguno de los trabajos de los grandes controversistas, no poseen ninguna de las lenguas que tanto ayudan para la interpretación de las Sagradas Escrituras; en suma: carecen en absoluto de todo lo más necesario para erigirse en maestros de religión: únicamente están armados de cuatro sofismas vulgares contra la Iglesia, el Papa y el culto de la Virgen y de los Santos, y con esto y una declamación furiosa contra el catolicismo ya está el Pastor en disposición de ejercer su ministerio. Con lo dicho basta.

Otra clase hay de maestros y predicadores, que no por ser escasa es menos turbulenta; estos son algunos, aunque pocos, sacerdotes, que han desertado de la Iglesia católica, lo que parece no debía privarlos de su saber. ¿Pero ha sido la convicción científica la que les ha llevado al protestantismo? Ninguno de ellos se atreve a afirmarlo.

Eran estos sacerdotes una espina clavada en el corazón del pueblo católico; los culpables del desprestigio del clero por sus escándalos; los que causaban la desesperación de sus Obispos, que no encontraban medio de corregirlos; los que, al venir los gobiernos ateos, en los que cabe toda apostasía que ellos apadrinan, aprovecharon la ocasión para sacudir un yugo que les pesaba, buscar mujer y vivir a sus anchas. Veíase en ellos la cosa tan clara, que era menester ser miope para no verla. En Alemania hubo algunos sacerdotes que, so pretexto de no aceptar la infalibi-

lidad pontificia, se rebelaron, constituyendo una secta llamada de los católicos viejos; su felonía hubiera en cierto modo tenido algún éxito si hubieran permanecido fieles y severos observantes de los demás dogmas que pretendían defender; pero ¿qué pasó?, que unos hoy, y otros mañana, la mayor parte tomaron mujer, y así terminó la comedia, desapareciendo la secta. En Suiza pasó una cosa parecida.

Los gobiernos protestantes, en odio al Catolicismo, y para acabar de arrojarlo de Italia, de Alemania y de Francia, cuando no encontraban bastantes apóstatas, impusieron por la fuerza algunos de estos sacerdotes en las poblaciones católicas, que de otra forma no los hubiesen tolerado. Pero ¿qué pasó? Que a pesar de estar sostenidos por los gendarmes, por la policía, y remunerados con crecidos estipendios, ellos mismos se avergonzaron; unos, fueron condenados en los tribunales por sus escándalos; otros, arrojando del todo la máscara, se amancebaron públicamente, y algunos, al ver tanto escándalo y cinismo, entraron en sí volviendo al seno de la Iglesia, haciendo antes pública penitencia.

Aunque en nuestra Italia tenemos, por fortuna, pocos sacerdotes de este género, la causa de su apostasía fué siempre la misma.

¿Qué movió al célebre Achilli a abrazar el protestantismo? El ver que no podía satisfacer su vergonzosa pasión a causa de las leyes eclesiásticas, que se lo prohibían como sacerdote y religioso que era.

¿Qué causa indujo al infame de Sanctis a buscar el protestantismo? El ver que no se le permitía robar una joven y hacerla su manceba. ¿Cuándo fué cuando Carnelli Pérez, Campello y Severo

Ferrero encontraron bueno el protestantismo? Cuando únicamente en su seno pudieron satisfacer su lascivia. ¿Por qué causa fué por la que este desgraciado, que por más de una razón oculta su nombre, huyó a Inglaterra y se hizo protestante? Porque con el oro inglés podía vivir más a sus anchas y satisfacer sus vergonzosos apetitos. Ahora, ¿es verdad que todos estos apóstatas conservaron lo que habían aprendido? Pero ¿quién se atreverá a decir que la ciencia, y únicamente la ciencia, les ha demostrado la verdad del protestantismo; cuando ya hemos visto los móviles que les impulsaron a abrazarlo y los verdaderos motivos de su apostasía? Si buscaban únicamente la pureza de la fe, ¿por qué dieron antes de separarse de la Iglesia tantos escandalos? ¿Era por la pureza de la fe por la que se entregaron en brazos de la sensualidad?

Por otra parte, los que, arrepentidos, volvieron al seno de la Iglesia, confesaron públicamente cuál había sido el único motivo que les había impulsado a abandonarla, que no era otro que el poder satisfacer sus apetitos carnales. Así es que entre los mismos protestantes no faltan personas de buen sentido que, al hablar de estos apóstatas, dicen *que cuando el Papa limpia su jardín arroja entre ellos las malas hierbas*. ¡Qué verdad es que los que se dejan seducir por tales maestros demuestran a las claras que, como ellos, tratan de ocultar sus vicios con la máscara de religiosidad!

Con ser esto una razón poderosa, no es la única que mueve a muchos apóstoles del protestantismo. El interés tiene en ello una gran parte. Todos sabemos que en los Estados Unidos de América, en Alemania, en Suiza y sobre todo en Inglaterra, se ha establecido una reunión de pro-

testantes asociados con el nombre de Sociedades bíblicas, los que por odio a la Santa Iglesia Romana, más que por celo por su religión, pretenden destruir a aquélla y hacerla desaparecer de la faz de la tierra; a este fin no permanecen inactivos, sino que, aprontando grandes sumas de dinero, envían por todas partes emisarios y misioneros con pingües sueldos para que con sus predicaciones y sus escritos hagan vacilar la fe de los católicos.

La esplendidez con que paga a sus adeptos esta maldita empresa, es un aliciente poderoso para el que nada tiene. Por otra parte, vienen repletos de Biblias, de folletos y de libritos de mil colores, que unos distribuyen gratuitamente y otros en provecho suyo; y, por último, para atraer a la gente sencilla reparten limosnas, costean estudios al que no tiene medios para ello, proporcionan ropas al que carece de ellas y a los niños que asisten a las escuelas, que no tardan en abrir, siendo esta otra fuente de la que también sacan no poco provecho para su bolsillo; en una palabra: obrando en todo como si estuviesen poseídos de ardiente celo, ridiculizando todo lo que huela a católico; estos son los que forman la clase de los nuevos apóstoles del protestantismo.

Hacen muy buenas migas con los apóstatas y acogen con fruición a los pocos desertores de nuestra Iglesia, quienes tienen por necesidad que desplegar suma actividad para hacer olvidar el hábito que por tanto tiempo han vestido y la mujer con la que sacrílegamente se han unido. ¡Desgraciados! Quieren hacer creer con su mentido celo que están profundamente convencidos, y el mundo, que los conoce de sobra, se ríe de ellos. De este género son los propagadores que

han invadido la Italia y la España; en vano buscaremos entre ellos hombres de virtud acrisolada, amantes desinteresados de los pobres, fundadores de obras piadosas que se sacrifiquen por sus prójimos en la asistencia a los moribundos, a los enfermos, en las cárceles y en los hospitales; que se despojen de lo suyo en beneficio de los demás; que ejerzan, en una palabra, la caridad, cosa desconocida de estos nuevos apóstoles. En cambio los veréis solazarse continuamente con sus mujeres y sus hijos en los teatros y diversiones públicas, habitar lujosas casas, no practicando acto alguno que demuestre el celo que aparentan. Si por el árbol no conocéis el fruto, es que sois muy cortos de vista.

Por último, con otro elemento poderoso cuenta hoy el protestantismo, sobre todo en Italia, desde la memorable invasión. Sabido es que la masonería, ayudada por algunos de esos infelices que creen es oro todo lo que reluce, trataron de formar lo que ellos llamaban la unidad italiana; y al efecto, haciendo uso de violencias, de la corrupción, de la traición, del perjurio y de toda clase de delitos, lograron su intento; pero han ido tan lejos, que ahora no pueden terminar su obra.

Entre los Estados que han invadido y los príncipes que han destronado, se encuentran los Estados Pontificios y la Cabeza visible de la Iglesia, su legítimo soberano; pero como el dominio temporal del Papa es necesario en todos los tiempos para la libertad e independencia de la Iglesia, los católicos de todo el mundo, y sobre todo los de Italia, no cesan de reclamar esa independencia, cosa que no deja de inquietar a los usurpadores; y como, por otra parte, éstos esperan que tarde o temprano los soberanos extranjeros se declaren

en favor de la libertad del Pontífice Romano, de aquí que procuren por todos los medios posibles descatolizar al pueblo italiano para que les ayude en caso necesario. (1)

Para lograr su objeto, ¿cuál es el partido que puede ayudarles mejor? Si logran hacer protestante a la Italia, tendrían resuelto el problema. A los protestantes, no sólo no les importa nada el Papa, sino que verían con gusto su desaparición; de aquí que si el pueblo de Italia se volviera protestante, no sólo no haría nada en favor del Pontificado, sino que, por el contrario, les ayudaría a exterminarlo; así, pues, no es de extrañar el afán que ponen en cambiar la fe del pueblo italiano. A este infernal propósito caminan los *hermanos masones*, que a este fin se han apoderado del gobierno.

Los masones, como ya se sabe, tienen por único fin desterrar del mundo toda religión y todo culto, y sobre todo el culto y la religión católica; y aunque este proyecto lo disimulaban antes por miedo a los gobiernos cristianos, lo publican claramente ahora que cuentan con el poder, y lo publican a los cuatro vientos en los periódicos, en las Universidades y hasta en el Parlamento. Pero para lograr su objeto atacan únicamente

(1) Como advertirán fácilmente los lectores, hemos respetado escrupulosamente el texto del P. Franco, a pesar de haber cambiado muchas de las circunstancias a que se refiere el insigne jesuita. Así, con el reciente Tratado de Letrán, que ha solucionado definitivamente la llamada «cuestión romana», con el reconocimiento por parte de Italia de la soberanía internacional de la Santa Sede, y de la misma soberanía territorial, con la creación de la Ciudad Vaticana, huelga gran parte de lo que indica el autor en esta página, y sobre todo en el capítulo noveno, pero conserva no obstante su valor histórico y doctrinal, lo mismo que todo el fondo tan denso y jugoso de la obrita contra los errores protestantes, a pesar del cambio de circunstancias religiosas y políticas de las diversas naciones. (Nota del E.)

al Catolicismo, porque profesando, como profesan los protestantes, el principio del libre examen, germen de todo error, incluso el ateísmo, no presenta la resistencia tan tenaz que el Catolicismo, resistencia basada en la posesión de la verdad, y que cuenta con la gracia de Dios para confesarla y defenderla; de aquí que los incrédulos y los impíos se unan a los falsos políticos en la inicua obra de propagar el protestantismo para destruir el Catolicismo.

Ayudan a éstos los judíos, los que, hechos ciudadanos por una falsa compasión, han engrosado las filas de la masonería, y con su ayuda han acaparado los gobiernos, la banca, la imprenta, la enseñanza, y persistiendo en su odio mortal contra Jesucristo y su Iglesia, que es la única que predica y venera a Jesucristo, no reparan en los medios para tratar de aniquilarla; y los protestantes les ayudan por lo que les favorecen para su causa.

¿Queréis convencerlos más? Mirad lo que hace el gobierno de Italia en favor de los protestantes. En una nación católica por excelencia, o lo que es lo mismo, en una nación en que reside la autoridad infalible, protege a una falsa secta, ampara a los extranjeros que vienen a dogmatizarla, lo que es un absurdo, un peligro para la paz y tranquilidad de los ciudadanos, a la vez que una grave ofensa a Dios; y, sin embargo, no se les pone impedimento alguno, y si la fe del pueblo es ultrajada, no sólo no hace el gobierno nada para defenderla, sino que, por el contrario, halaga a los protestantes y veja a los católicos.

En las escuelas públicas, con el especioso pretexto de no ofender a los protestantes, se prohíbe la enseñanza de la Religión y las prácticas

piadosas, llegando, tanto los niños como las niñas, a su mayor edad completamente ignorantes en esta importante cuestión, siendo materia dispuesta para admitir cualquier error. Tampoco puede hablarse de Religión en los Institutos y Universidades, como no sea para impugnar la Religión católica y burlarse de sus ministros.

Para conseguir esto eligen profesores impíos, que muchas veces hacen venir del extranjero, y que inculcan en la juventud sus perniciosas ideas.

La Religión católica, por ser la única verdadera, es la que tiene virtud para producir por sí misma obras de piedad y de celo, que nacen de ella como de su propia raíz, que procuramos inculcar y fomentar en el corazón del pueblo; ahora todo está secuestrado, contrariado y hasta impedido; las Ordenes religiosas, que tantísimo bien hacían con su predicación, con su ayuda en la administración de Sacramentos y con sus limosnas, han sido disueltas, y la autoridad Episcopal, guía única del pueblo cristiano y muchas veces su providencia, coartada y mermada, e incautados los fondos que se dedicaban al sostenimiento del culto.

Nada decimos de las fundaciones de caridad, como hospicios, hospitales, manicomios, etc.; en todos ha puesto mano el gobierno para emplear los cuantiosos bienes que poseían en descatolizarlos mandando administradores impíos; y en cambio es tal la protección que dispensa a los protestantes, que se les permite levantar templos y abrir escuelas, dejando que un día y otro dirijan tremendos ataques a la fe del pueblo en los periódicos que fundan y hasta en las obras dramáticas, pues también se han apoderado del teatro; en suma: usando de todo lo que puede descatolizar pronto al pueblo, único fin que persigue

el gobierno, con objeto de llegar pronto a que se pierda cuanto antes el amor y reverencia que éste tiene al Soberano Pontífice y pueda mejor arrojarlo de Roma.

No hay en esto exageración alguna, toda vez que así lo han dicho en diferentes ocasiones los diputados impíos en el Parlamento, y lo han repetido en los periódicos, aunque no tan desembozadamente; pero no se necesita mucho ingenio para comprenderlo.

Los propagadores del protestantismo que han invadido a Italia son, pues, o masones que han escalado el poder para desfogar su ira contra Dios y su Iglesia, o judíos que, no olvidando su antigua rabia y su odio a Jesús, son materia dispuesta para empresas de este género.

¿No basta con esto para demostrar lo que nos habíamos propuesto, esto es, que el protestantismo es falso en las personas que lo propagan? ¿Seguiremos creyendo que sea celo por la verdad, amor a la Religión pura y deseo ardiente de la salvación de las almas lo que aparentan? ¿Cuándo dejaréis de ser engañados? ¿Cuándo conoceréis que es un escarnio y una burla?

Decidles: *Tu dinero sea contigo para tu perdición*. Sí, decidles: tomad vuestro dinero, vuestros libros, vuestras biblias, vuestros maestros y vuestros predicadores; no vendemos por ningún precio a nuestra Madre Iglesia, a nuestro Padre el Sumo Pontífice, a nuestro Dios, a nuestra alma, a nuestra eterna salvación.

CAPITULO III

El protestantismo es falso por las personas que lo abrazan y por las que lo abandonan

Un gran indicio para conocer la bondad de una causa es conocer las personas que se apresuran a seguirla, y las que desertan de sus filas. Las buenas se resisten a abrazarla si es mala, y las malas, si no es perversa.

Ahora bien; de entre los católicos, ¿quiénes son los que se pasan al protestantismo? Los más depravados, los más viciosos, los más malos. No quiere decir esto que todos los protestantes sean depravados ni viciosos, no; porque hay muchos que nacen ya en la secta a la que pertenecen, no por culpa suya, sino que no conocen la verdad, y como vulgarmente se dice, están en ella de buena fe y son personas honradas y de buenas costumbres; no hablamos de éstos, hablamos de aquellos que, habiendo conocido la verdad, la desprecian para echarse en brazos del error; en una palabra: hablamos de los católicos renegados, que no darían este paso si no estuvieran maleados hasta los huesos.

Ya al principio del protestantismo se observó que los más dispuestos a seguir sus doctrinas eran las personas de relajada conducta, hombres lascivos, deshonestos, etc.; tanto, que en aquel tiempo, al ver un hombre licencioso, se decía como adagio vulgar: éste está en los linderos del protestantismo; pero dejemos a un lado los antiguos para ocuparnos sólo de los modernos.

¿Quiénes son los que se alistan hoy a la secta? Los que viven mal.

La experiencia nos enseña que los más dispuestos para formar parte entre los protestantes son aquellos para quienes sus teorías vienen como de molde, los que pensaban ya como protestantes, los que vivían como protestantes, los que no confesaban ni comulgaban, los que, importándoles un pito las leyes de la Iglesia, cometían toda clase de pecados sin acordarse para nada del santo tribunal de la penitencia; en una palabra: los que, ignorantes de esas cosas de Dios, llenos de iniquidad, reducen toda su religión a oír (y de mala manera) un poco de Misa, alguno, que no todos los días festivos.

Estos son los primeros en declamar fuerte contra la fe católica, los que más ruido meten al alistarse en las filas protestantes. Jamás han asistido bien a Misa, y truenan contra la Misa; nunca se han confesado, y ridiculizan la confesión; no saben lo que son los ayunos ni la penitencia, ni para qué sirven, y echan pestes contra esto que llaman ridiculeces. Para no ser castigados por la ley, se vuelven contra ella. ¿Quiénes son los que odian la Guardia civil y los tribunales? Los que tienen miedo de ser algún día aprehendidos y castigados por ellos; así hablan contra la Iglesia los que saben de sobra que ésta no ha de aprobar nunca su conducta, los que, por el contrario, la Iglesia castiga y reprende por sus vicios, y por esta razón se declaran sus más crueles perseguidores.

Algunos se hacen protestantes por razones puramente particulares, y que conviene apuntar para conocer más y más los *nobles* prosélitos de la secta. Algunos, no pudiendo casarse por impe-

dirlo alguna causa canónica, buscan un ministro protestante, abjuran de su religión y se amanceban sacrílegamente, viendo la luz del Evangelio a través de la mujer. Otros, resentidos porque algún sacerdote no ha querido absolverles, por no querer renunciar a vivir en pecado, van a verter su rabia y su despecho en el seno de la secta.

Hace algunos años, cierto zapatero de Toscana leyó una Biblia mutilada y falsificada, y encontrando *en su claro juicio y sólida instrucción* que la Iglesia romana había caído en el error, se apartó por esta causa de ella, pues encontró, claro está, en el protestantismo la verdad, que su crasa inteligencia le sugiriera.

Muchos son también los que se hacen protestantes al oír el armonioso sonido de las pesetas; y que éste es el único móvil que les guía, lo demuestra el hecho de que abandonan la secta tan pronto como cesa este ruido o no lo oyen como ellos quisieran. Parece mentira que no se avergüencen estos hombres de jugar así con la religión, y no vean que, a pesar de los pesares, la religión católica se conserva pura y vigorosa, y que, si ve con dolor la separación de algunos de sus hijos, purifica con ella a los demás.

Nosotros, por el contrario, acogemos con alegría a los protestantes que, desengañados y habiendo conocido la verdad, tienden sus brazos a la Iglesia católica pidiendo ingresar en el seno de nuestra Madre. Pero ¿quiénes son éstos? Lo que de entre ellos hay de más digno, de más noble, de más saber, de más irrepreensible conducta.

Es esto una prueba tal en favor de la verdad de nuestra religión, que no puedo por menos de hacerlo constar, refiriendo algunas de las conversiones más significativas que han tenido lugar en

este siglo; no quiero poner más que los nombres, para que se note más el contraste que hacen con los que nos abandonan.

A fines del año 1785, el duque Alfonso, hijo de Federico de Mecklemburg y de Luisa Saxe Gotha, venciendo los grandes obstáculos que su padre le oponía, abjuró del protestantismo. Imitó su ejemplo, tres años después, el príncipe Federico Augusto Carlos, tercer hijo del gran duque de Hesse-Darmstad; a éste siguió la princesa Carlota Federica, hermana del príncipe Adolfo Federico de Mecklemburg, célebre por las obras piadosas que después fundó.

En 1817 se convirtió al catolicismo el duque de Sajonia Gotha, que por su admirable piedad fué la edificación de la Iglesia. En 1821, la condesa Federica Guillermina Solnes Baireuth hizo lo propio, y vino a ser la madre y refugio de los pobres. En 1825, el duque y la duquesa de Anhalt Goethen abjuraron la impiedad y se declararon públicamente católicos. En 1826, el conde de Ingenheim, hermano del último rey de Prusia, hizo otro tanto. En 1837 tuvo lugar la conversión del Príncipe Enrique Eduardo de Schoemburg; la de los lores Camden y Fielding con su mujer; la del lord Spencer, que luego fué fervorosísimo religioso; de la baronesa de Heigel, modelo de virtud, y de infinitos más que sería prolijo enumerar.

¿Qué razones tuvieron todos estos ilustres personajes para dar semejante paso? No es lógico suponer que los moviese a ello ni la pasión, ni el interés, ni ningún otro motivo humano, pues antes al contrario, todo esto se lo hubiese impedido, puesto que siempre es duro para el corazón humano confesar públicamente su error. Los mo-

vió, por tanto, únicamente el conocimiento de la verdad, y esto mismo es lo que les llevó a hacer el sacrificio, saltando por encima de todos los respetos humanos. Que nos muestren los protestantes conversiones semejantes; les reto a que lo hagan.

No creáis que son únicamente las personas ilustres por su sangre y por su posición las únicas que se han venido a nuestro campo, no; las inteligencias más claras y los hombres verdaderamente sabios han hecho lo propio. Tenemos, entre otros, al doctísimo Halle, fundador casi de la ciencia política; a Stolberg, célebre por su *Vida de Jesús* y por su notable obra *Historia de la Iglesia católica*, que consta de catorce tomos; al barón Stark, autor del *Convite de Teódulo* y otras muchas obras; a Schlegel, versadísimo en las ciencias y notable escritor; a los sabios Clemente Bretano, barón de Erchstein, Goures, Adán Muller, Erslinger, Pedro de Jous, Filippo, el presidente del Consistorio de Sciaffum Hunter, hombres todos de fama universal por las magníficas obras que han legado al mundo.

Y lo que ha acontecido en Alemania ha pasado en Inglaterra. Hace algunos años se notó entre los profesores de la Universidad de Oxford el deseo de estudiar a fondo los principios de la Religión católica y las tradiciones. ¿Y cuál fué el resultado de estos estudios? Que hoy uno, después otro y más tarde otro, uno a uno, fueron los citados profesores convirtiéndose y abrazando el Catolicismo. He aquí los nombres de algunos: Ward, Vakely, Faber, Morris. Brown, Newmann, Manning, los pastores Leedes, Forbes, Ibes, Barker y otros muchos más, célebres por su saber y por sus escritos.

Ahora vuelvo a preguntar: ¿Qué causa pudo inducirles a abandonar el protestantismo y hacerse católicos? ¿Su ignorancia? No; porque todos eran eminentes sabios. ¿El interés? Antes al contrario, al hacerse católicos perdieron muy buenos sueldos, quedando algunos en la pobreza. ¿Las pasiones? Mejor las podían satisfacer continuando protestantes, y mucho menos cuando algunos abandonaron la familia para ingresar en un claustro o hacerse sacerdotes. ¿Qué les movió, por tanto? La gracia de Dios que los iluminó, la verdad que les mostró el camino: esta fué la causa única.

Comparad ahora vosotros estos grandes hombres que se han venido con nosotros, con aquellos que nos abandonan para hacerse protestantes, y veréis qué notable diferencia y la verdad de la proposición que os quería demostrar. Los que vienen son los más sabios, los más instruídos, los más sinceros, lo mejor; lo hacen sacrificando su amor propio, sus pasiones, abandonando, los más, familia, honores y riquezas; mientras que los que se marchan, dicho queda quiénes son, y qué verdad es lo que en cierta ocasión decía un protestante a un católico: *Nos mandáis la escoria y tomáis la crema*. ¿No es esto cierto?

Si nuestro siglo no fuese tan materialista y tuviese mejor sentido, al contemplar este espectáculo no podría por menos de sentir estupor y vergüenza al par de un amor grandísimo a la Iglesia católica; pero a pesar de las evidentes pruebas que Dios le pone delante de los ojos, no quiere verlas, y sigue ciego y obcecado su infernal derrotero.

CAPITULO IV

El protestantismo es falso, por cuanto los protestantes no llenan ninguna misión

Habéis de saber que en la verdadera Iglesia ninguno puede predicar sin estar autorizado para ello. Esta autorización es de dos clases: ordinaria y extraordinaria. Es ordinaria cuando son mandados por aquellos que han recibido poder de Dios, según el orden establecido en la Iglesia; así, por ejemplo, San Dionisio fué enviado a Francia por San Clemente, y Timoteo, por San Pablo. Llámase extraordinaria cuando el mismo Dios reviste a alguno con poderes extraordinarios, cuales son el don de milagros, el de profecía, etc. Jesucristo envió a sus Apóstoles diciendo: *Id y predicad el Evangelio a toda criatura* (1).

Debéis saber, en segundo lugar, que no puede escucharse a ningún predicador si no tiene este requisito, puesto que el que se presenta a enseñar una Religión lo hace como embajador o enviado, y todo embajador acredita su misión con credenciales o títulos. *¿Cómo predicaríamos si no fuésemos enviados?* Preguntaba San Pablo (2). No haríamos el menor caso a cualquiera que se presentase a aconsejarnos en un negocio de importancia, y prestamos crédito a un desconocido que lo hace en negocio tan grave cual es el de la Religión. Hace falta, por tanto, ser mandado por alguien que tenga para ello poder.

(1) Marc., XVI, 15.

(2) Ad Rom., X, 15.

¿Por qué creemos los católicos todo lo que nos enseñan los Obispos y los sacerdotes? He aquí la razón: porque sabemos que Jesucristo fué enviado por su Padre, como El mismo lo asegura, diciendo: *Mi Padre me ha enviado* (1), y prueba evidente de su misión fueron las obras que hacía y los milagros que ejecutó, los ciegos a quienes dió vista, los sordos que recobraron el oído, los muertos que resucitó, los prodigios sinnúmero que hizo. *Si no me creéis a Mí, creed al menos en mis obras* (2). *Mis obras son las que dan testimonio de mí*, decía Jesucristo.

Creer, pues, que Jesús fué enviado por Dios no es imprudente. Terminada su misión, Cristo Jesús autentizó la de sus Apóstoles, y éstos, en su nombre y con su mandato, se esparcieron por toda la tierra. *He aquí que Yo os mando a vosotros, como Yo fui enviado* (3). Los Apostoles, a su vez; enviaron a otros, y éstos a otros, y así sucesivamente hasta nuestros días.

Puesto que fué fundada la Iglesia sobre Pedro y sus sucesores, ningún Obispo, ningún sacerdote de la Iglesia católica hay que no provenga de la sucesión de Pedro, de quien ha recibido la legítima misión.

¿Sucede esto en el protestantismo? No, ciertamente; no han recibido ellos misión alguna, ni ordinaria ni extraordinaria; ninguno se atreverá a asegurar que es legítimo Pastor que haya recibido el encargo de predicarnos.

No tienen misión ordinaria, porque ésta únicamente la pueden dar los Obispos unidos con la Iglesia de Pedro; luego Lutero, Calvino y los de-

(1) Joann., XX, 21.

(2) Joann., X, 38.

(3) Joann., XX, 21.

más reformadores no recibieron de nadie el encargo de predicar y enseñar una doctrina nueva. Todo al contrario: apenas empezaron a enseñarla, fueron reprendidos, contradecidos, condenados, excomulgados y advertidos los fieles para que se guardaran de ellos como de la peste. ¿Pues con qué derecho vienen a la Iglesia de Dios a cambiar la doctrina? ¿Quién les mandaba y quién les confería este encargo?

A este propósito, Jesús, que es la verdad eterna, decía: *Si Yo me glorifico a Mí mismo* (1), *no es mía la gloria, sino de mi Padre que da testimonio de Mí* (2); y en otro lugar dice: *El Padre es el que lo había mandado* (3). ¿Quiénes son, pues, lo que, sin testimonio alguno, pretenden ser creídos? ¿Quiénes los que, sin ser enviados por nadie, enseñan la corrupción, la vanidad y la soberbia?

No son tampoco enviados extraordinarios, porque Dios no los acreditó, ni por el don de los milagros, ni por el de profecía, ni por signo alguno de santidad. Antes al contrario, respecto a los milagros, ellos mismos dicen que no son necesarios, y es porque no tienen poder para hacerlos; semejantes a la zorra de la fábula, que no quería las uvas porque estaban verdes.

Tampoco tienen el don de profecía, porque desde Lutero vienen sin cesar anunciando que el Papado ha concluído, lo que, como todos sabemos, no ha sucedido, gracias a Dios, ni sucederá. Cuanto a santidad, demostrado queda lo que son. ¿Qué sacaremos de aquí? Que en lugar

(1) Joann., VIII, 54.

(2) Joann., V, 32.

(3) Joann., XX, 21.

de ser, como pretenden, enviados de Cristo Jesús, son unos solemnísimos impostores.

Algunos protestantes, al tratar de este asunto, han medio inventado una contestación, que más valiera que se callaran: tanto tiene de ridícula y absurda. Dicen que la Iglesia verdadera de Cristo Jesús, de la que han recibido la misión, existe; pero que es invisible. ¿Puede darse nada más grosero? Es lo mismo que si uno dijese que había recibido mil pesetas, pero que éstas eran invisibles; al que diríamos que de qué le servían si no podía ni tocarlas ni gastarlas.

Si esa Iglesia es invisible, ¿cómo se han compuesto para verla y unirse a ella? ¿Qué privilegio tienen para ver lo invisible? Si esto fuese cierto, todos los herejes de todos los tiempos tendrían en esto su defensa y hubiese sido suficiente para justificar los errores de Arrio, de Nestorio, de Eutiques, de Pelagio y demás heresiarcas, lo que ni los mismos protestantes pueden admitir; porque si a ellos les basta con decir que pertenecen a una Iglesia invisible, ¿por qué no les bastaría a los otros herejes?

Finalmente, si su Iglesia es invisible y de ella han recibido la misión, no es la verdadera Iglesia de Cristo Jesús, porque él mismo lo dijo terminantemente por medio de sus profetas: que su Iglesia sería visible para todo el mundo, que todos podrían reconocerla, que sería *como una montaña elevada sobre todas las montañas* (1), pues recurrir a subterfugios de esta especie es lo mismo que reconocer que no tienen misión para enseñar.

Puesto que no tienen misión alguna, no aban-

(1) *Isai.*, II, 2.

donemos nosotros a nuestra Iglesia católica, la cual tiene clara e innegable misión, recibida del mismo Jesucristo, y rechazemos, por tanto, las enseñanzas de estos orgullosos, que sin que nadie les llame se meten a enseñar el error y la mentira.

Si se presentase ante vosotros un desconocido cualquiera diciendo que vuestro acreedor le mandaba para que le entregaseis mil pesetas que le debíais, ¿no seríais unos tontos de marca mayor si le hicierais caso? Y, aunque jurase y, perjurase, ¿le entregaríais las mil pesetas sin aseguraros antes si era verdad lo que decía? ¿Y prestaréis, sin embargo, crédito a un advenedizo que os pide, no mil pesetas, sino vuestra alma, vuestra fe, la salvación eterna, sin que antes os dé suficientes garantías de quién es y de quién le ha enviado?

CAPITULO V

El protestantismo es falso porque es nuevo

De la consideración de las personas pasaremos a la de las cosas en sí, y veremos adónde se nos quiere arrastrar, escogiéndolo para demostrarlo razones claras y breves. La verdadera Religión es aquella que tiene su origen en Cristo Jesús, la que se mantiene inamovible hasta nuestros días; por eso se llama cristiana, porque proviene de Jesucristo, lo que demuestra que la Iglesia es tan antigua como su Fundador; es así que el protestantismo es nuevo, luego no puede ser la verdadera Iglesia. Que la secta protestante es nueva, y, por tanto, que no proviene de Cristo Jesús, es

claro, por cuanto sabemos el año, el mes, el día en que apareció en el mundo.

Los unos tienen por padre y fundador a Lutero, otros a Calvino, los zwinglianos a Zwinglio, los anglicanos a Enrique VIII y a Isabel, los kuáqueros a Hugo de Fox, los mormones a José Smith, y así otros muchos. Todos estos jefes o cabezas de secta no tienen relación alguna con sus predecesores, no profesan la misma doctrina, porque de ser así no se hubieran separado; luego no pueden afirmar que provienen de Jesucristo; luego no son verdaderos pastores; luego son lobos carniceros. Con esta misma razón hizo enmudecer un labriego a la pérfida reina Isabel de Inglaterra.

Esta señora, yendo un día de caza con sus cortesanos, encontró un labrador ya anciano, al que trató de convencer para que se hiciera protestante; el viejo la escuchaba sin decir una palabra, pasándose las manos por su blanca barba. Cuando la desventurada reina hubo terminado su peroración, le dijo:—Vamos, ¿estás convencido y, por tanto, resuelto a ser de los nuestros?—¿Cómo queréis, dijo el viejo, que abrace una secta que ha nacido después que esta barba?—Con esta bellísima respuesta la hizo saber que la religión no puede ser verdadera si no se remonta a Jesucristo, su Divino Fundador.

Esta es la más hermosa propiedad de la Religión católica: que de época en época, de siglo en siglo, permanece inmutable. Este siglo en que vivimos profesa la misma doctrina, tiene las mismas creencias que el que le precedió, y éste como el anterior, y así hasta su principio.

Hoy se sienta León XIII, Pontífice y Vicario de Jesucristo, sobre la Silla de Pedro, y desde

ella enseña lo mismo que enseñaba Pío IX, Gregorio XVI, León XII, Pío VII y Pío VI, y todos los demás Romanos Pontífices hasta San Pedro y hasta Jesucristo.

Me diréis: ¿Y cómo se sabe que han enseñado siempre lo mismo? Se sabe con toda certeza, de mil maneras. Se sabe, porque siempre que alguno ha pretendido enseñar nueva doctrina, como lo hicieron los primeros herejes, fué en el acto separado de la Iglesia; esto se ven obligados a confesarlo los mismos protestantes hablando de la primera herejía; lo saben del primero al último, pero no lo quieren decir para no confesar su contradicción. Se sabe por testimonio de ellos mismos, los cuales, provocados una y mil veces a que digan en qué siglo ha cambiado la Iglesia de doctrina, se contradicen, afirmando unos que fué en el tercero, otros que en el cuarto; aquéllos que en el quinto, éstos que en el sexto; lo que demuestra claramente que no saben lo que se dicen.

Lo atestiguan los mismos herejes, aunque contra su voluntad, porque, invitados para que señalen en qué se había cambiado la doctrina, no se entienden; y si alguno se ha atrevido a hacer alguna indicación, al momento se ha demostrado claro como la luz que no era doctrina nueva. Se demuestra, finalmente, porque hubiera sido imposible operar un cambio en la fe sin que todos los cristianos hubiesen protestado en el acto.

En el primer siglo, según el testimonio de los protestantes, la fe era pura; el Sumo Pontífice que regía la Iglesia estaba sobre la Silla de la verdad. ¿Cuándo fué, les preguntó San Francisco de Sales, cuando Roma perdió esta fe pura y celestial? ¿En qué tiempo y bajo qué Papa? ¿Qué

religión se introdujo en Roma y desde allí dictó su ley al mundo? En esta deserción de la verdadera fe, ¿no hubo ni siquiera una voz que lanzara el grito de alarma? ¿O estaban dormidos aquellos que confesáis permanecían fieles mientras Roma forma nuevos sacramentos, nuevos sacrificios, nuevas doctrinas? ¿Cómo no hubo ningún historiador griego, latino, o de donde fuera, que no lo consignara en una nota, una Memoria o de cualquier otro modo?

Ciertamente que esto hubiese sido la mayor novedad del mundo, que todos nosotros, de común acuerdo, sin la más ligera observación de nadie, hubiésemos cambiado de doctrina, resolviendo así el problema más grande que interesa a los mortales: el problema de la salvación eterna. Si ahora pretendiese un cristiano cualquiera cambiar cualquier verdad de nuestra santa Religión, ¿permanecerían impasibles todos los Obispos, todos los Patriarcas de la Iglesia católica? Al contrario; todos levantarían su voz al mismo tiempo, todos le condenarían, como ha sucedido siempre que alguno ha pretendido introducir la más pequeña modificación. Pues lo mismo hubieran hecho en los primeros siglos; no siendo, por tanto, posible el más pequeño cambio sin un gran estrépito. Demostrado queda, por tanto, que la Iglesia católica no ha cambiado nunca de doctrina.

Empero los protestantes, para pretender demostrar que la Iglesia católica ha variado de doctrina, sacan siempre a relucir la definición dogmática que Pío IX hizo de la Concepción Inmaculada de María. Quiero haceros conocer cuánta es la malicia y la crasa ignorancia de estos desgraciados. He aquí el hecho:

Se dudaba por algunos, aunque muy pocos fieles, si la Santísima Virgen fué o no concebida con la mancha del pecado original. Ahora bien: ¿qué fué lo que hizo la Iglesia, que no quería introducir doctrina que no estuviera dicha y confirmada por Cristo Jesús? Buscar con diligencia en las tradiciones de las Iglesias, especialmente en las Iglesias fundadas por los Apóstoles, cuál era la doctrina cierta que en este punto había dejado a la Iglesia su Divino Fundador, habiendo encontrado, por aquella asistencia del Espíritu Santo que, según promesa de Jesucristo, jamás ha de faltarle, que en todas, aun en las más antiguas Iglesias, era creencia constante la doctrina de la Inmaculada Concepción de María, y promulgó al mundo, por medio del Sumo Pontífice, que la antigua, la verdadera, la auténtica doctrina era que la Madre de Dios estaba exenta de la culpa original. He aquí demostrado que no sólo no inventó la Iglesia una doctrina nueva, sino que no hizo más que afirmar la antigua, despojándola de la más pequeña duda. Son, por tanto, o muy ignorantes o muy tontos los que no comprenden o no quieren comprender esto, y harían muy bien en callar, o muy maliciosos, y, por tanto, no merecen crédito alguno.

Los protestantes que son instruídos no se atreven a negar que este medio de definir fué empleado siempre por la Iglesia cuando se presentaba alguna duda o había que condenar cualquier error, y, por tanto, lo admiten como bueno, tratándose de errores definidos como los de Nestorio, Arrio, etc. Siendo esto así, pregunto: ¿cuál es el motivo de no admitirlo, estimándolo inoportuno, tratándose de María Inmaculada? Por su mala fe, que se distingue a cien leguas.

CAPITULO VI

**El protestantismo es falso porque carece
de unidad**

No sólo es nuevo el protestantismo, señal, como hemos visto, de falsedad, sino que también es una religión que varía hasta lo infinito, prueba evidentísima de ser una invención puramente humana. ¿Cómo constituyó Cristo su Iglesia? Enseñando un sinnúmero de preciosísimas verdades que se refieren a la grandeza y majestad de Dios trino y uno; a la gran obra de la Redención, llevada a cabo por Jesucristo; a la naturaleza de la Santa Iglesia; a los Sacramentos, fuentes de la gracia; al divino sacrificio, con el que se honra a Dios como se debe, y a todo aquello que debemos creer, practicar, esperar, temer y amar; todo esto lo certificó el mismo Jesucristo con su palabra; y por eso, en la creencia de estas verdades estamos conformes todos los cristianos. San Pablo decía: *Hablad y sentid todos lo mismo; Dios no es autor de la discordia, sino de la paz. Uno es el Señor, uno el Bautismo, una la fe y uno Dios, Padre de todos.* Jesucristo siempre encargó que estuviéramos todos de acuerdo manteniendo la unidad. Nos lo advierte diciendo *que todo reino dividido será desolado*; y, finalmente, que todos debíamos formar un rebaño con un solo pastor. Todo esto es cierto en la Sagrada Escritura, como lo es también que esta Religión verdadera ha mantenido y mantiene todas estas verdades, que son creídas por todos en una perfecta unidad, no

estando en la verdad el que deja de confesar una sola de ellas o las varía en un solo ápice.

No puede al mismo tiempo ser verdad el sí y el nó; no puede una cosa ser al mismo tiempo blanca y negra. ¿No es esto claro? Pues el protestantismo, que admite y niega la misma cosa, que hoy defiende lo que ataca mañana, que hoy dice una cosa y mañana otra, que muda de catecismo, ritos y prácticas casi constantemente, no puede ser verdad.

De aquí se sacan dos bellísimas consecuencias. Una es que todas las pruebas, de poseer la verdad, están a favor de nosotros los católicos, los cuales hacemos una profesión de fe que es común a todo el universo y durará hasta la consumación de los siglos, como ya hemos visto. ¡Qué espectáculo más hermoso! En todo el mundo los católicos hablamos lo mismo, sentimos lo mismo, creemos lo mismo y tenemos el mismo supremo Pastor. En el fondo de las selvas vírgenes de América, el pobre salvaje que se convierte cree lo mismo que se cree en Roma; lo que creen los franceses que son católicos, lo creen los católicos de España, de Italia, de Rusia, de Alemania, del mundo todo. En todos los continentes, en todas las islas, hasta en el país menos civilizado, dondequiera que haya un católico, cree lo mismo que nosotros.

Con nosotros está el Soberano Pontífice, con nosotros los Obispos, los sacerdotes y los católicos todos, cuyo número asciende a más de doscientos millones. Esta es la verdadera fraternidad, la verdadera unidad. Aquí se verifica aquello que Jesucristo tanto recomendó, que todos fuésemos una sola cosa con El; aquello que el apóstol San Pablo inculcaba diciendo que pen-

sásemos todos lo mismo y que no nos dividiéramos; lo que Cristo Jesús, cercano a la muerte, pedía a su Divino Padre: que fuéramos una cosa con El; aquello que por gran elogio dijo de los cristianos San Pablo, que fuésemos un solo cuerpo con un mismo espíritu, que hubiera un solo Dios, una sola fe y un solo bautismo, porque había un solo Padre, Señor de todos.

Añadamos a este hermoso espectáculo lo que ya hemos expuesto, que estas verdades que al presente profesamos y creemos las han creído y profesado las generaciones que nos han precedido desde Jesucristo acá, y admiraremos la grandeza y verdad de Dios, que ha instituido su Iglesia con tantas y tan seguras pruebas de ser la única verdadera.

La otra consecuencia que se saca es que los protestantes están en el error porque están divididos. Tal vez no conoceréis estas divisiones, pues sólo tendréis noticia de esa herejía por haber visto a alguno de esos desgraciados maestrillos que hayan venido a seduciros; pero si supierais sus discordias y guerras intestinas os llenaríais de despecho y de indignación. Leed:

Martín Lutero fué el primero que planteó el protestantismo, y al muy poco tiempo sus primeros secuaces le declararon una espantosa guerra y lo condenaron. Zwinglio, Carlostadio y otros lo contradijeron y le quitaron muchos discípulos. Salió al poco Calvino, que hizo la guerra a los anteriores, y también tuvo quien impugnase sus doctrinas.

Después de éste apareció Enrique VIII, que sembró más cizaña y divisiones; tras de estos maestros aparecieron otros y otros, y cada uno de ellos predicaba nueva doctrina a su capricho.

De aquí que los protestantes se dividan en una infinidad de sectas, todas hostiles entre sí: una contradice lo que enseña la otra; recíprocamente se llaman herejes y se excomulgan, se persiguen y se pelean con las armas en la mano, y, si pudieran, se destruirían. Sobre cada punto tienen una doctrina especial que cambia, por lo menos, todos los años.

Lo mismo que hacían en los primeros tiempos siguen haciendo en los presentes.

Si viajarais por los países protestantes veríais que cada uno profesa una religión a su capricho; cualquier cabeza ligera se erige en maestro y pretende tener a todos por discípulos; cualquier sastre, cualquier zapatero y hasta cualquier mujerzuela están en actitud de enseñar la religión que les parece; de donde resulta que en una familia compuesta de cinco o seis personas, cada una de ellas profesa una religión diferente, perteneciendo cada una a distintas sectas.

¡Y queréis cambiar esta Babel, este desorden, esta confusión, este cúmulo de errores, por la verdadera Religión!

Voy, para terminar este punto, a referiros la contestación que un sabio dió a un protestante que pretendía hacerle de los suyos. «Yo me haré protestante, le respondió, cuando sepáis decirme el número de sectas en que estáis divididos, y la razón por qué yo debo creer a vos mejor que a vuestro adversario.»

CAPITULO VII

El protestantismo es falso, porque supone que la Iglesia verdadera puede faltar

La razón más fuerte que, para alejarnos de la Iglesia, católica aducen los protestantes, es siempre ésta: que la Religión católica ha venido a menos, que ha perdido la fe, que ha perdido la verdad que Cristo le había confiado. Pues bien: ya se ha demostrado que es un hecho innegable que no la ha perdido, porque no ha introducido en ella variación alguna, y además, que aunque hubiera querido introducirla, no hubiera podido. Siendo esto cierto, como lo es, ¿no será también cierto que están los protestantes en un error grandísimo al presumir que la Iglesia ha venido a menos?

Vamos a probarlo. ¿Quién ha establecido la Iglesia? Jesucristo: esto lo reconocen todos. ¿Quién es Jesucristo? Dios. Pues si Jesucristo pretendió fundar una Iglesia de tal manera creada, tan ordenada, tan asistida, tan firme, que fuese imposible ni conmoverla ni desterrarla; si Cristo Jesús se hubiese propuesto esto, ¿creeríamos que la Iglesia sería verdaderamente indestructible? Ciertamente; sino, creeríamos, con una audacia y temeridad inconcebibles, que Cristo Jesús no había podido o no había sabido mantener su palabra, lo que sería una blasfemia horrible.

Todo se reduce, pues, a demostrar si Jesucristo ha prometido o no establecer su Iglesia de tal manera que no puede faltar.

Jesucristo dice terminantemente que la *Iglesia será tan firme, que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1). Esta es una manera oriental de hablar, sumamente expresiva, que equivale a decir: que ni todos los esfuerzos de los hombres, ni todas las astucias de los seductores, ni las violencias de los perseguidores, ni las fuerzas todas del infierno, harían conmover la Iglesia. Luego si la Iglesia, que vive de esas doctrinas y de esas enseñanzas, se equivoca, ¿no hubiera sido aniquilada, no hubiera perdido su patrimonio, su gran misión sobre la tierra? Si, pues, la palabra de Dios es verdadera, la Iglesia no puede equivocarse nunca.

Añadid a esto que Jesucristo, para mantenerla en el camino de la verdad, la ha prometido la asistencia del Espíritu Santo, y no por un instante, sino hasta la consumación de los siglos; luego con semejante asistencia se conservará hasta el fin del mundo.

¿Por qué, si no, fué llamada por el Apóstol San Pablo *la columna y el firme sostén de la verdad*? (2). ¿Cómo podía ser este nombre verdadero, si en vez de ser el sostén del edificio fuese la causa de su ruina? Pero la Iglesia, ¿no fué fundada sobre Pedro, el cual ha de *confirmar a sus hermanos en la fe*, porque ésta, según la promesa de Jesucristo, no ha de faltarle jamás? (3).

Añadid que esto lo confirma el mismo Cristo Jesús *al ser elevado sobre la tierra* en el árbol de la cruz, cuando dijo *que lo había de atraer todo a sí* (4). Decidme ahora: ¿Creéis que lo habría

(1) Matth, XVI, 18.

(2) Timoth., III, 15.

(3) Luc., XXII, 32.

(4) Joann., XII, 32.

atraído todo a sí solo por unos cuantos años, para dejar después que todo se perdiera? ¿No sería esto lo mismo que suponer que Jesús no habría podido hacer lo que Moisés, que sostuvo la Sinagoga por tantos años? ¿No sería esto negar en absoluto la virtud de la Cruz de Cristo? ¿No sería esto hacer al demonio de más poder que Jesús, puesto que le había arrebatado la Iglesia que había fundado, confirmándola con su sangre?

Además, Jesucristo ha dado al mundo Profetas, Apóstoles, Evangelistas, pastores y doctores, *para la formación de Santos, para la obra de su ministerio, para la edificación del Cuerpo de Jesucristo*, dice San Pablo: (1) ¿Es que se ha concluido ya el número de los Santos, o desde el siglo xv hasta ahora estamos ya todos condenados sin remedio? Mejor dicho, ¿está la salvación en otra parte más que en la Iglesia católica?

¿Y cómo Dios, que cuida hasta de los más pequeños insectos, que tanta solicitud demuestra con el pueblo judío, ha dejado en la infidelidad por tantos siglos a su Esposa la Iglesia? ¿No ha dicho Dios, por medio del Salmista (2), que Dios ha fundado su Iglesia *desde la eternidad, que su trono será permanente?* ¿No ha dicho que la santa Iglesia será *como el sol delante de Dios, permanente como la luna, que siempre resplandece en el cielo como un testigo fiel?* ¿No dijo el Arcángel Gabriel *que el reino de Dios no tendría fin?* (3) Es, por tanto, indudable que Dios ha querido la indefectibilidad en su Iglesia, y como así lo ha querido y así lo ha prometido, es imposible que

(1) Ephes., IV, 12.

(2) Psal., LXXXIII, 30-38.

(3) Luc., I, 38.

falte, porque pasará el cielo y la tierra, pero la palabra de Dios no pasará.

Ahora bien: ¿qué quiere decir Iglesia indestructible, sino Iglesia que no puede faltar, que no puede caer en error, porque si cayera no podía ser la Iglesia de Cristo Jesús? ¿Qué diremos, pues, de los protestantes, que, haciendo caso omiso de esta promesa, afirman que toda la Iglesia estaría en el error si ellos no hubieran sido llamados a reformarla? He aquí lo que les diremos: que metiéndose a reformadores de la Iglesia tratan a Jesucristo de falsario y mentiroso, que era un iluso al prometerle su asistencia, o que no supo, o no quiso, o no pudo mantener su palabra. ¡Oh, que execrable blasfemia!

¿Pero no vemos continuamente, me diréis, tanto abuso y escándalo en la Iglesia? Entendedlo bien; vemos y veis abusos y escándalos en algunos que pertenecen a la Iglesia; pero no veis abusos en la doctrina que la Iglesia enseña. Y he aquí uno de los errores protestantes. Si ellos se contentaran únicamente con decir que entre los católicos hay algunos que, prevaricando de la doctrina de su buena madre, se precipitan en la iniquidad, dirían una verdad, que también nosotros lamentamos; pero no es esto lo que dicen: dicen y repiten sin cesar que la Iglesia nuestra madre es la prevaricadora, que ella es la que enseña a sus hijos el error, la superstición y la idolatría, y esto es una horrible iniquidad.

Pero si puede errar un católico, y yerra de hecho cuando se separa de las enseñanzas de su madre, no puede ser la madre la que yerre cuando enseña a sus hijos; por tanto, el afirmar que es la madre la que ha errado, es, en primer lugar, un insulto a Jesucristo, porque es lo mismo que

decir que había abandonado a su Esposa la Iglesia, a la que prometió no dejarla nunca; y es también otro insulto a la Iglesia, porque así la hacen pasar por infiel y adúltera, que ha abandonado a Jesucristo para entregarse al error. ¿Pueden los católicos pensar de esta manera? ¡Ah!, nosotros debemos dar gracias a Dios porque permite que su Iglesia no puede faltar jamás, detestar con todo nuestro corazón a cualquiera que la ofende, no admitir excusas a los errores protestantes y rechazar con valor y decisión cualquier calumnia que sobre nuestra madre se propale.

CAPITULO VIII

El protestantismo es falso porque no es católico o sea universal

La verdadera Iglesia de Cristo debía estar en el mundo de una manera tan visible, que todos los pueblos pudieran distinguirla y divisarla. No quiere esto decir que todas las naciones recibirían al mismo tiempo el Evangelio, no, sino que sucesivamente iría éste extendiéndose hasta llenar el mundo, de acuerdo con las promesas hechas a su Iglesia por Jesucristo. He aquí algunas de estas promesas que conviene conozcáis: Jesucristo, por medio de su Iglesia, dice el Salmista, debía *dominar de un mar a otro mar, del río a la extremidad del orbe* (1). En los últimos tiempos, esto es, en los de la Iglesia, *estará preparado el monte del Señor a la vista de todos los montes, a El se*

(1) Ps. LXXI, 8.

recogerán todas las gentes, y El enseñará el camino (1). *Yo crearé, dice otra vez, una alianza eterna, y en las naciones se conocerá mi semilla, y su germen estará en medio del pueblo: todos los que lo vean conocerán que esto es la semilla del Señor* (2). *Pídeme, dice Dios por boca del Salmista a su divino Hijo, y yo te daré las gentes por herencia y poseerás hasta el último confín de la tierra* (3).

¿Véis cómo debía extenderse la verdadera Iglesia? Esto lo confirman, por otra parte, todas las profecías y el mismo Cristo, diciendo: *El Evangelio será predicado por todo el mundo* (4). *En su nombre se ha de predicar la penitencia y el perdón de los pecados a todas las gentes, empezando por Jerusalén* (5). *Daréis testimonio de mí, decía Jesús a los Apóstoles y a sus sucesores, en Jerusalén, en toda la Judea, en la Samaria y en toda la tierra* (6). Ahora decidme: ¿Cuál es la religión en la que se ven cumplidas todas estas profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento? ¿No es evidente que en la Religión católica, apostólica, romana?

Si consideráis bien la marcha de la Iglesia católica, veréis que, de época en época, de siglo en siglo, fué extendiéndose por todas las naciones que cubren la superficie de la tierra. Primero invade el Oriente todo el Egipto, el Asia, la Judea y la Arabia, la Grecia y gran parte de Europa y poco a poco los Romanos Pontífices conquista-

(1) Isai, II, 2.

(2) Isai., LXI, 8-9.

(3) Ps. II, 8.

(4) Marc., XIII, 10.

(5) Luc., XXIV, 47.

(6) Act., I, 8.

ron los demás países, mandando por todas partes sus apóstoles.

En el primer siglo, por obra de San Crescente, se convirtieron los habitantes de Maguncia; por la palabra de San Materno, los de Colonia y Treveris; por San Lázaro fué ganado para la fe el pueblo de Marsella, y por San Ireneo los de Lyon, Viena y otros. En el siglo II, San Lúcio convierte a Prusia, San Julián a la Franconia y San Ruperto a la Baviera. En el III, IV y V se dilató la Iglesia al Africa, a la Grecia y a la Galia. A fines del VI, a Inglaterra por medio de San Agustín, enviado por el Papa San Gregorio. San Bonifacio, en el siglo VII, la propagó a muchas poblaciones de Alemania, y San Francisco convirtió la Alsacia y la Suecia, y San Lugerio la Sajonia inferior, siguiendo a estos pueblos otros y otros hasta la época en que aparecieron los protestantes, en la que para su confusión rige, y en compensación de los pueblos pervertidos por la herejía, la Iglesia se dilató por medio de San Francisco Javier hasta la China y el Japón, en donde florecieron muchas cristiandades, y no cesan de propagarse en nuestros días, que se han extendido por los reinos de Siam, Tonquín, Cochinchina, Nueva Holanda y otras muchas islas diseminadas en medio de los mares, y en donde la semilla del Evangelio fructifica en innumerables almas.

¿No véis cómo es claro como el sol que la Iglesia católica romana es universal, que se extiende por todo el mundo y que se cumplen en ella las profecías? ¿Puede decirse que estas profecías se cumplen en el protestantismo? De ninguna manera. Y si no, ¿dónde estaba éste antes de la Reforma?

En más de mil quinientos años no se conocieron sus doctrinas ni se oyó hablar de semejante cosa. El mismo Lutero dice a los de su tiempo que ninguno conocía las doctrinas que enseñaba. No es, por tanto, católica la secta, porque no se extiende a todas las épocas.

Pero tampoco puede llamarse así desde que apareció, porque no se extiende a todos los pueblos; porque si bien es verdad que en muchos países hay personas que se dan a sí mismas el título de protestantes, ¿cuál de las muchas sectas en que se divide puede vanagloriarse de ser universal? ¿Serán los anglicanos? Pero si ésta no es universal, ni aun en Inglaterra, mucho menos lo será en el resto del mundo, por cuanto se divide en desunidos, presbiterianos, cuáqueros, metodistas, wesleyanos, escoceses y otros muchos más. ¿Podrán serlo los luteranos? Estos cuentan con algunos prosélitos en Suecia y Dinamarca, pero la mayor parte de Alemania se ha separado de ellos, subdividiéndose en cien mil sectas. ¿Lo serán los calvinistas? Estos, que tienen su silla principal en Ginebra, han dado cabida a todos los errores imaginables, y entre ellos, uno que tiene por objeto el culto del diablo. No hablemos de los Estados Unidos de América, donde no sólo no son muchos los legítimos protestantes, sino que es imposible enumerar el infinito número de doctrinas y creencias en que sus habitantes se hallan divididos, según confesión de los mismos protestantes.

¿Cuál es, pues, entre tanta secta, la que puede vanagloriarse de ser universal, esto es, católica? ¿No han perdido, por tanto, el sentido común las que pretenden serlo, y las que tienen la soberbia de llamarse católicas, de ser las antorchas que

iluminan al mundo? ¿Conocéis la fábula de la rana y el buey?

Una vez una rana se llenó de envidia al ver un hermoso buey que pastaba en un prado inmediato, y quiso imitar su corpulencia. ¿Qué hizo? Empezó a hincharse hasta que reventó. Haced vosotros ahora la aplicación al protestantismo, que quiere imitar a la Iglesia católica.

Por lo demás, ellos mismos están plenamente convencidos de que no son la verdad católica, según la observación de San Agustín, que dice: «Si fuerais a un país de herejes y preguntarais dónde está la Iglesia católica, lo primero que os enseñarían sería las iglesias nuestras y no las suyas». ¿Qué quiere decir esto? Que la verdad se abre paso a despecho de los que no la quieren.

CAPITULO IX

El protestantismo es falso, puesto que no tiene ni la santidad verdadera ni el don de milagros

En la verdadera Iglesia de Cristo Jesús debe estar la santidad; es así que ésta únicamente reside entre los católicos y no entre los protestantes, luego la Religión verdadera es la nuestra.

No quiere esto decir que todos los católicos seamos santos, no; porque el mismo Cristo Jesús advierte que habría en la verdadera Iglesia pecadores, y por eso estableció los Sacramentos para su conversión y justificación; queremos únicamente decir que la Religión verdadera ha de ser tan buena, tan santa y tan pura, que el que la profesa y la observa en toda su pureza puede

llamarse santo; y que muchos, con el auxilio divino, llegan a serlo, nos lo prueban con sus virtudes y con milagros.

Todo esto se verifica plenamente en la Iglesia católica; decidme: si no observáis verdadera y fielmente lo que la Iglesia prescribe, ¿seréis santos? Si, por el contrario, cumplís con todos los mandamientos, todos los preceptos, todas las leyes que os marca, si hacéis uso de todos los medios que os presenta, como la oración, los Sacramentos, etc., ¿seréis santo?

¿Aconsejó jamás la Iglesia algo que fuese malo? ¿Ha enseñado, aconsejado, persuadido algún pecado? ¡Oh, Dios mío, ni aun la sombra de pecado! Todo lo contrario; siempre ha alejado el mal con sus consejos, con su ejemplo, con sus amenazas, con sus promesas, hasta con el castigo; siempre ha inculcado la virtud, la paciencia, la mansedumbre, la humildad, la caridad, la templanza, la huida de las ocasiones peligrosas, el horror al pecado. ¡Cuán pura es toda la doctrina cristiana! ¡Y cuántos grandes santos se han formado cumpliendo sus divinas enseñanzas! ¡Y pensar que si quisiéramos podíamos llegar a la más heroica santidad!

Entre tanto, ¿quién no admira el valor que ha sabido inspirar a tantas personas que eran débiles como nosotros y a las que la santa Iglesia ha enseñado a practicar la virtud más sublime hasta llegar a la mayor santidad? En todos los siglos ha habido tantas, y algunas tan admirables, que sólo con sus nombres se llenarían miles de volúmenes. Unos supieron practicar la más austera penitencia en medio de los esplendores de la corte, como San Enrique, San Fernando, San Luis, Santa Clotilde y Santa Isabel; otros supie-

ron perdonar a sus más encarnizados enemigos y hasta recompensarlos, como San Juan Gualberto, San Ignacio, San Francisco de Sales, San Alfonso de Ligorio y otros; éstos se entregaron con un celo ardiente a los más rudos trabajos en beneficio de sus prójimos, como San Antonio de Padua, San Bernardino de Sena, San Francisco Javier, San Francisco de Regis, San Vicente de Paúl y muchos más; aquéllos mantuvieron en medio del mundo una pureza de cuerpo y alma verdaderamente celestial, como San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka, Santa Teresa, Santa Catalina y otros.

No acabaríamos nunca de relatar la innumerable falange de santos que ha resplandecido en todos los tiempos, incluso los presentes, en la Iglesia católica; basta saber que son hombres y mujeres de todas las edades, de todos los estados de todas las profesiones y oficios y de todas las naciones, en tanto número que, como hemos dicho, es imposible contarlos.

Hay más aún: el don de milagros lo tuvieron muchos de ellos, y este es un privilegio innegable que confirma nuestra fe.

Jesucristo prometió *que aquellos que tuviesen fe en El harían prodigios y milagros asombrosos, como El los había hecho, y aun mayores* (1). Preguntad ahora a los protestantes si en los trescientos años que hace que aparecieron en el mundo ha habido alguno de ellos que haya hecho el más pequeño milagro, ni aun curando, como decía Erasmo, ni a un burro cojo. Todos, unánimemente, os dirán que no. En cambio la Iglesia católica ha

(1) Joann., XIV, 12.

añadido una hermosa serie de milagros en estos tres siglos a los muchos con que ya contaba.

Los protestantes, que no pueden vanagloriarse de esto, se obstinan en negar que haya en la Iglesia católica verdaderos milagros, y esta obstinación suya sirve solamente para hacerlos resaltar más. Sólo San Francisco Javier ha hecho tantos y tan estupendos, y a presencia de tanta gente, que no pudieron negarlos los mismos herejes holandeses; San Felipe Neri llenó con ellos la ciudad de Roma, San Luis Gonzaga hizo muchos en Italia, y el pobre labrador San Isidro asombró a la capital de España con ellos.

Muchos de estos milagros fueron examinados en prolijos y minuciosos procesos, declarando una infinidad de testigos, algunos de ellos protestantes, quedando tan probados, que no puede ponerlos en duda quien tenga un poco de sentido común. ¿Por qué, fuera de la Iglesia católica, no se encuentran milagros? ¿Por qué, a lo menos, alguna de las sectas protestantes no se envanece con ellos? ¡Si se contase por lo menos uno en los trescientos años! Pero únicamente nosotros tenemos esta gloria, porque sólo nosotros poseemos la verdad. ¿No es esto una prueba sólida en favor de la Iglesia católica?

Y hay que añadir además: porque la Iglesia católica es santa en su doctrina y en su ley, mientras que el protestantismo es enemigo de lo uno y de lo otro; porque vosotros sólo conocéis y escucháis a aquellos que, cubiertos con pieles de oveja, os hablan de Jesús, de caridad, de fraternidad y de fe, y os engañan fácilmente, pues si supierais las horribles doctrinas que esparcen por el mundo, les cobrarías asco. Voy a mostraros la malicia de algunas, dejando las más abstrusas,

aunque no las menos inicuas, porque tal vez no las comprendierais.

Enseñan estos herejes que Dios manda al hombre cosas imposibles, que no les da su gracia para servirle y que los condena después al infierno porque no le han obedecido. Blasfemia horrible que hace a Dios cruel, injusto y tirano, siendo, al contrario, Padre cariñosísimo, lleno de bondad y misericordia, que no exige más que aquello que es posible a la humana naturaleza, y esto ayuda con su divino auxilio, que no ha de faltar nunca. Enseñan que para salvarse basta sólo con la fe, no siendo necesarias las buenas obras, con lo que destruyen todo el mérito del hombre y abren las puertas a todas las iniquidades y a todas las concupiscencias.

Tienen valor para decir, por último (es menester taparse los oídos para no oír tales blasfemias), que Dios es el autor del mal y quien enseña a cometer el pecado, o lo que es lo mismo, que tratan a Dios de loco; enseñan también que es imposible observar los divinos Mandamientos, que es lo mismo que autorizar todos los crímenes; que no se debe manifestar el propio pecado al confesor, lo que equivale a quitar al vicio el único freno que tiene; critican los votos de pobreza, castidad y obediencia, manifestando que son propios de hombres sacrílegos; pretenden demostrar que nada consigue el hombre con las obras buenas, haciéndose con esto viciosos y destruyendo la virtud; no quieren saber nada ni aun oír hablar de ayuno y abstinencia, de mortificación y de penitencias, fomentando así los apetitos de la carne y dejando paso franco a las tentaciones; desprecian el culto y la invocación a los Santos quitándoles con esto todo honor y a

a nosotros su patrocinio; no quieren que se ruegue por los difuntos, negando así la comunión de los Santos, y haciendo a los hombres ingratos y crueles con las almas del purgatorio; quieren que todos estemos obligados a tomar mujer destruyendo el ejemplo de Cristo Jesús y el de tantos Santos que por virtud permanecieron célibes.

Estas son algunas, que no todas, de las horribles impiedades y blasfemias que enseñan los maestros de esa religión impía que pretenden haceros abrazar. ¿No os basta esto sólo para conocer su maldad y su falsedad y tenerla horror? No esperéis de ellos la santidad; no es posible que de tales doctrinas salgan ni apóstoles, ni mártires, ni confesores, ni vírgenes, ni ningún santo, pues con semejantes doctrinas es imposible aun la misma salvación.

Alguien me dirá que, a pesar de todo, hay protestantes que no son tan malvados, que dan buen ejemplo, que hacen limosnas, que viven honradamente, y, por tanto, que éstos no pueden profesar tan execrables principios. Si, mi querido amigo, esto es verdad; pero eseuchad atentamente la contestación que voy a daros. Hay entre los protestantes algunos que, habiendo recibido una buena educación, teniendo buen sentido y natural honradez, viven honestamente y hacen alguna que otra obra buena; pero hacen esto porque renuncian de hecho a muchas máximas de su religión para vivir según la nuestra.

Si observaran ciegamente sus preceptos, serían tan execrables como los demás, y no siguiéndolos, muchas veces por bondad de carácter y otras por intuición natural, practican lo que prescribe nuestra Religión sin saberlo, y de éstos hay algunos ejemplares; en una palabra, esta es la diferen-

cia que hay respecto a la santidad: obedeciendo exacta y cumplidamente nuestra ley, somos santos, y observando ellos la suya estrictamente, son unos malvados, y sólo cuando no la observan y se acercan a la nuestra, es cuando son algo mejores; lo que demuestra que nosotros únicamente poseemos el don de la santidad, que compete exclusivamente a la Iglesia de Cristo Jesús.

No hablemos más de la carencia absoluta que los protestantes tienen de milagros, que ellos mismos se ven obligados a confesar, viéndose privados por tanto, de la prueba más hermosa que Jesucristo dió al mundo para que se conociesen aquellos que le pertenecían; tampoco diremos una palabra sobre la farsa que pretendió llevar a cabo Calvino, cuando, habiendo puesto a un hombre vivo en un féretro para que éste se levantara a su voz, fué encontrado, con confusión suya, muerto el que por unas cuantas monedas se había prestado a ejecutar aquella comedia sacrílega; todo esto debe servirnos para confirmarnos más y más en nuestra santa fe y en el amor a nuestra Religión católica apostólica romana, única que puede hacer santos y obrar milagros.

CAPITULO X

El protestantismo es falso, porque con sus principios hace imposible la salvación

Jesucristo vino a la tierra para que todos los hombres alcanzasen la salvación; esto es indudable, y con su divina predicación allanó el camino

del cielo de mil modos; lo allanó con el conocimiento que aportó al mundo de las necesarias verdades que debían saberse; lo allanó con el magisterio permanente que legó a su Iglesia, por medio del cual todos podemos llegar a la felicidad; lo allanó con la abundancia de gracias interiores y exteriores que concede; lo allanó con los Sacramentos, que son como canales por donde llega la gracia a nuestra alma; lo allanó con su ejemplo, que mueve tan eficazmente; lo allanó con las nuevas virtudes que hizo conocer. Pero los protestantes, envidiosos de tanto bien como Cristo Jesús nos había proporcionado, ¿qué hicieron? Cerrar a muchas almas las puertas del cielo. ¿No creéis posible tamaña iniquidad? Pues voy a tratar de demostrarlo.

Los católicos, para conocer con seguridad la verdad, y para practicarla, tenemos un medio simplicísimo al alcance de todos: la enseñanza viva de los sagrados pastores. Jesucristo estableció los Obispos, subordinándolos al Sumo Pontífice; los Obispos envían a los sacerdotes, y éstos nos enseñan lo que debemos creer y lo que debemos practicar; por este medio sabemos punto por punto qué verdades, qué misterios debemos creer, qué sacramentos recibir y con qué disposiciones, qué oraciones rezar, qué obligaciones son las de cada estado y de qué pecados nos debemos guardar para no caer en el fuego eterno.

Este medio, que, como vemos, es simplicísimo, es, además, seguro, porque siendo la Iglesia infalible, y estando los sacerdotes sujetos a la vigilancia de los Obispos, y éstos, a su vez, al Papa, no pueden enseñar otra cosa más que la doctrina de la Iglesia, y, por tanto, los fieles están seguros del todo de poseer la verdad. ¡Prueba admirable

de la sabiduría de ese Dios que todo lo dispone a su fin con sencillez y eficacia divinas! Pero los protestantes, destruyendo este hermoso orden de cosas, han pretendido que no es necesaria autoridad alguna, que no son precisos ni los sacerdotes, ni los Obispos, ni el Papa, ni la Iglesia, estableciendo el principio de que cada uno lea para sí la Biblia, que la interprete a su manera, que arregle sus creencias y las aplique a su modo, sin necesidad de ninguna otra enseñanza; lo que si fuese verdad (que gracias a Dios no lo es), haría preciso que todo el mundo se resignase a irse al infierno.

Y esto es evidente, porque, en primer lugar, ¿cómo nos arreglaríamos la mayor parte de los cristianos para leer y entender la Biblia? En la antigüedad antes de la invención de la imprenta, era punto menos que imposible obtener una copia sin cuantiosos dispendios, y eso si se podía lograr; en los tiempos medios, había muchos cristianos que no sabían leer, pues claro es que, no sólo los pobres y los labriegos carecían de instrucción, sino que tampoco la tenían la mayor parte o ninguno de los señores; ¿qué hubiese sido de sus almas, de existir ese precepto, que, por otra parte, nadie conocía, y que los mismos que gritan a voz en cuello ¡Biblia! ¡Biblia! no saben tampoco indicar el capítulo en que consta semejante precepto?

Aun en los tiempos presentes, en que la mayor parte del pueblo sabe leer, sería preciso decir también que, como en el pasado, son muchísimos los pobres que se condenarían, y precisamente Cristo Jesús ha dicho todo lo contrario: que el reino de Dios, el cielo, el paraíso, era principalmente para los pobres; luego el protes-

tantismo es falso, porque con sus principios los excluye del reino de Dios.

Pero supongamos que todo el mundo sabe leer, y que el que no sepa puede suplirlo oyendo leer a otros la Biblia: ¿podríamos, por esto, salvarnos? No; si fuese verdad el principio protestante, la mayor parte de los hombres no tendría tiempo ni medios de salvarse. Por otra parte, ¿de qué sirve leer la Biblia si no se entiende, o si se entiende al revés? En lugar de buscar la vida, hallaría la muerte. Si yo entiendo que Dios manda una cosa, cuando lo que ordena es lo contrario; si creo que es una verdad aquello que sólo es efecto de mi imaginación, ¿no es verdad que se volvería veneno lo que debía proporcionarme la salud? Porque la cosa es muy clara. La Sagrada Escritura es muy oscura y muy difícil de entender por dos razones: el antiguo Testamento comprende un período de cuarenta siglos, y no refiere más que los hechos más principales, y esto con mucha brevedad, y todos ellos son figuras del tiempo del cristianismo, el cual señalaban los profetas con más o menos claridad, mezclándolos con anuncios de sucesos que ahora tienen lugar. Su estudio requiere mucha fuerza de ingenio y mucha penetración; es necesario conocer a fondo la historia, la crítica, la geografía antigua, las leyes de aquellos tiempos, poseer las lenguas de aquella época y las que de ellas se derivaron; sin estos conocimientos, o no se entiende, o se entiende al revés, como precisamente sucede. El nuevo Testamento, a las dificultades del antiguo, reúne la obscuridad y profundidad propias de los misterios y de las verdades de que trata, como la Santísima Trinidad, la Encarnación, la gracia, los sacramentos y otros; pues en esta escritura divina

todos estas misterios no están más que delineados, porque la santa Iglesia los debía explicar de viva voz. ¿Cómo, pues, han de entender los cristianos por sí solos estas profundidades? Sería echar sobre sus hombros una carga abrumadora.

Los jóvenes, ni por su edad ni por su condición pueden dedicarse a este estudio. ¿Qué les sucede a los jóvenes, al traficante, al artista, al menestral, que por su trabajo no pueden dedicarse al estudio de la Escritura? ¿Y a la mujer, que por su número es la mitad del género humano? ¿Y al labriego? ¿Y a las personas dedicadas al servicio doméstico? Si no es suficiente la enseñanza de los sagrados pastores, si no basta aprender la verdad en la parroquia, si es necesario interpretar por sí mismos la Sagrada Escritura, todos estos pueden renunciar desde luego a su eterna salvación. ¡Qué crueldad más terrible!

A estas razones tan claras, ¿sabéis lo que contestan los protestantes? Se sulfuran cuando decimos que la Sagrada Escritura es difícil y oscura, y afirman que el Espíritu Santo da luces suficientes para que se conozca aquello que es necesario para salvarse. Pero como el sulfurarse no basta para tener razón, hagamos punto y pasemos a desatar esta dificultad.

Que la Sagrada Biblia es oscura, es muy cierto, y lo dice la misma Escritura. El Apóstol San Pedro, hablando de las cartas de San Pablo, dice terminantemente: *que son de las cosas más difíciles de entender, y que por eso algunos las alteran como hacen con las demás Escrituras*. Lo demuestran también los santos Padres de la Iglesia, los que, a pesar de ser sapientísimos y llenos de las luces de Dios, han dedicado mucho estudio y escrito grandísimos volúmenes para explicarlas.

Lo demuestran también los mismos protestantes con sus hechos, porque si la Escritura es tan clara, como dicen, ¿para qué tantos y tantos libros como publican explicándola? ¿Por qué, a pesar de estas explicaciones, no se encuentran dos que estén de acuerdo? ¿Por qué las creencias que fundan sobre estas interpretaciones son tan disparatadas? Están divididos en tantas sectas como cabezas, y aún se atreven a decir que la Biblia es clara. Cualquiera día podría ocurrírsele a cualquiera de ellos predicar que los burros volaban, y tendrían gentes que los creyeran.

Estas contradicciones en que incurren prueban hasta la evidencia qué verdad sea lo de la asistencia del Espíritu Santo; porque si contasen con la asistencia de este divino Espíritu, ¿sería posible que se contradijeran tan fácilmente? El Espíritu Santo no puede enseñar más que la verdad, y como la verdad no es más que una, debe enseñar a todos lo mismo; y como ellos se injurian, se contradicen y se excomulgan unos a otros, es claro como la luz que es un mito lo de la asistencia del Espíritu Santo.

Queda probado que, si la fe cristiana no puede formarse de otro modo que sobre la interpretación que cada uno haga de la Biblia, es imposible la fe a los más de los hombres, a pesar de Jesucristo, que vino a la tierra para abrir el camino de salvación a todos los hombres, pues ha puesto al mayor número (blasfemia tremenda) en condiciones de no poder procurarse la salvación.

Y de que esto es así quiero yo convencerlos, diciéndolos lo que dicen y qué hacen. Enséñannos que no se debe creer otra cosa más que la Biblia, y ¿qué hacen después? Ellos faltan los primeros, pues, en lugar de enseñar lo que la Biblia dice,

enseñan sus particulares teorías, pues se suben al púlpito, leen la Escritura y después la explican a su modo; pretenden que se les haga caso, que no se acepten las explicaciones que da la Iglesia católica, que únicamente se acepten las suyas, que son las buenas. ¿Qué quiere decir todo esto? Si, como dicen, la Sagrada Escritura es tan clara, ¿por qué se ponen a explicarla? Si el Espíritu Santo asiste al que la lee, ¿por qué le arrebatan su obra? ¿Sabéis lo qué es? Que como a pesar de lo que dicen, que basta leer la Biblia, si los fieles lo hiciesen ni sabrían lo que tenían que creer ni lo que debían practicar, para mantener en pie la secta necesitan enseñar algo de viva voz, lo que demuestra bien claramente lo que nos proponíamos: que la fe es imposible con sólo la lectura de la Escritura.

Mientras tanto, por eso, si se toman el trabajo de predicar, lo hacen únicamente con el objeto de exhibirse y poder presentarse con algún título o alguna autoridad. Conviene mucho conocerlos. Desprecian las enseñanzas de la Iglesia porque dicen que está compuesta de hombres, y, como tales, sujetos a equivocarse. ¿Y qué les sucede a ellos? ¿No son también hombres y sujetos a error? ¿O es que tienen algún especial privilegio? ¿Tienen tal vez intuición o poseen ellos solos la ciencia, la crítica, la historia, la cronología, el conocimiento de la antigüedad, las lenguas antiguas, etc.?

Supongamos que todo esto en la Iglesia no confiere autoridad. Supongamos que la ciencia de todos estos propagadores de la Biblia, ciencia que si no se ha adquirido en los cafés, las tabernas y cátedras por el estilo, no se sabe cómo ha venido a parar a sus cuerpos; supongamos que todos esos señores son sumamente sabios y doctos,

y díganos, por favor. ¿Es que toda la ciencia se ha refugiado en ellos, sin que haya quedado ni una migaja para los sacerdotes, los prelados y los doctores católicos? ¿Tienen, tal vez, la misión confiada a ellos por una autoridad legítima? Sí; tienen la misión que cada uno se ha dado a sí propio para hacerse propagadores de la Biblia, y algunos hasta expositores, y aun algunos (no os riáis) hasta mitrarse a sí propios de obispos. ¿Tienen, tal vez, la santidad de vida que les haga conspicuos? Pues que hagan algún milagro, que prueben su misión, y creeremos en ellos.

Algunos, yo los he oído, responden que ellos enseñan porque el Espíritu Santo, revelándose a los humildes, a los... (no acaban la frase por modestia, pero quieren decir que son elegidos por el Espíritu Santo por humildes y sencillos). Menos mal, pues sienta bien en los apóstoles un poco de humildad; solamente hay que hacer alguna observación a estos *humildes* y *sencillos*, y es que cuando alguna vez Dios se reveló a los humildes y sencillos, siempre les inculcó que abatiesen su orgullo, que se sujetasen siempre a las enseñanzas de la Iglesia, que no quisieran ser nunca preferidos a ninguno, que se considerasen siempre los últimos de todos; pero estos *humildes* y *sencillos* de nuevo cuño por humildad se apropian ellos solos la interpretación de las Escrituras; por humildad, la niegan a la Santa Iglesia; por humildad, llaman ilusos a los prelados de la Santa Iglesia; por humildad, niegan la autoridad del Sumo Pontífice; por humildad, anteponen su propio juicio al de tantos millones de católicos, de tantos grandes Santos que han asombrado al mundo con sus milagros, que han convertido a la fe los países más bárbaros. He

aquí la única observación que sobre este punto quería hacerles: pueden, por tanto, comprender, que si no estamos dispuestos a creerles, no nos faltan buenas razones.

Pero volvamos a nuestro asunto, dejando a un lado toda digresión. Para alcanzar la salvación es necesario, ante todo, pertenecer a la verdadera Iglesia y profesar su fe. Esto no lo dudan ni los protestantes, los cuales nos quieren atraer a su secta con el propósito de darnos la verdadera fe y hacernos pertenecer a la verdadera Iglesia.

He aquí dos hermosísimas razones que bastan, por ser tan claras, para abrir los ojos a los llamados protestantes. La fe, para ser tal, debe ser plena; de otra manera sería una opinión, una manera de ver, una probabilidad, y nada más. Luego si la fe se profesa solamente leyendo la Biblia, sin una autoridad infalible que la declare, es imposible que haya nunca una certeza. ¿Cómo estamos seguros de conocer el verdadero sentido de ella?

Los luteranos ven que los calvinistas la explican de un modo, de otro diferente los anglicanos, de otro los socinianos, de otro el mormón, el cuáquero, el unitario, etc. En medio de tanta explicación, ¿quién podrá alabarse de ser el privilegiado de seguir la verdad? Si no se creen a sí mismo infalibles, puesto que han negado la infalibilidad de la Iglesia, se verán precisados a dudar siempre: luego el que duda de una verdad no puede tener fe en ella, toda vez que la fe es una cosa en la que no cabe la duda; de donde resulta que es una verdad que los protestantes han cerrado las puertas del cielo a sus adeptos, porque les arrancan la fe de los corazones.

Además, para alcanzar la salvación es preciso

pertenecer a la verdadera Iglesia, que es como el arca de Noé, fuera de la cual ninguno puede salvarse del naufragio; y el Espíritu Santo nos dice que el que no escuche a la Iglesia debe ser tratado como gentil y publicano, o lo que es lo mismo, que debe ser considerado como fuera del camino de salvación. Pues bien: si es verdad el principio protestante, que cada uno debe buscarse su fe leyendo la Biblia, nos es imposible a todos nosotros pertenecer a la verdadera Iglesia, y, por tanto, salvarnos. Esta es la segunda razón que yo os proponía.

Pero ¿cómo es, me diréis vosotros, cómo es que los protestantes no pueden pertenecer a la verdadera Iglesia? Por dos motivos: el primero, porque no pueden tener Iglesia, y el segundo, porque, aunque entre ellos estuviese la verdadera Iglesia, no podríamos conocerla. Claro es que no pueden tener Iglesia, porque ¿qué cosa es tener Iglesia? Iglesia, a nuestro propósito, quiere decir multitud de personas que profesan la misma fe. Y ¿cómo queréis encontrar una multitud de personas que profesen la misma fe entre los que interpretan a su manera la Escritura? Esto es posible y fácil entre los católicos, porque todos creemos lo que cree la Iglesia; es imposible entre los protestantes, porque son tantos los modos de creer cuantas son las cabezas. Y de hecho sucede así que ninguno quiere sujetarse a lo que otro dice, y esto lo proclaman en alta voz. ¿En dónde está, pues, su Iglesia, esto es, una multitud que crea lo mismo, que tenga la misma fe? ¡Pobres protestantes, que al separarse de la Iglesia católica quedaron huérfanos de madre! Tened, a lo menos, el buen sentido, ya que no queréis volver a sus brazos, de no pretender arrancarle más hijos.

Pero ¿qué es lo que hacen? No teniendo Iglesia, se han fabricado muchas, y cada uno se levanta la suya y pretende que es igual a la establecida por Jesucristo. Las han establecido en Inglaterra, en Alemania, en Suiza y un sin fin en los Estados Unidos de América, y siempre una distinta de la otra, hasta que el día menos pensado se le ocurra a cualquiera levantar otras Iglesias. Pero, ¿y qué? Suponiendo que entre tantas falsas Iglesias hubiese una buena (y digo suponiendo, porque todas son falsas), ¿cómo se arreglarían los protestantes para conocerla y distinguirla de las otras? Nosotros los católicos tenemos los milagros, las profecías, los mártires, la santidad, el apostolado, la catolicidad y otras muchas señales más que la distinguen de todas las demás que pretenden pasar por verdaderas; pero los protestantes, a cuya Iglesia faltan evidentemente todas estas señales, ¿de qué manera conocerán entre las suyas la verdadera? No es posible. Y si no pueden reconocerla, ¿cómo harán para salvarse? Cristo Jesús prometió sus dones, asistencia y la salvación, no a cualquier Iglesia, sino a la suya. ¿Qué es, pues, lo que intentan esos infelices que se separan de la Iglesia católica? Su condenación. He aquí la terrible condición adonde quieren conducirlos.

Jesucristo, con su divina misericordia, os ha concedido el don de la fe, tan necesario para la salvación; os ha colocado como escogidas plantas en su hermoso jardín de la Iglesia para que podáis orar y adquirir frutos de vida eterna, y esos desgraciados quieren arrancaros la fe del corazón, y, separándoos de la verdadera Iglesia, colocaros en el camino de vuestra condenación. Por lo que amáis a Jesús, que os ha otorgado

tantas gracias; por lo que deseáis el paraíso, por lo que detestáis el infierno, guardad con cuidado vuestra fe, permaneced estrechamente unidos a la Santa Madre Iglesia y aborreced a aquellos que con inicua perfidia pretenden arrancaros la fe del alma.

CAPITULO XI

El protestantismo es falso porque carece de una cabeza suprema

Por poco que uno conozca la Religión católica, sabe muy bien que Jesucristo la ha fundado sobre una Cabeza suprema, que la gobierna siempre. Leed las hermosísimas palabras de Jesucristo, verdad eterna y fundador de la Iglesia: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A tí te daré las llaves del Reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra atado será en el cielo, y lo que desatares en la tierra desatado será en el cielo* (1). ¿Puede hablarse más claro? Cristo Jesús dice expresamente que *edificará la Iglesia sobre Pedro*: luego Pedro es la cabeza; dice que le *dará las llaves del cielo*, lo mismo que se dan a un rey cuando entra en una ciudad como signo de autoridad: luego Pedro es Príncipe de la Iglesia; los plenos poderes para *atar y desatar*: luego su autoridad se extiende a todos los fieles. Esto está tan claro, que es menester estar ciego para no verlo.

(1) Matth, XVI, 18, 19.

Después, para confirmar esta primacía de San Pedro, le dice que *apaciente sus ovejas*, que son los fieles, y *también sus corderos* (1), que son los obispos y los sacerdotes; le dice que *ha rogado por él para que no le falte nunca la fe, a fin de confirmar en ella a todos sus hermanos* (2); lo nombra siempre en el Santo Evangelio el primero de todos, para hacer notar su superioridad.

Todos los Santos más grandes de la Iglesia han interpretado lo mismo estas palabras, y por eso han considerado siempre a San Pedro como Cabeza de la Iglesia, como el Vicario de Cristo Jesús. Y no podía ser de otro modo. ¿Cómo hubiera podido mantenerse la Iglesia, que es tan vasta que abarca el mundo entero, sin una cabeza? Así como una familia no puede gobernarse sin un jefe que la dirija, mucho menos una ciudad, un reino, tantos reinos como son los que componen la Iglesia católica. Hace falta una autoridad suprema que pueda resolver las dudas que se ofrezcan, apacigüe las disensiones que se promuevan, que instruya a los pastores, que ordenen las diócesis, que regule la enseñanza para mantener la unidad de la doctrina, la concordia y la caridad.

Así como a la Santa Iglesia, por la voluntad de Dios, ha de durar hasta el fin de los siglos, esta Cabeza debe también conservarse hasta la terminación del mundo; de otra manera la Iglesia no se mantendría como la fundó Jesucristo, concorde, unida con la misma doctrina, el mismo orden. ¿Quién será, pues, esta Cabeza? No puede ser otra que aquel que haya sucedido legítimamente a San Pedro, esto es, el Romano Pontífice.

(1) Joann., XXI, 15, 17.

(2) Luc., XXII, 32.

San Pedro fundó la silla Romana, en ella vivió y en ella murió; aquella fué, por tanto, la verdadera silla de Pedro, en la cual se encuentran y a la cual pasaron todos sus derechos. Si los sucesores de San Pedro no fueran poseedores de su autoridad, ¿cómo se verificaría que la Iglesia hubiese sido fundada sobre Pedro, como lo dijo Cristo Jesús? Es, por tanto, innegable, que todos aquellos que en los siglos sucesivos han ocupado la silla de Pedro, son las verdaderas Cabezas visibles de la Iglesia.

Y por eso todos nuestros mayores en la fe, respetando todas las antiquísimas Sillas episcopales, dieron siempre la preferencia a la Romana. A ésta apelaban en todas sus disensiones, y ella resolvía las dudas; enseñó a los ignorantes, definió los litigios, condenó todos los errores; a la cátedra de San Pedro prestaron obediencia todos los príncipes cristianos, se sometieron todos los pastores reunidos en Concilio, obedecieron todos los católicos; y en prueba de que esta institución es cosa suya, Cristo la confirmó con su asistencia para que nunca viniese a menos. En las otras Sillas, aunque antiguas, se introdujo algún error, y en muchas, gravísimos; pero la de San Pedro nunca ha errado; las otras Sillas fueron casi todas destruídas o refundidas en otras, la de San Pedro, en medio de las persecuciones de los príncipes y de los emperadores, de las asechanzas de los herejes y de los esfuerzos de todos los malos, permanece incólume, y Dios la asiste tanto, que es el órgano de la sabiduría, que cuando ha habido algún Pontífice (que por fortuna han sido poquísimos) menos bueno, no ha permitido que enseñe cosa alguna contraria a la fe o a la moral, haciendo al mismo tiempo que, tanto este Pon-

tífice como los otros, confirmasen, según las palabras de Jesucristo, a sus hermanos en la fe, enseñando constantemente la verdad. ¡Admirable institución la que fundó el divino Salvador, tan beneficiosa para nosotros! Porque es como un faro que alumbra nuestras tinieblas, de tal modo que el que marcha siguiendo sus resplandores está seguro de no perder el camino del cielo.

Pero ¿qué es lo que hacen los protestantes? Quieren apagar el faro que tanto alumbra, quieren levantar esta piedra inamovible, esto es, quieren quitar, hacer que desaparezca el Romano Pontífice. Cristo Jesús ha dado a Pedro y a sus sucesores la autoridad, y ellos se la quitan; Cristo Jesús encomendó a Pedro la enseñanza, y ellos pretenden que calle; Cristo Jesús dijo a Pedro que confirmase a todos en la fe, y ellos recusan a Pedro, pretendiendo enseñar ellos solos la verdad; Cristo Jesús hizo a Pedro la cabeza, y ellos la desprecian para someterse, ¿a quién?, vergüenza da el decirlo: a un soldado que todo quiere arreglarlo con la espada, a un príncipe que no sabe una palabra de achaques de fe, a un joven, a una mujer, como ha sucedido algunas veces y sucede hoy en Inglaterra. Si esto no es una vergüenza, ¿qué será? ¿Es esta la religión a la que queréis llevarnos? ¿Es por esta religión por la que pretendéis que nos separemos del seno de la Iglesia católica? Sométanse ellos a quien quieran: nosotros únicamente reconocemos al Romano Pontífice y Vicario de Jesucristo en compañía de todos los Prelados, de todos los Doctores, de todos los Santos, y lo honraremos y lo ensalzaremos no reconociendo sino la verdadera Iglesia.

Una campesina hizo la siguiente pregunta a un señor que le hablaba de la religión protestante,

tratando de convencerla:—Está bien, ¿y ahora a quién debo obedecer?—A nadie—respondió el embaucador—; trabajad sólo para vos, leed la Escritura y de ella sacaréis vuestras creencias. Respondióle la joven:—Si mi gallinero no puede andar sin gallo, ¿cómo podrá marchar la Iglesia sin cabeza que la dirija? Con esta sencilla respuesta dejó confuso y corrido al falso apóstol.

CAPITULO XII

El protestantísimo es falso, porque suprime la confesión

Uno de los mayores beneficios que Cristo Jesús hizo al mundo con su venida, fué el establecer el Sacramento de la Penitencia; porque como los hombres son tan frágiles que continuamente caen en pecado, necesitaban un medio para obtener el perdón. ¿Y cómo hizo esto? Jesucristo, apareciéndose a sus Apóstoles después de su gloriosa Resurrección, sopló sobre ellos y les comunicó el Espíritu Santo, confiriéndoles la solemne potestad de perdonar los pecados, diciéndoles: *aquellos a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y aquellos a quienes se los retuviereis, les serán retenidos* (1). Así lo dice el Santo Evangelio. ¿Cómo puede ponerse esto en práctica? Por medio del sacerdote instituido juez por Jesucristo, ¿no es verdad? ¿Y qué es lo que hace el juez para absolver o condenar a un reo? Lo interroga, oye sus descargos y a los

(1) Joann., XX, 23.

testigos, y después lo condena o lo absuelve. Lo mismo hace el sacerdote, con la diferencia de que el juez externo puede valerse de testigos externos, y el sacerdote, que es juez, no de actos externos, sino de pecados que se cometen principalmente con el corazón, debe emplear el testimonio del mismo pecador, y he aquí por qué debe el mismo pecador manifestar su falta. No de otra manera pueden ponerse en práctica las palabras del Salvador, con las que ha querido que los Apóstoles y sus sucesores aten y desaten los pecados, y así lo ha practicado la Iglesia de Cristo en todos los siglos.

San Clemente, discípulo y sucesor de San Pedro, recomendaba calurosamente la confesión; Orígenes aconsejaba que se escogiesen confesores aptos; San Cipriano exhortaba a confesarse a menudo, a fin de que no nos sorprendiese la muerte sin confesión; San Jerónimo advierte que el confesor debe saber los casos en que puede o no absolver, y San Agustín predicaba a los fieles continuamente que no se avergonzasen y dijese con claridad y precisión todo aquello que conocieran habían hecho de malo, y lo mismo han predicado todos los Santos. Siendo, por tanto, una ley, un precepto, todos tienen obligación de confesar, sin que nadie pueda excusarse; y así vemos que se confiesan los Santos, los emperadores y reyes católicos, los religiosos, los sacerdotes y hasta el Romano Pontífice, cumpliendo así las palabras del Salvador.

Pero después que durante dieciséis siglos, la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, ha practicado la confesión en cumplimiento de lo que dijo Cristo Jesús, salen los protestantes diciendo que no es necesaria la confesión, que ésta es una

invención de los hombres, y que basta confesarse a Dios. ¿No es verdad que se necesita ser... no quiero decir la palabra, para decir todo esto?

La confesión es una invención de los hombres, dicen. Pues bien, decidme: ¿Quiénes son los inventores o el inventor de la confesión? ¿En qué tiempo se inventó? ¿En qué país se puso en práctica la primera vez? ¿Quiénes fueron los primeros en dejarse imponer este yugo de que antes estaban libres? Porque probablemente los antiguos, antes de someterse a este peso abrumador, habrían hecho algo para evitarlo, si los hombres de entonces no eran unos pobres animalitos.

Alguno que se crea algo más instruido, responderá que fué inventada la confesión en el Concilio Lateranense el año 1215; pero éstos, o no saben leer, o son muy maliciosos; porque en aquel Concilio se prescribió solamente, en vista de lo que sucedía, que los fieles confesasen a lo menos una vez al año, fijando al efecto la Pascua de Resurrección; por tanto, no se inventó, como dicen, la confesión, sino que se confirmó el deber de los cristianos a confesarse, fijando el tiempo en que debían cumplir este deber; como, por ejemplo, a uno que tuviese obligación de pagar una pensión se le señalase para hacerlo el día de San Miguel, el de San Juan u otro cualquiera.

La otra razón con que nos vienen es que *basta confesarse a Dios*. Sí, ¿eh? Si Dios ha prescrito que nos confesemos ante el sacerdote, ¿basta hacerlo sólo con Dios? ¿Quién ha instituído el Sacramento? ¿No fué el mismo Dios, como ya hemos visto? ¿Quiénes sois, pues, vosotros, para venir ahora diciendo que basta confesarse con Dios? No, no basta, porque Cristo Jesús así lo ha querido; no basta, porque ha expresado clara-

mente su voluntad; no basta, porque no sois vosotros los que dictáis leyes a Dios, es El el que os las impone, porque El es únicamente el que puede hacerlo; no basta, porque Jesucristo ha dicho terminantemente que los pecados retenidos, esto es, los no absueltos por sus ministros, serán retenidos en el cielo.

Es mucha arrogancia la de estos señores. Jesucristo nuestro Señor se complace, en vez de mandarnos al infierno, como mereceríamos por nuestros pecados, en perdonarlos cuando los detestamos de corazón, los manifestamos con dolor a los ministros de Dios y recibimos la absolución; y nosotros, soberbios, decimos a Dios que no nos gusta su institución; la rechazamos, y queremos sólo confesar con El. Decidme: si por esta soberbia y esta arrogancia Dios nos lanzase a lo más profundo del infierno, ¿no tendría razón sobrada?

Finalmente, no faltan tampoco algunos que dicen *que la confesión es inmoral*. ¿Por qué? ¿Porque instiga a cometer má fácilmente el pecado? ¡Ah! Bien se conoce que éstos han asistido poco o nada a la explicación del Catecismo y no saben de él una palabra. ¿Qué es lo que se necesita para que uno se aparte de cometer el pecado? El concebir de él gran horror, gran detestación, juntamente con una resolución firmísima de no cometerlo más. ¿Pues no son éstas, precisamente las condiciones necesarias para hacer una buena confesión? ¿No es esto lo mismo que recomiendan todos los misioneros, los catequistas, los predicadores todos, que no se cansan de decir en todos los tonos que si no tienen dolor, si no llevan propósito, no sirve ni poco ni mucho la confesión?

Por lo demás, es claro que en la confesión se

hacen aquellos actos que son más eficaces para separarse de la culpa. El error de los que critican la confesión consiste en que suponen que nosotros los católicos creemos que se perdonan los pecados sin odio y detestación de ellos y sin el propósito de no cometerlos más. Pero esto es falsísimo. ¿Por qué exponen una doctrina absurda? ¿Para tener el gusto de encontrarla falsa? Reconozcan la doctrina tal cual la expone la Iglesia, y después refútenla, si quieren y pueden.

La experiencia, como no podía menos, ha venido a confirmar el gran bien que ha traído la confesión. Hablemos claro. ¿Quiénes son los que más blasfeman, los que murmuran, los que más frecuentan ciertas casas y el trato con personas que pueden hacerles daño? ¿Son aquellos que se confiesan con frecuencia, o por el contrario, los que lo hacen una vez al año, si acaso, y esto para no ser censurados? Si tuvierais que hacer un contrato, ¿de quién os fiaríais más? Si vais a tomar estado, ¿cómo quisierais la mujer? Si tuvierais una necesidad apremiante, ¿a quién recurriríais? ¿A aquellos que andan alrededor de los confesonarios, o a los otros que ya sabéis?

Por lo demás, dejad tranquila la confesión, que es la que mantiene viva la fe, la que consuela nuestras almas, la que nos vuelve el bien perdido, la que nos reconcilia con Dios, que en vida cierra el infierno y a la muerte nos abre las puertas del paraíso?

En la ciudad de Nuremberg, tanto hicieron y dijeron los protestantes, que resolvieron abolir la confesión. ¿Y qué pasó? Los robos, los hurtos, la lujuria, los crímenes de todas clases inundaron de tal modo la población, que los magistrados decidieron enviar una diputación al emperador

Carlos V para que volviese a establecer la confesión, pues decían que *sin ella era imposible vivir*. He aquí cómo la confesión es altamente moral.

Los protestantes, no creyendo en este divino Sacramento, ni en su institución, también divina; no teniendo sacerdotes con facultades divinas de absolver o retener los pecados, demuestran bien claramente que no son la Iglesia de Cristo Jesús, única que tiene este privilegio.

CAPITULO XIII

El protestantismo es falso porque carece del beneficio de la sagrada Comunión

Después de la confesión, que nos purifica del pecado, el mayor bien que tiene el cristiano es la santa Eucaristía. Este es el Sacramento que más conforta y más honra al católico, porque con él, no sólo nos hacemos partícipes de la gracia, sino del mismo Cristo Jesús.

La santa fe nos enseña, respecto de este misterio, que por las palabras que en la consagración pronuncia el sacerdote sobre el pan y el vino, por virtud del Omnipotente cesan de ser vino y pan, pasando por una verdadera transubstanciación aquel pan y aquel vino a ser el Cuerpo y la Sangre del divino Redentor, tanto, que bajo las especies está verdaderamente, no la figura, sino el mismo Cristo Jesús, y lo está realmente y no en presencia imaginaria; substancialmente y no en sólo su virtud; así que el que recibe la Eucaristía recibe real y verdaderamente el Cuerpo de Jesucristo, su preciosísima Sangre, su Alma,

sacrosanta, su inefable divinidad. Y esto es una gracia tanto más grande cuanto más increíble, si no fuese el mismo Dios el que lo certifica; pero el Dios que es verdad eterna nos lo ha dicho de modo tal, que no es posible la duda.

He aquí cómo nos lo enseñó la primera vez que trató de esto, que fué cuando predicaba en la sinagoga de Cafarnaum: *En verdad os digo, son sus palabras, que si no comierais la carne del Hijo del hombre y no bebierais su sangre, no tendréis vida en Mí. El que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida* (1). Parémonos aquí.

¿Podía Cristo Jesús hablar más claramente para significar que verdaderamente quería darnos en comida su cuerpo y su sangre en bebida? ¿No dijo *el que come mi carne, quien bebe mi sangre?* ¿No repitió que su cuerpo es *comida* y su *sangre bebida*? ¿No añadió un significativo *verdaderamente*, para que nadie tomase en sentido metafórico sus palabras? Si alguno de sus discípulos se escandalizó de estas palabras y de estas promesas estimándolas imposibles de cumplir, ¿las rectificó Cristo Jesús? Todo lo contrario, las confirmó con multitud de fortísimas y enérgicas expresiones, repitiéndolas e inculcándolas por todos los medios y de todas las maneras. ¿Podrían suponer que Cristo no sabía hacerse entender o que quería engañarlos? Sería una blasfemia sólo el suponerlo.

Y como si esto no fuera bastante, cuando se acercaba la hora solemne de hacer el preciosísimo regalo a los hombres, habló del mismo

(1) Joann., VI, 51

modo. Tomó el pan, lo bendijo, y después lo presentó a sus discípulos, diciendo: *Este es mi cuerpo*; bendijo después el cáliz, y dándoselo a beber, les dice: *Esta es mi sangre*. ¿Pero a qué cuerpo y a qué sangre se refería? Al suyo propio, *a aquel cuerpo que sería condenado a muerte, a aquella sangre que sería derramada por los pecadores* (1).

Si se puede hablar más claro, yo no lo sé. Por esto es por lo que, por estas divinas palabras, los Apóstoles y la Iglesia toda practicaron siempre este misterio; por eso es por lo que los primitivos cristianos acudían solícitos a recibirle muy a menudo, como consta en las Actas de los Apóstoles; por eso es por lo que los gentiles, que no conocían este misterio, esparcían la especie de que los cristianos comían la carne de un niño sacrificado; por esto es por lo que la Iglesia despliega lo mejor y más espléndido de su culto en honra de Jesús Sacramentado.

Añadid a esto que Jesucristo, para confirmar este misterio, obró tantos y tan estupendos prodigios y milagros, que no los pueden negar ni los mismos gentiles, haciendo aparecer en la Sagrada Hostia, unas veces un niño de hermosura celestial, otras apareciendo en resplandores divinos, otras castigando con repentina muerte a los profanadores del Sacramento, otras colmando de gracias especialísimas a los que le recibían con fervor, y, finalmente, con pruebas clarísimas de su real presencia, según se refiere en la vida de los Santos y en la historia eclesiástica. ¿Y por qué por espacio de diez siglos o más, nadie, ni aun entre los herejes, por osados que fueran, se atre-

(1) Luc., XXII; Cor., XI, 24.

vió a poner en duda este Sacramento? El herejarca Berengario, que fué el primero que se atrevió a ello, se retractó después y murió arrepentido de todo corazón. ¿Queréis más? El mismo Martín Lutero, padre de los protestantes, jamás se atrevió a negar la presencia real de Jesús Sacramentado: tan expresa y claramente se consigna en la Sagrada Escritura y en los documentos antiguos.

Pero ¡quién creyera que los nuevos maestros irían más allá! Muchos de los protestantes modernos llevan tan adelante su sacrilegio, que no se contentan sólo con negar la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, sino que algunos llegan hasta llamarle un pedazo de pan. ¡Desventurados! Con eso dan un mentís al mismo Cristo, que, como ya hemos visto, afirma que aquello era su verdadero cuerpo, su verdadera sangre; dan un mentís a la Iglesia toda, que dedica lo mejor de su culto en honra del Sacramento y está dispuesta a derramar su sangre en defensa de esta verdad; dan también un mentís al mismo Lutero, el cual, aunque interiormente no lo creyese, jamás se atrevió a negarlo; es un error que condena uniformemente toda la Iglesia, los Santos Padres y muchos herejes antiguos y modernos; es más que diabólica soberbia: pretenden ser ellos los únicos que conocen la verdad. ¡Oh presunción satánica! ¡Oh temeridad sin nombre!

Por eso, cuando oigais esta execrable blasfemia contra el Dios de amor, que permanece día y noche en nuestros altares, concebid primeramente horror sumo al protestantismo, el cual nos hace en esto inferiores a los mismos judíos, los cuales, al menos, tenían la figura del divino Sacramento en el Maná, que conservaban en el

Arca, y después avivad y enfervorizad vuestra fe acerca de este misterio, demostrándolo con vuestra reverencia cuando estéis delante de él.

San Luis, rey de Francia, tenía tan viva fe, que invitado un día a que fuese a una iglesia, en la que por un milagro Jesús se dejaba ver en la Sagrada Hostia bajo la figura de un hermosísimo niño, respondió:—Vaya el que quiera, que yo no lo necesito. Maravillados de esta respuesta, le preguntaron:—¿Pero no queréis ver a Jesús? Y el Santo replicó:—Estoy por mí tan seguro de ello por la fe, que no necesito verlo con los ojos para creerlo.

Recibidlo, además, cuantas veces podáis, persuadidos de que de ninguna otra manera podéis pagar mejor que con este acto el amor que Jesús nos tiene. Finalmente, con estos obsequios especialmente dirigidos a su divino Corazón, le desagraviáis y le mitigáis las penas que le producen tantos y tantos insultos como le dirigen los malos cristianos, porque, o no le conocen, o lo que es peor, porque conociéndolo lo desprecian.

CAPITULO XIV

El protestantismo es falso porque no tiene sacrificio

Al error que hemos refutado en el capítulo anterior añaden los protestantes otro error también gravísimo, y por el que una vez más se demuestra que es falsa su doctrina: dicen que no reconocen y rechazan el santo sacrificio de la Misa.

Para que comprendais bien este error, debéis saber, en primer lugar, que el primero y principal deber que tenemos los hombres sobre la tierra para con Dios es reconocer su grandeza y su majestad: Dios es nuestro Criador, y nosotros sus criaturas; Dios es nuestro Señor, y nosotros sus esclavos; Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos, justos es, por tanto, que, como esclavos, como hijos y como criaturas, le rindamos tributo de adoración, de honor, de acatamiento, de respeto y de amor. Esto es indudable; pero hay más, porque habiendo pecado el hombre en Adán y habiendo nosotros añadido muchos pecados a aquel pecado, le somos deudores de una satisfacción que no podemos darle, tal es nuestra miseria y pequeñez. ¿Cómo haremos para satisfacer a Dios esta gran deuda?

Con la oración, con pedirle perdón y sobre todo con el sacrificio; ofreciéndole todas nuestras cosas, aun las más pequeñas, reconocemos que El es dueño de todo; haciéndole sacrificios venimos como a expresar que, a sernos posible, le sacrificaríamos nuestras personas en señal de aquella reverencia que le debemos y en satisfacción de aquella culpa que cometimos, y a este fin desde los primeros tiempos del mundo se usaron los sacrificios: Caín ofreció el fruto de sus campos, y Abel los mejores corderos de su ganado.

Más tarde fueron instituídas por el mismo Dios las ofrendas de pan y de vino y las primicias de los campos y de los ganados. Pero todo esto era muy poco para la ofendida majestad de Dios, cuando he aquí que el Hijo Unigénito de Dios, socorriendo nuestra pequeñez, que no nos permitía ofrendas dignas de El, viene a la tierra,

toma un cuerpo como el nuestro y se ofrece en sacrificio sobre el ara de la cruz para satisfacer todas nuestras deudas y honrar dignamente a su Padre; con esta ofrenda fué Dios aplacado y tuvo un culto de un valor infinito, tal y como le era debido. ¿Y después? Hecha ya aquella ofrenda, la Iglesia fundada por Jesús, ¿había de estar privada de sacrificios? Y nosotros, que somos hijos de Dios por la ley del amor y de la gracia, ¿habíamos de estar privados de aquello que no faltó ni a los antiguos patriarcas ni a los judíos? No, no; antes por el contrario, tendríamos un sacrificio digno de la majestad de Dios, ofreceríamos siempre a la Trinidad Santísima aquel mismo Jesucristo que se inmoló sobre la cruz, y renovaríamos, aunque sin derramamiento de sangre aquel mismo sacrificio, tal y como fué ejecutado; sacrificio admirable que como incienso preciosísimo sube hasta el trono de la Divinidad; sacrificio que complace al Señor, que mitiga su justicia, que le satisface por todos los beneficios que nos dispensa, que produce fecundísima lluvia de gracia sobre la tierra, y, sobre todo, que reconoce en nombre de todos los hombres su suprema y excelsa Majestad.

¿Pero cómo sabemos que verdaderamente Cristo Jesús instituyó este gran sacrificio? Lo sabemos por el mismo Jesucristo, el cual, en la última Cena, ofreció el primero este sacrificio y después ordenó a sus Apóstoles y a sus sucesores que hicieran lo mismo. Como este sacrificio consiste sobre todo en la consagración que representa la separación del cuerpo de la sangre de Jesús, y, por consiguiente, su muerte, así Jesucristo, consagrando separadamente, primero el pan y después el cáliz, vino a consumir El mismo

el sacrificio, y mandando después a los Apóstoles y sus sucesores que hicieran lo mismo que El, vino a instituirlo en toda la Iglesia.

Así se verifica aquello que dice David de Cristo Jesús; *que sería sacerdote según el orden de Melquisedech* (1), el cual ofreció sacrificios de pan y de vino; así se cumple la profecía de Malaquías, que desechados los sacrificios antiguos, sería ofrecida en el Oriente y en el Occidente, y aun en medio de los gentiles, *una oblación limpia y un sacrificio puro* (2); así se realizó el dicho de San Pablo, *que teníamos un altar del cual no podían participar los judíos* (3).

Basados en el ejemplo de Jesucristo y en las palabras de la Escritura, empezaron inmediatamente los Apóstoles a celebrar este divino sacrificio en todo el mundo. El Apóstol San Andrés, según se lee en el acta de su martirio, decía: Yo sacrifico diariamente, no la carne de un toro, sino el Cordero inmaculado sobre el altar, el cual, aunque todo el pueblo creyente coma de su carne y beba su sangre, permanece entero. Los demás Apóstoles establecieron en las iglesias que fundaban este sacrificio, como se ve por las liturgias antiguas. Los mismos herejes antiguos, que tanto impugnaron la Iglesia, al separarse de ella se llevaron y conservaron el sacrificio de la Misa; los Santos Padres, como San Clemente, discípulo de San Pedro; San Justino, mártir; San Ignacio, San Cipriano, San Juan Crisóstomo y San Agustín, no sólo celebraban la santa Misa, sino que lo hacían con una gran veneración y devoción; los Santos más doctos y más favorecidos por Dios,

(1) Ps. CIX, 4.

(2) Malaq., I, 11.

(3) Hebr., XIII, 10.

hasta nuestros días, fundaban su mayor delicia en celebrar este admirable misterio. Santo Tomás se consumía de amor cuando celebraba; San Felipe Neri y San Ignacio de Loyola no acertaban a separarse del altar, porque experimentaban delicias celestiales cuando celebraban, ayudando también muchas veces a los demás sacerdotes, y con gran fervor, estimándolo como un oficio de ángeles.

Pero después de tantos siglos en que esta tan auténtica verdad estaba establecida, vinieron los protestantes a negarla y a enseñar desde su cátedra de pestilencia que no creamos en la Misa, que no es necesario semejante sacrificio; y algunos llegan hasta decir que es una idolatría. ¡Ah, pérfidos enemigos de Jesús y perturbadores del pueblo cristiano! Decid al menos: ¿por qué no es necesaria la Misa? He aquí el por qué: porque dicen que Jesús completó la redención, y celebrando el sacrificio de la Misa le hacemos una ofensa, como si el sacrificio de la Cruz no hubiese sido suficiente. ¡Cuánta malicia y cuánta ignorancia contiene este argumento! ¿Y qué? ¿Es que los católicos pretendemos hacer otro sacrificio porque no fuese bastante el de la Cruz? No, y mil veces no; ofrecemos el sacrificio de la Misa para impetrar la aplicación de los frutos del sacrificio de la Cruz.

Habéis de saber, a propósito de esto, que Cristo Jesús, con su Pasión y muerte, mereció a todos los hombres el perdón de sus pecados, su reconciliación con Dios y la ayuda necesaria para salvarse; pero todas estas gracias es necesario que nos sean aplicadas. El ha acumulado, por decirlo así, un gran tesoro, que Cristo Jesús podía distribuirnos sin que nosotros le pidiéramos

ni una migaja; mas no quiere dispensárnoslo sin que nosotros hagamos algo por nuestra parte. Quiere regenerarnos con una nueva vida cuando venimos al mundo, pero quiere que pidamos el Bautismo; quiere perdonar nuestros pecados, pero quiere que nos esforcemos con su ayuda a detestarlos de todo corazón y los sometamos a la llave de la Iglesia; quiere unirse a nosotros y abrasarnos con las llamas de su amor, pero quiere que nosotros, por nuestra parte, hagamos por acercarnos a El, ya con actos de amor, ya con la sagrada Comunión; quiere dar el paraíso a aquel que lo haya merecido, pero quiere que nosotros hagamos por adquirirlo con nuestras buenas obras; quiere, en el caso presente, hacernos partícipes de todos los frutos del sacrificio de la Cruz, pero quiere que nosotros, renovando aquel gran sacrificio en el altar, hagamos memoria, con afecto, con reverencia, con fe, con amor, de todo lo que El hizo y sufrió por nosotros.

Así se explica lo que dice San Pablo de *llenar en su cuerpo aquello que faltaba a la Pasión de Cristo para su Iglesia* (1), que es lo mismo que decir, que si bien Jesucristo había satisfecho por todos con precio abundantísimo, quiso, sin embargo, que cada uno con oraciones, con súplicas y con sacrificios se lo apropiase aplicándose a sí mismo tal precio, y así nuestras obras son condición precisa y medio para aplicarnos la Redención.

Y esta doctrina, en vez de ser una ofensa a Nuestro Señor, como dicen los protestantes, le da gran honra; en primer lugar, porque reconocemos que sin Jesús no habiéramos tenido jamás

(1) Coloss., I, 24.

el tesoro de méritos y de gracias que son necesarias para nuestra salvación, y después, porque reconocemos también que sin Él no nos serían conferidas estas gracias ni aplicados estos méritos. En segundo lugar, porque confunde la malicia de los protestantes, los cuales, con el pretexto de que con nuestros esfuerzos, con nuestras buenas obras y con el sacrificio de la Misa hacemos ofensa al sacrificio de la Cruz, se hacen la ilusión de creer que no están obligados a hacer nada, esperando su salvación con una presuntuosa confianza en la muerte de Jesús. Que todo esto es extraño al espíritu cristiano lo comprende cualquiera que no haya perdido del todo el sentido común, o que entienda, a lo menos un poco, el sentido del Evangelio, el cual en todas sus páginas induce al hombre a abstenerse, combatiendo consigo mismo, de todo mal, y a practicar, cueste lo que cueste, las buenas obras.

Por eso cuando os digan que el santo sacrificio de la Misa hace agravio y causa ofensa a Jesucristo, contestad que lo que ofende y agravia verdaderamente a Dios es la ingratitud de los herejes para tan gran beneficio, su perfidia en desconocerle, su malicia en propagar el error y en seducir a los cristianos.

No os contentéis, por tanto, con tener horror a aquellos que desacreditan y se burlan de este divino sacrificio; preciaos más y más de ser de aquellos que con asiduidad oyen la Santa Misa, porque entre todas las oraciones que podéis hacer ninguna es comparable con ésta. En este sacrificio es en el que Cristo Jesús en cuerpo y alma desciende sobre el altar para inmolarse de nuevo. En él es en el que se ofrece otra vez a su Padre celestial cuando con su mediación divina pide

por nosotros, y bajan gracias dulcísimas y en gran número sobre la tierra, y allí es donde no nos niega nada que sea conveniente para nuestra salvación. ¡Desgraciado el mundo, si no existiese el sacrificio de la Misa! ¡Tal vez Dios lo hubiera mil y mil veces aniquilado, como lo hizo cuando el diluvio! ¡Desgraciados de nosotros, si cesara de celebrarse el sacrificio del altar en nuestra patria!

CAPÍTULO XV

El protestantismo es falso porque no tiene tradición

El protestantismo es una religión falsa porque desconoce y rechaza muchas de las instituciones que Jesucristo estableció y que quiso que se conservasen para siempre. Mas para darse un poco de tono y engañar más fácil y seguramente, aparenta tener un gran respeto a la palabra de Dios, la ensalzan los herejes, la alaban a todas horas y en todos tonos; venga o no venga al caso, gritan: la palabra de Dios, la palabra de Dios. Si esto al menos lo dijesen con sinceridad y buena fe, algún bien harían en medio de tanto mal como causan; pero la verdad es que este respeto no es más que una farsa, porque en la palabra de Dios han hecho y hacen los protestantes con esa interpretación privada tal destrozo, que causa horror. A la palabra de Dios la hacen expresar las más absurdas contradicciones, las blasfemias más impías; la palabra de Dios, mutilada en sus Biblias, la esparcen por todas partes, inundando con ella todos los países, incluso los que aún no

están civilizados, con el pretexto de que conozcan la verdad, en algunos de los cuales hacen los salvajes con estos libros todos los usos que el lector quiera suponer. Este es el fruto que con más frecuencia saca de su propaganda la Sociedad Bíblica.

Uno de los agravios más graves que causan a la palabra de Dios, es ocultarla en gran parte a los fieles. ¡Cómo!, me diréis: ¿los protestantes ocultando la palabra de Dios? ¿Pues no son ellos los que dicen que los católicos somos los que ocultamos a los fieles la palabra de Dios?

Os lo voy a explicar. Los protestantes hacen como algunos malos deudores que se fingen acreedores para no pagar lo que deben; he aquí cómo:

La palabra de Dios la sabemos nosotros por boca de los Apóstoles y de los Evangelistas, los cuales nos la han transmitido habiéndola ellos oído al mismo Jesucristo; y como tanto los Apóstoles como los Evangelistas estaban especialmente asistidos por el Espíritu Santo, para no engañarse ni engañar, conforme con la promesa de Jesús, la transmitieron pura y sin mancha de error alguno. De dos maneras la transmitieron: una, consignando por escrito los casos referentes a Jesucristo, que es el libro del Nuevo Testamento, y por eso con razón decimos que este libro contiene la palabra de Dios, y por eso le tenemos en gran reverencia. El otro modo, con el, cual transmitieron la divina palabra, fué el de la predicación; y así como eran asistidos por el divino Espíritu Santo cuando escribían, lo eran también cuando predicaban. Y de este segundo modo principalmente fué con el que propagaron la palabra de Dios, modo establecido por su

divino Maestro, el que indicó a los Apóstoles cuando les mandó a predicar la fe y a implantarla en el corazón de los hombres. La palabra de Dios, así enseñada de viva voz, fué escuchada por el pueblo a los pastores que los Apóstoles ponían para régir las Iglesias recién fundadas; fué luego guardada cuidádosamente en los escritos de los Santos Padres, en los decretos de los Concilios y en las oraciones públicas transmitidas hasta nosotros; y esto es lo que llamamos la tradición, porque así fué transmitida, esto es, consignada desde nuestros mayores en la fe.

Que la tradición sea necesaria a la Iglesia católica es indudable por la autoridad de la misma Escritura. ¿No es la Escritura la que nos dice con San Pablo: *Por tanto, hermanos, guardad la tradición que habéis recibido, sea de palabra o por escrito*? (1). ¿Sobre qué se funda San Jerónimo cuando dice que es manifiesto que los Apóstoles no enseñaron cosa alguna por escrito, y sí mucho sin escritos? ¿No es San Juan el que afirma: *Teniendo muchas cosas que escribiros no quiero hacerlo por papel y tinta, sino de viva voz*? (2). ¿No es San Pedro el que dice a Timoteo: *Tu tienes la palabra sana que me has oído, consévala como un buen depósito* (3); y más abajo: *Las cosas que has oído de mí por muchos testimonios, recomiéndalas a los hombres fieles que sean a propósito para enseñarles después a otros*? (4). ¿Puede darse nada más claro para demostrar la tradición? Es todo un proceso. El Apóstol habla, el testigo recoge las palabras, San Timoteo las

(1) Thess., II, 14.

(2) II S. Joann., II, 12.

(3) Timoth., I, 13-14.

(4) Timoth., II, 2.

transmite a otro, pásase de boca en boca como una especie de fideicomiso sagrado, y así la tradición se mantiene en la Iglesia. ¿No es esto claro y sencillo?

Por otra parte, si en la tradición no se conservara la palabra de Dios, sería necesario condenar como fuera de la fe a casi todas las antiguas Iglesias, aun las fundadas por los mismos Apóstoles, porque todas fueron creadas por medio de la predicación y no de otro modo. Porque esta parte del Nuevo Testamento no fué escrita hasta sesenta años después de la muerte de Jesús, y no fué toda recogida al mismo tiempo y hecho conocer a toda la Iglesia, sino después de otros cuatrocientos años. Si, pues, no queremos decir que muchas de las antiguas Iglesias, llenas de fervor y que habían mandado ya al cielo infinidad de mártires, carecían de fe porque no tenían la palabra escrita, sino únicamente la tradición, claro es que ésta contiene viva y verdadera la palabra divina.

¿Queréis, por último, más pruebas? Que la tradición contiene la divina palabra, lo sabemos también por los mismos protestantes, los que, contradiciéndose a sí propios, como acontece con todos los herejes, mientras por una parte se obstinan en negar una cosa, por otra la afirman. Ellos ponen todo el fundamento de su fe en la Escritura, asegurando que en ella únicamente está la palabra de Dios; pues bien: sería preciso que supiéramos con toda seguridad qué libro es, de los muchos que hay, el que contiene la verdadera Sagrada Escritura, y que estuviéramos ciertos de que no estaba adulterada. ¿Cómo podrán asegurarse de esto? Únicamente recurriendo a la tradición que se conserva en la

Iglesia católica. Por tanto, si quieren tener Biblia, deben antes admitir la verdadera tradición. Así, pues, resulta que cuando les conviene admiten la tradición, y después, porque admitiéndola se encontrarían convictos de falsedad, la rechazan, obrando en esto como en todo, a capricho, no regulándose por la norma de la verdad sino en aquello que creen les conviene mejor para sus preconcebidos designios.

Por eso, renunciando como lo hacen a tanta hermosa tradición que les recuerda la verdad, y no sólo renunciando, sino condenándola, vienen a ocultar gran parte de la divina palabra. Todo lo que los Apóstoles oyeron a Jesucristo, mucho de lo cual no consignaron en el Evangelio; lo que Dios les inspiró para que lo enseñaran de viva voz y lo pusieran en práctica al establecer las Iglesias, todo esto lo ocultan, privando así al pueblo fiel de muchas sublimes verdades, de muchas prácticas necesarias; en una palabra: ocultan gran parte de la divina palabra, mientras por otra parte pretenden tenerle sumo respeto.

De aquí podréis sacar otra consecuencia muy importante, y es lo que debéis contestar a ciertos maestros de iniquidad cuando preguntan de una manera insidiosa respecto de algún punto de la doctrina católica. ¿Dónde está escrito, os dirán tal vez, en el Evangelio que se debe, por ejemplo, ayunar? ¿Dónde consta que debemos ir a la iglesia, que recibamos los Sacramentos, que nos ejercitemos en obras de piedad? Podéis responderles que todo esto está bastante claro en el Nuevo Testamento para el que tenga ojos para leerlo, pero que aunque no estuviese escrito, no importaría, porque es palabra divina revelada a los Apóstoles y confiada por éstos a la Iglesia que

nos lo ha enseñado, y que la palabra de Dios que viene por este conducto es tan infalible como infalible es lo que se escribió en el Nuevo Testamento, y, por tanto, si es sacrilegio refutar o rechazar la Escritura, sacrilegio es el rechazar o refutar la tradición.

Pero dicen los protestantes que la Escritura condena la tradición, y podéis responderles que faltan abiertamente a la verdad, pues que, por ser todo lo contrario, la Escritura la recomienda y la inculca frecuentemente. San Pablo quiere que se guarde fielmente la tradición, que nadie admita otra doctrina fuera de aquella que se ha predicado, y que ciertas cosas no quiere hacérselas conocer por escrito, sino de palabra.

Si una vez Jesús reprendió a los fariseos porque faltaban a la ley, por observar su tradición (1), Jesús no hablaba ni se refería en modo alguno a la tradición apostólica; se refería y reprendía ciertas costumbres introducidas en el pueblo subrepticamente contra la autoridad divina. ¡Qué bien! Porque se reprendan los abusos introducidos en las leyes, ¿será menester echar abajo todas las leyes? Jesucristo prohíbe ciertos abusos de los judíos, que por observarlos violaban la ley; pero concedamos este derecho a los doctores protestantes que tienen a menos aceptar las enseñanzas de los Apóstoles, que están hechas conforme a los preceptos divinos; ¿no es esta una manera donosa de discurrir? Pues así son. Nosotros no reconocemos por tradiciones apostólicas sino aquellas que están aprobadas como tales, con todo rigor, por los Santos Padres, por los Doctores y por los monumentos antiguos

(1) Matt., XV, 3 y sig.

de la Iglesia; no la recibimos del pueblo, sino de los pastores; no la aceptamos si está en oposición con la consignada en las Escrituras, porque una palabra divina no puede oponerse a otra divina palabra; finalmente, no la admitimos sino sancionada por la autoridad de la Iglesia, que no puede faltar ni engañar en el depósito que Dios le ha confiado, y por eso reconocemos también a la Sagrada Escritura, la que nos obliga a someter a la Iglesia todas nuestras dudas.

Al resistirse, por tanto, a recibir la tradición, bajo el pretexto de que Cristo ha vedado ciertas costumbres del pueblo judío, mal entendidas y peor observadas, o ignoran lo que es tradición, o no comprenden lo que ha dicho Jesucristo, o buscan un pretexto para encubrir su desobediencia y rebelión.

Queda demostrado, por tanto, que los protestantes, no teniendo tradición, no tienen divina palabra, y no teniéndola, no son, ni pueden ser, la verdadera Iglesia, y, por tanto, queda probado que es falso el protestantismo.

CAPITULO XVI

El protestantismo es falso porque condena la abstinencia y los ayunos

Cristo Señor nuestro vino al mundo para reformarlo, y a este fin declaró principalmente la guerra a los vicios que predominaban, como eran la soberbia, la avaricia y la sensualidad. ¿Cómo se pueden reprimir y vencer estos vicios? No de otra manera que combatiéndolos a todo trance

con la mortificación. Por eso el Santo Evangelio recomienda en todas sus páginas que hagamos guerra a nuestra voluntad, a nuestros vicios y a nuestras concupiscencias; el que no ha comprendido esto, ni ha entendido el Evangelio ni la doctrina de Jesucristo.

Como se ve, pues, es necesario hacer penitencia, ya para satisfacer por nuestros pecados que las pasiones nos han hecho cometer, ya para destruir en nosotros mismos nuestra viciosa costumbre, y sobre todo, para refrenar la carne soberbia y orgullosa, y que si no se la sujetara nos arrastraría a todos los vicios, a todos los excesos. Por eso principalmente, contra el vicio de la carne ordenó Jesús el santo ayuno. Nos hizo saber *que ciertos demonios* (que, según común sentir de los Santos Padres, son los de la sensualidad) *no se pueden vencer sino con las oraciones y los ayunos* (1); nos hace saber que cuando se *hubiera marchado el esposo*, esto es, cuando se haya alejado su visible presencia, se debería ayunar (2), y supuesta esta obligación, dice, que cuando ayunemos no hagamos como los *fariseos, que se blanqueaban la cara para aparentar con su palidez que ayunaban*, sino por el contrario, que debíamos hacerlo con alegría para que no se crea que hacemos mucho por Dios, cuando en verdad tan poco hacemos (3).

Además, como El se complacía en darnos ejemplo en todo, aunque ninguna necesidad tenía de ayunar, puesto que no podía correr peligro su santidad ni seducirle su purísima carne, a pesar de esto se retiró al desierto y pasó cuarenta días

(1) Marc., IX, 28.

(2) Matth., IX, 15.

(3) Matth., VI, 16.

con cuarenta noches en rigurosísimo ayuno. Con este precepto y este ejemplo, la Iglesia prescribió el ayuno a sus fieles; esta prescripción es de dos maneras: lo prescribe más riguroso en la Cuaresmas, en las cuatro Témporas y en ciertas vísperas, en las que quiere que nos abstengamos de carne y que sólo se coma una vez al día, prescripción hoy más atenuada que en otros tiempos.

¿Qué cosa hay más justa en sí misma, más conveniente al pueblo cristiano y más conforme con la voluntad de Jesucristo? ¿Puede haber duda de que la verdadera Iglesia de Cristo debe ser aquella que, obedeciendo este precepto, imita a su Fundador? ¿Qué se dirá, pues, de los protestantes, que en lugar de esto lo rechazan y aun lo critican?

Jesucristo ha dicho a propósito de esto, *que no es lo que entra por la boca lo que contamina, sino lo que sale del corazón* (1), esto es, las imprecaciones, las blasfemias, las injurias, las ofensas a la caridad. Sí; Cristo ha dicho esto, pero estas palabras están bien lejos de condenar el ayuno. Para comprenderlas es necesario saber que los judíos, siempre carnales y estólidos en su modo de ser, eran tan rudos de entendimiento, que creían que comiendo ciertas cosas que les estaban prohibidas contaminaban el alma, como si el alma se manchara con la comida y la bebida. El Señor, para arrancar de raíz este error, les dice que si comen no se manchan materialmente, y que lo que mancha son los afectos inicuos y la perversidad del corazón. Y esto es mucha verdad. Pero los cristianos no hemos creído nunca que la comida material manchase, no; creemos

(1) Matth., XV, 11,

todo lo contrario: creemos que lo que mancha el alma es la violación del ayuno y de la abstinencia, es la *desobediencia* del que resiste a lo que la Iglesia manda y a lo que manda el mismo Jesucristo; el negarse a hacer penitencia cuando ésta es impuesta por quien tiene autoridad legítima, el no querer conformarse con el ejemplo de Jesús, que lo dejó para que lo imitásemos. Esta voluntad perversa es la que mancha y contamina el corazón y ofende a la Majestad divina. Así, pues, cuando oigáis decir que lo que entra por la boca no contamina, debéis decir que lo que entra contra la voluntad de Dios, con espíritu de rebelión contra la Iglesia, contamina, sí, y contamina tanto, que merece el infierno por una eternidad; el que no sigue a la Iglesia obra como gentil publicano (1), dice Jesús; y tan verdad es que no creemos que la comida manche el alma, que a los enfermos se la permite la Iglesia, y no lo permitiría si fuese pecado.

Y que este sea el verdadero sentido de la palabra de Jesús se prueba con sus mismas obras; porque si hubiera condenado el ayuno, como dicen los protestantes, ¿cómo hubiera ayunado El? ¿Es que Jesús mandaba una cosa y practicaba otra? ¿Por qué ayunó San Juan Bautista? ¿Por qué ayunaron los Apóstoles, como nos dice la Escritura? ¿O es que los Apóstoles ignoraban que el ayuno estaba prohibido por Jesús? Condenad, pues, si tenéis valor, condenad al Salvador y a sus Apóstoles; pero conste que la Iglesia cumple perfectamente prescribiendo el ayuno.

¿Os será suficiente saber la razón verdadera del por qué los protestantes y los libertinos rechazan

(1) Matth, XVIII, 17.

y trinan contra el ayuno? Pues es sencillamente el amor desenfrenado a su propia carne; el no haber comprendido nunca aquello que dice el Apóstol: *Que el que pertenece a Jesucristo tiene que crucificar su propia carne, sus vicios y su concupiscencia* (1); ni aquello que predicaba el mismo Apóstol, cuando decía: *Yo castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre* (2).

Son ellos míseros esclavos del placer y de la voluptuosidad, y por eso no pueden sufrir que se hable de maceraciones, de ayunos y de penitencias. Como les es muy vergonzoso el manifestar la verdadera causa que les mueve, se hacen la ilusión y pretenden hacer creer que Jesucristo ha vedado el ayuno.

CAPITULO XVII

El protestantismo es falso por las mentiras y contradicciones que propala

Entre tantos maestrillos como hoy se afanan para seducir al pueblo católico, no hay ninguno que exponga con claridad su doctrina; no la apoyan en argumentos convincentes, ni destruyen con fuertes razonamientos las objeciones que se les hacen, como lo exige un método verdaderamente científico, tal y como lo emplea la Iglesia católica; no hacen más que acumular falsedades e inventar calumnias, y con esto creen probar la verdad del protestantismo. Se ven obligados los

(1) Gal., v, 24.

(2) Cor., ix, 27.

muy cuitados a hacerlo así, porque si tratarasen de establecer una razonada discusión sobre su doctrina, aparecería en seguida aquella Babel en que están envueltos, pues no son dos las sectas que piensan del mismo modo. Pero ¿cómo no se avergüenzan de hacerlo así, sabiendo que no por acumular falsedades y calumnias demuestran la verdad de lo que predicán? He aquí una breve prueba, suficiente para mi intento.

Dicen que la Iglesia impide que se lea la Biblia, porque no quiere que los fieles conozcan por sí mismos el Evangelio; falso, falsísimo: ¿conque la Iglesia no permite la lectura de la Biblia, y la ha dejado traducir en todos los idiomas, aprobando las traducciones? Lo que la Iglesia católica no quiere es que se lean las Biblias mutiladas y falsas de los protestantes, como, por ejemplo, aquella de Deodati, a la que le faltan muchos libros, y en los que contiene están alterados muchos textos; no quiere que se lea sin las oportunas notas, para que no suceda aquello que la misma Iglesia enseñó, esto es, que los fieles, entendiéndola al revés, caigan en el error en vez de buscar la verdad; lo que es muy fácil sucediese, porque muchos lugares que, la Biblia contiene, son difíciles de comprender, como los testifica el Apóstol San Pedro.

Dicen que basta con atenerse únicamente a la Biblia y no a lo que la Iglesia enseña, o sea a la tradición. Falso, porque ellos son los primeros en confesar que nadie puede saber de cierto cuáles son los libros que verdaderamente contienen la sagrada palabra, ni saben con certeza cuál sea la parte legítima, ni si la traducción está fielmente hecha faltando el original, ni cuál sea el libro escrito bajo la inspiración del Espíritu

Santo, si no se acude a la tradición, o sea a las enseñanzas de la Iglesia católica. Pero si la tradición no yerra en aquello que para ellos es el fundamento de su religión, ¿por qué ha de errar en las verdades particulares que enseña?

Dicen que la Biblia es clara y que cada uno la puede interpretar por sí mismo, y después son ellos los primeros en exponerla y explicarla de mil maneras contradictorias, como ya hemos dicho, no sólo de palabra, sino en multitud de libros y folletos.

Dicen que no debe uno atenerse a las explicaciones de la Iglesia católica porque está sujeta a equivocarse. Y ellos cuando la explican, ¿son, por ventura, infalibles? Al juicio del Romano Pontífice, de todos los Obispos, de los Santos Padres y de los Doctores, ¿debe prevalecer el juicio de un ministro protestante?

Dicen que el espíritu Santo ilumina a aquel que lea la Biblia con humildad, ¡y no se encuentra entre ellos mismos dos que con toda humildad la entiendan del mismo modo! A los luteranos, el Espíritu Santo les dice que Cristo es Dios; a los socinianos y unitarios, que es un simple mortal; a los anglicanos viejos, les ha revelado que Cristo Jesús está substancialmente presente en la Eucaristía; a los luteranos, que está en el pan solamente, y a los zwinglianos, que no está en ninguna parte. ¡El Espíritu Santo, espíritu de verdad y de santidad, cómplice de las más torpes contradicciones! ¡Ah, blasfemos!

Dicen que se debe creer aquello que, al leer la Biblia, el Espíritu Santo nos haga conocer ser verdadero; y cuando los católicos, leyendo la Biblia, encuentran la infalibilidad, la indefectibilidad, la permanencia del Romano Pontífice, los

santos Sacramentos, la santa Misa y todas las demás verdades católicas, entonces ¿se ha de dar crédito a la iluminación interior y rechazar lo que el Espíritu Santo enseña?

Dicen que los católicos no conocemos la verdadera fe, y que ésta sola justifica al pecador, bastando para salvarse. Falso, y más que falso, mentira. Primero, porque es falso que la fe justifique por sí sola, siendo así que no basta si no la acompañan las obras, el dolor de haber pecado, el propósito firme de no cometerlo más y el manifestarlo al confesar para que lo perdone. Falso, en segundo lugar, porque lo que ellos entienden por fe que justifica, es un error y una estupidez que no tiene ningún fundamento ni en la verdad ni en la Escritura, entendiendo por fe una confianza ciega en la muerte del Redentor, con la cual, y sin hacer nada por su parte, el pecador se apropia dichos merecimientos, cuando en el Evangelio no se habla de esta clase de fe. Falso, en tercer lugar, porque la fe cristiana es muy diferente de la confianza ridícula de que se nos habla; pues es, por el contrario, una virtud por la cual creemos en Dios, en su infinita bondad y verdad, y en cuanto nos ha revelado y la Iglesia nos enseña; no es, por tanto, una confianza desprovista de la esperanza y de la caridad. Falso, por último, porque niega a los católicos la verdadera fe, cuando éstos únicamente son los que la tienen, los que la entienden y los que la practican.

Dicen que la Iglesia, al principio, era verdadera, pero que, andando el tiempo, se maleó, y por eso vino necesariamente la reforma; falso, porque la Iglesia católica no se ha corrompido ni puede corromperse en ningún tiempo, por

cuanto esta corrupción caería sobre Jesucristo; porque habiendo asegurado Jesús a la Iglesia que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella, que El permanecería siempre en medio de ella para mantenerla, que la mandaría al Espíritu Santo para sustentarla siempre en la verdad, si después de todo esto la Iglesia hubiese caído en error, habría Jesús faltado a su palabra, y el error debía atribuirse a que no quiso, o no pudo, o no supo mantenerla, lo que sería horrible y tremenda blasfemia contra Jesucristo. El tratar, pues, de reformarla es una audacia incalificable, al par que una gran injuria a Dios nuestro Señor.

Reconocen que la verdadera Iglesia debe ser una, santa, católica y apostólica; y es claro que así debe de ser, porque Jesucristo sólo estableció una Iglesia, fundada sobre el cimiento de los Apóstoles, a los que encomendó la conquista del universo. ¿Dónde se encuentra vestigio alguno de esto entre los protestantes? ¿Unidad? Entre los católicos la unidad existe en la doctrina, en la fe, en la ley, en el culto, en la dependencia del Romano Pontífice; mientras que entre los protestantes no se ve ni sombra de esto. Esta secta tiene un sin fin de cabezas, independientes la una de la otra, y lo que es más, ninguna de ellas se cree obligada a creer lo que la otra propone.

Desde Lutero, las sectas se cuentan por millares, y apenas nace una se divide y subdivide en grupos y familias, reduciéndose casi a secta por individuo, tanto, que ni aspecto siquiera les queda de sociedad religiosa.

¿Santidad entre los protestantes? ¿Cómo se atreven los protestantes, aun cuando no les falta arrogancia para ello, a pretender tener ellos santidad? ¿Dónde están entre ellos los hombres ver-

daderamente apostólicos, como existen a miles entre nosotros, aun en estos últimos años, tales como San Javier, San Francisco Solano, San Pedro Claver, Leonardo de Porto Mauricio y otros? ¿Quién entre ellos ha fundado hospitales, congregaciones piadosas, asistido a enfermos, marcándose en ellos de una manera visible los dones del Espíritu Santo, como en un San Juan de la Cruz, Camilo de Lelis, Vicente de Paul, Francisco de Sales y Teresa de Jesús? ¿Quién de ellos se ha ajustado a la penitencia, a la pobreza voluntaria, al ayuno casi continuo, a las más heroicas virtudes, como Luis Gonzaga, Magdalena de Pazzis, Margarita Alacoque, Alfonso Ligorio, Benito Labre y otros muchísimos más? Mientras entre los católicos los podemos contar a millares, entre los protestantes no existen ni sombra.

La Iglesia no puede ser verdadera si no está ligada, con sucesión no interrumpida, con los Apóstoles: de este principio no dudan ni los protestantes. ¿A quién han sucedido ellos para afirmar que se unen con los Apóstoles en la doctrina? Cuando Lutero dió principio a predicar su doctrina, ésta no era conocida en ninguna escuela, en ninguna Iglesia, ni aun de los herejes anteriores: era completamente desconocida en el mundo. ¿Dónde está, por tanto, su unión con los Doctores Apostólicos? ¿Será, tal vez, que San Pedro y San Pablo se la revelasen directamente en medio de algunas de aquellas herejías de Lutero, de Calvino, de Beza, de Zwinglio y demás reformadores *ejusdem furfuris*, cuando se embriagaba en la taberna del Aguila negra de Vitemberga o se solazaba con la compañía de Catalina Bora, o con Cándida o con Ideleta?

La verdadera Iglesia es aquella que, esparcida por toda la faz de la tierra, profesa en todas partes la misma doctrina, que es lo que quiere decir católica; mientras con el nombre de protestantes son infinitas las sectas y divisiones, como ya hemos visto.

Dicen a cada momento, siendo siempre el tema obligado de sus sermones, que la Iglesia católica ha caído en la idolatría. ¿Por qué? Porque tributa culto a la Santísima Virgen y a los Santos. Falso y muy falso. Idolatría es prestar a una criatura el culto debido al Criador; si fuese verdad que un católico hiciese esto, por este solo hecho dejaría de serlo. En la Iglesia católica se reconoce a la Santísima Virgen como Madre de Dios, y a los Santos como amigos y servidores de Dios, y por eso los honramos, los veneramos y los invocamos según su dignidad, permitiendo Dios se le pida por su mediación el remedio de nuestras necesidades a pesar de ser simples criaturas, como así lo reconocemos.

Dicen que hacemos un agravio a Jesucristo con atribuirnos los méritos adquiridos con las buenas obras. Nueva falsedad; sería un agravio si, atribuyéndole los méritos, nos los atribuyésemos también a nosotros mismos; pero la Iglesia católica reconoce que la gracia de Jesús es la única fuente de los méritos, puesto que es la que incita a hacer buenas obras, y esta gracia se nos concede por la sangre derramada por nosotros en su infinita misericordia. Para que se entienda mejor, esta es la mayor gloria de Jesús; porque así como un monarca de la tierra se complace en elevar a la más alta dignidad a sus vasallos, así es gran gloria de Jesús que los méritos de su sangre preciosísima confieran a los fieles la virtud, la

gracia para las buenas obras y para adquirir méritos para el cielo.

Pero basta lo expuesto, como ligero ensayo, para probar la falsedad y contradicción en que se basa el protestantismo. Podíamos hacer lo mismo con muchos puntos más; pero repito que con lo dicho es suficiente para que el mundo vea la mercancía tan averiada que vienen a expender esos traficantes de almas.

CAPITULO XVIII

El protestantismo es falso porque sus principios conducen a renegar de todo el cristianismo

El principio fundamental del protestantismo es que en materia de religión basta solamente con atenerse a la Biblia, interpretando ésta según el juicio privado de cada uno. De este principio vano se enorgullecen los protestantes; se vanaglorian de haber roto las cadenas por las cuales los fieles estaban sujetos a los sacerdotes, y de haber sido ellos los primeros en proclamar la libertad de la inteligencia humana. Pues bien: vais a ver adónde conduce ese principio, y comprenderéis todo el valor del precioso regalo que los protestantes han hecho al mundo; con este principio han proclamado la libertad de todos los errores, de todos los delitos, de todas las extravagancias sacrílegas que puede inventar un fanatismo ciego y brutal: vedlo con vuestros propios ojos.

Todo el que se rebela contra una autoridad legítimamente constituida, no puede justificar su

rebelión más que con su juicio privado, con el cual, irguiéndose contra dicha autoridad, la tacha de injusta y defiende su derecho a impugnarla, y cuando se ve obligado a sostener y defender este derecho no hay error en que no incurra, especialmente si se le agrega lo que no ha faltado nunca a ninguno: la soberbia y la obstinación. Recordad, si no, cómo aquel desgraciado Lutero pasa de un error a otro mucho mayor. Empezó por reprender algún abuso a propósito de la publicación de ciertas indulgencias, abuso reprendido y condenado por la Iglesia antes que él y no paró hasta negar a la Iglesia autoridad para conceder indulgencias; este era un gravísimo error, y haciéndole ver que la Iglesia tenía autoridad bastante para conceder indulgencias para la remisión de los pecados, soberbio y obstinado, negó rotundamente esta autoridad.

¿Con que no hay remisión de las culpas en el Cristianismo? se le pregunta. Sí, pero no por obra de la Iglesia, inventando entonces la famosa teoría de que la fe sola justifica, pues el que crea, decía, que Jesucristo murió por sus pecados, con esta creencia se apropia los méritos de Jesús y remite la culpa. Entonces, ¿para qué sirve el dolor de los pecados, la penitencia, la limosna, oraciones y demás obras satisfactorias? De nada, respondía; y si de algo sirven es para hacer al hombre más culpable, porque lo hacen hipócrita. ¿Qué diremos entonces del religioso que, en cumplimiento de sus votos, tiene por obligación que practicar todas estas obras? Respondía que este es un abuso intolerable; y confirmando esto con el ejemplo, el religioso Lutero arrojó los hábitos, tomó mujer y dió principio a combatir el celibato eclesiástico.

Muchas más preguntas se hicieron a Lutero, y entre ellas las siguientes: ¿De qué le sirve al hombre el libre albedrío, si peca con las buenas obras? Y él, sin asustarse, contestó: que en el hombre no hay libre albedrío, sino que Dios obra en él lo mismo el bien que el mal, lo mismo el vicio que la virtud. Si la fe sola perdona los pecados, ¿qué haremos de los Sacramentos? ¿Deben ser abolidos o sólo se conservarán como signos de afecto? Solamente así, respondió Lutero; y de una plumada suprimió cinco de los Sacramentos, dejando únicamente el Bautismo y la Comunión, *sólo por ahora*, decía, pero sin atribuirles más valor que el de excitar la fe. ¿Pero sin el Sacramento del Orden no habrá sacerdocio ni nada que distinga el pastor de las ovejas? Verdad, respondió; y en el acto concede a la mujer derecho para interpretar y enseñar la Biblia. Si no es sacramento el matrimonio, ¿se admitirá la poligamia? ¿Y por qué no? dice; y cerrando los ojos al adulterio, permite al landgrave de Hesse que tome dos mujeres. ¿Qué es lo que hizo después de tantas iniquidades, todas condenadas por la Iglesia? Aumentar su rabia y su soberbia: predicar por todas partes que el Papa es el Anticristo, que la Iglesia no tiene ninguna autoridad, *que no hay más fe que la Escritura, interpretada según el juicio particular de cada uno*, y de esta manera abrir la puerta a todos los errores imaginables.

Proseguid y veréis las fatales consecuencias que todos estos principios trajeron. Lutero, que en todo había puesto su sacrílega mano, no se atrevió a llegar hasta la Santísima Trinidad, la Encarnación y los demás misterios; pero los socinianos, que vinieron poco después, razonadores

más diestros, no se pararon en barras. Si la Biblia, dijeron, es la única regla de fe, y la razón privada es la única que tiene derecho a interpretarla, todo aquello que la razón no entienda no debe admitirse.

Lo primero que no entendieron fué la Divinidad de Jesucristo, o interpretando con su juicio privado la Escritura, encontraron que Jesús no fué otra cosa más que un hombre enviado por Dios, pero de ninguna manera su Hijo Unigénito, consubstancial al Padre; y como el misterio de la Santísima Trinidad no es más comprensible que el de la Encarnación, la negación del primero trajo la natural consecuencia de la negación del segundo; y como ciertos atributos divinos no son menos arduos para el entendimiento humano que los misterios, también los negaron.

Toda la Escritura nos habla de la gran obra de la Redención. ¿Cómo, pues, la ha podido llevar a cabo Jesucristo, si no es Dios? ¿Cómo ha podido dar valor a los trabajos y padecimientos de su sacrosanta humanidad? Muy sencillamente: por la Escritura interpretada por ellos, la Redención no tiene más valor ni otra interpretación que la de librarnos del error y dar a los hombres ejemplo y doctrina; y así decían que el género humano no tenía necesidad de rescate, por cuanto el pecado de Adán no se transmitió a sus sucesores; y de aquí dedujeron que no es necesario el bautismo, puesto que no borra una culpa que no existe, y que la Eucaristía no es más que una figura de la unión y la fraternidad.

Puesto que la muerte de Cristo Jesús en la cruz no fué sacrificio, que ningún Sacramento tiene virtud para perdonar los pecados, ni conferir la gracia, ni de aplicar los méritos de Jesús,

y que éstos no nos pueden ser aplicados, no concedían a Jesús más título ni más derecho que el de rogar por nosotros.

En resumen: uniendo los errores de Arrio y de Pelagio a los de Lutero y Calvino, los socinianos suprimieron todos los misterios, negaron la Redención y destruyeron la revelación. Asustados los mismos protestantes al ver esta monstruosa inundación, trataron de contenerla; pero ¿qué dique podían ellos oponerla cuando todo esto era la racional consecuencia del juicio privado que ellos habían enseñado? Alegaban la autoridad de la Escritura, pero los socinianos les respondían contra otras Escrituras. No la entendéis rectamente, les decían, y respondían los otros: ¿Es que vuestro juicio es mejor que el nuestro? Debéis entenderla conforme a los Santos Padres y a la tradición; y contestaban: ¿Y por qué vosotros habéis recusado al Papa? Después de habernos dicho que no se debe respetar la autoridad de la Iglesia, ¿queréis ahora someternos a la vuestra, que es falible? Fué, por tanto, imposible taparles la boca, y difundidas con gran rapidez estas ideas, hicieron infinidad de prosélitos.

Voy a hacer un breve resumen de las consecuencias que resultaron del juicio privado, pues, para exponerlas todas, sería necesario llenar muchas páginas.

A la capital de Polonia lo llevaron Alcuto y Blandati, difundiéndolo por la Polonia y la Transilvania los escritos de Crello, Smalico, Volchelio, Slinchtinger y otros de la asociación llamada los Hermanos Polacos; de aquí enviaron emisarios a predicarlo a Holanda, Alemania e Inglaterra, y según el país en donde se establecían o la secta con la cual se amalgamaban, tomaban

nombres diferentes. En Polonia se llamaron pin-cravianos, racovianos, sandovirianos, hermanos polacos, y después nuevos arrianos, unitarios, antitrinitarios y monárquicos; en Alemania, tomaron los nombres de anabaptistas y mennotistas; en Holanda, los de latitudinarios y tolerantes; en Inglaterra se llamaron arminianos, cocinianos y cuákeros, porque se refundieron en éstos, aunque todos en general eran conocidos con el nombre de socinianos o unitarios.

La misma iglesia anglicana no tardó en verse también infestada por este error; el doctor Whister la enseñó abiertamente; Clarke la disfrazó algo, pero L'Hvadly, Blanquey y muchos otros doctores pseudo-obispos anglicanos, aunque aparentaban vivir como tales, profesaban las doctrinas de los unitarios; así es que éstos invadieron toda la secta protestante, destruyendo en ella lo poco que les quedaba de Catolicismo.

No se salieron, ni poco ni mucho, los socinianos, al obrar así, del sistema y doctrina protestantes, puesto que no hicieron más que marchar por el camino trazado por ellos.

Entre las ruinas de tantas verdades quedaba todavía algo de sobrenatural; este algo era la persona de Jesús, a la que, si bien no se la reconocía como Dios, era todavía mirado como hombre enviado por Dios; pero esta sombra debía de desaparecer también. He aquí como: Martín Lutero había establecido que cada uno, según su juicio privado, debía sacar de la Escritura aquellas verdades en que debía creer; con este criterio los socinianos habían negado las verdades más vitales del Cristianismo, ¿qué es lo que hacían otros investigadores más diestros? Examinar el valor de la misma Escritura, y como Lutero

había ya rechazado algo de ella, tal como las Epístolas de San Juan, la de San Pablo a los hebreos, el Apocalipsis y el libro de los Macabeos, así ellos, más iluminados, y con el mismo derecho, encontraron que, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, no eran más que un tejido de patrañas y mentiras, y rechazaron el uno y el otro, y se llamaron deístas y naturalistas, y, esencialmente, racionalistas; porque, negando toda la revelación, únicamente se atenían a la razón, y para ellos Jesucristo no fué otra cosa más que un hombre vulgar, o a lo más un filósofo a la altura de Sócrates, de Platón de Aristóteles o de otro cualquiera legislador.

Y esto lo reconocen los mismos protestantes que tienen ojos en la cara y sinceridad para no negar lo que ven.

Mosheim, aunque historiador apasionado de la Reforma, dice: *No he encontrado en toda la Europa un lugar donde la infidelidad no haya sembrado su veneno; pero en ningún otro país del mundo, enemigo de la religión y del género humano, ha llegado la impudencia a un extremo tan alto como en Inglaterra y en los Estados Unidos.* El profesor Rubein, protestante, se explica de esta manera: *El espíritu del libre examen fué el estandarte y el sostén de los protestantes contra los católicos... En el calor de la disputa, los protestantes censuraron la misma Reforma y llegaron a afirmar que ésta no era completa. Para reformarla de nuevo se pusieron a repasar la Escritura (el socianismo), y en sus investigaciones, corrigieron, alteraron y mutilaron todos los principios, no dejando ni uno donde reposar tranquilos. De aquí tomaron ple otros (racionalistas), y ahondando más que aquéllos, propalaron y ense-*

ñaron que la revelación es un sueño, y que solo en la naturaleza podría fiar el hombre... Otros, siguiendo este camino ya trazado, abrazaron toda suerte de errores, y descaradamente predicaron el materialismo y el ateísmo.

Por otra parte, ¿de dónde vino la escuela de incredulidad que en el último siglo se profesaba en Francia, desde donde se propagó a toda la Europa? Vino del socinianismo inglés, indudablemente. El protestante Bayle lo había, si se quiere, inaugurado. Locke, en su *Cristianismo racional*, dió un paso más en este camino de perdición; pero los verdaderos fundadores del *racionalismo*, *deísmo* y *naturalismo*, fueron los protestantes ingleses salidos de los socinianos, tales como Hebert, de Cherboroug, Shaftesbury, Wolaston, Cullins, Chubb, Swiff, y sobre todo lord Bolingbroke, que es casi como el autor de esta escuela; de ellos la tomó Voltaire, y con su *Enciclopedia* la propagó en Europa.

He aquí lo que respecto a este punto dice M. Villemain: «No hay ninguno de los más sutiles razonamientos de la filosofía francesa del siglo XVIII, que no fuese ya conocido de la escuela inglesa a principios del siglo. Lord Bolingbroke, que es su expresión más viva, en medio de su juventud disipada, en los altos puestos que ocupó bajo el reinado de Ana, y sobre todo en su destierro, no hizo otra cosa más que saturarse de erudición anticristiana. Vatter, que lo conoció en el destierro, tomó de aquél esta erudición, y orgulloso de ella la transportó a Francia por medio de multitud de libros, y de allí vino el escepticismo y la incredulidad moderna.» Pero ninguno de estos errores, fijaos bien, está fuera del protestantismo; en su principio se contienen,

y el que aceptó el principio tiene forzosamente que aceptar todas estas monstruosas consecuencias.

Pero hay que dar un paso más en la historia. El racionalismo todavía dejaba en pie una idea, la idea de Dios; gracias a que su existencia, aun negada la revelación, no puede ser negada; pero los protestantes, fieles en su principio, pusieron también mano en ello, y he aquí lo que sobrevino. Algunos, no negándola en absoluto, la admitieron, pero a su modo, como un vago sentimiento de adoración en un templo común, como los gentiles; otros, por el contrario, pusieron en duda la existencia misma de la divinidad, volviéndose del todo indiferentes en cuanto al culto; concibieron éstos la divinidad como un gran todo, de quien el mundo es una externa y sucesiva manifestación, y confundiendo a Dios con la criatura, cayeron en un estúpido panteísmo; otros, más dañosos e imprudentes, negaron en absoluto la existencia de Dios, no conociendo más que la materia, y se proclamaron ateos a cara descubierta. Esta es la última consecuencia del principio protestante.

No importa que muchos no transigiesen con esta última consecuencia; porque, en primer lugar, no han sido pocos los que han transigido, y después, si algunos, asustados de consecuencia tan terrible, han permanecido en un término medio, fué porque estos hombres serían tal vez mejores que el principio que profesan, y se guían, más que por éste y por el razonamiento riguroso, por su conciencia; pero esto no quita para que aquella consecuencia tan funesta e impía sea descendiente legítima de aquel principio, porque si por el fruto se conoce el árbol, todos pueden

conocer qué tal será el sistema que produce semejantes frutos. Sólo los protestantes pueden intentar tal vez tratar de defender que las impiedades que acabamos de describir no se deducen lógicamente de su principio fundamental; pero a vosotros, lectores, no os aconsejo os toméis este trabajo, porque perderéis el tiempo y la paciencia.

Después de esto, considerad la arrogancia del hombre vilísimo que, para satisfacer su soberbia, tiene el valor de pisotear la fe de Jesús, en la cual y por la cual le ha hecho un don inmenso, y llega hasta negar su divinidad, rechazar su doctrina, despreciar sus Sacramentos y derribar todo el orden de la Providencia de Dios para salvarle.

¡Ah! Si merecen nuestra compasión aquellos que, nacidos por su desgracia entre protestantes, no conocen la verdad, ¿qué castigo no merecerán los que, nacidos en medio de la luz purísima de la fe católica, cierran los ojos y se arrojan en brazos de las tinieblas del error? El castigo será proporcionado a su soberbia más que diabólica, por cuanto han antepuesto su juicio propio al de tantos miles de Santos y Doctores, al de tantos millones de mártires, a tantas generaciones de fieles; será proporcionado a la monstruosa ingratitud con que rechazan la amorosa elección que Jesús había hecho en ellos, llamándolos a la luz de la verdad y despreciando la gracia interior que les fué conferida en el Bautismo; será proporcionado a la gravedad de la culpa que les ha inducido a cometer tan atroz delito, que suele ser de ordinario la lujuria, la blasfemia y otras semejantes; será proporcionado, finalmente, al mayor de todos los delitos, que es el apostatar

de la fe de Cristo Jesús, delito por el cual, separándose voluntariamente de Dios, son separados eternamente de su misericordia y sentirán la mano de su terrible venganza. Lectores, guardaos bien de hacer en vosotros mismos esta terrible experiencia.

CAPITULO XIX

El protestantismo es falso porque abre la puerta al fanatismo

Hemos considerado en el capítulo precedente los errores que, del sistema protestante, lógicamente se deducen en materia de religión; pero hay que seguir el camino emprendido, y añadir que, si de aquel sistema se derivan toda suerte de errores, de aberraciones y de alucinaciones del entendimiento, se derivan en fuerza del principio admitido como verdadero por los protestantes.

En efecto: convencido a cualquiera que Dios le ilumina particularmente cuando lee las Escrituras; que lo que de ellas entiende es absolutamente verdad; que nadie tiene derecho a corregirlo porque puede engañarlo; meted todo esto en la mente de cualquiera persona sin instrucción, en la imaginación ligera de una mujer; poned estas enseñanzas al servicio de la soberbia, que trata de rebelarse; de la avaricia, que no busca más que enriquecerse a cualquiera costa, y sobre todo de la incontinencia, que no quiere otra cosa que la impunidad en sus desahogos, y ¿qué efecto producirían?

Vamos a verlo en los hechos registrados en la historia de la humanidad.

¿A quién no le parecerá una extravagancia el ver a un reformador de la Iglesia, a uno que se precia de ser inspirado por Dios para reformarla, vanagloriarse de haber tenido al diablo por mentor? Pues el mismísimo Lutero describe minuciosamente sus coloquios con el demonio acerca del Santo Sacrificio de la Misa: se despierta a media noche, dice, lleno de espanto, de sudor y temblando al mismo tiempo; a pesar de esto se entabla el diálogo, se discute, y el diablo, como gran lógico, deja confundido al doctor Martín, lo que nada tiene de extraño, dice él, porque a las razones diabólicas acompañaba una voz tan espantosa, que hacía helar la sangre en las venas. ¿No es perfectamente loca e impía esta narración?

Zwinglio disputa a Lutero la primacía de la reforma, y he aquí el maestro que viene a sustituirlo: quiso impugnar el dogma de la presencia real de Cristo Jesús en la Eucaristía, pero como los testimonios en que esta razón se apoya eran tan evidentes, en vano daba tortura a su imaginación; cuando he aquí, dice el mismo Zwinglio, que un fantasma que no pude reconocer si era blanco o negro, me proporcionó los razonamientos necesarios para mi objeto.

Viene después Melanchton, el grande, el docto Melanchton, el cisne de la reforma, como le llaman los protestantes; pues bien: éste llevó el fanatismo hasta creer en las más ridículas supersticiones: en los sueños, en los augurios, en los pronósticos, como lo hubiera podido hacer la más crédula vejezuela. Todas sus cartas están llenas de estas simplezas. Mientras se conservó la Dieta de Augsburgo, miró como buen presagio el naci-

miento en Roma de un asno con una pata de grulla, la inundación del Tíber y un ternero que nació con dos cabezas en el mismo Augsburgo, escribiendo a Lutero estas importantes noticias, diciéndole al mismo tiempo que, fundado en ellas, auguraba la caída de Roma y el triunfo de la reforma. Un gitano predice a Melanchton que naufragaría en el Báltico, y no volvió ni aun a acercarse a la orilla del mar; a un cualquiera se le ocurrió decir que dentro de muy poco desaparecería el poder del Papa, y que el año mil seiscientos los turcos se apoderarían de Italia y de Alemania, y Melanchton se envanece con poseer copias auténticas de estas profecías.

Hasta aquí el fanatismo, según se ve, era aún inofensivo; pero el de los anabaptistas fué causa fecunda de todo género de males. Matías Harlen, a la cabeza de una horda feroz de furibundos fanáticos, en nombre de la Santa Escritura asaltó las ciudades católicas, devastó las Iglesias, saqueó los monasterios, pisoteó y rasgó los ornamentos sagrados, rompió y quemó por impíos todos los libros, menos la Biblia; se estableció en Munster, a la que dió el nombre de Montaña de Sión; se hizo llevar a su presencia el oro, la plata y las piedras preciosas y cuanto de valor encontró en la ciudad, y una vez amontonado todo, eligió diez diáconos para que lo distribuyeran entre sus discípulos; a éstos les obligaba a vivir en una completa igualdad, mientras les preparaba para la guerra que, desde la montaña, debía emprender para unir a sus doctrinas todas las naciones. Muerto poco después en un hecho de armas en el que, con un puñado de hombres, había hecho, como Gedeón, frente a todo un ejército, dejó por heredero de su fanatismo a Becald, conocido con

el nombre de Juan de Leyden. Este dió principio a su empresa recorriendo desnudo los alrededores de Munster, gritando: «Aquí está... ya ha venido el rey de Sión». Se fingió, como Zacarías, tres días mudo; después, y por revelación divina, según dijo, nombró diez jueces para que presidieran al pueblo, y poco después, por inspiración divina también, les quitó el cargo y se hizo coronar rey. Entre tanto, y respetando la libertad que había encontrado en su Iglesia, además de la mujer que había hecho reconocer como reina, escogió otras diecisiete, a las que reconoció como mujeres legítimas. Los asesinatos, los robos, el delirio en toda clase de delitos que cometió, no son para descritos; baste con decir que estos seis meses que este fanático estuvo al frente de sus secuaces, fueron una no interrumpida cadena de crímenes. Temblaban a vista de éstos los católicos, gritaban los protestantes; pero a éstos les contestaban los anabaptistas: «Si para vosotros ha sido lícito que Lutero dijese que el Papa era el Anticristo y que cualquiera podía abatir su autoridad, emplease el medio que quisiese, ¿no ha de sernos a nosotros lícito creer que debemos exterminar los impíos para fundar el reino de la inocencia, de la piedad y de la justicia?»

El fanatismo que dominó a los anabaptistas alemanes no desapareció tan pronto, antes se extendió por muchas partes, y a fines del siglo xvi se enardeció un poco merced a algunos que se llamaban sabios; he aquí la sucinta historia de algunos de ellos, tomada de Kohrbaker, de Hoeningaus, de Döllinger y otros.

Valentín Wiegel, pastor protestante de Icheppan, en la Misidia, llegó a tener un culto muy parecido al que nosotros tributamos a los Santos, y

que ellos califican de idolatría: a tanto llegó la fascinación de sus secuaces por sus extravagancias. Isaías Hiefel y Ezequiel Meth, que se gloraban de tener unión personal con Jesucristo. Juan Bohme, zapatero de Goerlitz, se hizo patriarca y profeta de una nueva secta, que se difundió por Alemania, Holanda y aun por Inglaterra. Pablo Nagel, rector de Torgan, teólogo y astrólogo, comentó el Apocalipsis y trastornó muchas cabezas.

Los profetas surgieron en gran número, sobre todo en la Bohemia, y después de la guerra de los Treinta Años veían al Salvador o al Elegido, unos en la persona del elector de Westfalia, Federico; otros en Gustavo Adolfo, y algunos en el sultán. Entre estos profetas fueron notables: Cristina Ponniatow, Cristóbal Koster y Pablo Fulgenhuen.

En el año 1636 empezaron las visiones del pastor Nicolás Drabucius, que pretendió le había sido revelada la desaparición de la Casa de Austria, el fin del Pontificado y de la reforma de la Iglesia. En la Sajonia salieron otros profetas, entre los cuales figuran Wagner, labrador, y Reitcher, maestro de escuela, que anunciaron castigos y desolaciones.

Algunos años después aparecieron otros visionarios, entre los cuales fué célebre Guillermo Paterson, que con su mujer y una amiga profetizaron el reinado de los mil años, la palingenesis, la doble resurrección y una doble encarnación, y Enrique Hork, que tuvo relaciones diametralmente opuestas, que fueron causa de una célebre disputa entre ambos. Gregorio Fox, sastre y pastor protestante, oyó a los diecinueve años una voz misteriosa que le mandaba reformar la Iglesia, y en cumplimiento del mandato fundó la

secta de los cuákeros; falto de vestidos, como buen sastre se construyó un traje de cuero, y montado en su caballo recorría las calles gritando: «Haced penitencia: el reinado de Dios se acerca». Por igual revelación Spener fundó los pietistas e hizo algunos próselitos en Alemania, a los cuales Mesheim, apologista entusiasta de la reforma, califica de perniciosos fantásticos. Wesley, por una larga serie de revelaciones, fundó los metodistas, los que en seguida se subdividen en muchas sectas. No hago mención de los sectarios de Nicolás Munster, los cuales, así como su maestro, se creían todos deificados; pero Manuel Swendenborg dejó atrás a todos los fanáticos de su época: tiene revelaciones y entrevistas con los difuntos, que le descubren los misterios del mundo celeste; anuncia una nueva Iglesia y dice que tiene la misión de fundar el nuevo reino de Dios, y forma secta y adquiere prosélitos, que duran hasta nuestros días.

El fanatismo, que tanto trabajó la Alemania, es el mismo que condujo a los hugonotes a las escenas de desolación y matanza de que fué teatro Francia, y de decirlo todo sería nunca acabar. Sólo con las escenas de Cevennes tuvo Breuys para escribir un libro con el nombre de *Historia del fanatismo*. En aquellas montañas, hombres, mujeres y niños, padres e hijos, jóvenes y viejos, todos eran *videntes*, todos poseían el don de profecía; todo lo que se les ocurría lo tenían por inspiración divina; oían cantar a los ángeles, experimentaban convulsiones, anunciaban la venida de Dios y movían tal confusión y alboroto, que fué preciso enviar un general con buen número de soldados para reducir a aquellos montañeses.

Esto no obstante, algunos, que quedaron rezagados, buscaron prosélitos que se les unieran, pasando varios de ellos a Inglaterra con este fin; ya en esta nación, dieron conferencias, haciendo estremecerse al auditorio con sus furibundos discursos y sus convulsiones, y, cosa increíble, pero cierta, mordieron el veneno algunas personas de alta posición y algunos literatos, que publicaron después, comentándolos, sus discursos y profecías. Como prueba de su misión divina, estos embaucadores pretendieron resucitar a un célebre médico, Tomás Esm, fallecido hacía cinco meses, si bien a la hora señalada para el milagro tuvo el concurso que retirarse disgustado, porque el Caballero de Lacy, que debía hacer el prodigio, había desaparecido con sus compañeros. Cuatro de estos desgraciados recorrieron este y otros países derramando su veneno. Y en Stockolmo concibieron el gran proyecto de comisionar a dos de ellos para convertir al Santo Padre y al sultán, haciéndoles saber al mismo tiempo que estaba muy cercano el término de su poder.

L'Henke, protestante del que hemos tomado todos estos datos, añade: que en Berlín, en el Haya, en Amsterdam, en el territorio de Hamburgo, en Suiza, y sobre todo en Schiafouse, Basilea y Zurich, se vieron con frecuencia hombres fanáticos que recorrían las ciudades cantando la antigua canción del reinado del Espíritu Santo, y anunciaban que un ángel derramaría sobre la tierra un vaso de ira y de misericordia. ¿No es verdad que todo esto es para edificar a cualquiera? Pero ¿quién es capaz de enumerar las locuras que puede ocasionar el principio fundamental del protestantismo? Un tal Hermann se

tenía a sí mismo por el Mesías; con la misión de degollar a todos los sacerdotes y a todos los magistrados; David Giorgio se proclama el verdadero hijo de Dios; y anuncia que su doctrina es mucho más justa que las del Antiguo y Nuevo Testamento; Nicolás, discípulo de David, predica que no es necesaria la fe ni la honradez natural, puesto que cuantos más pecados se cometan, más abundante es la gracia; Verner enseña que sobre la tierra no se ha de reconocer más soberano, más amo ni más autoridad que la de Jesucristo; Guillermo Seymour anda desnudo por espacio de tres años; una cuáquera penetró en la sala del Parlamento inglés, y con una espada pretende matar a cuantos se pongan a su paso; Ricardo Hill proclama que el homicidio, el adulterio y el incesto hacen al hombre más santo sobre la tierra y más glorioso en el cielo; L'Hanket pretende hacer creer que el espíritu del Mesías ha encarnado en él, y ordena a sus discípulos que recorran las calles de Londres gritando: «He aquí que ha venido Cristo», y aún sobre el patíbulo exclama: «El cielo se va a abrir, pues viene Cristo a salvarme»; Juana Soulhat, fundadora de la secta llamada de las Juanistas, decía que llevaba al Mesías en su seno y que tenía facultades para expedir pasaportes para el cielo hasta el número de 144.000; Margarita Peter pide víctimas en nombre de la Biblia, y da la muerte a toda su familia para honrar a Cristo.

Sería cosa de no acabar jamás, si tratáramos de relatar todas las extravagantes profecías de Meda, de Wesley y de Swedenborg. Los fanáticos soldados del fanático Cromwell pedían que el derecho de predicar se concediese a todo el que estuviese con las armas en la mano contra

el Rey; Ruggerio North, protestante, reunió todos los errores de aquellos infelices y el fanatismo que les excitaba; en Douvres, una mujer cortó la cabeza a su propio hijo, diciendo que lo había matado porque se lo había ordenado Dios, como se lo ordenó a Abraham; otro desgraciado, de Gosch, fué decapitado por haber dado muerte en cruz a su madre, y con ella a un gallo y una ternera; uno de los soldados de Cromwell entra en la Iglesia de Watton, sobre el Támesis, con una linterna de cinco luces en la mano, diciendo al pueblo que había recibido orden de Dios para anunciar la verdad, y desgraciado el que no lo creyese; después apagó una de las luces, diciendo que era señal de la abolición del sábado; la segunda la apagó en señal de la abolición de todos los pastores y autoridades; la tercera en señal de la abolición de los diezmos y tributos eclesiásticos; la cuarta la aplica a una Biblia en señal de su abolición; lo que hizo con la quinta no se sabe. Tal era el desbarajuste que trajo consigo la interpretación individual de la Biblia, que en Alemania resolvieron las autoridades de muchos pueblos suprimir las explicaciones que de la Escritura se hacían en algunas escuelas, como lo dice Mosheim; en Inglaterra, a poco de introducir la reforma, se prohibió por el Parlamento la lectura de la Biblia al pueblo, según dice Hume, tantos eran los abusos, las animosidades, las discordias, las locuras y los desórdenes de todas clases que se cometían.

Poned en manos de personas que por una parte no tienen instrucción, y por otra poseen un gran concepto de sí mismos, en términos que se creen inspirados por Dios al leer ese libro que contiene altísimas verdades, de un saber superior

a la humana naturaleza, difícil por el lenguaje con que está escrito, por las costumbres que describe, por las alusiones que hace, por el enlace de las profecías que anunciaban lo que después sucedió, y los más anormales y estupendos errores serán consecuencia lógica y necesaria. ¿Qué clase de sistema es, pues, el protestantismo, que conduce directamente a los extremos más absurdos?

CAPITULO XX

El protestantismo es falso porque se abjura de él en la última hora

El hombre, mientras goza de salud, tiene un modo de pensar que muchas veces cambia cuando la enfermedad o el infortunio viene sobre él; pero los cambios más maravillosos son a la hora de la muerte. ¿Cuál es la razón de ésto? Que el hombre, con la embriaguez que causan las pasiones y el bullicio del mundo, se trastorna y olvida muchas veces sus deberes, la justicia y la verdad; pero cuando la mano de Dios pesa sobre él, entonces hace como Antíoco, entra dentro de sí mismo, y exclama: *Ahora me lamento de los males que he causado y de los pecados que he cometido* (1). Sí, la luz, que se enciende a la hora de la muerte, disipa muchas tinieblas y esparce una claridad vivísima que hace ver las cosas como realmente son y no como antes se veían; y el juicio que proporciona la muerte, dice, el Espíritu Santo, que es *muy bueno* (2). Oid a nuestro pro-

(1) Mach., VI, 12.

(2) Eccles., XLI, 3.

pósito varios juicios que ha dictado la muerte.

¿Se ha encontrado alguno que a la hora de la muerte se haya arrepentido de ser católico, sintiendo no haber abrazado el protestantismo? ¿Hay alguno que se haya arrepentido de haber observado en todo y por todo la doctrina católica, de haber estado sometido al Papa, de haber orado en la iglesia, reverenciado a la Virgen, honrado a los Santos, recibido puntualmente y bien los Sacramentos; de haber ayunado, hecho penitencia y de haberse ejercitado en todas las prácticas de la Religión católica, apostólica, romana? Decid: ¿habéis encontrado, habéis sabido de alguno que haya hecho eso, que se haya retractado, que para asegurar su salvación haya querido morir protestante? Buscad en todos los libros, leed todas las historias, haced las investigaciones que queráis: este caso no lo encontraréis nunca.

Todo lo contrario, el que ha cumplido fielmente con sus deberes de católico, se afirma más y más en aquel tremendo trance, y no piensa más que en encomendarse a Jesús, a la Virgen y a los Santos; pide y recibe con fervor los Sacramentos y bendiciones de la Iglesia, y halla en aquel acto una dulce conformidad, una dulce resignación, una santa alegría, y muere bendiciendo al Señor que se dignó hacerle católico, y muere como ha vivido. La madre Santa Teresa de Jesús no sabía ocultar su alegría a la hora de su muerte, por hacerlo dentro de la Iglesia católica. Si alguno hay que tenga remordimientos en este trance, es porque no ha observado bien y fielmente los preceptos que la Iglesia le había inculcado. Este es un hecho seguro, constante, y del que tal vez habréis sido testigos más de una vez.

¿Qué quiere decir esto? En aquel momento no

hay burlas, no hay risas, no engaña el que dice que en el lecho de la muerte se ve muy claro que la Religión católica es la única que abre las puertas de la salvación. El sabio Ulrico, duque de Brunswick, movido por esta razón más que por otra alguna, abandonó el protestantismo y se hizo católico. ¡Cuánto amor no debéis tener a una religión que tan claro hace ver las cosas en ese trance! Si en el lecho de la muerte no hay ningún católico que se haya arrepentido de haber observado escrupulosamente su religión y haya querido hacerse protestante para asegurar mejor su salvación, ¿sucede esto mismo a los protestantes? ¡Cuántos y cuántos han deseado, por el contrario, hacerse católicos en aquel gran momento, no estando seguros de salvarse en su religión! Hasta aquel apóstata, que se llamó Enrique VIII, causa de tantos desórdenes en la Iglesia de Dios, en aquella suprema hora, para aquietar los remordimientos de su conciencia, quiso volver al seno de la Iglesia católica, si bien no se sabe con qué éxito. En los hospitales católicos son muy frecuentes los casos de pobres protestantes que en aquel supremo momento son tocados de la gracia de Dios, y en presencia de la eternidad se hacen católicos. En la última guerra de Sebastopol se dieron muchos casos de soldados que pidieron y obtuvieron la gracia de morir católicos, mientras ningún católico quiso morir protestante. ¿Qué quiere decir esto, repito? ¡Ah, es que la luz misteriosa de la muerte esparce una gran claridad!

Y a aquellos, que, siendo católicos, se hicieron protestantes, ¿qué les sucede? No pocos mueren con señales evidentes de su condenación; otros se arrepienten y se retractan de sus errores,

confesando públicamente que habían prevaricado, y pidiendo perdón por sus pecados y por sus escándalos. Lutero mismo murió a consecuencia de desórdenes en el comer y en el beber, casi repentinamente, como un bruto, despidiendo tal olor, que a pesar de haberlo encerrado en el acto en una caja de plomo, no podía resistirse. Calvino murió arrojando tanto veneno y tanta podredumbre, en medio de sus desesperados gritos y horrendas blasfemias, que, por testimonios de los mismos protestantes, daba miedo. De Zwinglio decía Lutero que el demonio lo había destrozado por sus blasfemias. La pérfida reina de Inglaterra, Isabel, se llamaba a sí misma miserable, y exclamaba: tengo un dogal alrededor de mi cuello que me ahoga y me abrasa al mismo tiempo, y murió en medio de la desesperación más espantosa. Spalatino, amigo íntimo de Lutero, terminó su vida en medio de los mayores remordimientos, despedazándose el pecho. Giusto Giona murió desesperado y blasfemando de la misericordia de Dios. Mattezzio pasó los últimos años de su vida consumido por los remordimientos, lleno de continuos temores, y murió presa de la desesperación. El célebre Vidembak no cesaba de repetir que merecía la condenación por sus falsas doctrinas, y en un acto de desesperación se arrojó por una ventana; seis años después murió desesperado su hermano, víctima de los mismos errores. El famoso Kenniz pasó sus últimos años llorando y suspirando, y muchos murieron medio locos. Si refiriese algunas muertes de algunos de estos fabricantes de herejías, se llenarían todos de espanto y de horror.

Es muy cierto, certísimo, que cuando alguno de estos desgraciados se encuentra en aquel

tremendo paso, le acuden a la memoria todas las enseñanzas de la Iglesia: la primera comunión, hecha en el estado de la inocencia, la confesión, la Misa y todo aquello que para precaver su perseverancia y su adelantamiento en la fe tenía tan cerca, y entonces, ¡qué remordimientos, qué estremecimientos, qué terrores no le asaltan! ¡De qué poco consuelo le servirá entonces la lectura de Diodato, de Sanctos de Borelli y de los demás infames libros! No; entonces verá claramente que todo fué engaño, pero engaño voluntario, hijo de sus pasiones y de sus vicios, y conocerá que si se puede engañar a los hombres, no puede engañarse a Dios ni a su propia conciencia.

Los que a la última hora obtuvieren del Señor la gracia del arrepentimiento, todavía sufrirán remordimientos y temblores, y no acertarán a tranquilizarse y a pedir a Dios y a los hombres perdón por el tremendo pecado que habían cometido abandonando la santa fe. ¿Qué es lo que quiere decir esto?, volvemos otra vez a repetirlo. Quiere decir lo que el protestante Melanchton dijo a su madre. Preguntóle ésta cierto día a su hijo, llamado el doctor de la nueva religión, y que tanto ruido metió con sus escritos y predicaciones, que le dijese sinceramente si era mejor ser protestante que católico; a lo que contestó el hijo (tened bien presente la respuesta): que permaneciese católica, porque el protestantismo es muy bueno para vivir, pero para morir es mejor ser católico. ¿Habéis entendido? Para dar gusto a los sentidos, para desahogar las pasiones, para vivir a capricho es bueno el protestantismo, que no tiene el estorbo de la confesión, de la Comunión, de la Iglesia, de la Misa, de los ayunos, etc.; pero en el momento terrible en el que

ha de presentarse uno al divino Juez, en el que se entra en la eternidad, en el que se ha de dar estrecha y minuciosa cuenta de todas las acciones, palabras y pensamientos, en el que ha de recibirse el eterno premio o el castigo eterno, para aquel momento es mejor el catolicismo. ¿No nos puso Dios sobre la tierra para conquistar la eternidad? ¿Cuál es, pues, la religión que debemos seguir para que el hombre sea eternamente feliz o eternamente desgraciado? Aquella que únicamente produce consuelos inefables a la hora de la muerte, que nos anima en la agonía, que nos hace entrever una bienaventuranza eterna.



SEGUNDA PARTE

ENGAÑOS CON LOS QUE SE INTRODUCE EL PROTESTANTISMO

CAPÍTULO PRIMERO

Primer engaño.-Aparentar santidad y virtud

Si el demonio se dejara ver y tentara a los hombres visiblemente, poco o nada deberíamos temerle, porque todos nos armaríamos con la señal de la cruz y lo pondríamos en precipitada fuga; así, los protestantes que quieren seducir vuestras almas, si dejasen ver al descubierto toda la falsedad y deformidad de su doctrina, muy pocos prosélitos ganarían, y por eso la ocultan con sumo cuidado, revistiéndose con apariencias de santidad para mejor engañar, imitando en esto a los antiguos herejes, que han puesto siempre en juego toda clase de engaños, según vemos en los Santos Padres, para conseguir su objeto, verificándose así lo que dijo el Salvador: que se presentarían cubiertos con pieles de cordero, mientras no eran más que lobos carnívoros. He aquí por qué creo, queridos lectores, oportuno precaveros contra estas malas artes, dándoos

a conocer los engaños que más comunmente ponen en práctica, sobre todo en estos tiempos.

El primero de todos es fingir celo por la virtud y amor a la santidad; al principio no hablan más que de Jesucristo, del amor al prójimo, de no robar, de no blasfemar, de adorar a Dios en espíritu y verdad, cosas todas muy buenas y muy justas, y después, cuando os han ganado con todas estas apariencias de santidad, deslizan cautelosamente el veneno. Lo mismo hicieron, según refiere Orígenes, los herejes Marción, Valentiniano y otros: aparentar mucho amor al prójimo y a la recta justicia unos, y otros, aunque muy pocos en número, cierta honestidad; trataban de crearse crédito para con más facilidad propalar sus errores.

Hay que estar, por tanto, muy en guardia contra este engaño, pues demasiado sabéis que tenemos obligación de amar a Jesucristo sin necesidad de que los protestantes vengan a recordárnoslo. Nuestros párrocos, nuestros misioneros, nuestras madres nos lo recuerdan constantemente, diciéndonos que Jesucristo es nuestro Dios, nuestro Padre, nuestro Salvador; que vino a la tierra por nuestro amor, vivió y predicó por amor nuestro, padeció y murió por nosotros; que debemos, por tanto, esperar en El, amarle con todo nuestro corazón y obedecerle ciegamente, cumpliendo todos sus preceptos.

Tampoco vienen a enseñarnos ninguna cosa nueva cuando dicen que debemos amarnos recíprocamente. ¿Quién ignora que la Iglesia católica desde su fundación recomienda constantemente el amor del padre al hijo, de éste al padre; que la mujer ame a su marido y el marido a la mujer; que los hermanos se traten como tales; en una

palabra: que nadie se odie y que todos devolvamos bien por mal? ¿Tenían necesidad, por tanto, de recordarlo precisamente los únicos que no cumplen con este deber?

Mucho hablan también estos nuevos apóstoles contra la blasfemia. ¿Es que si no hubieran venido ellos no lo sabríamos?

Es muy oportuno, ciertamente, que traten también de inculcar la adoración a Dios en espíritu y en verdad: como si los sacerdotes católicos no lo recomendasen mucho más que ellos, y no sólo lo recomiendan, sino que lo practican mucho mejor. ¿Qué quiere decir adorar a Dios en espíritu y verdad? Quiere decir no contentarse con adorarle sólo con la boca, sino adorarle con actos externos, con la asistencia al culto divino, con orar y, sobre todo, con ejecutar escrupulosamente todo lo que El dispone: esto es adorarle en espíritu y verdad. ¿Pues qué otra cosa nos recomienda la Iglesia católica? ¿No nos advierte que en la oración no nos contentemos con proferir sólo las palabras como papagayos, sino que las digamos al propio tiempo en el corazón? ¿No es verdad que nos dice que detestemos el pecado con toda nuestra alma, y que de otra manera, si nos confesamos, la confesión es nula?

Respecto a seguir la voluntad de Dios, expresada en los Santos Mandamientos, decidme: ¿No es verdad que esto lo ha enseñado siempre la Iglesia por medio de vuestros párrocos y vuestros sacerdotes, y os ha dicho más de una vez que no basta con decir quiero ser bueno, sino que es necesario agradar a Dios siguiendo sus inspiraciones y cumpliendo exactamente con sus preceptos? ¿Que los padres de familia tienen obligación estricta de vigilar a sus hijos, y que éstos

honren y respeten a sus padres; que no se robe; que se santifiquen las fiestas; que es pecado gravísimo la blasfemia, la envidia, la lujuria, en una palabra, cualquiera violación de los Mandamientos? ¿No es verdad que repite siempre que no bastan las palabras, por buenas que sean, sino que son necesarias las obras, esto es, el cumplimiento de las obligaciones propias del estado de cada uno? ¿A qué vienen, pues, todos esos señores a enseñarnos estas cosas, como si los católicos no las supieran y no las hubiesen enseñado mucho antes de que ellos aparecieran en el mundo?

Después que han hablado de todas estas cosas, pasan a insinuar su veneno; hacen como ciertos vendedores de mala fe, que ponen la mercancía buena a la vista y debajo esconden la podrida. Así, después que han adquirido un poco de crédito hablando y predicando todas estas cosas buenas, dan principio acto seguido a insinuar las demás, que son pésimas. Dícenos que es buena la caridad, y después añaden que no es necesario acudir a la Iglesia, oír Misa, confesar los pecados propios, observar la Cuaresma, etc. Nos dicen que no se debe blasfemar, esta es la mercancía buena; pero después expenden la mala, por cuanto insinúan que no se debe dar crédito a los sacerdotes, que no se escuche su palabra, que no nos atemorícemos cuando anuncien castigos en nombre de Dios. Nos dicen que es preciso adorar a Dios en espíritu y en verdad, mercancía buena; y a renglón seguido, que no es necesaria la Comunión, que no es bueno encomendarse a la Virgen y a los Santos, que para nada sirven ni nada significan las ceremonias de la Iglesia, mercancía, más que averiada, podrida. ¡Ah lobos

traidores! ¿Hubierais creído jamás, caros lectores, que para engañaros fuesen capaces de hacer tales papeles?

He aquí, por último, lo que debéis hacer vosotros. Cuando den principio a todas estas antífonas, quitadles la careta y decidles: Ya sabemos que es necesario adorar a Dios en espíritu y verdad, y por lo mismo son preciosos los actos externos, como las oraciones, la Misa, los Sacramentos, las buenas obras, como ya hemos indicado, los que es preciso practicar con mucho fervor, puesto que con ellos se adora verdaderamente a Dios en espíritu y verdad.

CAPÍTULO II

Segundo engaño.-Basta la fe sola para salvarse

Semejante al primer engaño es el afán que muestran en ensalzar la fe, llegando hasta decir que basta la fe sola para salvarse, y que todo lo demás no es necesario; y sobre esto de la fe arman el mayor de los estrépitos.

Ahora oidme, carísimos hermanos: los protestantes dicen que basta tener fe en Dios para salvarse, y los católicos decimos todo lo contrario; esto es: que no basta la fe sola. ¿A quién debe creerse? Yo creo que toda la Iglesia católica valga, cuando menos, tanto como cualquiera de esos nuevos maestros, y por eso, si no hubiera otra razón más, la cuestión estaría resuelta. ¿Pero es que faltan razones para demostrar que no basta la fe sola para salvarse? Toda la Santa Escritura está llena de pruebas al efecto.

No basta la fe sola, dice San Pablo: se necesita, además de la fe, la esperanza y la caridad; y aunque tuviésemos tanta fe *que transportase las montañas e hiciéramos estupendos milagros, sin la caridad no seríamos nada delante de Dios* (1). No basta la fe sola, sino que se quieren también las buenas obras. San Juan, Apóstol, dice bien claramente *que el que no cumple con los Mandamientos de Dios no tiene caridad* (2); porque la prueba de la caridad es la observancia estricta de la ley. No basta la fe sola, porque San Pablo dice *que ante el tribunal de Dios cada uno obtendrá el premio o la pena según sus obras* (3); y Jesucristo, Señor nuestro, asegura que al fin, los que no hayan hecho buenas obras podrán decir lo que quieran, pero serán condenados al infierno (4).

No basta la fe sola, porque, si bastase, el mundo entero se destruiría, pues bajo este pretexto se abandonaría el ejercicio de todas las virtudes, y los hombres también se abandonarían a todos los vicios, contra lo que prescribe la doctrina de Jesucristo, la razón y el buen sentido.

No basta, por último, la fe sola, porque todos los que esto dicen y predicán no tienen fe ninguna; y no la tienen, ni pueden tenerla, por la razón sencilla de que ignoran qué cosa es fe.

Al oírles hacer tantos elogios de la fe y referir tales maravillas, si se les preguntase qué es lo que entienden por fe, se asombrarían y no sabrían qué responder; yo lo he probado con muchos, y sucede tal y como os lo digo. Dicen unos

(1) I Cor., XIII, 2.

(2) I Joann., II, 4-5.

(3) II Cor., V. 10.

(4) Matth., XXV, 41-46

que fe es creer en Dios; es cierto, pero con creer sólo en Dios no basta para salvarse. El mismo demonio cree en Dios, dice San Jacobo, y *cree tanto, que tiembla de espanto* (1), y a nadie se le ocurrirá decir que el demonio se salve.

¿Queréis saber fijamente qué es fe? Yo os lo diré, y comprenderéis que los protestantes no la tienen.

Fe no es sólo creer así, confusamente, en un Dios y en un Salvador: es creer al mismo tiempo todo lo que El nos ha revelado, y creerlo porque El es verdad suma y porque la Santa Iglesia nos lo enseña. Fe es, por tanto, creer todo aquello que Dios ha revelado, esto es, todo lo que contiene la Sagrada Escritura y la tradición; es, en una palabra, todo lo que El ha confiado a la Iglesia católica y ésta nos propone.

Los protestantes no creen todo lo que Dios ha revelado, sino a capricho, tomando unas cosas y dejando otras; no creen, por ejemplo, que son siete los Sacramentos, que es divino el Sacrificio de la Misa, que es muy buena la invocación de los Santos, que es un precepto oír Misa, confesar y comulgar y otras muchas más cosas; de donde se deduce que no creyéndolo todo, no tienen fe. Además, tampoco puede decirse que creen en Dios, porque mientras hagan distinción entre lo que admiten y rechazan, no creen más que en sí mismos, en su propio capricho, en su propio juicio, y nada más. Pero sobre todo no creen en la autoridad de la Iglesia para enseñar, y este es un punto muy importante que conviene aclarar.

Jesucristo nos ha dado por maestra a la Iglesia y nos manda que la escuchemos, diciendo a sus

(1) Isai., II, 19.

ministros: *El que os escucha a vosotros a mí me escucha, y el que os desprecia a mí me desprecia* (1). Ha dicho que la Iglesia *es la columna y el sólido sostén de la verdad* (2); ha dicho *que el que no escuche a la Iglesia será reputado como gentil y publicano* (3). Es, pues, su voluntad que nos atengamos en todo al magisterio de la Iglesia; ella contiene todas las verdades de fe, explica la Escritura, reconoce cuál es la verdadera tradición, y Jesucristo quiere que todas estas verdades nos sean reveladas por ella. Pero los protestantes, llenos de soberbia, rechazan el magisterio de la Iglesia, quieren sólo valerse de sí mismos, y se constituyen en únicos jueces de lo que han de creer, y después pretenden serlo también de vosotros.

Todos, según ellos, deben leer la Biblia para analizarla y buscar la verdad, y loca y estúpida e impiamente pretenden que el que nada ha estudiado, el que no ha tenido tiempo ni capacidad para hacerlo, sea juez de aquellas profundas verdades, poniendo a estas pobres gentes en situación de no saber ni lo que deben creer ni lo que deben rechazar, arrancando lentamente la fe de su corazón; porque cuando no se cree en la autoridad de la Iglesia, sino en su propio juicio, la fe se ha concluído. He aquí, mis queridos hermanos, lo que hacen con quitaros la fe; arrancar el don preciosísimo de la fe verdadera y llenaros la cabeza de errores y el corazón de vanidad y soberbia.

(1) Luc., X, 16.

(2) I Timoth., III, 15.

(3) Matth., XVIII, 17.

De donde resulta que con tanto recomendar la fe ocultan su engaño sutilísimo, que conviene conozcáis. Es doctrina común a casi todos los protestantes, que las buenas obras no son necesarias para la salvación, sino que basta la fe únicamente. El por qué no sean necesarias las buenas obras, no quieren decirlo claro al católico que tratan de pervertir, por no pecar de escandalosos: tan contrario es a la sana razón, a la piedad y al Catolicismo el desprecio de las buenas obras; pero así proceden. Hablando siempre de la necesidad de la fe, que sólo la fe basta para salvarse, inventando y contando sobre esto historietas, hoy a un soldado, mañana a una criada de servir, un día a un labriego y otro a un cualquiera, ya creen que los han convertido por la fe y que ya están en camino del paraíso.

La otra parte, esto es, que las buenas obras no son necesarias, la ocultan con sumo cuidado, lo disimulan para no espantar a los que les escuchan, pues únicamente les dicen lo que creen preciso para engañarlos. Y si no, observarles y veréis cómo jamás hablan de las buenas obras, de guardar castidad, de hacer penitencia, mortificaciones, de negarse a sí propios, etc. ¿Qué raza de cristianos son éstos que no conocen la mortificación de los sentidos, las buenas obras, gracia del espíritu? ¿Quién ha visto una cosa semejante ni en los Apóstoles, ni entre los mártires, ni entre los santos, ni aun en la misma divina persona de Jesús? Tengan para ellos solos en buena hora su fe ridícula y absurda, y déjenos a nosotros nuestra fe católica con todo el aparato y fruto de las santas virtudes.

CAPÍTULO III

Tercer engaño.—Rechazar todas las prácticas · exteriores de la fe

Los protestantes, como hemos visto en el capítulo anterior, no sólo no tienen la verdadera fe, sino que, antes por el contrario, la arrancan del corazón de otros. ¿Por qué, pues, no se les cae nunca de la boca esta palabra, la ensalzan y la encomian tanto? ¿Qué fin se proponen con esta hipocresía? Yo os lo diré arrancándoles la careta, y con esto os daré a conocer otro de los lazos que tienden a vuestras creencias. Alaban y ensalzan la fe para poder mejor echar por tierra todas las prácticas de los católicos.

¿Habéis reparado en el procedimiento que emplean los murmuradores? Empiezan por hablar bien de la persona que tratan de despellejar, para mejor ser creídos, y después no le dejan hueso sano. Este mismo sistema es el que siguen los protestantes; primero hacen ese gran encomio de la fe, y después condenan y ridiculizan todas las prácticas que la Iglesia ha adoptado para alimentar la piedad de los fieles.

Voy a exponeros algunas de sus malignas insinuaciones, pues de otras no quiero hablaros de propósito.

Dicen, aunque ensalzan la fe, que no es necesario acudir a la Iglesia para orar, siendo bueno para hacerlo cualquier lugar, y que por lo mismo no son precisos tantos ritos, tantas ceremonias como usan los católicos, bastando únicamente no

hacer mal a nadie, puesto que Dios no exige de nosotros otra cosa. Esto es semejante a los escorpiones, que tienen el veneno en la cola. Examinemos esto, sin embargo.

No es preciso acudir a la Iglesia, dicen. ¿Y por qué? Porque Dios se encuentra en todas partes, responden. ¿Y antiguamente no se encontraba también en todas partes? Ciertamente sí. ¿Y por qué, a pesar de esto, quiso Dios que se erigiese un templo suntuosísimo en Jerusalén, y dispuso que todos acudiesen a él, aun cuando morasen en países muy lejanos? Si Dios se hallaba en todas partes, podía haberles evitado viajes penosísimos. ¿Por qué, además, el mismo Jesús durante su vida lo frecuentó? ¿Es que tenía necesidad de templo para recogerse y orar siendo un hombre-Dios? ¿Sabéis por qué? Porque si bien es verdad que está en todas partes, no en todas partes quiere dar audiencia, porque quiere darla en el templo para que estemos allí más recogidos, donde nuestra fe y nuestra piedad se avivan por los mil medios que presenta a nuestra vista en los crucifijos, las imágenes, las luces, el aparato del culto, el buen ejemplo de nuestros hermanos; quiere que vayamos a la iglesia porque desea que la oración la hagamos en común, y así ha dicho que cuando se reúnan unos cuantos en su nombre El estará en medio de ellos.

Pero hay otra razón más poderosa, que para no verla es necesario estar ciego. Cristo Jesús, Señor nuestro, habiendo instituido, como ya hemos dicho, el Sacramento de su cuerpo divino y su sangre preciosa, se complace en habitar entre nosotros recreándose en el sagrario de nuestros altares, pues aunque su Divinidad, es cierto, se encuentra en todas partes, su Humanidad no se

encuentra más que en el cáliz y en la sagrada Hostia. ¿Quién no comprende, pues, cuánta debe ser la solicitud de los fieles para acudir a la iglesia? Los santos cifraban en esto su mayor delicia, y recogiendo allá su espíritu y adorando allí profundamente a su divino Salvador, se unían con los ángeles y los arcángeles que rodean el trono de Jesús Sacramentado para ensalzarle, honrarle y glorificarle, bendecirle y darle gracias. He aquí por qué.

Además, es preciso acudir, pues únicamente en la iglesia es donde se celebra nuestro gran sacrificio; en ella se reciben los Sacramentos del Bautismo, Confirmación, Penitencia y Eucaristía; en ella se explica la palabra divina conforme con la verdad, y en ella nos reunimos en común para ser más fácilmente escuchados. Es más: la unión material que hacemos en la casa de Dios acá en la tierra, es una imagen de la unión que esperamos gozar un día en la Jerusalén celestial, así como el altar es símbolo del mismo Jesús, piedra angular que unía los dos Testamentos, que unía al pueblo judío y al pueblo gentil en el perfecto conocimiento de Dios y en la manera de adorarle, cuyos misterios, en unión de otros muchos que sería prolijo enumerar, nos demuestran cuánta es la malicia e ignorancia de esos desgraciados que no asisten al templo.

Pero si aún queréis una última prueba, la tenéis en lo mismo que los protestantes afirman. Jesús, dicen ellos, ha dicho que *oremos en la propia casa y que cerremos la puerta para orar en secreto* (1); y después: *ya llega el tiempo en que ni en éste ni en Jerusalén rogaréis, sino en cualquier*

(1) Matth., vi, 6.

parte (1). Con estas palabras de Jesús creen poder negar la necesidad de acudir a orar a la iglesia. ¡Insensatos! ¿Qué quiere decir Jesús cuando dice que oremos en secreto? Reprende, como se ve claramente en el Evangelio, la hipocresía de los fariseos, que en las puertas de las casas, en las aceras de las calles y en medio de las plazas se ponían a hacer oración para ser vistos de todos y adquirir fama de santidad. A éstos es a los que les dice que oren en sus casas y que no hagan ostentación de su piedad, pues no es más que fruto de su soberbia y de su vanidad. Cuando vemos en nuestros días tantos que hacen lo mismo que los fariseos, no podemos por menos que recordar las palabras del Salvador, teniendo presente que al recomendar la asistencia a la iglesia no lo hacemos para que aquellos acudan a darse a sí propios en espectáculo.

Las otras palabras las dirige Jesucristo a la Samaritana, la que tenía la superstición de que debía adorarse a Dios sobre cierta montaña para que la oración fuese buena, y echaba en cara a los judíos su poca fe porque oraban en el templo de Jerusalén. Por esto Jesús le hizo aquella hermosa profecía de que vendrían tiempos en que sería adorado en todas partes sin necesidad de acudir a la montaña ni a Jerusalén, y esta profecía la vemos cumplida puesto que los fieles oran en todas partes, en sus casas, en las iglesias erigidas para gloria de Dios y en toda la tierra. Esto es lo que quería decir Jesús; pues torciendo sus palabras a capricho, como hacen siempre los protestantes, le hacen decir lo que para vuestra perdición les conviene.

(1) Joann., IV, 21.

Criticán también y rechazan los ritos y ceremonias de la Iglesia, y quisieran que desaparecieran para reducirnos a ser como los salvajes de las selvas. Hasta en esto se ve su ignorancia y mala fe.

Se ve su ignorancia, porque no saben el por qué se han establecido estos ritos, ni lo que significan. Deben, pues, aprender que la mayor parte de los ritos y ceremonias fueron establecidos por los mismos Apóstoles o con su aprobación, y puestos después en práctica por la autoridad incontrastable de la Iglesia; y fueron establecidos por representar sublimes y profundos misterios y para ilustrar de algún modo al pueblo fiel. Voy a daros un ejemplo.

En el Santo Bautismo se recibe al niño a la puerta de la iglesia, ¿sabéis por qué? Para que se sepa que todavía no es del número de los fieles, entre los cuales aún no es contado hasta que el padrino, en su nombre, pide el don de la fe. ¿Por qué el sacerdote sopla ligeramente en la cara del niño; qué significa esto? Que la Iglesia, con la autoridad que Jesucristo le ha dado, aleja de él el espíritu infernal que por el pecado de origen aún le tiene sujeto. ¿Por qué pone sobre los labios un poco de sal? Porque así como la sal preserva los objetos de la corrupción, haciéndolos al mismo tiempo sabrosos, así aquella alma del niño tendrá la vida inmortal que por el Sacramento recibe y sazónada con todos los dones que el Espíritu Santo derramará sobre él. Y cuando después es introducido en la iglesia, ¡qué hermosas y profundas son todas las demás ceremonias que preceden al Bautismo! Jesús, tocando con su saliva al ciego de nacimiento, le dió vista, y el ministro de Jesucristo, tocando con saliva

las orejas y la nariz del niño, lo cura espiritualmente, esto es, le abre los oídos de la inteligencia para que después entienda la Ley del Señor, le conforta el olfato para que corra tras el suave perfume del divino Jesús. Vienen después las renunciaciones que debe hacer, pues así como Jesús vino al mundo para librarlo de la tiranía del mundo, del demonio y de sus pompas y vanidades, de todo esto debe hacer solemne renuncia para no seguir más que a Jesús. Se le administra el Bautismo con una estola blanca, para significar la alegría con que la Iglesia acoge en su seno a este nuevo hijo y el candor de la inocencia con que está revestido. Nada decimos de todas las oraciones que acompañan a estas ceremonias; los afectos con los cuales se encomienda a Dios a este nuevo hijo; los exorcismos, por los cuales le sustrae de todas las potestades del infierno, porque esta sería obra un poco larga; únicamente diré: ¡Oh votos santos! ¡Oh ceremonias maravillosas llenas de santidad!

Por esto os decía que, a más de la ignorancia que hace blasfemar a los protestantes de lo que no conocen, tienen también una gran malicia. No quisieran ver que todas las ceremonias de la Iglesia tienen una fuerza admirable para llevar a nuestra mente los más vivos pensamientos de las cosas santas y mover nuestro corazón a los más tiernos afectos hacia nuestro Dios y Señor. Pero si no quieren ver todo esto, y además no lo entienden, ¿por qué quieren privarnos de estos medios que han sido en todo tiempo adoptados por la Iglesia, tan agradables a los Santos, tan caros a todos los fieles y tan eficaces para nuestro espiritual provecho? Ellos en su odio a las santas ceremonias, se unen con todos los impíos

que quisieran ver exterminado de la tierra el culto del Señor, y convertirnos en muy pocos años en bestias, sin iglesias, sin culto, sin sacerdotes, sin alma y sin Dios, para hacernos después padecer por una eternidad en medio de llantos, de desesperación y de tormentos en el fuego eterno. ¡Dios no lo permita, por su infinita misericordia!

Y vosotros, entendedlo bien, no os dejéis arrebatar jamás vuestro amor a estas hermosas prácticas de piedad, antes al contrario, mostraos mucho más devotos que antes y asistid a ellas con mucha más reverencia; mirad que el demonio, como la serpiente, donde mete la cabeza hace pasar todo el cuerpo; empieza por quitaros todas estas cosas de la cabeza y del corazón, para quitaros después los Sacramentos, el Santo Sacrificio y todos los medios de salvación.

Finalmente, dicen *que basta con no hacer mal a nadie, siendo suficiente tener fe, y que todas las demás cosas de que anteriormente hemos hablado no son necesarias.*

¿Conque no hacer mal a nadie? Pues entonces, ¿por qué tienen tanto interés en quitarnos nuestros ejercicios de piedad? No creo que hagamos mal a nadie con esto, y que no faltamos a la caridad con ninguno de nuestros ritos y ceremonias. ¿Por qué, pues, claman tanto contra ellos? ¿Por qué no empiezan ellos dando ejemplo de caridad con nosotros y nos dejan en paz. ¿Por qué siembran la discordia entre el pueblo? ¿Es esta la caridad que predicán? ¡Hipócritas! Podíais decirlo claramente: no, no basta sólo con no hacer mal, es preciso hacer el bien; no basta tener caridad, como ellos la entienden, es preciso tener justicia, tener fe, tener paciencia, tener humildad, que es

precisamente todo lo que les falta a esos nuevos predicadores; es menester también tener obediencia, que ellos no conocen ni poco ni mucho; es preciso, por último y de una vez poseer todas las virtudes. El no hacer mal, el no robar ni matar, el hacer muy poco o nada por el prójimo: sólo sirve para tapar los ojos a las gentes; basta sólo para crearse una reputación aparente de hombre honrado; basta para complacer al mundo; pero para agradar a Dios es necesario otra cosa. Es necesario someter el entendimiento a la fe, así como todo lo que nuestra soberbia nos sugiera; es preciso estar en un todo sometido a la Iglesia, practicar, y practicarlo bien, todo lo que ella nos mande: oír la santa Misa, confesarse, comulgar, cumplir, las abstinencias, los ayunos, observar los domingos y días festivos; es necesario dominar las pasiones, enfrenar la ira y la envidia, la soberbia y la gula, despreciar al mundo, a sus pompas y vanidades, refrenar la carne y negarle lo que pida; es necesario hacer todo esto, y hacerlo bien. No bastan ni sirven para nada todos los gritos que dan en honor de la fe, que, como hemos visto, ni saben lo que es.

Yo castigo mi cuerpo, dice San Pablo, *lo tengo en esclavitud* (1); no como hacen ellos, que con palabras melífluas engañan tantos tontos.

De aquí podéis sacar como consecuencia que es falso, falsísimo, aquello que tanto alaban y que quieren hacer creer; esto es: que basta con no hacer mal a nadie; pues, al contrario, se hace mucho con no hacer el bien, mucho más faltando, como ellos, a la caridad al tratar de engañar al prójimo.

(1) I Cor., IX, 26-27

El verdadero católico es aquel que no hace mal a nadie, porque respeta todos y cada uno de los derechos que a Dios se deben, cumple con todos y cada uno de los deberes que su estado le impone y ama a sus prójimos como así mismo, por Dios y para Dios. El que lo entiende así entiende toda la doctrina del Evangelio, que es la de Jesús, y el que así no lo entiende es un loco que se engaña a sí mismo, o un farsante que engaña a los demás.

CAPITULO IV

Cuarto engaño.—Hacer a cualquier individuo juez en materias de fe.

De otra astucia se valen también estos inicuos para robarnos el inapreciable tesoro de la fe. ¿Qué es lo que hace el lobo cuando trata de apresar una oveja? Procura acercarse al ganado y hacer presa cuando los pastores están lejos o durmiendo. ¿Qué hace un seductor para engañar a una mujer? Acercarse cautelosamente cuando el padre o el marido están ausentes. Pues así obran los maestros o pastores protestantes: predicán y propagan sus errores cuando los sacerdotes y los párrocos no los oyen, y por eso tienen muy buen cuidado de advertir a sus oyentes que no les digan nada de lo que ellos enseñan, que no les presentéis, caros lectores, los libros que os entregan, que no les consultéis las dudas que os asalten, y así procuran que todos los errores que vomitan queden únicamente entre las cuatro paredes de sus conventículos. ¿Y por qué lo ha-

cen así? Si fuese verdad lo que enseñan, ¿no lo harían a la luz del sol? *El que obra mal odia la luz*, dice Jesús (1). Si los protestantes la buscan, ¿qué quieren decir?

Y después, ¿cómo proceden? A la manera del que intenta engañar. Se acercan a aquellos infelices que teniendo que ganarse el sustento diario, bien en las labores del campo, bien en un arte u oficio, o bien en el servicio doméstico, no han podido hacer ningún estudio sobre religión, y, por tanto, no saben en absoluto cuál sea la Escritura verdadera ni cómo debe entenderse para no caer en error; por de pronto, empiezan por poner en sus manos una Biblia, y ésta falsificada de mil maneras, ya porque la traducción la han hecho a su gusto, en la que intercalan las palabras que quieren, ya porque suprimen tratados y libros enteros. Ya que tenéis el libro, os invitan a que lo leáis, enseñando con sumo cuidado las palabras o párrafos en que más principalmente debéis fijaros, haciendo oportunos comentarios; y como no saben ni pueden responderles, quedan los pobres llenos de confusión, y entonces es cuando les insinúan los más graves y absurdos errores y les hacen creer que estos errores se fundan en la Biblia, quedando completamente engañados.

Aquellos, pues, a quienes acontece tal desgracia, no deben echar a nadie la culpa sino a sí mismos, porque no han hecho caso, no obstante habérselo advertido muchas veces, de aquello que dijo Jesús: que no diesen oídos a nadie más que a los sacerdotes, y que tampoco se fiasen de su propio juicio. ¿Qué extraño es, pues, que los

(1) Joann., III, 29.

que, en vez de atenerse a las enseñanzas de la Iglesia y sus ministros, quieran ver con sus propios ojos, tocar con sus manos y juzgar por sí mismos, sin tener capacidad para ello, sean víctimas de su soberbia?

La fe es un árbol que no echa raíces en el corazón del soberbio, y, por el contrario, arraiga, crece y se desarrolla en el corazón humilde. ¡Ay, ay del soberbio, dice muchas veces Jesús, porque yo le rechazaré y le negaré mi gracia!

Por tanto, cuando se acerquen a vosotros y pretendan daros algunas de esas Biblias corrompidas o algún Evangelio falsificado, decidles francamente que no queréis ni aun tocarlos, porque no queréis contaminaros. Cuando empiecen a insinuaros al oído cualquiera de esas bellísimas razones de que suelen hacer uso, decidles con valor que no os avergonzáis de no entender la Biblia, porque no la habéis estudiado; que os atenéis a lo que vuestros sacerdotes os dicen, y que si quieren vayan a ellos con sus razones.

Y esto precisamente, digámoslo de paso, es lo que hace la Santa Iglesia. Esta buena Madre, que no teme la luz para enseñar la fe, no discute con las personas ignorantes; pero sí lo hace con los protestantes más instruidos, a los cuales expone su doctrina y muchas veces les convence, por lo mismo que tienen más aptitud para comprenderla.

En estos mismos días precisamente, en que con más ahinco trabajan para engañar a los ignorantes, muchos hombres de importancia entre los protestantes lo han abandonado, abrazando el catolicismo. Si se atreviesen a negarlo, aunque son capaces de hacerlo, respondedles que muchos profesores de la Universidad protestante de

Oxford se han hecho católicos; si a pesar de esto lo negasen, decidles que mienten a la faz de Europa, que lo sabe; que ya que tanto pretenden saber que vayan a convencer a aquéllos; que no queréis abrazar una religión que abandonan los hombres más instruídos, que debían tener más interés en conservarla por cuanto han nacido en ella, y cuando así lo han hecho es porque se han convencido plenamente de su falsedad.

CAPITULO V

Quinto engaño.—Decir que la Iglesia católica prohíbe la lectura de la Biblia.

Acerca de la Sagrada Escritura, propalan los protestantes otra calumnia contra la Iglesia católica.

Dicen que los sacerdotes católicos quieren mantener al pueblo en la ignorancia para que no comprenda sus falsedades y mentiras; y que para conseguir esto no permiten que se lea la Biblia ni los Santos Evangelios, porque si se leyeseen estos libros llegarían a conocer su impostura; y esto lo dicen con el mayor descaro.

Pues bien: esto es una pura calumnia, un gran embuste. Nada desea tanto la Iglesia como que sus hijos estén perfectamente instruídos en las verdades de nuestra Religión. ¿No es verdad que los párrocos y los sacerdotes os recomiendan constantemente que acudáis a oír las explicaciones del Evangelio, que mandéis a vuestros hijos a la enseñanza y explicación de la doctrina cristiana? ¿No es verdad que procuran estéis suficientemente instruídos antes de recibir la primera

comuni3n? ¿No es verdad que la Iglesia, antes de administrar el sacramento del Matrimonio, somete a los contrayentes a un minucioso examen de la doctrina cristiana para asegurarse de que est3n perfectamente instruidos en las obligaciones que van a contraer? ¿No es verdad que en todo tiempo los confesores no absuelven al penitente que no est3 suficientemente instruido en las cosas necesarias para su salvaci3n? ¿Hay, pues, mayor embuste que decir que la Iglesia no quiere la instrucci3n de sus hijos? Todas las escuelas que primeramente se abrieron en el mundo, as3 como las m3s c3lebres Universidades, fueron abiertas y fundadas por los obispos y aun por el Romano Pontífice. ¿Y es esto amar la ignorancia? Voy a demostraros, y as3 podr3is contestar mejor a esos maestrillos de nuevo cuño, que no es as3.

Dicen que *no se deja leer al pueblo la Escritura*, y esto, repito una y mil veces, es una grosera calumnia. La Iglesia no ha prohibido ni prohíbe que se lea la Biblia; lo que quiere es que para leerla se tomen las debidas precauciones.

1.º No quiere que se lea la Biblia ni los Evangelios mutilados, alterados y falsificados por los herejes, como los que reparten por las calles; y tienen mucha raz3n para impedirlo, porque en lugar de ser un alimento para nuestras almas, es un veneno, por los errores de que est3 sembrada; pero no impide que se lea la que est3 bien traducida y anotada, como, por ejemplo, en castellano, la del P. Scio y otros. Ahora, decidme: ¿qu3 dir3ais de aquellos que al prohibir a vuestros hijos que comiesen frutos venenosos u otro manjar nocivo para su salud, dijese que los matabais de hambre y que no le dabais de comer? Que eran unos embusteros, que lo que preten-

dían era que vuestros hijos se envenenaran dejándolos comer de todo; pues lo mismo hace la Iglesia. Quiere que lean sus hijos la Santa Escritura con devoción, con reverencia, con humildad, que saquen de la lectura muchísimo provecho para sus almas; pero quiere que lean la verdadera Escritura, no la falsificada. ¿Hay nada más racional?

2.º La otra precaución que nuestra buena Madre la Iglesia quiere que tomemos, es que al leer la Escritura no la entendamos al revés y alteremos el sentido; porque habéis de saber que en la Sagrada Escritura hay cosas muy profundas y difíciles de comprender, y que de entenderlas al revés, en lugar de buscar la verdad os conduciría al error, como dice el Apóstol San Pedro. Así, pues, para que no suceda esta desgracia, la Iglesia quiere que la leamos con las oportunas explicaciones, porque si nos asalta alguna duda o encontramos alguna dificultad, encontremos al momento la oportuna explicación. Por eso quiere que contenga las convenientes notas, aprobadas por ella, y con las correcciones oportunas antes de entregarla a los fieles. ¿No es esto prueba evidente del amoroso cuidado que de sus hijos tiene la Iglesia? Les da el alimento de la inteligencia, pero se lo da cocido y condimentado para que no les haga daño. ¿Dejaréis que vuestros hijos corran, salten y brinquen al borde de un precipicio? ¡No! ¿Les dejaréis hacer lo que quieran? Pues así obra con sus hijos la Iglesia. Callen y confúndanse los calumniadores, y admiren la sabiduría y el amor de la Iglesia para con sus hijos.

¿Pero qué peligros puede haber leyendo la Sagrada Escritura, cuando el Espíritu Santo nos

revela todo lo que ella contiene? Esta es la razón que siempre usan los protestantes; pero el mal está en que es falso, falsísimo, que el Espíritu Santo se haya tomado el trabajo de ser el intérprete de la Escritura. El divino Espíritu nos dice respecto a este punto, que cuando ponemos toda nuestra atención a las enseñanzas de los legítimos pastores de la Iglesia, cuando leemos la Santa Escritura con humildad y pureza de corazón, y asimismo cuando leemos las explicaciones que sobre ella dan los Santos Padres, nos hace el trabajo agradable y suaviza el entendimiento, como vemos muy frecuentemente en personas verdaderamente devotas; pero esto no quiere decir que nos revele de una manera sensible lo que hemos de creer y practicar; el suponer esto, no sólo es una locura, sino una fuente de innumerables locuras, como hemos visto en aquellos que creen en la inspiración. El Espíritu Santo, en una palabra, no se hace intérprete de la Escritura aun cuando ésta sea sanamente interpretada.

Esto es lo que nos dice la misma Escritura cuando afirma que la fe viene por el oído, esto es, por las explicaciones que nos hace el magisterio de la Iglesia; que la Escritura no debe entenderse por sí misma, sino por lo que nos dice la Iglesia; que en la Escritura hay cosas muy difíciles de comprender, y que algunos, por su mal, la interpretan tan torcidamente, y así se pierden; y, por último, que el Espíritu Santo no inspira a nadie particularmente, como se ve por los propios ojos. ¿Qué es el Espíritu Santo? Es Espíritu de verdad, y, por tanto, no puede revelar más que la verdad; luego todos aquellos que interpretan a su manera la Escritura, si fuesen

todos inspirados por el Espíritu Santo, no se contradecirían como se contradicen, sino que todos convendrían en una misma interpretación; pero el hecho cierto es, que todos los que interpretan la Biblia por sí mismos no están ni pueden estar de acuerdo.

A Lureto le dice el Espíritu Santo, y esto es un ejemplo, que Jesús se encuentra en la hostia; Calvino lo pone en duda, y los sacramentales lo niegan rotundamente. A otros les dice el divino Espíritu que no son necesarias las buenas obras; a otros, que éstas son imposibles, y así sucesivamente.

Todos los protestantes fundan su doctrina en la Biblia; todos dicen que tienen de su parte al divino Espíritu que los ilumina. ¿Es posible que el Espíritu divino diga a un mismo tiempo sí y no, que se contradiga a cada momento, e inspire tantas cosas diferentes cuantas son las personas?

El Espíritu Santo, como el Padre y como el Hijo, es la misma sabiduría, la suma justicia y verdad; es, por tanto, una blasfemia, la más sacrílega; es tratarlo de falsario, de burlón, de contradicción a sí mismo. Deponga, por tanto, el que no quiera ser blasfemo, eso de la inspiración privada del Espíritu Santo; sométase a las enseñanzas de la Iglesia, y El le iluminará y le asistirá con su gracia y sus dones; y nosotros, mientras permanezcamos unidos a ella, participaremos de todos estos dones y de sus luces divinas; pero apenas nos separamos se apartará de nosotros, y entonces creeremos como inspiraciones suyas todas las extravagancias de nuestra imaginación.

CAPITULO VI

Sexto engaño.—Atribuir a la Iglesia católica la idolatría.

Aun cuando se desenmascare la calumnia, siempre deja, por lo menos, la duda en quien la oye. Por eso los maestros del error se valen de ella con frecuencia, diciendo que nosotros profesamos doctrinas falsas, y esto no sólo es verdad, sino que, por el contrario, las rechazamos con todo nuestro corazón; y después de lanzar a los cuatro vientos esta calumnia, se ponen a probar es cierto lo que dicen. Pondré esto más claro con un ejemplo.

Primero. Dicen que somos idólatras porque veneramos a la Virgen y a los Santos, y citan al efecto algunos pasajes de la Biblia donde condena Dios la idolatría, haciéndole con esto una gravísima injuria. También sabemos nosotros que es grave delito la idolatría, pero sabemos también que lo que ellos dicen es una calumnia, y lo es por cuanto atribuyen a los católicos lo que rechazamos y detestamos de corazón; pero, por otra parte, ¿creéis que ellos saben lo que es y en qué consiste la idolatría? Tienen siempre en la boca esta acusación, y yo he visto más de una vez que no saben una palabra de lo que esto significa. Voy, por tanto, a explicarlo, para que toquéis con la mano cuán lejos estamos, por la misericordia divina, de este enorme delito.

Idolatría es tributar a una criatura aquella

adoración que debe prestarse únicamente a Dios, como hacían los paganos, que a las estatuas y a los ídolos fabricados por sus manos ofrecían víctimas e incienso como a verdaderas divinidades; esto es un horroroso delito, como podéis conocer, porque es igualar una vilísima criatura con el Criador, y prostituye los honores divinos robándolos a la divina Majestad de Dios, única a quien deben ser tributados. En la Santa Iglesia, ¿a quién se presenta el culto supremo de adoración? La Iglesia católica enseña y profesa que este culto sólo es debido a Dios, por ser nuestro Criador, nuestro Redentor y nuestro Padre supremo; que por eso debemos tributárselo con todo nuestro corazón, uniéndonos a El por la fe, por la esperanza y por la caridad, mirándolo como el único que puede labrar nuestra santidad comunicándonos el bien infinito, que es El mismo. Y prueba de esto es que el Santo Sacrificio de la Misa, que es el acto más solemne de culto que tiene la Iglesia, no puede ofrecerse más que a Dios, pues si bien en él se invoca a algún Santo, es para que nos ayude a asistir con mejores disposiciones a tan gran sacrificio; pero la Misa no se ofrece más que a la Divinidad.

Esto supuesto, ¿cómo puede suceder que en la Iglesia haya idolatría? Nos envanecemos, es verdad, con honrar a la Virgen y a los Santos; pero primeramente no reconocemos en ellos ninguna perfección divina; les negamos, al efecto, la calidad de creadores, de redentores, y de señores supremos, protestamos que todo lo que en ellos encontramos de bueno les ha sido concedido por Dios, mediante los méritos de Jesús; que cuanto hacen en nuestro favor lo ejecutan intercediendo por nosotros y que toda su felicidad consiste en

estar íntimamente unidos con Jesús. Ved, pues, cómo todo esto está muy lejos de ser idolatría. Si nosotros, en efecto, venerásemos a la Virgen y a los Santos como a la Divinidad, ¿les diríamos que rogasen por nosotros? ¿No es esto evidente? Recordad, si no, las hermosas plegarias que dirigimos a la Santísima Virgen; en todas ellas le decimos que ruegue por nosotros. En el *Ave María*, ¿qué le decimos? *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*. En las Letanías de la Virgen y de los Santos, ¿qué decimos? *Rogad por nosotros*. Por esto los malvados no cesan de decir que somos idólatras, y que reconocemos como dioses a la Virgen y a los Santos.

Pero los católicos, ¿no exageran las grandezas de María cuando la llaman su vida, su dulzura, su esperanza, su refugio y otras cosas por el estilo? ¿No es cierto que estos calificativos no convienen más que a Jesucristo? ¡Oh grandísimos bellacos! No; no exageremos con esto los católicos ni poco ni mucho, porque, aun cuando reconocemos que Ella no es Dios, todo aquello que podemos decirle de grande y de magnífico, todo es poco respecto de la incomparable dignidad de Madre de Dios. Ella misma, llena del Espíritu Santo, exclamaba: *Cosas grandes hizo en mí el Omnipotente, y por eso me llamarán bendita todas las generaciones*. ¿No le convienen, por tanto, perfectamente a la Señora todas esas expresiones? Añadid, además, que en dos sentidos puede uno llamarla vida, esperanza y refugio nuestro: o porque le corresponde dar la vida, formar nuestra esperanza, etc., o porque si esto no le corresponde está muy cerca del que la puede otorgar; así, pues, en el primer modo sólo

le corresponden a Jesús, y en el segundo convienen perfectamente a la Santísima Virgen.

Para comprender esto más claramente, suponed que un pobre jornalero se presenta al encargado de la casa, que tiene toda la confianza del dueño, para pedirle cualquier cosa; o que un alto empleado se valga del ministro, que goza de la confianza del soberano, para procurar ascender en su carrera. ¿Qué diríais vosotros en estos dos casos? Señor, en usted pongo toda mi *esperanza*; *usted, bien puede, si quiere*, interesarse por mí; me dará la *vida*, será el *consuelo* de mi familia; expresiones que se oyen muy a menudo en la vida. ¿No depende del dueño o del soberano la concesión de la gracia? Y, sin embargo, ¿se ofende porque hablemos así a sus dependientes? No a fe, porque todo el mundo comprende que el poder reside en el dueño o en el soberano, mientras que los dependientes sólo tienen el querer o no querer interesarse por la petición. Pues esto mismo es lo que sucede respecto a la Virgen: como por ser Madre de Dios son eficaces sus ruegos para obtener la gracia que deseamos, por eso la llamamos nuestra vida, nuestra esperanza, etc., encomendándole nuestras peticiones; pero ya sabemos que, aunque sus ruegos tienen gran eficacia, el poder concederlos sólo reside en Jesús. No hay, pues, el más pequeño abuso; antes al contrario, debemos rogarla muy frecuentemente y con todo nuestro afecto, para que se aumente nuestra fe y nuestro amor a Jesús y a su Santa Madre.

Acerca de la Santísima Virgen propalan los protestantes otro gravísimo error. Tienen valor estos desgraciados, imitando en esto al demonio, enemigo irreconciliable de María, de negar su

virginidad. Los más antiguos Santos, como San Jerónimo, San Ambrosio y San Bernardo, cuando oían esta blasfemia horrible contra la Santísima Virgen se tapaban los oídos, escandalizados; lo mismo debíamos hacer nosotros. ¿Pero qué es lo que dicen esos inicuos para probar su blasfemia? Que en el Evangelio se nombran muchas veces los hermanos de Jesús, y en eso se fundan para decir que la Virgen tuvo más hijos. Pero aun en esto demuestran su crasísima ignorancia, porque ni aun saben leer la Escritura; puesto que no saben que, escrita ésta según el modo oriental, aplica el nombre de hermanos a los parientes de Jesús según la carne, como los primos, los sobrinos, etc., y así el Evangelio no quiere decir, ni dice, que Jesús tuviese más hermanos, sino primos y otros parientes, siendo falso que la Virgen tuviera más hijos; proposición que ha negado constantemente la Iglesia y condenado a los que se han atrevido a negar a María el privilegio de ser virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

¿Pero qué necesidad hay de valerse de la Virgen y de los Santos? ¿No podemos acudir directamente a Jesús? replican los protestantes; y nosotros les contestamos que podemos acudir a Jesús cuando queramos; que nada perdemos ni por ello seríamos castigados; pero que no tenemos el atrevimiento de oponernos a la iglesia, que ha adoptado la intercesión de los Santos. Recordemos a este fin la liturgia de la iglesia con la que ha sido hija sumisa de ella, no impidiendo que si queremos nos dirijamos directamente a Jesús.

Los católicos tenemos una fe singularísima en la Virgen y en los Santos, por muchas razones: porque convencidos de nuestras faltas y llenos

de humildad, creemos que son así escuchadas mejor, cuando presentamos nuestras plegarias ante el Trono de la Divinidad acompañadas de la intercesión de los Santos, y muy especialmente de la Santísima Virgen, que, siendo Madre de Dios, es infinitamente cara a su Corazón; creemos que Jesús se muestra más propicio a atendernos y más abundantemente nos concederá su misericordia. Practicamos lo que haría el último criado de una casa que quiere alcanzar una gracia del dueño: valerse de otro criado que estuviera más cerca de él para que hablase a su favor, y este sentimiento de humildad vale mucho delante de Dios, que ama los corazones humildes.

Con esto honraremos mucho más a Cristo Jesús. Porque ¿no es verdad que honra mucho más a un príncipe cuanto más altos son los que se humillan para pedirle favores?

Amamos los cristianos tanto a nuestro Dios y Salvador Jesús, que deseamos se postren delante para suplicarle, no sólo todos los Santos y todos los ángeles, sino también la Reina de todos, la Virgen María, y así le tributamos el mayor honor que nosotros podemos. Ved, pues, cuánta estupidez demuestran los que dicen que honrando a María ofendemos a Jesús.

Vosotros, entre tanto, sintiendo en vuestra alma estos insultos que los protestantes arrojan al rostro de nuestra Madre María, procurad honrarla mucho más desde ahora, compensando a la Señora, con vuestro amor, con vuestra devoción ferviente, con rezar más asiduamente el Santo Rosario, con poner bajo su protección vuestra familia y vuestros intereses, y con mostraros orgullosos de ser en todos los tiempos y en todas las ocasiones los más celosos defensores de su

honor. Haced lo propio, guardando la proporción debida, respecto de los Santos: tened devoción al de vuestro nombre, rogándole alcance del Señor lo que más os convenga, y sobre todo que no os deje caer en el error.

CAPÍTULO VII

Séptimo engaño.—Las imágenes y las reliquias son origen de idolatría

Otras de las causas por las cuales nos llaman los protestantes idólatras, es porque veneramos las reliquias de los santos y honramos sus imágenes; y sobre esto arman también gran clamoreo, citando al revés y al derecho, según les conviene, textos de la Escritura, diciendo que somos peores que los gentiles, llegando hasta asegurar que nosotros, para defender nuestra superstición, hemos falsificado los Mandamientos de Dios.

En primer lugar, recordad lo que os dice el Catecismo y lo que habéis oído de labios de vuestros párrocos respecto a las imágenes y reliquias de los santos. ¿Os han dicho jamás que en la madera, en el cartón, en la tela o en el metal de que están hechas las imágenes hay alguna virtud? De ningún modo; por el contrario, la Iglesia prohíbe en absoluto que se crea en esto, así como que pongamos nuestra confianza en aquellas estatuas o imágenes materiales, y recomienda y manda que todo el honor lo dirijamos única y exclusivamente al original, esto es, a los Santos, a la Virgen o al mismo Jesús, que viven y reinan en el cielo; tanto, que cuando besamos

las imágenes o nos arrodillamos delante de ellas, besamos y nos arrodillamos delante de Dios, a quien dirigimos todos nuestros afectos. Esta es la doctrina de la Iglesia, la que se enseña en el Catecismo y la que promulgó el Concilio de Trento.

¿No es esto suficiente para demostrar que no hay, que no puede haber idolatría? Si nosotros no reconocemos en las imágenes ningún poder ni ninguna virtud; si, pues, no las reconocemos como divinidades, ¿dónde está la idolatría? De la misma manera, si en ellas no hacemos más que honrar el original, si no prestamos culto ni a la madera, ni al metal, ni a la tela, como ya hemos dicho, no vemos en dónde pueda estar la idolatría.

Ahora bien: ¿para qué sirven entonces las imágenes? No tendríamos necesidad, verdaderamente, de responder a tanta pregunta; bastaría con decirles que seguimos en todo a la Iglesia católica, regida e inspirada por el Espíritu Santo, y esta razón sería más que suficiente; pero por compasión a su ignorancia, les diremos que las razones que existen para tener imágenes son muchas y muy poderosas.

Nos valemos de las imágenes sagradas porque nos recuerdan la memoria de Jesús, de la Virgen y de los Santos, y nos mueven a invocarlos; y a nuestra vez les podríamos preguntar: ¿Por qué conservan y aprecian los protestantes los retratos de sus padres, de sus madres, de los parientes, y de los amigos? ¿Para qué sirven esos retratos? De seguro os responderán que los conservan para mantener viva su memoria; unos porque han fallecido, otros porque están en lejanos países, y así los tienen casi como si estuvieran pre-

sentes. Pues bien: nosotros queremos tener siempre viva la memoria de Jesús nuestro Padre, de María nuestra Madre y de los Santos nuestros hermanos y amigos, y mientras estamos lejos de su lado queremos, al menos, honrarles en sus retratos. ¿Qué tienen que oponer a esto?

Además, nos servimos de las imágenes sagradas porque hacen impresión muy favorable en nuestros corazones, porque casi nos meten por los ojos los misterios de Jesús y las obras de los Santos que tanto le amaron. ¿No es verdad que al contemplar un Niño Jesús se nos viene en seguida a la memoria su tierna infancia? San Francisco de Asís, en presencia de una de estas imágenes, derramaba abundantísimas lágrimas. ¿No es también cierto que ante un crucifijo nos acordamos de los tormentos de Jesús, su agonía y su muerte, y nos conmovemos profundamente? Casi todos los Santos sentían romperse su corazón al mirarlo.

Lo mismo diremos de las llamas que brotan de una imagen del Corazón de Jesús, las que nos recuerdan el gran amor que nos tiene; de una imagen de la Virgen, que nos trae a la memoria tenemos en el cielo una Madre amorosa que intercede y ruega por nosotros; de las imágenes de los Santos, que nos dicen todo lo que hicieron por amor a Jesús y nos animan a seguir sus huellas.

Por esto es por lo que los buenos cristianos amamos tanto las imágenes y nos apresuramos a acudir a los templos a implorar su protección; porque ellas ayudan a la imaginación a recogerse, la llenan de edificantes y santos pensamientos, sobre todo ante las imágenes de Jesús y de María; por eso queremos tenerlos alrededor de nuestros

lechos, sobre todo a la hora de la muerte, que los besamos y los estrechamos contra nuestro corazón con el mismo fervor y afectos que si abrazáramos a Jesús y a María verdaderamente.

¡Infelices y desgraciados de aquellos que no comprenden estas cosas tan clarísimas! Es que, como no aman a las imágenes, tampoco aman al original; por cuanto no apreciando el retrato, no puede servirles de apreciar la persona a quien representa.

Sirven, por otra parte, las imágenes de una gran instrucción para las personas sencillas que no saben leer, porque viendo representadas en ellas los misterios de la vida, Pasión y muerte de Jesús, se fijan más fácilmente en su imaginación todos los actos y circunstancias, en términos que no los olvidan tan fácilmente. Y lo mismo les sucede, con la debida proporción, con las imágenes de la Virgen y de los Santos, que sirven para su edificación y de estímulo para obrar bien.

En nuestros días, para enseñar a la juventud mil tonterías, que para poco o nada sirven, se despliega un gran lujo en láminas, y los mismos protestantes hacen de ellas un uso continuo; y, sin embargo, no comprenden, o no quieren comprender, por qué la Iglesia católica, que en todo procede por inspiración divina, haya sido la primera en servirse de imágenes para la enseñanza de los fieles.

Finalmente, las imágenes sirven también para excitar la piedad de un modo extraordinario. Porque complaciéndose Dios en ser adorado y glorificado frecuentemente por este medio, y muy especialmente en cualquiera iglesia u oratorio, y repartiendo gracias copiosísimas para

que nos animemos a concurrir a ellas, nos hace tener suma solicitud en asistir a orar con más fervor, sintiendo acrecentarse nuestra fidelidad y recordar con más fe cualquiera de los misterios de la vida de Jesús, como a honrar con mayor reverencia a cualquier siervo suyo, y muy especialmente a la Santísima Virgen, recibiendo por ello gracias señaladísimas. Así parece como que se renueva nuestra piedad, la que, por nuestra condición, siempre está expuesta a languidecer y aun a extinguirse del todo.

Además del culto a las imágenes condenan también el que tributamos a las santas reliquias, que es engañarse y a su vez pretender engañarnos, porque las razones que tenemos para venerar éstas no son peores que las que hemos expuesto respecto a las imágenes. Nos valemos de las reliquias, como de las imágenes, para recordar la persona a quien pertenecen, para movernos a honrarla e imitarla, sin atribuirles ninguna virtud material; así, todo cuanto sobre este punto digan es una verdadera calumnia.

Por lo demás, me parece que los protestantes no saben cuáles son las reliquias que nosotros veneramos, porque si lo supiesen no hablarían como hablan. Las principales reliquias que venera la Iglesia católica son: en primer lugar, las de la Santa Cruz, las Sagradas Espinas, la lanza, la Túnica y otros objetos de la Pasión de Jesús. ¿Por qué, pues, ellos que arman tanta bulla contra los católicos porque no pensamos bastante en Jesucristo, se atreven a reprendernos que por amor a Jesucristo prestemos reverencia a los instrumentos que tocaron su sacratísima carne?

Vienen después las reliquias de los Santos mártires o confesores, que santificaron su cuerpo

en el martirio o con la penitencia, ofreciéndoselo a Cristo Jesús. Y aquellos cuerpos que fueron templos vivos del Espíritu Santo, que fueron objeto de tantas penitencias, que estuvieron consagrados con tantos Sacramentos, que han sido destinados a los esplendores de la gloria por una eternidad, ¿no merecen una reverencia especialísima? Es necesario poseer una gran dosis de maldad para encontrar en esto algo que reprender; o más bien, es necesario creer que los cuerpos de los cristianos, ya que no el de los santos, son como los de las bestias.

¿Sabéis quiénes son los que condenan el culto de las reliquias? Los que más afán tienen por poseer reliquia, si bien de muy diferente género, son los que conservan como reliquia inapreciable el tintero de aquel apóstata que se llamó Lutero, los que conservan como reliquia la pluma de un excomulgado que se llamó Byron; los que dan fuertes sumás por una corbata porque perteneció a Napoleón; son, digámoslo para su confusión, los que guardan con gran esmero una flor o una cinta del tocador de una traviata. ¡Qué mal sienta en sus labios criticar el culto purísimo de la Iglesia católica!

No somos nosotros, dicen ellos, no somos nosotros los que reprendemos eso: es la Sagrada Escritura. ¿No sabéis, nos dicen, no sabéis que en el *Exodo* se dice bien claro que no se hagan esculturas de ningún género, y que en las profecías, y sobre todo en los Salmos, se reprende a los fabricantes de ídolos y estatuas? Tenemos, pues, sobrada razón para llamaros idólatras.

Verdaderamente no esperábamos una objeción tan nueva, y se necesita un gran ingenio para contestarla. El Señor ha prohibido que se creen

divinidades de barro, de metal, etc., luego no pueden hacerse estatuas ni imágenes, aunque sean de santos, para recordar a Dios y aprender mejor los misterios de la fe. Así es como discurren.

Les contestaremos esta vez para devanecer su ignorancia. ¿A quién va dirigida la prohibición de hacer estatuas o imágenes? Va dirigida a los judíos, que viviendo en medio de la idolatría de los egipcios, estaban muy inclinados a ella, como se vió en el desierto, donde fabricaron el becerro de oro, y en otras mil ocasiones en que adoraron los ídolos de las naciones que confinaban con ellos. ¿Qué creían los judíos que eran aquellas estatuas o imágenes? Creían que eran verdaderas divinidades, y por eso se prosternaban delante de ellas, las adoraban, les ofrecían sacrificios, y por su causa se olvidaban del verdadero Dios. Y a consecuencia de esto, ¿qué les mandó Dios? Les prohibió fabricar estatuas u objetos, ya del cielo o de la tierra, porque no quiere que las adoren como a El, porque sólo a El se le debe adoración. Y lo que prohibió el Señor, lo prohibieron los profetas; y para alejar más y más al pueblo judío de la adoración de los falsos dioses, el santo rey David les puso en ridículo diciendo: «Que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, manos y no palpan, pies y no andan, boca y no hablan; en una palabra: son un pedazo de madera o de metal inanimado». Este, y no otro, es el sentido de la cita que sacan a relucir los protestantes contra los católicos, ciertamente, como todas, sin comprenderla. Ahora, decidme: ¿qué relación tiene esta cita con nuestro culto? Nos servimos, es verdad, de las estatuas y de las imágenes. Pero ¿los reconocemos, por ventura, como dioses? ¿Hemos dicho

jamás que la imagen de Jesús sea Jesús, y la de la Virgen la misma Madre de Dios? Todo al contrario: decimos que no son más que barro, madera o metal; y tanto es así, que cuando son viejos sin ningún escrupulo los reponemos. ¿Les atribuimos alguna virtud divina, algún poder material, como los idólatras a sus estatuas? De ningún modo: siempre hemos dicho que en ellos no existe poder ni virtud alguna. Por último, ¿abandonamos por las estatuas e imágenes el culto y adoración que se debe al verdadero Dios, como hacían los idólatras? Mil y mil veces no; constantemente decimos que en las imágenes únicamente reverenciamos lo que representan, y de este modo nos servimos para honrarle mejor. ¿Dónde está, pues, la prohibición con que sueñan? ¿De qué manera leen la Sagrada Escritura? Y si no conocen la doctrina católica, ¿por qué se meten a impugnarla? Y si la conocen, ¿por qué son tan pérfidos que la quieren comparar con la de los idólatras?

¿Creeréis lo que voy a deciros? Están tan encariñados con su locura, que yo he oído a algunos llegar a decir que nosotros los católicos, para poder ser idólatras con más libertad, habíamos falsificado los Mandamientos; y un degradado apóstata, que al perder la fe ha perdido al mismo tiempo el sentido común, ha estampado esta paparrucha en uno de sus libracos, que tanto corren para ponerlos en nuestras manos. Pero ¿cómo pueden hacer creer esta calumnia? ¿Cómo? A fuerza de buscar y rebuscar, han encontrado que en nuestros catecismos no están copiados literalmente los Mandamientos, tal y como están en el *Exodo*, faltando aquellas palabras *no te harás esculturas*, etc., etc., y sobre esto basan su

acusación para decir que los católicos hemos falseado los Mandamientos. Ved en todo la buena fe con que siempre proceden.

Los Mandamientos no están copiados a la letra, dicen; ¿y qué tiene esto de maravilloso? Ya lo sabemos. ¿Es que en el Catecismo debe copiarse toda la Santa Escritura? El Catecismo no es más que un pequeño compendio de las verdades más necesarias que deben saberse; todo lo demás, aunque hermosísimo, aunque divino, se omite. De aquí que de los Mandamientos se deje todo aquello que se refiere a los judíos; así, en el primero se omite: *que os he sacado de la esclavitud de Faraón*, porque se refiere a ellos; se omiten las bendiciones y castigos que Dios promete al que los observe o los conculque, porque los premios y penas temporales son propios de la ley antigua. En el tercero se deja lo que, respecto a la santificación de las fiestas, se refiere a las costumbres de aquel tiempo, y en el último se reduce a pocas palabras lo que allí tanto se explica. De la misma manera, en el primero se omite lo que se refiere a la idolatría, porque en el pueblo cristiano, gracias a Dios, no hay ese peligro, y únicamente se conoce al verdadero Dios. ¿Qué es, pues, lo que la Iglesia ha dejado de expresar en el Catecismo? Lo que no es necesario ni preciso saber, hasta que los protestantes no han venido a decir que entre los católicos existe la idolatría. Por lo demás, tampoco lo ha ocultado la Iglesia, porque en todos los Catecismos, y los apóstatas lo deben saber, que se habla también de la idolatría con las mismas palabras del *Exodo*, y porque en la Sagrada Escritura lo pueden leer, cuando y como gusten, con más extensión. ¿Qué malicia hay en esto? La única que tienen ellos

para calumniar a la Iglesia. He aquí adonde van a parar todas las razones que aducen para demostrar que en la Iglesia católica no existe la idolatría.

Jesús los ilumine por intercesión de María Santísima y de los Santos, que esos desventurados no quieren conocer, y vosotros, lectores míos, rechazad esas blasfemias guardando vuestro amor a las imágenes, consolándoos con besar y reverenciar a aquellos que esperáis hallar en el cielo por toda una eternidad.

CAPITULO VIII

Octavo engaño.—Desprestigiar al clero católico.

Los enemigos de la santa fe, después de haber criticado las cosas, pasan a criticar las personas, y este es otro de los lazos que tienden a vuestra sencillez. Os ponen delante a los sacerdotes, y van sacando a relucir todos sus defectos, todos sus vicios y pecados, y, después que han dibujado un gran cuadro de escándalos y de desórdenes de toda clase, os preguntan: ¿Cómo puede ser buena una religión que tiene sacerdotes tan viciosos? Mis queridos amigos, escuchad la verdad y veréis cuán necios son los que así hablan.

Yo concedo que entre los sacerdotes los haya malos y escandalosos, porque son hombres, y como tales pueden pecar. ¿Pero es que la bondad de una religión depende de la conducta de sus sacerdotes? ¡Qué necio será el que así discorra! La Religión es buena y santa porque la ha establecido Jesucristo; y si hay algún sacerdote

que no la observe fielmente, tanto peor para él, porque será castigado con mucho más rigor que los seglares; pero no por eso pierde la Religión su intrínseca belleza y bondad. Si la Religión autorizase la malicia y perversidad de sus ministros, tendrían razón de culpar a la Religión; pero mientras ella, no sólo no los autoriza, sino que los castiga con mucho más rigor, ¿por qué se la culpa? Ya lo sabéis: la Religión os dice, y esto es muy claro, que si un seglar muere en pecado es condenado al fuego eterno, y que si fallece un sacerdote en este miserable estado su pena será mucho mayor, sus tormentos más agudos y crueles, sus carnes despedazadas más violentamente dentro del infierno; ved, pues, cómo no es la Religión la que tiene la culpa.

Figuraos por un momento que tenéis un hijo díscolo, desobediente y de mala inclinación, y para reducirle al buen camino le avisáis, le reprendéis, le amenazáis, y, por último, le castigáis; en una palabra: empleáis todos los medios posibles para conseguirlo; pero si éste se mantiene obstinado en sus vicios, ¿podrá nadie echar la culpa al padre, que ha empleado todos los medios humanos para hacerle bueno? Pues bien: lo que encontráis injusto respecto de vosotros, ¿lo encontraréis lógico tratándose de la Religión? Si ella ha amenazado, ha reprendido y castigado al sacerdote malo, ¿por qué la echáis la culpa?

Ya os he concedido que puede haber entre los sacerdotes algunos malos y escandalosos; pero debo hacer constar que, gracias a Dios, son mucho más los sacerdotes buenos. ¡Cuántos pobres párrocos hay que no reparan si es de día o de noche para correr a remediar cualquier necesidad! ¡Cuántos se pasan horas y días en el confe-

sonario! ¡Cuántos se pasan las noches enteras a la cabecera de un moribundo! ¡Cuántos dan cuanto tienen a los pobres! ¿Quiénes son aquellos que, abandonando su patria y familia, vuelan a países salvajes, en medio de peligros sin número, atravesando mares y desiertos para enseñar la santa fe a los gentiles? Los sacerdotes católicos. ¿Quiénes son en nuestro país los que se afanan y fatigan en santas Misiones? Los sacerdotes, ya seculares, ya regulares. ¿Quiénes son los que consumen su salud y largas vigiliass en componer libros de piedad y devoción para el pueblo? Los sacerdotes. ¿Quiénes son los que riñen rudas batallas con los enemigos de vuestra alma para proporcionaros vuestro descanso temporal y eterno? Los sacerdotes.

Sabéis que entre todos los sacerdotes suenan más los malos que los buenos. Porque son como la peor rueda de un carro, que es la que más suena; porque se dejan ver en todos los mercados, en todas las fiestas, muchas veces en las tabernas, en los casinos y en los garitos; porque son como un grano en el ojo; al contrario, los buenos no se ven por ninguna parte, están siempre retirados, ocupándose de su Iglesia, de sus libros o practicando el bien, y, por tanto, no hacen ruido, a pesar de que son los más. Ved, pues, cuánta injusticia se comete calumniando a todos los sacerdotes, como hacen esos maestros de iniquidad, diciendo que todos son lo mismo. No, no son así todos, y si hay alguno malo, el mayor número, la generalidad es como debe ser. ¿Encontraríais justo que se condenase a los hombres de una familia porque uno de ellos hubiese delinquido? Entre los criados, alguno, sin duda, habrá que haya robado algo a su amo; ¿llamaríais

por eso ladrones a todos los criados? Entre los artistas no dejará de haber alguno que trabaje poco y mal en su oficio; ¿llamaríais por eso sólo holgazanes a todos los artistas? En los matrimonios no dejará de haberse faltado a lo que prescribe el Sacramento; ¿diríais por eso que todas las mujeres, incluso la vuestra propia, son infieles? ¿Cómo, pues, llamáis malos a todos los sacerdotes porque haya entre ellos algún desgraciado que lo sea?

Debéis, por el contrario, y sea esto dicho de paso, respetar a todos, porque su autoridad no desmerece en nada, sea cualquiera la falta que cometan. Si obran mal, para ellos hacen, pues en nosotros no recae el daño. Las predicaciones son la palabra de Dios, palabras que no se manchan aun cuando las pronuncien labios indignos; la absolución, que dan en el tribunal de la penitencia, es buena; la santa Misa tiene para los que la oyen el mismo valor, y lo mismo los Sacramentos que administran, así como todo lo demás que a su ministerio atañe. Su autoridad no decrece a pesar de su indignidad. Si, pues, el mismo Dios los mantiene en la autoridad que ha querido concederles a pesar de su maldad, ¿por qué no los respetamos nosotros? ¡Desgraciado del Caín maldito que, en vez de cubrir la falta de un sacerdote, la descubre y la propala! Dios le tomará a su tiempo estrecha cuenta. El gran emperador Constantino solía decir: «Si yo viese con mis propios ojos un sacerdote cometiendo una falta, le cubriría con mi púrpura para que ninguno lo supiese». Tal es el respeto y el concepto en que tenía su alta dignidad. El que quiera saber cuál es el castigo que manda Dios a los que insultan o difaman a sus ministros, yo se lo

diré: a los que han insultado o calumniado a un sacerdote, permite Dios carezcan de él a la hora de la muerte.

En esta última hora, aunque rodeasen vuestro lecho todos los emperadores, todos los príncipes, todos los sabios del mundo, ¿qué bien podrían hacer a vuestra alma? Podrían, tal vez, orar por vosotros; pero seguramente ninguno os absolvería de vuestros pecados. Sólo el sacerdote es el que tiene autoridad para ello, sea bueno o malo; es el único en quien se verifica que lo que desata en la tierra será desatado en el cielo, y lo que no perdona, no será perdonado. Y si, por justos juicios de Dios, os faltan a la hora en que más os asaltarán los remordimientos, ¿qué será de vosotros?

En el siglo pasado, el famoso impío Voltaire pasó toda su vida burlándose y difamando a los sacerdotes, y a su última hora, cuando se ven las cosas de muy diferente manera de como se han visto en vida, mandó a buscar a uno. ¿Y qué? Sus mismos amigos no le dejaron acercarse a la cama, y Voltaire, gritando y blasfemando, murió desesperado. ¡Cuántas veces se ha repetido este caso! ¡Ay de nosotros si somos los protagonistas!

Pero volviendo al asunto principal, fijad bien en vuestra imaginación que la religión es siempre buena aunque haya algún sacerdote malo, y que es un error gravísimo el que difunden los protestantes diciendo que la religión es la causa de lo que ella castiga con todo rigor.

Otra infamia adopta también el protestantismo contra los sacerdotes del Señor para hacerles perder nuestra estimación y nuestro respeto. ¿Sabéis cuál es? Haciéndonos ver que son interesados. ¿No veis, dicen ellos, que llevan dinero

por la Misa, por la predicación y por todos los oficios de su ministerio? He aquí la respuesta, y grabadla bien en vuestro corazón.

Que es muy propia esta pregunta de los protestantes, pero que con ella se burlan de vosotros y de vuestra sencillez. Por amor de Dios, leed. Y sus ministros, sacerdotes, o como quieran llamarlos, ¿son desinteresados? Tienen, por el contrario, tan pingües prebendas, que, según un cálculo hecho recientemente, la secta anglicana sola gasta en sus ministros mucho más dinero que el que percibe el clero católico esparcido por todo el mundo. Y esto no lo decimos para desacreditarlos, pues los pobres tienen necesidad de ello para mantener el lujo de su mujer, para formar la dote de sus hijas y para dar carrera y educación a sus hijos. Sin embargo, no confiesan, ni asisten a los moribundos, ni visitan enfermos, ni celebran Misa; todo su gran quehacer se limita a leer un poco en público. Después de esto, que tengan valor para llamar interesado al clero católico, ¿no es una imprudencia sin nombre?

¿Qué es lo que hace el clero católico? ¿Se hace pagar la Misa, la predicación y los demás ministerios, como estúpidamente, por no decir otra cosa, dicen algunos? Nada de esto: no se hacen pagar ni la Misa ni la predicación porque no podríais pagar ni aquel sacrificio, ni la divina palabra, no digo vosotros, sino ni todos los ricos del mundo reunidos; no sería bastante todo el oro y la plata que producen las minas. Su ministerio lo ejercen gratuitamente, porque no se venden ni la Misa ni los Sacramentos; sólo reciben una limosna, porque es preciso que el sacerdote viva, y esto se confirma por la Sagrada Escritura, la que nos dice de los antiguos sacerdotes que,

por disposición divina, además de los diezmos que recibían de las tribus, recibían también muchas ofrendas y regalos en algunas ocasiones, también está conforme en esto el Nuevo Testamento, en el cual San Pablo hace saber que los sacerdotes merecen, por la dignidad de su ministerio, un doble honorario (1), que no es gran cosa que aquellos que nos suministran el alimento del alma reciban de nosotros el alimento del cuerpo (2), porque el que al altar sirve, del altar debe comer (3).

Lo que algunos dicen de que los sacerdotes antiguos vivían del trabajo de sus manos, es en parte verdad y en parte no. Es cierto que en algunas ocasiones, para evitar que los gentiles murmurasen de los sacerdotes que predicaban el Evangelio, se alimentaron con el trabajo de sus manos, y esto lo hacen con frecuencia los Misioneros, pero por un motivo muy distinto; pero es falso que lo hiciesen siempre, porque al establecerse una nueva Iglesia el sacerdote se ocupaba únicamente del bien espiritual de los nuevos fieles, de los que recibía su sustento como se ve muy claro por lo que hizo San Pedro y los demás Apóstoles, que, no queriendo ocuparse en la distribución de las limosnas para no robar tiempo a los quehaceres espirituales, eligieron para este oficio diáconos, como se ve en las Actas de los Apóstoles. Por otra parte, empezando por Jesucristo, Sumo Sacerdote, el cual, cuando dió principio a su predicación, se mantuvo de las limosnas que le entregaban Magdalena, Susana y otras personas ricas, como se ve en el Evangelio, los

(1) Timoth., v, 17.

(2) I Cor., ix, 11.

(3) I Cor., ix, 12.

sacerdotes han vivido siempre de las limosnas de los fieles, lo que es muy justo, porque los sacerdotes no podrían atender a un mismo tiempo a la salvación de las almas de sus feligreses y a proporcionarse el sustento. Desgraciado el hijo ingrato e irreverente que tiene valor para revolverse contra el Padre de su alma y le cuenta hasta los bocados que come, porque Dios disimulará por algún tiempo la ofensa, pero después hará conocer que ha sido El a quien se ha ofendido en la persona de su ministro.

CAPITULO IX

Noveno engaño.—Lujo del Papa y de los Prelados de la Iglesia.

Después de haber vituperado la avaricia, pasan a vituperar el lujo de los sacerdotes, y éste lo encuentran mucho más escandaloso en el Papa, en los Cardenales y en los Prelados de la Iglesia católica. Ved, dicen, si San Pedro se sentaba en un trono, y si los Apóstoles se vestían de púrpura y desplegaban tanto lujo en coches y palacios; y de esto sacan la consecuencia de que la religión es falsa (1).

(1) No niegan los católicos, antes bien, reconocen paladinamente con los modernos historiadores eclesiásticos, que han existido no pocos abusos por parte de algunos dignatarios de la Iglesia, respecto a los extremos indicados aquí y en otros lugares por el autor, pero todo ello va unido a la parte puramente humana de la historia, y no empaña en modo alguno, antes bien, hace que brille con más intensos fulgores el elemento divino, aun prescindiendo de las atinadas observaciones que nos hace el P. Franco. (N. de la R.)

Ahora, escuchadme: figuraos por un momento que todo eso es verdad, que no lo es, como ya veremos; pero suponed que sea un exceso, ¿qué tiene que ver todo esto con la Religión? A lo más, a lo más podrían decir que los Prelados no la observaban bien; pero porque ellos no la observasen, ¿la Religión sería falsa? Se necesita un magín de mosquito para sacar esta consecuencia.

Pero ¿por qué los protestantes, que tanto celo demuestran por la pobreza evangélica, no empiezan ellos por ponerla en práctica? Inglaterra y Alemania son las naciones que sirven de modelo a todos los protestantes, esto ninguno lo pone en duda; pues bien: ¿quiénes son allí los cabezas de la religión? En Alemania, el emperador; en Inglaterra, la reina. Si no está bien el lujo y el fausto en la cabeza de la Iglesia, ¿por qué tienen tanto tren de caballos y carruajes, por qué tanto boato en recepciones, teatros y espectáculos? ¿Por qué, no solamente le tienen las cabezas, sino también sus hijos y su familia? ¿Por qué no critican los inmensos sueldos de los obispos anglicanos, que son mucho más ricos que nuestros Obispos y Cardenales, y lo gastan todo en el lujo de sus mujeres y de sus hijos en vez de repartirlo entre los pobres? Me diréis que son al mismo tiempo que jefes de la Iglesia soberanos de sus Estados; efectivamente: pero entonces, ¿por qué sacan a colación a San Pedro, y dicen que éste no usó ni tronos ni púrpura, pudiendo con más razón, decir que no necesitaron tantos cortesanos y tanto cortinaje? ¡Ah hipócritas! ¡No veis la viga en vuestro ojo y veis la paja en el ajeno! ¿No es verdad que San Pedro y los demás Apóstoles no tenían tanto lujo, y que es preciso volver las

cosas a aquel estado? Vamos a hacerlo, si queréis; pero espero que no seáis hombres de dos caras. Si las cosas han de volver al estado en que estaban en aquel tiempo, hay que hacerlo en todo, esto es, no sólo han de volver a aquella situación el Papa y los Obispos, sino también los laicos y todo el pueblo cristiano; porque cuando San Pedro y los Apóstoles iban cubiertos de andrajos no les sucedía menos a los fieles. Empezad, pues, a vivir en las Catacumbas como ellos vivían; allí, en aquel retiro, entre horrores sin cuento, rodeados de sepulcros. Entonces los fieles, como vemos en las Actas de los Apóstoles, vendían sus bienes y llevaban su importe a los Apóstoles para que lo distribuyeran entre los pobres y las viudas. Haced vosotros lo mismo. Los primeros cristianos se pasaban horas enteras en la oración; empezad vosotros, si sois valientes, a hacernos ver que oráis como aquéllos. Los primeros cristianos comulgaban frecuentemente y casi diariamente durante el oficio divino; oid vosotros la santa Misa y comulgad, aunque sólo sea una vez al mes. En aquel tiempo estaban los cristianos dispuestos constantemente a dar su sangre y su vida por Jesucristo en medio de los más atroces tormentos; dad vosotros señales de vuestro valor, si no frente a procónsules y verdugos, a lo menos frente a los libertinos y malos creyentes.

Si queréis cambiar todo el uso de aquel tiempo, no seáis injustos pretendiendo que cambien sólo el Papa y los Obispos, sino que cambien todos, hasta los simples fieles. ¿Os gusta este modo de vivir, Cristianos? Pues ponedlo en práctica cuanto antes, y después tendréis razón para reprender al que no lo practique.

Pero si queréis, como más cómodo, vivir en

vuestras casas tranquilamente, atender a vuestros negocios y asistir a la Iglesia cuando queráis, y si aun esto os parece pesado, ¿por qué empleáis vuestro falso celo sólo con los Prelados, los Cardenales y el Sumo Pontífice? ¡Ah hipócritas, vuelvo a repetir, hipócritas, que tenéis una balanza de doble platillo, uno para vosotros y otro para los demás!

Pero vamos a buscar la verdad. ¿Es cierto que repugna el decoro exterior y el principado a la Cabeza de la Iglesia y a los Prelados? Falso de todo punto. En los primeros tiempos, la Iglesia estaba en un estado de extrema pobreza, sí; pero no era aquél su estado normal, como la infancia no es el estado normal del hombre. Jesucristo permitió que por un poco de tiempo la Iglesia fuese pequeña, naciente, perseguida, para que todos comprendiesen que, a pesar de esto, se establecía y se propagaba, y, por tanto, que no era obra humana su fundación, y reconociesen en esto la mano de Dios; pero pasado ese tiempo, Dios quería que la Iglesia prevaleciese y se hiciese poderosa y fuerte en todo el mundo, derramando por doquiera sus luces y atrayendo así el corazón de todos los hombres. Quería el Señor también que fuese muy cuidadora de su decoro exterior, porque la grandeza debía servir para atraerse mayor número de hijos; y después, el lujo externo, si no era útil a los Pastores, era muy útil a los fieles.

Así lo demuestran todas las profecías, que hablan de la Iglesia como de un gran reino que se extendería de un confín al otro de la tierra, como ya hemos dicho; así lo justifica el mismo Jesucristo, que arrojó la primera semilla de esta grandeza con el empleo que, en unión de los

Apóstoles, daba a las limosnas que los fieles le entregaban.

Por esto mismo disponían los Apóstoles de grandes sumas, viéndose en la precisión de nombrar diáconos para que las administrasen. El Romano Pontífice, sucesor de aquéllos, se encontraba en el mismo caso, como se vió por las restituciones que de grandes sumas, que le habían sido robadas por sus antecesores, hacía el Emperador Constantino. San Gregorio el Magno, en una carta, da a conocer los cuantiosos bienes de que podía disponer en Roma, en Sicilia y en otras partes; de donde se deduce que la Iglesia nació con el derecho de poseer como otra cualquiera sociedad, y al efecto, bien pronto dispuso de muchas riquezas.

¡Que la Iglesia no se sirve de ellas en bien de los pobres, sino que emplea estas riquezas en lujo! Esto fué dicho hace ya mucho tiempo; ¿sabéis por quién? Por Judas, el cual llevó muy a mal que la Magdalena hubiese empleado una gruesa suma en un ungüento precioso que derramó sobre los piés de Jesucristo, cantidad que podía haberse empleado en beneficio de los pobres; y así como esto se dijo contra Jesucristo, así se dice ahora contra la Iglesia su esposa. Jesucristo no encontró buena ni mucho menos esta razón, y por eso alabó a la Magdalena su desprendimiento, como buena y santa obra; y lo mismo podríamos decir respecto al decoro exterior de los Prelados, que algunos les parece inusitado lujo, y así como un templo adornado con magnificencia eleva nuestra mente a Dios, ayuda a nuestra piedad y aumenta nuestra devoción, así la Iglesia aprueba el decoro exterior de sus Pastores, porque su grandeza nos hace formar

idea de la sublime autoridad con que Dios les ha investido y la reverencia que por ella se les debe.

Los príncipes de la tierra, para demostrar su poder, habitan suntuosos palacios, emplean en su servicio gran número de personas y despliegan gran magnificencia; y los Prelados de la Iglesia, que tienen una autoridad mucho más excelsa que los monarcas terrenos, ¿no pueden darla a conocer de ningún modo? ¿Deben, por el contrario, mirar como vanidad humana lo que se dirija a dar más gloria a Dios que ha dado semejante poder a los hombres, que honra a la Iglesia, que ha sido fundada tan grandiosa, y que, por último, es conveniente hasta para los mismos fieles, que por esta majestad externa son suavemente conducidos a reverenciar, a obsequiar y a someterse de buena voluntad a la autoridad del Pontífice y de los Prelados? ¿Por qué? ¿No fué el mismo Jesucristo el que prescribió en la ley antigua ornamentos de subido valor al Sumo Sacerdote y a los Levitas?

A pesar de esto, el trono no es necesario al Romano Pontífice, dicen los protestantes. Y bien: suponed que no sea necesario, lo que es falsísimo; pero ¿es un mal? Hay muchas cosas que no son necesarias y que, sin embargo, no es un mal el hacerlas. ¿Qué inconveniente hay en reunir las dos condiciones de soberano y de Pontífice? Si estas dos circunstancias se reunieron muchas veces en el pueblo judío, imagen del pueblo cristiano, ¿por qué hoy repugnan tanto? Ahí tenéis a los monarcas protestantes, que son al mismo tiempo cabezas y jefes de su Iglesia y contra los que ninguno se atreve a protestar.

Pero Jesucristo ha dicho que su reino no es de este mundo, replican. Ciertamente. Pero ¿por qué los

protestantes, que pretenden representar la verdadera Iglesia, no se aplican este texto y soportan una cabeza que es al mismo tiempo rey o reina? Porque estas palabras de Jesucristo quieren decir todo lo contrario de lo que estos nuevos ministros de iniquidad pretenden; estas palabras quieren decir que Jesucristo, aun cuando es Rey de todos los hombres, no se propuso establecer un reino terrenal en el cual gobernase a los hombres como los demás monarcas, sino que instituyó un reino cuyo trono residiría en lo más alto de los cielos, y por eso en el Evangelio se nombra tantas veces el Reino de los cielos. Si estas palabras se tomasen en sentido contrario se proferiría una blasfemia contra Jesucristo, porque se diría entonces que Jesús no tenía potestad suprema sobre todos los hombres y que no podía reinar sobre ellos acá en la tierra. ¿Y quién no sabe que Jesucristo, en cuanto Dios, es dueño y Señor de todas las cosas, y en cuanto hombre las ha recibido todas de su padre, *que todo lo sostiene con su mano*, como dice el Evangelio? (1). Así, pues, cuando Jesús dice que su reino no es de este mundo, no quiere decir otra cosa sino que El, si bien es dueño y absoluto Señor de todos, no ha venido para fundar un reino temporal en el que reinase a la manera de los demás monarcas, como creían muchos judíos y también los Apóstoles Santiago y San Juan, que por eso le pedían sentarse uno a la derecha y otro a la izquierda de Jesucristo, sino, al contrario, fundar una monarquía espiritual que comprendiese a todos los fieles, y en la que únicamente tendrían cabida los que se hiciesen dignos de ella. ¿Qué

(1) Joann., III, 35.

otra cosa hace el Romano Pontífice? Continúa la obra de Jesucristo: ordena los miembros de su Iglesia, los regula, los vigila, los confirma, los instruye, constituye los Obispos a este fin, mantiene intacto el depósito de la fe, resuelve las dudas que les ocurren a los fieles diseminados por todo el mundo, y, es claro, no los dirige para formar una monarquía terrenal visible, sino para llevarlos a la monarquía espiritual y celestial; y por eso mismo puede con todo rigor de verdad decir que su reino no es de este mundo; y si alguno lo dijese, sería una estupidez, pues sería lo mismo que decir que todos los católicos éramos súbditos temporales del Papa.

Pero esta cualidad de ordenador del reino espiritual de los fieles, digámoslo así, no impide que pueda ser al mismo tiempo soberano temporal de un pequeño Estado, como eran los Estados Pontificios. Así lo exige su dignidad excelsa, y esto mismo le hace más capaz para gobernar bien, porque será siempre, generalmente hablando, menos apasionado que un monarca, y la continua asistencia del Espíritu Santo, con que cuenta, le sirve de mucho para su temporal administración (1).

Todo estriba en ver si tiene algún derecho a este trono; pero sólo poner en duda este derecho del Papa al dominio temporal de sus Estados es el absurdo más grande que se puede imaginar, porque el Papa fué hecho soberano por la espontánea sumisión que le hicieron el príncipe y el pueblo; porque su autoridad está confirmada por la prescripción de muchos siglos, tantos como no cuenta ninguna otra monarquía; porque ha

(1) Véase la nota de la página 21.

sido reconocido por todos los soberanos del mundo, que, no sólo lo han reconocido, sino que lo han protegido. Si este derecho no sirve de nada, que abandonen su trono todos los demás soberanos de la tierra, porque ninguno de ellos puede ostentar un derecho tan legítimo y tan secular como el derecho del Romano Pontífice.

Nadie hay que crea que la administración del reino temporal perjudique en nada al cuidado espiritual de la Iglesia, porque precisamente sucede todo lo contrario. ¿Qué es lo que necesita el Sumo Pontífice para enderezar a todos por el camino de la salvación eterna? Necesita poder hablar con libertad a todos, enseñar a todos la verdad cristiana, animar a todos, reprenderlos, amenazarlos, y si es necesario, imponerles castigo. Si el Papa no tiene libertad, ¿cómo podrá hacer esto? Mucho más cuando entre sus ovejas se cuentan también príncipes, reyes y emperadores cristianos, sobre los cuales debe también extender su espiritual autoridad, y amonestarlos, reprenderlos, y si es preciso, excomulgarlos, pues si no, se diría con razón que no eran buenos cristianos ni ovejas de Jesucristo, a causa de su dignidad. ¿Cómo podría, pues, el Papa ejercer este su inalienable derecho sobre estos monarcas si no fuese independiente? ¿Y cómo podría ser independiente de ellos si fuese su súbdito, si ellos podían encarcelarlo o violentarlo cuando quisiesen? ¿No recordáis lo que sucedió cuando Pío XI estuvo en Gaeta el año 1849? ¿Qué decían entonces esos carceleros de hoy? Decían que lo que decretaba no era inspiración suya, sino del rey de Nápoles, en cuyos dominios estaba, y esto les servía de pretexto para no obedecerlo. Y, sin embargo, todo el mundo sabía que gozaba de

plenísima libertad para hacer cuanto quisiese sin que nadie se lo impidiera. Pues lo mismo se diría si fuese súbdito temporal de cualquier otro monarca, y éste mismo sería muchas veces tentado a negarle autoridad. Y en efecto: ¿qué soberano que tuviese por súbdito al Papa recibiría de él órdenes, en materia espiritual, cuando éstas contrariasen sus gustos y sus caprichos? Si fuese, por ejemplo, súbdito del emperador de Alemania, ¿le obedecería el de Austria? Y si fuese súbdito de esta nación, le obedecería Francia? El que conozca las cosas del mundo comprenderá que así sucedería; luego siendo él también soberano, ninguno podrá excusarse diciendo, o que le falta libertad, o que ordena por inspiración de otro.

He aquí una prueba más de lo que es la divina Providencia, que para bien de la Iglesia, para tranquilidad de los fieles y para acrecentamiento del reinado de Jesucristo, ha dispuesto que el Sumo Pontífice tenga su reino, no tan vasto que le ocupe todo el tiempo, pero tampoco tan pequeño que le haga despreciable y no contribuya a que sea respetado por todo el mundo y suficiente a mantenerlo con la necesaria libertad.

En estos momentos, al escribir esto, y estando el Romano Pontífice sacrílegamente despojado de su trono por la satánica revolución, se tocan como con la mano los daños que hemos apuntado. El Papa no tiene hoy libertad para gobernar el mundo católico. Tiene necesidad para ello de numerosas Congregaciones que despachen los múltiples asuntos de la Iglesia, y no cuenta con los hombres ni con los medios materiales para hacerlo; las Ordenes religiosas, que son como las flores de la Iglesia, y que tan útiles le son, ya por la ciencia que cultivan, ya por su apostolado

entre los infieles, ya para alentar la flojedad de los católicos, han sido destruídas; las manifestaciones externas del culto católico, que son la expansión natural de la fe de Jesucristo, se han hecho imposibles; carece de los medios necesarios para mantener sus Nunciaturas, que es el eslabón que une a la Sede apostólica con las naciones cristianas; carece de la libertad necesaria para la fundación de institutos precisos para la enseñanza de la fe en el universo mundo, y se ve obligado a presenciar las abominaciones de las sectas nefandas que poco a poco van minando al pueblo católico inculcándole las ideas más perniciosas sin poder ponerles coto. De esto tienen también la culpa los gobernantes de las naciones católicas, que, reconociendo este estado violento de cosas, cuidan de no removerlo. De todo esto, finalmente, algunos sacan una conclusión: que la Iglesia no puede vivir sin la potestad humana. A esta estúpida conclusión responderé con un símil.

La Iglesia no puede vivir sin un medio cualquiera, como no puede subsistir el hombre sin algún alimento; y así como Dios ha dispuesto que el pan sea nuestro común alimento, por eso le alabamos, porque nos lo envía, de la misma manera, habiendo Dios dispuesto que por ahora el Pontífice tenga la necesaria libertad para gobernar la Iglesia, así pedimos al Señor mantenga al Papa en su trono, para que tenga la necesaria independencia. Y si esto faltase, ¿qué sucedería? ¿Qué sucedería si faltase el pan? Como Dios, en su infinita sabiduría tendría mil medios para alimentar a los hombres sin necesidad de pan, así también tendría mil medios para sostener su Iglesia sin el trono pontificio; pero así como

sería un incauto el que no admirando a la Providencia criticase a Dios porque había escogido el pan para nuestro alimento corporal, así también es un desgraciado el que impugna el poder temporal del Papa, medio escogido por Dios para la necesaria independencia y libertad de su Iglesia.

En una palabra: Dios podía haber provisto a su Iglesia de los medios necesarios para su sostenimiento, si así hubiese sido su voluntad, puesto que aquélla ha de durar hasta la consumación de los siglos; pero como ha escogido éste y no otro, a nosotros sólo nos toca acatar su voluntad.

Por último, ¿queréis saber de una vez y con claridad el motivo por el cual atacan tanto el poder temporal del Romano Pontífice todos los sectarios y los que les imitan? No es por celo por la pobreza evangélica, porque sin calumniarlos, ya sabéis que no son los más devotos ni los más partidarios de esta virtud que tanto cacarean; es por el furibundo deseo de ver extinguida la fe de la tierra: esto es lo único que les mueve.

La regia dignidad con que se acompaña el Pontífice le da tal lustre, tal decoro, que ayuda poderosamente a grabar en el corazón del hombre razonable el respeto y la sumisión; respetado y reverenciado, tiene mayor fuerza para satisfacer al pueblo y regirlo espiritualmente; por lo que, si pudiésemos despojarlo de toda autoridad, haríamos la guerra a este medio tan eficaz. Le sucedería lo mismo que a algunos príncipes de la tierra, que para hacerse más populares se despojan de la majestad externa, lo que les hace desmerecer en el concepto público y suelen atraer la revolución que les arroja del trono. Si pudiesen reducir al Papa a vivir como un simple sa-

cerdote, perdería poco a poco el respeto y aprecio del pueblo, que acabaría por no reconocer su espiritual autoridad.

He aquí explicado el motivo por qué con tanto celo se ocupan de él, fingiendo, al hacerlo, su amor a la pobreza evangélica. Por eso no pueden sufrir con paciencia se vea honrado con tantos obsequios, que el pueblo se prosterne a su presencia, que se le bese el pie en señal de obediencia, etc.; por eso repiten tanto que el Papa no es más que el primer obispo, que es un hombre como los demás, y todo en odio a la Iglesia y a Jesucristo su Fundador.

A esto debéis vosotros contestarles, que no sólo es el primer obispo, sino que tiene autoridad verdadera sobre todos los demás obispos; que es un hombre como los demás, pero investido de una autoridad que ningún otro hombre tiene; que es un hombre sí, pero un hombre al que Jesucristo, verdad eterna, ha prometido su continua asistencia; un hombre, sí, pero sobre el que ha fundado su Iglesia; un hombre, sí, pero que tiene en sus manos las llaves del cielo, dadas por Jesucristo; un hombre, sí, pero que únicamente este hombre tiene la potestad de atar y desatar todos los pecados, afirmando Jesucristo que da por hecho cuanto él haga; un hombre, sí, pero un hombre que es el centro, la cabeza, el vértice de la Iglesia y la voz por la cual habla Jesucristo a sus hijos.

CAPITULO X

Décimo engaño.—Tráfico de las indulgencias

El lujo de los Prelados de la corte Romana no puede sostenerse sin grandes dispendios, y he aquí el motivo de hacer un tráfico ilícito con las cosas espirituales. Así discurren esos infelices que quieren separaros de la Iglesia católica, pasando después a contaros cómo, para recoger en Roma dinero, se venden las indulgencias, las dispensas matrimoniales, las licencias de oratorios privados, los beneficios eclesiásticos, las reliquias de los Santos y otras muchas cosas más. Cualquiera que los oiga creería a pies juntillas que en Roma todo se vendía, se compraba y se cambiaba sin respeto alguno al nombre de Dios ni a las cosas santas; y para expresarlo en pocas palabras, han inventado un término exclusivamente suyo propio, llamando a Roma la gran *mina* de los curas.

¡Ah mis carísimos hermanos! Oídme con un poco de atención respecto de esta acusación, especialmente en lo que se refiere a las indulgencias, y veréis lo que es la religión protestante, que para sostenerse tiene que recurrir a la calumnia.

La primera y más furibunda acusación que lanzan es sobre las indulgencias, las cuales, según ellos, es la mercancía que más entradas produce a la corte romana. Vamos a contestar con dos hechos a toda su palabrería, preguntándoles: ¿Cuánto nos han llevado por las indulgencias

concedidas en los jubileos anunciados al mundo? ¿Cuánto las otorgadas por los dos últimos de los Pontífices Pío IX y León XIII? ¿Quién ha desembolsado ni un perro chico para adquirir tantos bienes espirituales? Tal vez os responderán que no se han ocupado de esto; así son. Pero si hubiesen querido ocuparse, ¿hubieran tenido necesidad de gastar algo? Por otra parte, en el transcurso del año y con motivo de algunas solemnidades, están concedidas santas indulgencias, que ya se anuncia a los fieles por medio de bulas, ya por anuncios puestos en las puertas de los templos. Ahora bien: ¿quién ha tenido jamás que dar un céntimo para participar de ellas? Muchos de estos favores se conceden a infinidad de Congregaciones o Hermandades que, establecidas en todo el orbe, son anejas a una multitud de obras piadosas. ¿Quién ha oído decir jamás que para adquirir todas esas gracias sea preciso más que el cumplimiento de las prácticas prescritas? ¿Dónde están, pues, esas inmensas ganancias de Roma y tanto como producen las indulgencias?

Pero si no sucede en los tiempos actuales, ha sucedido en los pasados, responden ellos; y al momento sacan a relucir la historia de aquella venta, causa, al parecer, de la protesta de Lutero. Y yo les responderé que han leído muy mal la historia, puesto que en ella han encontrado esta falsedad, pues la Iglesia, ni en el tiempo pasado ni el presente, ha vendido jamás las indulgencias. En la Iglesia católica, la venta de los bienes espirituales es reputada, no sólo como un pecado gravísimo, sino que se considera como error de fe, y en más de un caso han sido tratados como herejes los que han sido contaminados de esta iniquidad, y en todo tiempo la Iglesia los ha

perseguido. En cuanto a las indulgencias, ya se sabe el sinnúmero de decretos que ha publicado condenando cualquier abuso cometido por alguno de sus empleados.

Lo que ha dado a algunos ignorantes la ocasión para creer, y a éstos para calumniar, es lo siguiente. La santa Iglesia, cuando concede un favor tan excelso como es el de las indulgencias, suele imponer a los fieles alguna obra de piedad o de penitencia, sea porque se hagan más acreedores a ello, sea para compensación de aquello que se les perdona: Las obras de penitencia, según la doctrina de la Escritura, se reducen a tres principales: oraciones, ayunos y limosnas; y esto lo saben hasta los niños que sólo han aprendido los primeros rudimentos de la doctrina cristiana. Ahora bien, como la Iglesia no ha creído todavía oportuno, para dar gusto a sus enemigos o a las murmuraciones de algunos de sus ingratos hijos, borrar del catálogo de buenas obras la limosna, ni de renunciar el derecho que tiene de imponerla a los fieles cuando lo juzgue conveniente, prescribe esto para la adquisición de indulgencias, del mismo modo que prescribe la oración y el ayuno.

Pero se impone la limosna de tal manera, que si algún alma vil e interesada busca motivo para calumniar, no lo encuentra, a pesar de que aguce el ojo todo lo que pueda, pues se impone de una manera tan sabia que no encontrará nadie nada que pueda reprenderse. De dos maneras las suele prescribir ordinariamente: o dejando a nuestra voluntad el modo y la forma de hacerla, o señalando algún fin especial. Ni en un caso ni en otro se ocupa para nada de nuestro dinero. Como hemos visto más de una vez, entre las obras

señaladas para ganar el jubileo se impone, casi siempre, la limosna en general, y los fieles escogen el pobre que quieren, la viuda más necesitada, o aquella necesidad más apremiante de que tengan conocimiento; y aquí no se ve la más pequeña señal de tráfico.

En otras ocasiones se han impuesto las limosnas, bien para el sostenimiento de los Santos Lugares de Tierra Santa, tan caros a la piedad cristiana, bien para la propagación de la fe, bien para la redención de cautivos, para la fundación o sostenimiento de hospitales u otras obras semejantes; y en este caso el dinero se entrega en manos de las personas encargadas de estas obras, y tampoco aquí se ve señal de negocio.

La gran piedra de escándalo fué la limosna impuesta por León X para la edificación del templo de San Pedro en Roma. Esto fué lo que principalmente proporcionó a Lutero la ocasión para revolverse contra la Iglesia, y es en nuestros días el argumento principal y perpetuo de los protestantes. He aquí en muy pocas palabras el hecho. El gran Pontífice Julio II concibió el vastísimo proyecto de edificar en Roma un templo dedicado al Príncipe de los Apóstoles, templo que fuese digno de la majestad de la Iglesia, y León X, su sucesor, para llevar a término el proyecto, invitó a todos los fieles del orbe católico a que contribuyesen con sus limosnas; pero para que tuviesen más interés, promulgó un edicto concediendo indulgencias a los que contribuyesen a esta obra de culto y piedad cristiana. ¿Qué hay aquí de particular que pueda censurarse? Una de dos: o negar en absoluto que la Iglesia tiene autoridad para conceder indulgencias, lo que al principio no se atrevía a negar el mismo Martín Lutero,

que sólo se sublevó por los abusos introducidos al publicarse el edicto, abusos que antes que él reprendió y castigó la Iglesia, o afirmar que no es obra del culto divino la creación de un templo al Señor. Pero los protestantes, que tanto y tanto ruido meten con la Escritura, deben saber que Dios en la antigua ley tenía tanto interés en la edificación y magnificencia del templo, que El mismo inspiró el plano, prescribió los ornamentos e iluminó a los artistas para las labores más delicadas. ¿Dónde está, pues, el tráfico, la venta de los bienes espirituales? Mientras los protestantes no demuestren que las cosas sucedieron de otra manera, podemos con seguridad decir que calumnian en este punto a la santa Iglesia, y que son tan ignorantes que no saben lo que se dicen, y unos malvados que con estas falsedades pretenden engañar a los tontos.

Y ya que hablamos de las indulgencias, lanzan los protestantes con este motivo otra calumnia contra la Iglesia: dicen que, con la facultad de publicar indultos o jubileos, hace más fácil el pecado, porque ¿qué cuidado han de tener los fieles para no pecar, cuando saben lo fácil que es alcanzar el perdón? Por otra parte, ¿no serán los cristianos menos diligentes en practicar buenas obras cuando, merced a las indulgencias, se les allana el camino del cielo? ¡Son muy curiosas estas preguntas en labios protestantes! Ellos afirman que no son necesarias las buenas obras; que para alcanzar el cielo basta sólo con tener fe; que un alma, aunque esté más negra que la pez, sólo con que crea mucho le basta para justificarse delante de Dios, quedando más blanca que la nieve; y después de predicar y enseñar todo esto nos vienen ahora a deplorar la negligencia en las

buenas obras y la facilidad del pecado. Tienen la misma hipocresía que los judíos, que no tuvieron escrúpulo para matar a Jesucristo y le tuvieron para entrar en el Pretorio por ser día festivo.

Pero para que veáis más claramente cómo os engañan con esa máscara de falsa piedad, recordad lo que la Iglesia nos enseña sobre este punto. En el pecado hay dos cosas que mirar: la *culpa* que ofende a Dios nuestro Señor, y la *pena* a que por ella nos hemos hecho acreedores; la *culpa*, según la doctrina de la Iglesia, sólo se perdona por el Sacramento de la Penitencia, o si no tiene proporción para confesarse, con desearlo ardientemente, si bien haciendo un verdadero acto de contrición. La *pena*, en todo o en parte, se perdona por el mismo Sacramento, según la mayor o menor contrición que lleve el penitente, si bien tiene que satisfacer en esta o en la otra vida con una penalidad temporal. Ahora, notad bien esto: las indulgencias no son otra cosa que una remisión total o parcial de la *pena* debida por el pecado, pero no la de la *culpa*; pero estas indulgencias no surten efecto si antes no se ha llorado, si no se ha detestado, si no se ha arrancado el pecado del corazón. ¿De qué manera, pues, pueden las indulgencias dar valor para pecar? Suponed que uno cualquiera, al ver a un nadador arrojarle desde la orilla y nadar mar adentro, dijese que era tan arrojado y valiente porque tenía un carruaje que lo condujese a la orilla. ¿Qué diríais de esto? Os reiríais, de fijo, a carcajadas, pues sabido es que los coches no andan por el agua; lo mismo, pues, podemos decir a los protestantes cuando les oigamos decir que no tienen miedo de pecar porque tienen en su mano el remedio de las indulgencias.

Con las indulgencias no se perdona el pecado; es preciso que esté ya perdonado para que con las indulgencias recibamos la condonación de la pena. Pues así como aquel nadador, si no tenía más medio para volver a la orilla que el carruaje, no tendría más remedio que ahogarse, así el pecador que para salvarse no usase de otro medio que el de las indulgencias, puede desde luego resignarse a ser condenado sin remedio. Siendo esta la doctrina de la Iglesia, ¿qué sentido pueden tener las habladurías que ciertos bárbaros pronuncian dándolas viso de seguridad?

No es tampoco más cierto lo que, a propósito de las indulgencias, añaden. Que son causa de que disminuyan las obras buenas. Y esto lo dicen porque para la adquisición de las indulgencias, se prescriben precisamente obras buenas, como la oración, el ayuno y la limosna; sin contar con que es una obra meritoria la adquisición de indulgencias, porque con ellas se practica ese ejercicio de la fe en la divina palabra y un acto de humildad, puesto que reconocemos nos hemos hecho acreedores de castigo delante de Dios, es decir, de satisfacer a la divina Justicia glorificando la sangre preciosa de Jesucristo, en virtud de la cual se nos condona la pena que hemos merecido. Y no mentamos para nada lo que nos dice constantemente la Iglesia: que no nos contentemos con las indulgencias, sino que añadamos buenas obras.

Convencidos de esto, aún no se dan por satisfechos. Las indulgencias de los católicos, dicen, hacen agravio a la Redención de Jesucristo. ¿De qué manera? Doblemente, responden: primero, porque para adquirirlas se piden buenas obras, como si éstas fuesen necesarias para la remisión

de los pecados después de la Redención; y en segundo lugar, porque los católicos, a la satisfacción de Jesucristo, añaden la de la Virgen y los Santos, como si la primera no fuera suficiente. Pues bien, mis queridos hermanos, yo me alegro de poder satisfacer todas sus dificultades, porque con esto me proporcionan los herejes más ancho campo para explicar mejor la doctrina de la Iglesia.

Habéis de saber, en primer lugar, que en toda obra buena que hacemos hay un doble valor: tienen el mérito con el cual conquistamos la vida eterna, y tienen la satisfacción con la que purgamos nuestras culpas; el primero consiste en que las ejecutamos por un movimiento de amor, y la satisfacción en cuanto éstos tienen de penosos y trabajosos. Así lo enseña la Sagrada Escritura cuando dice *que con las limosnas se libentan los pecados, que los extinguen* (1), que es como decir que satisfacen con eso, y por ser obra grata a Dios se merece la vida eterna, como dice Jesucristo: *Tened el reino que os fué preparado, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber* (2).

En segundo lugar, el mérito es personal y propio, sin que pueda cederse a nadie, y a éste responde el grado de gloria que alcanzará en el cielo; mientras que la satisfacción, que no es otra cosa que el pago de una deuda, puede aplicarse en favor de cualquiera: así como un hombre rico puede pagar por un amigo una deuda que le imposibilite de adelantar en su carrera, sin que pueda conferirle el mérito del hecho.

(1) Teb., IV, 11; Eéc., III, 33.

(2) Matth., XXV, 34, y sig.

En tercer lugar, han de saber que el tesoro de esas satisfacciones es infinito en la Iglesia, por cuanto los méritos de la Pasión de Jesucristo, que principalmente lo forman, son infinitos. El valor de la satisfacción está en relación con la dignidad de la persona que satisface, así como la ofensa es mayor o menor según es la persona ofendida. Luego siendo Dios el que sufre y satisface en su carne mortal, es infinita la virtud de su Pasión, tan infinita, que es suficiente, no sólo para salvar un mundo, sino millones de mundos.

A la formación de este tesoro contribuyen también las satisfacciones de la Virgen y de los Santos, que padecieron más de lo necesario para el descuento de sus pecados propios. Los protestantes no pueden sufrir que se diga esto; pero que se tapen los oídos, que nada nos importa, porque la cosa es evidentísima. Ciertamente que la Santísima Virgen jamás cometió pecado alguno, ni venial, ni mortal, para sufrir dolores inmensísimos al pie de la cruz. San Juan Bautista fué santificado en el vientre de su madre, y a pesar de eso practicó durísimas penitencias durante su vida, y después derramó su sangre por la justicia. Los Apóstoles, así como los Mártires, después de una vida ejemplarísima, padecieron crueles tormentos antes de su muerte, y esto sólo hubiera sido suficiente, según la fe, para satisfacer por todas sus culpas. Finalmente, tantos santos penitentes, vírgenes y confesores, que juntaron acerbos penitencias a unas vidas inocentes para satisfacer por lo que les quedase de sus faltas. Ciertamente, decía el santo Job: *Quisiera el cielo que mis culpas fueran pesadas con las penas que sufro: éstas pesarían más que aqué-*

llas (1). Todo esto es innegable; de todas estas satisfacciones vino a formarse un tesoro de valor inmenso, que es el que la Iglesia aplica a las indulgencias.

Pregunto yo ahora. En primer lugar: ¿Qué agravio se hace a Jesucristo porque se apliquen sus satisfacciones en descuento de nuestros pecados? ¿Qué honor más grande puede hacerse a la redención que el creer que con la sangre preciosa de Jesucristo se obtenga, no sólo el perdón de los pecados, sino también de la pena debida por ellos? Y contestan: Pero los católicos quieren que para obtener este perdón pongamos también nuestras buenas obras. Oid de una vez para siempre la verdad, y entendedla si queréis.

En todo cuanto nosotros hacemos para provecho de nuestras almas, en todo encuentran los protestantes ofensas a Jesucristo. Si oímos Misa, dicen que hacemos agravio al sacrificio de la Cruz; si hacemos buenas obras, que hacemos inútiles las de Jesucristo; si invocamos a la Virgen y a los Santos, que los anteponemos a Jesucristo; si tratamos de adquirir indulgencias, encuentran que hacemos inútiles las gracias de Jesucristo. ¿Pero queréis saber cuál es la verdad de todo esto? Pues la verdad es que los que realmente agravian e insultan a Jesucristo con todas estas cosas son ellos; porque por ello se ve que desconocen del todo lo que es la redención; porque la redención que Jesucristo ha hecho de nosotros no consiste solamente en el beneficio inmenso que nos dispensa, no; el beneficio de la redención consiste en que mientras nosotros sin ella no podíamos hacer nada que nos sirviese

(1) Job., VI, 2, 3.

para alcanzar la vida eterna, ni creer, ni esperar, ni arrepentirnos de nuestros pecados, ni amar a Jesús como debe amarse, Jesucristo obtuvo con su preciosa sangre la gracia de poder hacer todo esto de modo que conquistáramos la salvación; pero después de conseguida esta gracia, no sólo no excluye nuestra cooperación, sino que la quiere, la exige a cualquier precio. El Santo Evangelio nos intima que hagamos penitencia, que debemos ayunar, que debemos orar, que debemos recibir los Sacramentos, que debemos ejercitar con el prójimo las Obras de Misericordia y otras muchas cosas más; y Jesucristo, en el día del juicio, arrojará al rostro de los réprobos la falta de buenas obras para condenarlos, así como para premiar a los elegidos alabará las que éstos hayan hecho.

Es preciso haber perdido el sentido para no entender esto, y más aún para impugnarlo. ¿Qué diríais de un labrador que, con el pretexto de no hacer agravio a la divina Providencia, que ha de sustentarle, no labre la tierra, no siembre, no escarde, no recoja las mieses? Diríais, con razón, que era un loco. La Providencia divina consiste en darle las fuerzas que necesite para el trabajo, en mandarle la lluvia necesaria, en hacer brillar el sol, en mandar los vientos y cuanto le es necesario para que los frutos lleguen a su colmo; pero no excluye, antes exige su trabajo y su cooperación.

Pues lo mismo diremos en nuestro caso. La redención de Jesucristo nos ha procurado todos los medios necesarios para hacer el bien, que sin ella no los habiéramos tenido; pero no nos son aplicados sin que hagamos algo de nuestra parte. ¿Queréis saber otra vez más dónde van a parar

las alabanzas que hacen los protestantes de la redención? No es amor a Jesucristo, no es respeto, no es reverencia a su preciosa sangre; es un pretexto que encuentran muy a propósito para eximirse de la obligación de hacer penitencia y ejecutar buenas obras.

Pero el unir a la satisfacción de Jesucristo la de la Virgen y los Santos, ¿no es hacerle una ofensa? De ninguna manera. Porque si nosotros los añadiésemos porque no fuesen suficientes los de Jesucristo, ciertamente sería una ofensa; pero la Iglesia católica no lo hace por esto: los añade porque conoce que así da mayor esplendor y gloria al mismo Jesucristo, pues en ellos se ve lo que Jesucristo ha hecho con su gracia en sus siervos, a los que tanto ha ayudado, haciéndoles dignos de aumentar tan gran capital de satisfacciones, suficiente, no sólo a ellos mismos, sino también a sus hermanos. Si vieseis un emperador que tuviese a su servicio escuderos riquísimos, que éstos pudieran hacer regalos espléndidos, ¿diríais que éstos hacían con sus liberalidades agravio a su señor? Todo al contrario, demostrarían con esto la grandeza del monarca a quien servían, que los había hecho tan poderosos.

De aquí se deduce otra gran verdad que los católicos no conocemos: que Jesucristo es nuestro único Redentor, nuestro único Medianero, el único Salvador de los hombres, confesando también todos con todo nuestro corazón que sólo Jesús nos ha reconciliado con el Padre celestial, que sólo Jesús ha merecido todas las gracias, que Jesús únicamente es el que nos auxilia en nuestras buenas obras, que Jesús es el único que da valor a nuestra justificación, y que si en algo recurrimos a los Santos, ya para que intercedan

por nosotros, ya para que nos den parte de sus satisfacciones, todo es confianza, honor, gloria, y obra de Jesucristo, el cual, con su gracia, los ha hecho dignos de rogar y de ofrecer cualquier satisfacción para nosotros, complaciéndose en su misericordia en aceptar sus ofrendas.

Por último, aún replican: Aunque es la pena temporal la que se remite por las indulgencias, ¿con qué autoridad ejercita la Iglesia este derecho? Y yo les respondería únicamente, que cuando ella lo ejercita, esto sólo es una prueba de que tiene autoridad para ello; porque siendo, como lo es, infalible, no ejercería este derecho si usurpara una autoridad que no tenía; pero les daremos otra respuesta. Ya hemos indicado antes que en el pecado hay que considerar la *culpa* y la *pena*; y la Sagrada Escritura nos enseña que aun cuando se perdona la culpa no siempre se perdona la pena. Así, David fué perdonado por su pecado, pero tuvo que sufrir la pena de la muerte de su hijo; y los judíos fueron perdonados del pecado de idolatría y de infidelidad que habían cometido en el desierto, por los ruegos de Moisés, pero tuvieron que sufrir la pena de la muerte temporal en el mismo desierto. Donde se ve manifiestamente que una cosa es el pecado y otra el reato de la culpa, y que la pena no siempre se perdona como la culpa. Una cosa igual sucede entre nosotros: algunos, a los que se les ha ofendido y dañado, conceden el perdón; pero quieren que se les remuneren los perjuicios que se les ha ocasionado.

Ahora bien: ¿cuál es la potestad conferida por Jesucristo a su Iglesia? ¿Fué únicamente la de perdonar los pecados? No. Jesucristo dice repetidamente: *todo lo que atareís, todo lo que desa-*

tareis, será atado y desatado en el cielo. No pone término ni condiciones; y así como por la aplicación de los méritos de Jesucristo perdona la culpa, así por la aplicación de las satisfacciones de Jesucristo perdona la pena, que era una verdadera cadena para los fieles. Así lo ha hecho siempre, y así lo ha practicado la Iglesia. El Apóstol San Pablo perdonó a aquel incestuoso, tan conocido en Corinto, sus pecados en nombre de Jesucristo, según nos dice (1).

Los mártires de los primeros tiempos, como lo testifican San Cipriano y Tertuliano, pedían muchas veces a sus pastores que perdonasen la pena impuesta a algunos infelices que, por temor a los tormentos, habían renegado de la fe en tiempos de la persecución, y que después habían vuelto a hacer penitencia por su apostasía. En los tiempos que siguieron a los Concilios de Nicea, de Ancira y de Laodicea, discutieron el modo mejor de conceder indulgencias. En tiempo de San Gregorio y después era conocido el uso de las indulgencias, y esto no lo puede negar más que la audacia sin límites de los protestantes.

Todo esto es más que suficiente para los que desconocen el derecho de la Iglesia.

Vosotros, entre tanto, no os contentéis únicamente con mantener con toda firmeza vuestra fe, sino aumentad más y más vuestra estimación a este gran bien y manifestad vuestra solicitud en adquirir las indulgencias cuando a la Iglesia le parezca oportuno concederlas.

Los verdaderos fieles de todos los tiempos tuvieron siempre mucho amor a las santas indulgencias; muchos santos hicieron frecuentes viajes

(1) I Cor., II, 10.

a Roma y a la Palestina a fin de ganar este espiritual tesoro. Cuando los Soberanos Pontífices empezaron a publicar periódicamente, primero cada cien años, después cada cincuenta y luego cada veinticinco años el jubileo, todo el pueblo cristiano se conmovió, y hay memoria que en algunos tiempos entraban y salían diariamente por las puertas de Roma centenares de miles de fieles que acudían de todos los países del mundo para ganarlos. Esta era la fe de vuestros padres. Que sea así la vuestra, que a su tiempo se verá cuán acertado estuvo el que descansó tranquilo en las enseñanzas de la Iglesia.

CAPITULO XI

Undécimo engaño.—Venta de las dispensas, etc.

Después del tráfico de las indulgencias, acusan los protestantes a la Iglesia de la venta, como ellos llaman, de las bulas, los breves, las dispensas y qué se yo cuántas cosas más, y sobre esto arman otro de sus grandes estrépitos contra Roma, siendo muy extraño sean los protestantes los que remueven y hablan más de esto, pues ellos tienen las manos tan limpias que es una edificación. Los que con esto tratan de seduciros, o no saben lo que pasa en las naciones sujetas a su religión, o si lo saben, ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga maestra en el suyo.

Habéis de saber que entre ellos se compran y se venden los beneficios eclesiásticos, las parroquias, las capellanías, como se vendé el trigo, el aceite y los burros. En Inglaterra se han fundado

periódicos que anuncian lo que se vende y se compra; se han establecido agencias que ajustan el precio y hacen los contratos; acumulan beneficios sobre beneficios eclesiásticos, y después los dan en usufructo a sus mujeres, a sus hijos y a sus parientes, con tanto escándalo, que más de una vez se ha ocupado de esto el protestante Parlamento de Londres. Y después de esto, exaltados de santo celo, claman y declaman de las ventas de Roma. ¿No se parecen en esto a los ladrones que peroran en favor de la justicia?

Pero dejando a un lado todo esto, ¿es verdad que en Roma se haga un tráfico tan inicuo? Falso, falsísimo; he aquí lo que sucede. A Roma se recurre por varias razones: unos acuden para ser absueltos de ciertos pecados que el Soberano Pontífice se ha reservado para sí, a fin de que la dificultad de alcanzar la solución retraiga a los fieles de cometerlos; y en este caso es patente a todos la concesión, como lo saben muchos sacerdotes que para eso recurren a la Penitenciaría y muchos fieles que lo han visto por sí; y para que ninguno de los empleados porque ha de pasar la concesión pueda abusar, lleva estampada en gruesos caracteres la palabra *gratis*. Se recurre a Roma para obtener sagradas reliquias de los cuerpos de los Santos que ella posee y que desentierra de las catacumbas, las que custodia con suma diligencia para que no pierdan su autenticidad, las que concede gratuitamente, porque sería ofensa a Nuestro Señor recibir dinero por ellas, y así lo testifican miles y miles de personas que han adquirido en Roma muchas reliquias.

Recurren otros a Roma para obtener gracias o privilegios que, en cierto modo, lesionan la ley común, como sucede con los que quieren erigir

oratorios privados para sus familias, evitándose así la obligación de asistir a la parroquia; otros porque pretenden contraer matrimonio con parientes en un grado no permitido por las leyes eclesiásticas. He aquí el proceder de Roma en estos casos: Si la persona que pide la dispensa es pobre y tiene necesidad de ella, bien por causa de escándalo o por promover algún bien, la Iglesia se presta con gran caridad a concedérsela, sin que el interesado haga gasto alguno; y esto sucede con tanta frecuencia, que estas dispensas se conocen con el nombre de *in forma pauperum*. Si la dispensa no es absolutamente precisa, y es únicamente una satisfacción o gusto de un particular, entonces la Iglesia suele imponer una multa antes de concederla, y esto por muchas razones.

Si la ley común se infringiese a cada momento, pronto caería en desuso y el daño sería universal. Si se concediese, por ejemplo, a todas las familias el uso de oratorio privado, ¿dónde iría a parar el culto público? Pues el ejemplo que los grandes deben dar al pueblo es unirse a ellos en las fiestas y funciones parroquiales.

Si no se exigiese un motivo grave, si bastase solamente el gusto y la comodidad privada para que cada uno pudiese contraer matrimonio con parientes de cualquier grado, lo que con muy sabio acuerdo ha sido prohibido, ¡cuántos y cuán lamentables perjuicios acarrearían a las familias! Perderíase la reverencia del Sacramento, la seguridad de la paz doméstica, se abrirían las puertas a muchos delitos que son mucho más fáciles de comprender que de expresar, mientras que con una multa, una pequeña penalidad de la Iglesia, se refrenan los fieles y se mantiene en todo su vigor la ley común. No es, pues, una venta, no

es un comercio las dispensas que se conceden con determinadas condiciones: es una compensación que se impone al que busca ese favor; y aun cuando estas gracias se conceden bastante frecuentemente, no se deroga la ley común, que no puede ni debe derogarse.

¡Cuán justo es que esto se haga así por otras muchas razones! En primer lugar, porque es justo que la Sede Apostólica, que tiene que soportar el peso de tantas Congregaciones y de tantos empleados como requiere el interés de todo el mundo, recaude de alguna manera el dinero necesario para cubrir estas atenciones. Es justo, además, porque a muchos de estos destinos pueden aspirar hombres de todas las naciones. Es justo, porque a ello concurren sólo aquellos que obtienen alguna ventaja, adquieren algún favor, y son los que sostienen estas cargas. Por otra parte, todas estas multas reunidas no serían suficientes si el Padre Santo, con su caridad, no subviniese a las necesidades de todos estos empleados que de tantos y tan diversos asuntos se ocupan. Europa entera conoce las estadísticas, y por ellas ha visto más de una vez y más de mil que un solo pseudo-obispo anglicano, que no hace nada ni nada debe a los protestantes, tiene un ingreso mil veces mayor que cualquiera de las Congregaciones romanas.

Resta muy poco que decir respecto al dinero que se manda a Roma para adquirir las Bulas, o sea las investiduras de los beneficios eclesiásticos.

Los cristianos saben muy bien que el Sumo Pontífice es el administrador universal de los bienes de la Iglesia, aunque ciertos leguleyos frebonianos, vanespenianos y protestantes se

esfuerzan en conferir al Estado, del que se ha hecho un Dios, los títulos que sólo competen a la Iglesia. Los bienes de la Iglesia son donaciones hechas a Jesucristo por quien era su legítimo dueño, y mientras esté en vigor el derecho de propiedad pertenecen a la Iglesia, y por ende la Silla Apostólica determina, según su origen, la naturaleza de estos bienes. ¿Y qué es lo que hace el Sumo Pontífice? Lo que hace un padre de familia prudente, que dispone de los bienes que administra de manera que haga frente a todas las necesidades. Pero cuando cree de su deber extraer de cualquier beneficio alguna cantidad para el sostenimiento de algún ministro que trabaje con él en el régimen de la Iglesia universal, para ayudar a las iglesias pobres, para mantener los misioneros, para erigir Seminarios o para cualquier otra cosa del culto divino, no hace más que lo que exige su ministerio: el recto empleo de aquellos bienes, que son, según los Sagrados Cánones, el patrimonio de los pobres. Alguno puede ser que crea que no se puede manejar dinero sin que se quede algo entre las manos (preciso es que tenga en esto adquirida experiencia); pero la Santa Iglesia no fué fundada sobre Judas, sino sobre los Apóstoles, los cuales, si no lo empleaban en las viudas y en los pobres, lo ponían debajo de sus pies.

¿Pero y eso de que por el dinero alcancen los ricos dispensa para los ayunos y abstinencias?

En primer lugar, la Santa Iglesia no ha hecho ni los pobres ni los ricos, sino que unos y otros han sido creados para fines altísimos por Dios: *Utriusque operator est Dominus*, con objeto de que en esta desigualdad tengan lugar diferentes

virtudes; en los pobres, la humildad, la paciencia y la resignación; en los ricos, la caridad, la misericordia, la benignidad y otras muchas, para que todos, ya por uno, ya por otro camino, merezcan la bienaventuranza. En segundo lugar, la Santa Iglesia es madre de unos y de otros, de los pobres y de los ricos, de los pequeños y de los grandes; y si bien, a ejemplo de Jesucristo, tiene una predilección especial por los pobres, acude con extrema solicitud a la salvación de todos; por eso a todos inculca las buenas obras, recomendando a cada uno las que le son propias. Si se exigiese al pobre la limosna, ¿qué diríais? Diríais, con razón, que se le pedía lo que no podía hacer, lo que no era justo. Pero la Iglesia, a la vez que aconseja al pobre la humildad, recordándole, para animarlo, que Jesucristo fué pobre y que llamó a los pobres bienaventurados, hace más llevaderos sus deberes, eximiéndole muchas veces del ayuno y de la abstinencia.

¿Y con los ricos, qué hace la Iglesia? Los anima, por el contrario, a las obras de caridad y de misericordia, y para estimularlos más les concede, en ciertos y determinados casos, gracias especiales, lo que es muy prudente, justo y razonable.

Promueve esto para mayor ventaja de los mismos pobres, que son como su ojo derecho, impulsando a los ricos a ser con ellos espléndidos y liberales; conduce suavemente a los ricos a cumplir con uno de los deberes de su estado, esto es, dar a los pobres la parte que les corresponde, según lo manda Jesucristo; los aparta del amor a los bienes de la tierra, que es el escollo más peligroso en que pueden caer, y así, con estas sabias dispensas, contribuye al mismo tiempo al bien de

los unos y de los otros, al de la sociedad entera. ¿Dónde está la venta y el soñado tráfico que dicen los protestantes?

Por último, os diré con toda sinceridad que me avergüenzo de tener que contestar a estas objeciones. Es preciso ser un hijo del todo desnaturalizado para atreverse a tomar cuentas a su Madre del empleo de los bienes que administra. ¿Dónde está el amor, el respeto que debemos a la Iglesia, a la Esposa inmaculada de Jesucristo? ¿Puede ser cristiano creer que tenga en tan poca estima los bienes que le ha dejado Jesucristo, que los prostituya por un poco de vilísimo dinero? ¿Y son hijos de la Iglesia los que le arrojan al rostro tamaño insulto? No: si se levantaran de sus tumbas los generosos cristianos que pusieron en manos de la Iglesia toda su fortuna, no os reconocerían como herederos de su espíritu y su fe. ¿Ni qué idea tendrán de qué se debe dar al necesitado hasta la Sangre de Jesucristo, los que la venden con gran imprudencia por un poco de dinero? Huid de semejantes monstruos, y tomad la resolución de amar mucho más a la Iglesia, que no puede caer en una tan vergonzosa enormidad.

CAPITULO XII

Duodécimo engaño.—El purgatorio es invención de los curas por interés suyo.

Los protestantes, después de haber perturbado a los fieles que viven en este mundo, tratan de atormentar también, si pudiesen, a los que han

pasado ya a mejor vida, y quieren privarlos de los sufragios, de las misas y de las oraciones de la Iglesia. Por esto propalan a los cuatro vientos que el purgatorio no existe; que los fieles apenas exhalan el último suspiro, o son conducidos al paraíso o arrojados en el infierno; que no por otra razón, sino porque redundaba en interés propio, fué por lo que los curas han inventado este dogma. Pues bien; con esta falsedad que propalan cometen tres gravísimos males: os arrancan a vosotros del corazón la fe respecto a esta verdad de la Iglesia, privan a las pobres almas de los difuntos de los sufragios que tan necesarios les son, y calumnian gravemente a los sacerdotes católicos.

Leed, y veréis cómo es verdad. Dicen que no existe el purgatorio; pero la Sagrada Escritura, a la que sólo con la boca muestran tanto respeto, dice todo lo contrario; la santa Iglesia ha afirmado siempre que existe; los sagrados Doctores, no sólo lo han defendido, sino que lo han temido; innumerables revelaciones hechas, no a mujerzuelas, sino a grandes santos, lo confirman. ¿Y todo esto, no vale más que su burla, su befa y su blasfemia? En la Escritura se dice bien claro que Judas Macabeo mandó doce mil draemas de dinero a Jerusalén para que se ofreciesen sacrificios por los que habían perecido en la batalla, y allí añade: *es un pensamiento santo y saludable rogar por los difuntos para que sus pecados sean perdonados*. Luego si no hay purgatorio, ¿a qué viene rogar por los muertos? Los que están en el paraíso no tienen necesidad de oraciones, y los que están condenados en el infierno no pueden recibir auxilio alguno; luego es evidente que el purgatorio existe.

Los protestantes, no sabiendo que contestar, niegan que este libro forme parte de la Escritura; pero San Agustín, San Cipriano, San Ambrosio y la Iglesia toda, en todos los siglos, lo ha reconocido siempre, y esta creencia vale mucho más que la suya. Por otra parte, también se prueba por el Nuevo Testamento. Jesucristo dice que el que blasfema contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en esta ni en la otra vida (1). De aquí deduce San Agustín la consecuencia lógica de que hay pecados que se perdonan en el otro mundo. No se perdonan en el cielo, porque allí no entra nada que esté manchado; no se perdonan en el infierno, porque allí no hay perdón. ¿Qué queda, pues, si no es el purgatorio? También San Pablo, en su carta a los corintios, habla de algunos que se salvarán, pero *pasando antes por el fuego* (2); en su carta a los de Felipo, dice: *al nombre de Jesús se doblega el cielo, la tierra y parte del infierno* (3); pero como en el infierno, donde están los condenados, ninguno reverencia el nombre de Jesús, se refiere, por tanto, a las almas reclusas en el purgatorio, que lo aman y lo reverencian. Y es evidente: en el cielo no entra nada que esté manchado, como dice San Juan (4); si es verdad que aun el justo cae muchas veces, aunque no gravemente, como se lee en el *Eclesiástico* y en los Proverbios (5), es evidente que debe existir un lugar de expiación donde puedan purificarse aquellos que no tuvieron solicitud bastante o tiempo para hacerlo en la tierra.

(1) Math., XII, 32.

(2) I Corint., III, 15.

(3) Philip., II, 10.

(4) Apoc., XXI, 27.

(5) Prov., XXIV, 16.

Y, en efecto, así lo ha enseñado siempre la Iglesia; así los santos Doctores, que son testigos autorizadísimos. Voy a citaros algunos, para que veáis cuánto se equivocan esos desgraciados que dicen que el purgatorio ha sido inventado por los curas. San Efrén, en su testamento espiritual, pide se ruegue por su alma. El emperador Constantino quiso ser sepultado en una iglesia, para que los fieles—decía—se acuerden de mí y pidan por mi alma; deseo que también tienen en nuestros días muchos cristianos fervorosos. San Juan Crisóstomo advierte a los fieles que son inútiles para los muertos las lágrimas de los vivos; que sólo les sirven las limosnas y las oraciones. San Jerónimo alaba a Pammaquio porque, en lugar de esparcir flores sobre la sepultura de su esposa, repartió su importe entre los pobres. San Agustín relata los sufragios que se celebraron por su madre Santa Mónica, y en su libro de las *Herejías* dice que fué Arrio el primero que se atrevió a negar la existencia del purgatorio. Si todos estos grandes Santos y muchos más que podríamos citar están conformes en recomendar las oraciones y sufragios por los difuntos, ¿qué audacia no es necesaria tengan estos nuevos doctores para atreverse a negar rotundamente la existencia del purgatorio?

Pero no es solamente una audacia diabólica, es también una crueldad inaudita contra aquellas pobres almas. El que considere por un momento que no sólo son almas de cristianos que han profesado la misma fe que profesamos nosotros, que han muerto en gracia de Dios y que esperamos tenerlos por compañeros en la gloria, sino que con ellos están nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros padres y nuestros hermanos, tal vez

la de vuestro marido o de vuestra esposa, a quienes tanto quisisteis acá en la tierra, y que allí esperan y confían en nuestro socorro; el que considere, digo, todo esto, ¿cómo no siente erizársele el cabello al abandonarlos con el frívolo pretexto de que no hay purgatorio? Es necesario haber perdido la fe y el corazón para caer en este ciego. En estos últimos tiempos, muchos protestantes, guiados por su corazón, han admitido esta verdad para tener el consuelo de poder rogar por sus parientes y amigos; y ¿sufriremos con paciencia que estos nuevos maestros del error nos arranquen este consuelo, a nosotros a quienes la fe nos lo ha enseñado?

Pero no, replican ellos, son los curas los que os enseñan tantas tonterías porque con el fuego del purgatorio (son sus mismas palabras) cuecen ellos sus pucheros. Si se les contestara conforme a esta estupidez, se les podía decir que Dios hará cocer esos sacrilegios en un fuego que no es ciertamente el del purgatorio. ¡Y este modo de hablar lo emplean los que se dicen enviados de Jesucristo! Pero dejando aparte todo esto, les pregunto a mi vez: ¿qué es lo que sacan los curas del purgatorio?

La Iglesia católica enseña que las almas del purgatorio se pueden redimir con oraciones, con oír la Santa Misa, con el ayuno, con las limosnas, con penitencias o con cualquiera otra buena obra; ahora bien: ¿qué se meten los sacerdotes en el bolsillo con que vosotros oréis, oigáis Misa, ayunéis o deis limosna, con que os mortifiquéis o hagáis buenas obras? ¿Qué ganan con esto, decidme? ¿Si fuera cierto que ellos hubieran inventado el purgatorio para obtener ganancias, os

enseñarían que para redimir las almas emplearíais tantos medios sin ninguna utilidad para ellos?

Toda su ganancia se reducirá únicamente a la celebración de Misas y el canto del Oficio Divino. En primer lugar, ¿quién obliga a los fieles a ayudar a las almas del purgatorio con estos medios? ¿No son dueños de escoger otro cualquiera? Y después, si porque puede redundar en ventaja para los sacerdotes la práctica de las buenas obras, no fuese lícito recomendarlas para no pasar por interesado, tampoco sería lícito entonces recomendar ninguna al mundo, porque casi todas las obras buenas que se recomendaran se achacarían a interés del que las inculcase. Empezando por el rey, que inculca a sus súbditos la obediencia, hasta el labrador que procura enseñarla a sus criados, todos encontrarían motivo para suponer que lo hacían por interés: luego no puede recomendarse la obediencia que tanto recomienda Jesucristo. El marido no podría aconsejar a su mujer que viviese retirada, porque le contestaría que lo hacía porque le tenía cuenta, porque era celoso; el padre no podría recomendar a sus hijos que no malgastaran, porque le contestarían que se lo decía por su avaricia, y lo mismo podríamos decir a los que niegan el purgatorio, que lo niegan porque son tan avaros, que tienen miedo de sacar un cuarto para sus pobres difuntos. Si esta manera de interpretar las instituciones es buena respecto a los sacerdotes, ¿por qué no lo ha de ser respecto a esos calumniadores? ¿Qué tenéis que decir a esto?

Por otra parte, si los sacerdotes sacan alguna ventaja temporal de las limosnas, es muy justo, justísimo que la obtengan, porque también ellos tienen que vivir. Se estima como justo que un

médico, un abogado, un juez, reciba un estipendio, porque con ello han de vivir, y porque habiendo pasado muchos años y gastado mucho en aprender y estudiar su profesión, es muy natural que se les remunere; y un sacerdote, que también ha empleado muchos años y dinero para hacerse capaz de predicar la divina palabra, de administrar los Sacramentos, de ofrecer el Santo Sacrificio, ¿no debe tener derecho, no digo a una remuneración, sino ni aun a su cotidiano alimento? ¡Qué absurdo, ridículo a la par que impío!

¿Sabéis cuál es el fondo, la verdadera razón por la que tanto escandalizan contra los sacerdotes? No los pueden soportar porque odian la religión de la que son ministros; no quieren que prediquen para que no se les moleste ni se les eche en cara el pecado en que yacen; no quieren la confesión, porque no quieren cambiar de vida, ni les acomoda que otros la cambien; no quieren el celo de los sacerdotes, porque descubren sus enredos, y no pudiendo soportarlos, se ceban en ellos con la calumnia, y de todo toman pretexto para ponerlos en mal lugar. Y esto os lo digo para precaveros contra sus palabreras.

Concluiremos con lo mismo que hemos dicho al principio: vosotros, no sólo debéis tener absoluta seguridad en la doctrina de la Iglesia sobre el purgatorio, sino que debéis hacer con toda vuestra alma los sufragios que podáis a aquellas pobres almas. Ellas no son ingratas, que por aquella comunión que existe entre los fieles vivos y difuntos, también pedirán por vosotros, y mucho más cuando vayan a gozar de Dios cara a cara; así lo atestiguan todas las historias eclesiásticas y todas las vidas de los Santos. Y cuando

alguno os diga que el purgatorio no existe, decidle lo que dijo un buen hombre a uno que hablaba en este sentido: «Cierto es que no hay purgatorio; pero es para usted, para quien sólo hay infierno».



TERCERA PARTE

CONSECUENCIAS DE PERDER LA FE Y MODO DE EVITARLO

CAPITULO PRIMERO

Bienes espirituales que nos quitan los protestantes.

El que ha recibido del Señor la gracia inmensa de vivir en el seno de la Iglesia católica, posee un tesoro de bienes espirituales más rico de lo que puede imaginarse, tesoro que os roban los protestantes al separaros de la Iglesia. Considerad, carísimos lectores, considerad por un momento la extensión y gravedad del daño que os ocasionan, y bastará, ciertamente, para llenaros de horror.

Todo el que ha ingresado en la Iglesia por medio del Bautismo, de deforme y sucio que estaba por el pecado original, se convierte en limpio y hermoso por la gracia de Dios infundida en aquel momento; de enemigo de Dios se trueca en amigo; de impotente para trabajar por la vida eterna, libre, con la libertad verdadera, que es la de poder merecer; de estar excluido de

todos los bienes y lleno de todos los males, en verse rico en Jesucristo de todos los dones, de poseer la plenitud de la fe, de la esperanza y de la caridad y de todas las demás virtudes, y de lo que es común a todos, el ser hijo de Dios y heredero de su gloria. He aquí lo que harían los protestantes con separaros de la Iglesia: os robarían estos tesoros y os despojarían de estos bienes, y sobre todo, de la felicidad eterna que esperamos de Jesucristo.

En la Santa Iglesia, por el sacramento de la Confirmación, recibimos el Espíritu Santo en nuestro corazón, con sus dones y sus gracias, que iluminan nuestro entendimiento para observar bien los Mandamientos, y que os conforta para que en las ocasiones difíciles podáis mostraros como verdaderos cristianos, confesando con valor la fe; pero al arrancaros del corazón la fe, apartan de vosotros el Espíritu Santo y os privan, por tanto, de todas estas gracias, de que El es fuente permanente.

Aquí, mientras estamos en este mundo, tal es nuestra fragilidad que caemos muchas veces en pecado, y algunas en pecado grave, quedando nuestras almas privadas de las gracias de Jesucristo. ¿Cuál es entonces nuestra esperanza al vernos reos de iniquidad y merecedores del infierno? Entonces la Santa Iglesia tiene instituido, por Jesucristo, el Sacramento de la Penitencia, en donde manifestamos todos nuestros pecados al ministro del Señor, para que nos conceda, en su nombre, el perdón, si ve que nosotros los detestamos con todo nuestro corazón; entonces, con la autoridad que ha recibido de Jesucristo, nos absuelve y nos perdona, y Dios ratifica en el cielo lo que el sacerdote ha hecho en la tierra, según su infalible promesa.

¡Qué gracias más grandes las que poseemos los fieles! ¿Qué sería de nosotros, expuestos siempre a caer, si no tuviéramos este consuelo en la vida, y especialmente a la hora de la muerte, cuando tanto nos interesa que Dios nos perdone? Pues los protestantes os privarían de este bien tan inmenso, cual es el perdón de los pecados, y os arrancarían del corazón la dulce confianza que tenemos de que Dios también nos perdona, según su promesa, sustituyendo todo esto con una soberbia presunción de salvarnos sin mérito alguno, o con una irreparable desesperación. Temblaríamos toda la vida, como hojas movidas por el viento, diciendo: ¿Quién sabe si alcanzaré perdón? Ninguno me lo asegura, ninguno me da esperanzas, y a la hora de la muerte todo serán angustias y desesperación. ¡Oh infames, que me arrancáis tanto bien con tanta hipocresía!

La confesión es para nosotros como una preparación para mayores bienes. Después que somos purificados con la sangre preciosa de Jesucristo con la confesión y por el arrepentimiento, del sacramento de la Penitencia pasamos a recibir a Jesucristo en el Sacramento del Altar.

No pueden explicarse las gracias que con esto nos hace nuestro Señor. El nos da su Cuerpo divino, su Sangre sacrosanta, su alma preciosísima y su divinidad inefable; nos estrecha a todos con El, llenándonos de toda clase de gracias: gracia para vencer las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne, gracia para cumplir con las obligaciones de nuestro estado; gracia para amarle ardientemente, no sólo con la boca, sino con el cumplimiento de sus menores deseos; gracia para alcanzar por último, el cielo. Cuando comulgamos dignamente

estamos íntimamente unidos con Jesucristo, tanto, que los mismos ángeles nos tienen envidia. ¡Oh estado el más venturoso! Pues bien, he aquí la perfidia de los protestantes: ellos no reconocen para nada esta gracia del Señor; no creen que Jesucristo está real y verdaderamente en la Eucaristía, y son tan soberbios, que no creen en el mismo Jesucristo que lo ha dicho muchas veces; no creen en la Iglesia que lo ha aprendido de labios del mismo Señor y de los Apóstoles; no creen en el testimonio de todos los Santos, que con tanto amor y reverencia recibían este manjar angélico, y después que son desgraciados, que se ven por su infidelidad y malicia privados de estos dones, quieren privaros también a vosotros dándoos a entender que Jesucristo no se encuentra en la hostia consagrada, y que ningún bien puede hacernos. ¡Qué malvados y que infelices!

No se contentan todavía con habernos despojado de tantos y tan preciosos bienes como la Sagrada Comunión y los demás Sacramentos que recibimos; quieren también despojarnos del sacrificio que ofrecemos a Dios. Ya sabéis que cuando el sacerdote se acerca al altar para celebrar la Misa, no hace otra cosa más que inmolar de nuevo a Jesucristo, a su eterno Padre, renovando, aunque sin derramamiento de sangre, el gran sacrificio que fué ofrecido por el mismo Jesucristo sobre la cruz. Así cuando nuestro Padre celestial ve aquella víctima que le es tan querida, porque es su Hijo unigénito, se acerca a nosotros, oye nuestras súplicas, se muestra propicio a perdonar nuestras culpas, y, aceptando la satisfacción y el honor que su Hijo le hace, lo recibe como si lo hiciéramos nosotros mismos, de quien es el Re-

dentor y Salvador piadoso. De aquí que en fuerza de este gran sacrificio que por nosotros se ofrece y al que estamos presentes, a lo menos en los días festivos, el Señor detiene los castigos que por su justicia merecemos, convirtiendo en bendiciones las maldiciones a que somos acreedores. ¡Ay del mundo si no fuera por el sacrificio de la misa! Pero los protestantes, después de haberos quitado todos los otros bienes, quieren también robaros éste, y arrancaros de una vez todos los bienes espirituales y temporales que se adquieren con el sacrificio. ¿Hay maldad y perfidia sin igual?

Pero como no se satisfacen, quieren reduciros a vivir como las bestias; quieren destruir también el sacramento del Matrimonio, negándole este carácter, y así la unión del hombre y la mujer, en lugar de ser santificada con la gracia de Dios, sería una unión como la de los animales.

Quieren quitaros el sacramento del Orden, con el que se crean los sacerdotes, y así, poco a poco, convertiros en salvajes, que no tienen iglesia, ni sacerdotes, ni Dios.

¿Lo creeréis? Hasta en vuestra agonía quieren contristaros quitándoos el gran consuelo del óleo santo. En aquel momento en que todo es grande y necesario, en el que el demonio redobla sus ataques, en el que el recuerdo de nuestros pecados nos conturba y la enfermedad nos aniquila, en aquel terrible momento, los buenos cristianos reciben gran consuelo y fortaleza en el sacramento de la Extremaunción, porque Jesucristo, por su medio, nos anima, nos consuela, perdona los restos del pecado y nos da fuerzas para morir bien. Pero estos pérfidos protestantes os persi-

guen también en estos momentos, impidiendo que recibáis este Sacramento. ¡Puede darse delito más grave!

Meditad, pues, en todo esto, y si después os dejáis seducir por los protestantes, perderéis todos estos tesoros que ellos desprecian, o porque no los conocen, o porque no quieren conocerlos.

CAPITULO II

De otros beneficios que también destruyen los protestantes.

No creáis que con lo dicho anteriormente he concluído de deciros todos los bienes que tratan de arrancaros esos malvados, que no se ocultan para ello, no; leed un poco más.

Vosotros tenéis una confianza grande en la protección de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, y tenéis mucha razón en tenerla, porque son innumerables las veces en las que aquella buena Madre os ha consolado, os ha protegido y ha intercedido por vosotros con sus ruegos cerca de Jesús; y este honor que tributáis a la Señora es muy justo, muy santo y muy natural, porque es la Madre de nuestro Salvador Jesucristo, porque cuanto hacéis en favor de la Madre lo hacéis al mismo tiempo por su Hijo, y tanto cuanto honramos al Hijo otro tanto honramos a la Madre.

¿Y quién criticará que queráis tanto al Señor, cuando El por nuestro amor nos da hasta su Madre? Pues esto hacemos nosotros: amamos tanto

a Jesucristo, que por amor suyo amamos también a su Madre. ¿No es esto bien claro? Y, sin embargo, los protestantes no quieren que honremos a María, que nos encomendemos a ella, añadiendo una simpleza a la vez que una impiedad: que honrando a María se hace agravio a Jesucristo, cuando, por el contrario, se le da mucho más honor. Y con todas estas palabrotas pretenden arrebatarnos la confianza en el Patrocinio de la Virgen; quieren reducidos a ser hijos sin madre, a que cuando estéis afligidos no tengáis un corazón maternal que os consuele.

Se ve palpablemente, por los favores que Dios concede por intercesión de los Santos, cuán grato le es que los invoquemos. ¿Y quién puede enumerar las gracias y favores que la Virgen y los Santos alcanzan continuamente? Basta entrar en cualquier santuario y ver los exvotos que penden de sus paredes, como testimonio perpetuo de los favores que han sido concedidos a sus devotos. Pues los protestantes quieren también arrebatarnos eso.

¿Pero se contentan con todo lo que llevamos dicho? ¿Les queda algo más que arrebatarnos tocante a la santa fe? Sí. Después que os han despojado de todo lo que llevamos apuntado, quieren despojaros de lo que os aguarda después de la muerte.

Sabido es que la Iglesia, como madre cariñosa, después de habernos ayudado en esta vida con los Sacramentos, con sus oraciones, con la intercesión de la Virgen y de los Santos y con otros muchos beneficios, no nos abandona después de nuestra muerte, sino que con sus oraciones y con sus indulgencias nos refrigera cuando estamos en el purgatorio.

Pues también os quitan esto los protestantes. Me diréis que no es posible tanta maldad; pero así es. Niegan el valor de las indulgencias, de las oraciones, de las limosnas y de los sufragios en favor de los difuntos; añaden la blasfemia de que no existe el purgatorio, os prohíben rogar por vuestros pobres difuntos, por vuestros padres, por vuestros maridos, por vuestras esposas, por todos vuestros parientes y amigos, burlándose de vuestra piedad. ¡Qué desnaturalizados; injurian hasta los muertos!

Pues es así. Si hay alguno que se sienta con valor suficiente para renunciar a la protección de la Virgen María o la intercesión de los Santos, a las oraciones de la Iglesia, a los sufragios por sus difuntos y a las suyas propias después de su muerte, que se desprenda desde luego de la fe católica y se haga protestante, pues ganará mucho más la Iglesia con su marcha que no que con estas ideas permanezca en su seno.

CAPITULO III

Los protestantes arrancan hasta los bienes temporales

Ya he indicado algunos de los bienes espirituales que los protestantes quieren arrancar de vuestra alma; pero no son solamente espirituales los daños que os causan, no; también en este mundo os privan de muchos bienes temporales, porque por justa permisión de Dios son castigados en los bienes de la tierra los que para nada se preocupan de los bienes del cielo. ¿Cuál es el mayor

bien que se encuentra en la familia? La santa paz, la tranquilidad, la sana alegría, el recíproco amor de los que la componen. ¿Cuál es el mayor bien de una nación, de un pueblo? La concordia, el buen orden, la paz, la buena armonía entre los conciudadanos. Y tanto es así, que es muy común oír decir que vale mucho más un pedazo de pan comido en paz y en santa caridad, que los manjares más exquisitos entre la discordia y el mal humor. Pues bien: en donde entren los protestantes entra la discordia, la desunión con todas sus funestas y necesarias consecuencias. ¡Desgraciada la familia si alguno de sus individuos se ha dejado seducir incautamente! Estará siempre en guerra con todos, perderá la confianza y el cariño de los demás, y como constantemente estará acosado por los remordimientos de su conciencia, ni puede estar en paz consigo mismo ni tampoco podrá estarlo con los demás.

No conoceréis tal vez la historia del protestantismo; si la conociereis os causaría espanto: dondequiera que se ha introducido ha dejado siempre un reguero de sangre. En Alemania promovió una guerra sangrienta que duró muchos años, y los campesinos que en ella dejaron la vida se cuentan por cientos de miles, en términos que se conoce por la guerra de los Aldeanos; y, aunque los protestantes pretenden negarlo, no pueden. En Francia, y sobre todo en las provincias del Mediodía, suscitaron tantas turbulencias y tantas guerras, que sólo del pobre pueblo perecieron millares, sin contar los magnates y señores que en ella dejaron la vida. También los protestantes quisieron negarlo, pero no pueden. En Inglaterra, el protestantismo apareció también con sangre,

vivió en medio de sangre, y casi hasta nuestros días ha durado la sangre.

Otro de los males que con el protestantismo aparecieron es la miseria temporal. ¿Quién no sabe de familias que, por desgracias imprevisitas, se han visto arruinadas hasta el extremo de tener que mendigar su sustento? ¿Pero no es muy raro el caso de que una familia se muera de hambre? ¿Y por qué ocurren muy pocos casos de esta índole? Porque sus vecinos católicos, el párroco o cualquier sociedad católica, apenas tienen conocimiento de una de estas miserias, se apresuran a socorrerlas. Preguntad al protestantismo inglés si entre ellos no se mueren algunos de hambre. A muchos millares de pobres dejan morir de necesidad, porque, careciendo de corazón de católicos, no les merecen compasión; preguntadles cómo tratan a sus colonos de Irlanda; amontonándolos como bestias en miserables tugurios, mal resguardados contra las inclemencias del tiempo y dejándoles dormir sobre el duro suelo; no dándoles por alimento más que unas cuantas patatas, que no les son suficientes para matar su hambre, y con todo esto creen hacer un acto heroico de caridad; constantemente miles de esos infelices, antes de morir de hambre, prefieren abandonar su patria y su familia, atravesar el mar para buscar en América trabajo, y con él un pedazo de pan que no encuentran en su país. Esta miseria tan espantosa, que hoy lamentamos, no se sabe existiera antes del triunfo del protestantismo: luego es una verdad innegable que éste roba también los bienes de la tierra.

Los artistas, los labradores, los obreros de aquel desventurado país, trabajan todo el día sin un momento de descanso, y, sin embargo, sólo

ganan para comprar unas pocas patatas y beber agua constantemente, y con esto creen sus amos que tienen bastante. ¡Que se esfuercen todos los protestantes en negar que todo esto es consecuencia legítima de su funestísima doctrina, si es que pueden!

Pero dejemos a un lado estos bienes mezquinos y perecederos. A los habitantes del campo Dios ha negado lo que a otros ha concedido: no tienen las riquezas de los señores, ni sus placeres, ni sus diversiones; pero Dios, como padre cariñoso que es, les ha compensado muy bien, puesto que les ha concedido mayores facilidades para alcanzar el cielo.

En el campo no tenéis tantos peligros para vuestras almas; tenéis más inocencia, y si padecéis por unos cuantos años, gozaréis en cambio mucho más en la eternidad.

¡Qué cambio más admirable! ¡Padecer un poco de tiempo para luego gozar eternamente! Pero os faltaban esos traidores que vienen a arrebatáros el cielo y la felicidad sin límites que en él os ha prometido Jesucristo, sin ofreceros, en cambio, más que bienes mezquinos que se pueden perder cuando menos se piensa.

Ya podéis haber comprendido que así sucede; quitándoos, con la fe, todos los medios de salvación, cuales son los de la Santa Iglesia, tales como los Sacramentos, las buenas obras, y, por último, el paraíso, sin dejaros en cambio más que los miserables y pasajeros goces que se pueden obtener en esta vida.

¡Por piedad! Pensad bien en esto antes de renunciarlo; pensad lo que debéis contestar a los que os incitan: que no queréis perder el reino que por una eternidad os ha prometido Jesucristo.

CAPITULO IV

Es pecado horrendo abandonar la Iglesia católica.

Preguntaréis, tal vez: ¿pero se pierde ciertamente el paraíso por una eternidad dejando la Religión católica y haciéndose protestante? ¿Quién duda esto, lector querido? Los que, por desgracia, han nacido en el seno del protestantismo o los que sin culpa suya viven privados de la verdad, los que no han tenido ninguna duda acerca de su religión, si cumplen con simple ignorancia lo que creen, si se abstienen de pecar y piden seriamente perdón a Dios con buenos actos de contrición, pueden, con mayores dificultades, sí, pero en algún modo, alcanzar su salvación; pero los que habiendo recibido la gracia preciosísima de la santa fe católica la han abandonado sacrílegamente, es segura su condenación, y si lo dudáis, leed.

El que abandona la santa fe comete el pecado más horrendo que cometerse puede por un católico, y como este pecado es un vastísimo mar que contiene infinitas maldades, es necesario que conozcáis, al menos, algunas.

Contiene la más negra de las ingratitudes que se pueden imaginar respecto a Dios. Porque ¿qué méritos habíamos contraído para ser elegidos, para nacer en la Iglesia y no en otra cualquiera? Si Dios nos hubiera hecho nacer entre los judíos, entre los musulmanes o entre los gentiles, habríamos pasado una vida llena de desórdenes, para

encontrar después una muerte como la de los criminales, y, por último, una eternidad de desesperación en el infierno.

¿Qué méritos, pues, teníamos nosotros para ser contados entre los hijos de Dios por el santo Bautismo, confortados después con tantas gracias y puestos también en el camino de salvación, que hasta los mismos protestantes confiesan que los católicos estamos en el verdadero camino del paraíso?

¿Qué méritos, repito, habíamos adquirido para semejante elección? Fué únicamente obra de la misericordia de Dios para con nosotros. ¿Qué ingratitud más negra puede concebirse que la de abandonar la santa fe, tan generosamente concedido, renunciando a la Iglesia y arrojándose en brazos del protestantismo?

Contiene un gravísimo insulto a Jesucristo, porque los católicos nos gozamos en su amor. Los que han nacido protestantes, o los que sin culpa suya no son católicos, desconocen la verdad, y pueden todavía en algún modo amar a Jesucristo; pero el católico apóstata renuncia en absoluto a Jesucristo y no puede amarlo. El sabe, por la fe, que la Iglesia católica es la Esposa de Jesucristo, y, por tanto, ultrajando a la Esposa no puede ser amigo del Esposo.

Contiene un gravísimo insulto a la Iglesia. El católico sabe que Jesucristo ha colocado en su Iglesia todos los bienes espirituales de sus hijos, porque ha querido que ella sea nuestra Madre y nuestra maestra; luego el que se hace protestante renuncia a todas las ternuras de su Madre, a las instrucciones santas y saludables de su maestra, y la ultraja y deshonra enfrente de sus enemigos.

Si yo tuviese delante de mí un católico infeliz

que pretendiese dar este tremendo paso, ¿sabéis lo que haría? Lo que hizo Agripina con su hijo el emperador Nerón. Este estaba acostumbrado a jugar sumas inmensas, que después perdía y hacía pagar sin consideración a nadie; para corregirlo, un día su madre le hizo poner sobre una mesa la cantidad que había perdido, se la hizo contar, reduciéndolo a manejar aquel caudal y a vivir de su producto. Lo mismo haría con aquellos desgraciados que abandonan la fe. Vamos, le diría, ¿quieres hacerte protestante? Pues coge la pluma y escribe todo aquello a que renuncias.

Has de renunciar a aquella fe que te fué infundida en el Bautismo, que te fué otorgada por Jesucristo, revistiéndote de la inocencia. Escribe: Renuncio.

Renuncias al Sacramento de la Penitencia; no descubrirás al sacerdote, tu padre, lo que tu corazón siente y padece; pero tampoco oirás aquellas consoladoras palabras en nombre de Jesucristo: marcha, estás perdonado. Escribe: Renuncio.

Renuncias a alimentarte con la carne del cordero inmaculado así en la vida como en la hora de la muerte; el Pastor divino ya no te alimentará con su propio manjar; tu corazón no latirá más junto al Corazón de Jesús. Escribe: Renuncio.

Renuncias a la protección de tu Madre María, que tanto y tantas veces has invocado y amado. Has estado hasta ahora bajo su protección, pero renuncias desde luego a ser su hijo, a decirle que no te importa tenerla por Madre. Escribe, escribe, sin que te tiemble la mano, que renuncias a María, que no la invocarás jamás.

Renuncias a los Santos patronos tuyos, al Santo cuyo nombre llevas, al protector de tu familia, al

patrono de tu pueblo, a tu angel custodio, y dile que no los invocarás jamás, que no te importa su protección ni su patrocinio, del que no tienes necesidad. Escribe: Renuncio.

Renuncias también a tus parientes, porque no tienes como ellos la misma fe; su Dios no es el tuyo, tu culto no es el suyo. Tú te burlarás de lo que ellos veneran, mientras que ellos execrarán tu nueva religión. Renuncias a las dulzuras de la vida de familia, porque ésta no puede existir entre los que no han de vivir luego eternamente unidos. Escribe: Renuncio.

Renuncias a todo lo que te puede servir de consuelo y ayuda en la hora de la muerte.

Renunciás a la Extremaunción, porque a los protestantes no se les administra; renuncias a las bendiciones y gracias del Santo Rosario, de la buena muerte y a las del Carmen porque los protestantes no creen en estas cosas.

Renuncias a todos los sufragios que la Santa Iglesia hace por sus difuntos, porque tampoco creen en ellos los protestantes.

Renuncias a ser sepultado por la Iglesia, a las sombra de la Cruz, al lado de tus padres, cerca de tus hermanos, porque los protestantes se entierran en el campo, en tierra no bendecida. ¿Cómo? ¿Tiemblas al escribir estas renunciaciones? ¡Ah! Aún te queda mucho a que renunciar. Escribe: Renuncio.

Renuncias a Dios, porque es sentencia universal de la Iglesia que no tiene por Padre a Dios el que no tiene por Madre a la Iglesia, que tu abandonas; Dios no es, pues, tu Padre; tu serás su criatura; su esclavo; pero su hijo, ¡jamás!

Renuncias a Jesucristo, su divino Hijo, porque Jesucristo, cabeza y fundamento de la Iglesia ca-

tólica, no reconoce por miembro suyo a ninguno que no pertenezca a ella, por lo que, alejándote tú de la Iglesia, le das por siempre un adiós a El. Escribe: Renuncio.

Renuncias al Espíritu Santo, que por algún tiempo te ha santificado, y que ahora, contristado se ha separado de tí, del que nada quiere saber y que nada quiere con el que no es siervo de Jesucristo.

Reniegas, pues, de todos los misterios, abjuras de todas las verdades que hasta ahora has creído; empezarás a ver toda suerte de contradicciones que esos nuevos maestros se apresurarán a enseñarte, y que tú aceptarás como verdades; cambiarás de creencias cada día, porque ninguna de las sectas protestantes ha mantenido por mucho tiempo la misma doctrina.

En vez de la augusta doctrina católica, en vez del Romano Pontífice y de los Obispos esparcidos por todo el mundo, obedecerás a un sastre, a un albañil, a un barbero, a tu propia opinión, y en lugar de unírte con millones de católicos tendrás por hermanos un puñado de herejes que se despedazan los unos a los otros buscando siempre, y no encontrando, la verdad.

Para sostener tu fe no contarás con el magisterio de los Pastores, bajo la inspección de los Obispos en comunión con la Cátedra de Pedro, magisterio infalible que no ha caído ni puede caer en contradicción; toda tu seguridad será una Biblia adulterada que no entenderás ni puedes entender, que han puesto en tus manos unos hombres que no conoces y que no tienen más autoridad que la que ellos quieren darse, y tu interpretación de la Biblia será tu propio capricho, que impiamente llamarás inspiración del Espíritu Santo.

Alimento de tu esperanza no serán ya las promesas que Jesucristo ha hecho a su Iglesia, porque los protestantes no les dan ningún mérito; no serán tampoco los auxilios divinos, porque algunos protestantes, con Calvino, creen que Dios ha determinado ya la salvación o la condenación de cada uno, sin cooperación nuestra; tu alimento será la voz de un hombre sacrílego que te asegurará, bajo su palabra, que sólo con la fe te salvarás. La caridad no tendrás necesidad de alimentarla, porque no se albergará en tu corazón; al amor de Jesucristo sustituirá, tal vez, un poco de unitarismo, y a su casta y pura llama, un frío sentimiento de probidad.

Si esto te satisface, si esto te gusta, échate en brazos del protestantismo y renuncia animosamente a la fe que te fué infundida con la inocencia, a la fe que te consoló en tu infancia, a la fe que enjugó las últimas lágrimas de tus padres, y hazte protestante, esto es, sin ninguna religión; porque los que del seno de la Iglesia se alistan en esa secta, no profesan ninguna. La Iglesia católica llorará por tu ruina lágrimas de sangre, pero enjugará sus lágrimas, concediendo el lugar que tú ocupabas a un pobre salvaje de América, de Oceanía o de cualquiera de las islas perdidas en medio de los mares, y tú ocuparás su sitio en el infierno.

Si, por el contrario, te estremeces de espanto a la proposición que te hago; si el amor de Jesucristo, tu Padre; si la devoción a la Virgen, tu Madre; si el cariño de tus mayores y de tus parientes; si las lágrimas de la Iglesia; si el temor a una eternidad desgraciada pesan algo en tu corazón, levántate sobre tí, encárate con los malvados que te acosan, y diles con varonil entereza

que has nacido católico, que quieres morir católico, y que prefieres mejor te arranquen mil veces el corazón que no que te arranquen la fe.

CAPITULO V

Cómo deben conducirse los que son tentados por los protestantes, con discursos.

Hemos dicho el mal gravísimo que se acarrea un católico si, haciendo caso omiso del don precioso de la fe, se decide a abrazar el protestantismo. Resta ahora decir algunas palabras a los católicos que puedan encontrarse en peligro de ser seducidos, o que desgraciadamente hubiesen caído ya en el lazo.

El primer peligro con que se tropieza es con los vivísimos discursos de esos Maestros del error, porque el apostolado diabólico que también practican por medio del dinero y de los libros, no pueden practicarlo tan al descubierto ni se puede emplear con todos; pero con todos se puede usar la persuasión y el discurso, y he aquí de qué modo proceden esos seductores.

Primeramente tantean el terreno para ver cómo respondes, guardándose mucho de hablar de las verdades más reverenciadas de la Religión; no dicen una palabra que pueda tomarse como de manifiesta impiedad. Hacen como el ave de rapiña cuando persigue una presa: tomar la vuelta mas larga antes de arrojarle sobre ella. Se contentan, por ejemplo, con atacar la vida de los sacerdotes, con sacar a plaza sus faltas, de las que, como hombres, no están exentos; de exage-

rarlas, afirmando que son comunes a todos los sacerdotes y religiosos. Después critican las ceremonias del culto externo, la suntuosidad de las iglesias, el lujo de sus ornamentos; se ríen de las prácticas de piedad que mantienen la devoción, burlándose y ridiculizando a los que las practican llamándolos santurrones, beatos, hipócritas, etc.; siempre encuentran alguna frase ingeniosa contra la Iglesia, contra los derechos, las pretensiones, como ellos dicen, de la corte de Roma, diciendo entre otras cosas, que están como los tigres, siempre en acecho, para arrojarse sobre el principado, para usurparle la autoridad. De todo el que es religioso se escandalizan, y no pueden sufrir que en su presencia se alaben el fervor, la devoción y la cristiana observancia, la gloria y el triunfo de la Iglesia.

Cuando oigáis a alguno que hable así, y no de vez en cuando y por chiste, sino frecuentemente y con sangre fría, tenedlo por seguro indicio de estar infestado de protestantismo, de que es un maestro del error; huidlo sin demora, y no mantengáis conversación con él; no le tengáis por amigo, porque tarde o temprano os contaminará.

Con aquellos que no se andan por las ramas, sino que asestan resueltamente sus golpes al tronco de vuestra fe, poniendo en duda o negando rotundamente los más sacrosantos dogmas, como la verdad del sacrificio, la Confesión, la Comunión, el valor de las indulgencias, la autoridad del Sumo Pontífice y otros semejantes, como entonces no podéis tener ya duda alguna de que son protestantes, ya sabéis el camino que hay que seguir. La Santa Iglesia de Dios, los Santos Apóstoles, os dicen que huyáis de ellos

como de la serpiente. *Tú huye*, dice San Pablo, *después de una o dos reprensiones al hereje* (1).

San Juan, Apóstol del amor, no quiso entrar en un baño público porque había dentro un hereje, para no contaminarse. El Santo Obispo Policarpo, encontrándose un día con el hereje Marción en una plaza pública, y preguntado por éste si lo conocía:—Sí, respondió el Santo en alta voz, sí os conozco: sois el primogénito del diablo—. Tal era el horror que el Santo tenía a los que reniegan de la fe.

No pensaban ni obraban de otra manera los primeros fieles. En la *Historia Eclesiástica* se lee de santas matronas que no querían reconocer a sus esposos porque habían renegado de la fe; de maridos que, por la misma causa, no querían trato con sus mujeres; de hermanos que se apartaban de sus hermanos porque habían desconocido a Jesucristo. Y, al contrario, Santa Cecilia sólo reconoció como cuñado suyo a Tiburcio cuando éste abrazó la fe de Jesucristo. Tanto era el amor que estas almas grandes tenían a la santa fe, que no sabían cómo podían dejar de quererla los que la conocían.

No es este amor patrimonio exclusivo de algunas almas privilegiadas; todo el pueblo católico no quiere trato con los gentiles. Teodoreto cuenta que los samosatenos, habiendo sabido que el hereje Eunomio se lavaba en el baño de la ciudad, no quisieron acercarse hasta que, quitada toda el agua, fué llenado de nuevo. Hasta los niños tenían horror a los herejes, y en los *Anales Eclesiásticos* se lee que en Samosata, jugando unos niños a la pelota en la plaza pública, se les escapó ésta y

(1) Tit., III, 10.

fué a parar entre las patas de un jumento sobre el que cabalgaba el hereje Lucio, y los pequeños católicos le temían tanto, quo no se atrevieron a tocar la pelota hasta que no fué purificada por el fuego. Y de Santa Francisca de Chantal se sabe que, siendo todavía de muy poca edad, arrojó al fuego un objeto que le regaló un señor que frecuentaba su casa y que no profesaba las ideas católicas, diciendo al mismo tiempo que, como el objeto, se quemaría en el infierno el que no profesase la fe de Jesucristo.

No faltan algunos que crean exagerado todo esto que escribo, y que se crean tan firmes en la fe que no les importe discutir con cualquiera sin correr peligro alguno. Si hubiese alguno que pensase así daría pruebas de conocer muy poco la debilidad humana, y lo cierto es que el que ama el peligro perece en él. Sólo daré un ejemplo para que aprendáis.

Margarita de Valois, hermana del rey de Francia, Francisco I, era mujer, según escribe Raimbourg, de excelente espíritu, de gran corazón, de entendimiento recto, de gran valor y de mucha sagacidad para los negocios. Los protestantes formaron la resolución de atraerla a su inicua secta; se introdujeron cautelosamente en la corte disfrazados con la máscara de filósofos, y, con pretexto de velar por la pureza de la Religión, socavaron poco a poco el corazón de la princesa con críticas contra el respeto debido a los sacerdotes, a los ritos y ceremonias de la Iglesia, y añadiendo a sus artificiosos discursos libritos no menos venenosos para que se instruyese, apoderáronse, por último, del corazón de la desgraciada Margarita, y ejercieron sobre ella tanta influencia, que la trastornaron del todo, en términos que

acabó por ser celosísima propagandista de la nueva doctrina y decidida protectora de sus verdugos. Bien lo conoció el bearnés, sublevado por ella contra la Iglesia, así como toda la Francia, que por su causa fué invadida de la herejía. Ciertos es que después de muchos años de vivir en el error se dió cuenta del engaño y se retractó, llorando amargamente; pero sus lágrimas no sirvieron para alcanzar la misericordia divina, no sirvieron ni para atajar el incendio provocado por ella, ni para que cesaran sus funestas consecuencias, como lo fueron treinta años de unas guerras sangrientas, cuatro grandes batallas, infinidad de partidos, la destrucción de las mejores ciudades, la ruina de muchísimas iglesias, la violación de las sepulturas de reyes y de Santos y más de un millón de franceses decapitados.

Después de esto, fijos, almas cándidas, fijos de vosotros mismos mientras perecen almas de más temple. No, no, repito; el que ama el peligro en él perece, dice el Espíritu Santo, y la experiencia así lo confirma. Obrad de manera que no lo veáis confirmado en vosotros mismos.

CAPITULO VI

Qué deben hacer los que son tentados por los protestantes con libros malos.

Además de los discursos, emplean también los protestantes los libros para haceros caer en el error. Presentan ciertos libritos muy bonitos llenos de veneno, y os los dan hasta *gratis*, tanta es su caridad. Estos libros son: primeramente la Sagra-

da Escritura, pero mal traducida, como ya hemos dicho, por Diodato, después ciertos folletitos escritos por varios apóstatas, como de Santos Boreli y otros por el estilo, libros que contienen multitud de impiedades contra la Iglesia, el Sumo Pontífice, el Sacerdocio, los Sacramentos, etc., en los que se ponen en ridículo las cosas más santas de la fe y de la piedad; también *regalan* una infinidad de noveluchas y de cuentos, enderezado todo a ensalzar el valor de la fe y la confianza en Jesucristo, insinuando indirectamente que no son necesarias las buenas obras ni los Sacramentos. Vosotros podéis muy fácilmente ser impulsados por la curiosidad y desear conocerlos y aun hojearlos; pero tened presente que ni se pueden leer ni poseer. Si Eva no hubiese empezado por mirar con curiosidad la manzana, no hubiese sido seducida como lo fué.

No os fiéis de la elegancia, de los buenos grabados ni de los pomposos títulos con que los bautizan, porque son como el veneno, que no causa menos efecto porque se beba en copa de oro.

Sólo retener estos libros es un pecado; otro pecado es leerlos, y otro dárselos a otros para que los lean. La Iglesia, que es la única que tiene autoridad legítima en esta materia, lo ha prohibido bajo pena de pecado grave. El decir que la Iglesia no tiene autoridad para prohibir las malas lecturas, es ya un error protestante.

¿Pero no será conveniente conocerlo que dicen los enemigos de la Iglesia? Así sabremos una cosa y otra; y como la doctrina católica es la verdad, nada puede perder en la comparación. A estos sofistas les respondería así:

Si encontráis injusto el que no os dejen cono-

cer el error, ¿por qué no ha de ser también injusto el que impidamos que toméis un veneno? Porque si tomarais un veneno, contestaríais, tenemos a mano un contraveneno. ¿Pero dejaríais que os mordiese una serpiente venenosa, sin preocuparos de sus consecuencias, porque en vuestra casa teníais el remedio? ¿Comerías tranquilamente una ensalada de cicuta, aun cuando supieseis que en el momento os administrsrían la panacea? ¿Dejaríais que os diesen una puñalada profunda en una pierna o en un brazo porque poseíais un balsamo excelente para su curación? Pero esas son preguntas de loco diríais. ¿Y por qué no decís lo mismo respecto a vuestra fe? Cuando por la misericordia de Dios tenéis sano el corazón, ¿se ha de permitir que reciba una herida con la lectura de esos libelos bajo el pretexto de conocer lo uno y lo otro? ¿A quién se le ha ocurrido decir que para saber lo que es la salud es conveniente estar enfermo? Y si esto se aplica al alma, ¿puede haber mayor locura?

Para los males del cuerpo se puede encontrar remedio; pero si leéis esos libros, el remedio para el mal que causan no lo encontraréis nunca; porque hablemos claro: ¿sois tan instruídos que os podéis dar exacta cuenta de los misterios que creéis, de los dogmas que profesáis, de todas las verdades que la Iglesia os propone? ¿Cuándo habéis hecho tan profundos estudios? Habéis aprendido de niños un poco de catecismo, y esto de mala gana y superficialmente; hecha la primera Comunió, habéis asistido a alguna explicación del Evangelio, a algún sermón, y esto, mal; y digo mal, porque las más de las veces no habréis prestado atención, y aunque así no fuera, al poco tiempo ya no os acordabais de nada. ¿Y con este

capital de ciencia queréis meteros a leer libros prohibidos?

¿Y cómo conoceríais la malicia y falsedades que contienen sin un conocimiento amplísimo de la doctrina católica? Si tuvierais un reloj que no marchara, ¿conoceríais por esto solamente la causa por la que se había parado? Necesitaríais conocer prácticamente el mecanismo para descubrir el defecto; pues lo mismo sucede en nuestro caso. Necesitáis conocer toda la Escritura, con todos sus fundamentos, para conocer al punto en dónde estaban los errores que contenían, y sin esta base beberíais sin reparo lo que os presentaran, encontraríais buenos todos los sofismas, os parecerían verdades los errores, renunciando por imposible a encontrar el fraude el artificio, las inicuas miserias que ponen en juego, concluyendo, por último, por ser miserablemente seducidos. Esto que ha sucedido ya a otros, os sucedería a vosotros. ¿Veis cómo el querer conocer el error y la verdad es un disparate en el fondo? Os conduce al error la lectura de aquellos sofismas; pero ¿cuándo leéis la verdad? ¿En qué libros, en qué escuela la aprendéis? En las ciudades, donde hay mayor número de libros de instrucción religiosa, enseña la experiencia que no se leen ni poco ni mucho los libros que tratan de la fe, los que la ilustran, los que la defienden, los que demuestran sus sólidos fundamentos, porque estos libros no se conocen o no se quieren conocer; tanto es así, que generalmente se juzga de la fe por lo que de ella dicen sus enemigos. En los campos y en los pueblos, no sólo no se hacen estudios serios de la religión, porque falta el tiempo, sino porque no hay facilidad para hacerlo a causa de carecer de libros a propósito, por lo

que si beben el veneno, no pueden hallar a mano el contraveneno.

Y eso sucede muchas veces porque Dios, para castigo de la desobediencia hecha a la Iglesia leyendo los libros que ella prohíbe, permite que el que se fía de sí mismo, de su experiencia, acaba por prevaricar; y, aunque no se llegue a ese extremo, la fe se debilita, surgen las dudas, las angustias, y con esto, trabajada el alma, está uno muy expuesto a que por la brecha que se le abre penetre la incredulidad.

Así vuestras precauciones respecto a los libros no han de ser únicamente contra aquellos que, conocidamente malos, atacan descaradamente vuestra fe; deben extenderse también aquellos que la hicieren más encubiertamente, aunque no con menos eficacia.

Y con esto quiero indicar una multitud de novelas que asestan, como de paso, rudos golpes a la Iglesia; ciertas historietas en que se hace burla de la corte Pontificia; ese sinnúmero de folletos en que se ponen en ridículo y se deshonran los sacerdotes y los religiosos; esos periódicos malditos en los que no se respeta ni lo más santo que hay en el cielo y en la tierra; todas esas lecturas hieren directa o indirectamente la fe y le quitan el brillo, el lustre, el esplendor que debe tener.

No olvidéis nunca que tenemos la obligación estrecha de rechazar esos libros funestos, no aceptándolos ni conservándolos en nuestro poder, no leyéndolos ni prestándolos a leer a otros. Si sois amo de casa, jefe de taller o estáis al frente de una tienda, o sois en algún modo superior a otros, no debéis permitir que vuestros hijos, vuestros dependientes los lean ni los retengan.

Acordaos de lo que dice aquel proverbio: «Lo mismo hace el carnicero que mata, que el que desuella»; y este juicio se pronunciará en el otro mundo lo mismo que en éste.

CAPITULO VII

Qué deben hacer los que se ven tentados con dinero por los protestantes.

! Cuando toda su astucia no les basta para seducir el alma de un católico, ¿sabéis a lo que apelan los protestantes, especialmente con los pobres? Deponen toda vergüenza, hacen relucir unas cuantas monedas y tratan de comprarlos con dinero. Se informan de su situación, se introducen poco a poco, aparentan compadecerse de sus necesidades, se lamentan de que vuestra religión y vuestros sacerdotes no se cuiden de vosotros, y dicen que obran así porque no tienen caridad. Después de todos estos sentimentalismos y esta aparente compasión, añaden que ellos os darán, que harán por vosotros esto y lo otro, os entregarán algunas monedas, prometiéndoo mucho más si queréis ser de los suyos. Esta es la treta que han empleado siempre y que emplean todos los días.

Ahora, ¿qué deben hacer los católicos a quienes se les haga semejante proposición? Yo lo diré; pero es necesario que lo comprendáis bien y lo fijéis en vuestra mente..

Lo primero que debe hacer el que fuere tentado así, es manifestar su indignación contra el que tiene atrevimiento de hacerle semejante proposi-

ción. Porque el que así habla a un católico le hace el mayor de los insultos, pues un hombre que quiere comprar a otro prueba el poco concepto en que le tiene; y así el que trata de comprarle la fe y el alma da pruebas de considerarlo como un infiel o un sacrílego, hace lo que hicieron con Judas los ancianos y los señores del pueblo hebreo: os daremos tanto dinero si nos vendéis a Jesucristo. ¡Ah! Si no se resiente el corazón católico al verse considerado capaz de semejante crimen, ¿de qué se resentirá?

El santo mártir Policarpo era venerado por su ancianidad y por su santidad; conducido delante de los jueces por confesar la fe de Jesucristo, le pusieron delante un montón de oro y plata para que renegase de su fe, pero el anciano se enfureció ante semejante proposición, y, todo emocionado, no se dignó siquiera dirigir una mirada a aquellas riquezas.

Pues esta indignación, este desprecio es el que debe tener ese católico al que se le ofrece dinero para vender su fe. No basta, sin embargo, la indignación y el desprecio; es necesario, además, alejarse prontamente del que ha hecho semejante proposición, no aceptar su compasión, no dejar se injurie a su presencia a nuestra Madre la Iglesia, tratándola como poco amante de sus hijos; es necesario recordarles que somos hijos de aquel gran Padre, y que antes que ofender a Jesucristo, abandonando su fe, nos dejaríamos despedazar con los más crueles tormentos; se necesita protestar que estáis dispuestos a morir mil veces antes que llevaros un pedazo de pan que os cueste el alma, la fe, la eternidad, el amor de Jesús, y, con estos sentimientos, arrojarlos de vuestro lado. Esto es lo que debe hacerse.

Algunos, tal vez, me dirán: yo no abandonaré nunca la fe, la tengo bien arraigada en mi corazón y sólo me finjo protestante para recibir algún socorro. ¿Conque lo fingís solamente? ¿Y creéis que sea esto excusa suficiente para salvaros? ¿No sabéis que hay obligación de confesar públicamente lo que creéis con el corazón? ¿No sabéis que dice San Pablo, *que con el corazón se cree para ser justificado, y se confiesa con la boca para alcanzar la salvación*? ¡Qué lástima que no usasen estas bellas razones los mártires de Jesucristo! A aquéllos nadie les proponía que arrancaran la fe de su corazón; solamente les exigían que hiciesen alguna demostración externa que demostrase lo que no creían; y sus mismos perseguidores eran los que muchas veces les aconsejaban fingiesen por un momento su amor a los dioses para así salvar su vida. Pero ellos veían con horror estas proposiciones y se negaban rotundamente a ellas, prefiriendo la muerte antes que cometer un sacrilegio, aunque fingido. Y eso que, después de todo, aquella ficción podía parecer aún tolerable, porque, al fin, no lo hacían por ganarse unos cuartos; sino para librarse de una muerte terrible e inmerecida, y a pesar de esto, nunca admitieron como buenas estas inicuas razones.

¿Qué debe decirse, por tanto, de aquellos que, no por temor de perder la vida, sino por ganarse una peseta diaria venden su alma?

¿Qué responderán estas almas a Jesucristo, que ha asegurado que no reconoceré delante de su Padre celestial a aquellos que no le han reconocido a El en la tierra delante de los hombres, cuando comparezcan a ser juzgados? ¿Qué dirán cuando les pongan delante de una Santa Inés,

por ejemplo, de una Santa Cecilia, de Santa Agueda y de tantas otras santas vírgenes que, a pesar de la debilidad de su sexo y su edad, se presentaban a los tiranos con tanto valor y se dejaban atormentar con suma crueldad antes que renegar de su fe? ¿Qué dirán enfrente de San Ignacio, de San Policarpo y de otros venerables ancianos que se vanagloriaban en demostrar su fidelidad a Dios aun a costa de su vida? ¿Qué dirán enfrente de Santa Felicitas y de sus siete hijos, jóvenes en la flor de su edad, que saltaban de alegría porque podían morir en compañía de su madre en testimonio de su fe? ¡Ah! Creo yo que, avergonzados de sí mismos, correrían a arrojarse en el infierno antes de que Jesucristo les arroje a la cara aquellas viles monedas, ¡precio de su infamia y de su apostasía. ¿Y cuál será su condena? La misma que la de Simón Mago, que quiso comprar con dinero al Espíritu Santo.

El Apóstol San Pedro dice: *tu dinero será tu perdición*. Esta será la sentencia que Jesucristo pronunciará contra aquellos que hayan vendido su fe. Judas, vendido que hubo a su Divino Maestro, no tuvo paz consigo mismo a causa de sus remordimientos, hasta que, desesperado, se colgó y fué a dar con su alma en los infiernos. Así, estos apóstatas, atormentados por los remordimientos, no disfrutarán tranquilidad ni gozarán del fruto de su pecado, y, más tarde o más temprano, se presentarán al Juez divino cuya fe vendieron y serán arrojados al antro de eterna perdición.

CAPITULO VIII

Qué deben hacer los que, desgraciadamente, se han dejado seducir

Podría, por último, darse el caso funestísimo de que algunos, por acercarse demasiado al fuego, hayan sido miserablemente abrasados; quiero decir, que bien por haber hablado con herejes, o por leer libros que *regalan*, o por haberse vendido, se han dejado seducir y renunciado después a sus creencias tácitamente, o lo que aún es peor: hacen público alarde de su apostasía, ya sea alejándose de la Iglesia, ya concurriendo a un templo protestante, ya *inscribiendo* su nombre en esta secta. Si este caso tan lastimoso llegara, ¿cuál sería el remedio oportuno? Antes de todo deberían esos desventurados entrar en sí mismos, medir de una mirada la altura de donde han caído y el abismo en que se han precipitado.

El que ha perdido la santa fe, y con ella un tesoro de valor inmenso, ha perdido, no sólo la gracia santificante y la facultad de merecer, sino la raíz en donde debía germinar su salvación eterna. Únicamente puede esperar una vida llena de remordimientos y pecados, una muerte de sobresaltos y desesperaciones, un juicio tremendo y una eternidad de llanto y sufrimiento.

Y esto por haberse convertido en enemigo de aquel Dios que, al darle la fe, le había preparado innumerables gracias hasta llevarlo a lo más alto del cielo. La comparación, pues, entre lo que ha perdido y lo que ha encontrado, debe servir de

estímulo a esta alma para entrar en sí misma y desear a toda costa restaurar su ruina y volver a su primitivo estado.

Hecha esta resolución generosa, conviene poner al momento manos a la obra. Santa Teresa observa ingeniosamente, que entre los pecadores y los que han perdido la fe hay la misma diferencia que entre un cristal entero, pero sucio, y un cristal roto. El cristal entero, pero sucio, esto es, el pecador ordinario, puede con la penitencia limpiarse, purificarse y brillar; pero el cristal roto, o sea el apóstata, debe volver a la fábrica; que es lo mismo que decir que antes debe restaurar en sí la fe para poder hacer penitencia. Por eso el que se haya dejado seducir debe separarse de la compañía de los impíos, romper con ellos todo trato, toda comunicación, y después, puesto en la presencia de Dios, con actos externos rechazar con horror su infidelidad, prorrumpir en actos de verdadera fe, protestar con toda sinceridad que cree todo lo que cree la Santa Iglesia, que rechaza lo que ella rechaza y que en esta firme creencia que quiere vivir y morir con el auxilio divino, pidiendo mil y mil veces perdón de su gravísimo pecado.

Con estas disposiciones se presenta a un confesor sabio y prudente, y le manifiesta sinceramente el pecado que ha cometido, para que, ayudado de su caridad, conozca todo lo que le resta que hacer para reconciliarse por completo con Dios, para reparar el escándalo que ha dado y para prevenirse contra los peligros sucesivos,

Pero esto cuesta mucho al amor propio, dirán algunos; cueste lo que cueste, mucho más cuesta una eternidad de llamas en el infierno. Però me despreciarán luego los que fueron mis compa-

ñeros. Sí, es cierto; pero en su lugar os alabarán y abrazarán vuestros hermanos católicos. Pero tal vez me persigan y me hagan daño los que he abandonado. Será posible; pero ni todos los hombres ni todos los demonios reunidos os podrán hacer un mal más grande que el que vosotros mismos os causaríais estando separado de la Iglesia católica. ¿Pero podré, al menos, tener absoluta confianza en que si hago todo eso Dios me acogerá y me perdonará mi gran falta? ¿Y quién puede ni aún dudar de nuestro buen Jesús, que acogió con tanto amor a San Pedro después de haberle negado, y a tantos otros que durante la persecución cayeron, y que en nuestros días acoge a tantos y tantos con un amor tan desinteresado? Diré más: no sólo te acogerá, sino que si por tu caída te humillas mucho más, haces más penitencia y lo amas con más fervor, llegarás a un gradísimo grado de virtud, de perfección y de santidad.

Para dar valor y confianza en la misericordia de Dios al que haya tenido la desgracia de caer en este abismo de males, les recordaré un suceso acaecido en nuestros días, contado por dos testigos de mayor excepción, como el P. Stoeger y el P. Perrone:

En un país, dicen, que confina con la Alemania septentrional, vivía, hace ocho o diez lustros, un sacerdote olvidado de su estado y sus obligaciones. Precipitado de pecado en pecado, volvióse tan ótro que huyó de su país, apóstata de su fe, y se hizo protestante; aceptó, por último, un puesto de pastor en la secta, y así, de defensor de la verdad, vino a ser maestro del error, pasando el desgraciado en este estado de enemistad con Dios un par de años. Un día fué invitado a una comida por un predicador notable de la

ciudad, a la que concurrieron también muchos pastores de aquella comarca, todos ellos protestantes. Cuando estaban todos presenciando una función de pólvora, vinieron a avisar al pastor dueño de la casa que un hombre se estaba muriendo y reclamaba con urgencia su socorro espiritual. No pudiendo abandonar a sus comensales el dueño de la casa, se ofreció nuestro apóstata a sustituirle, oferta que fué aceptada. Fué prontamente conducido a una pobre y miserable choza en donde, en la mayor indigencia y sobre un montón de paja, yacía un anciano en medio de la mayor desesperación y muy próximo a la muerte. Recitóle nuestro apóstata algunos pasajes de la Biblia, a lo que el moribundo contestaba: ¡Estoy perdido! ¡Ay de mí! ¡Estoy condenado! Trataba de consolarlo el pastor, exhortándole a tener paciencia: No, no, añadía el anciano, nada ni nadie puede consolarme; no puedo, es imposible que yo entre en el cielo; son mis pecados muy enormes, estoy condenado. Pero ¿por qué? Decidme, le replicó el pastor, ¿de qué tenéis el corazón tan angustiado? Y el moribundo sólo contestaba con frases llenas de la más tremenda desesperación. Cediendo por último, a las reiteradas instancias del pastor, dijo: Voy a deciros por qué para mí no hay salvación. Yo soy un sacerdote católico apóstata, y todos los pecados que por esto y con esto he cometido, y todos los llamamientos de la gracia que he reusado, y todas las misericordias que he rechazado ¡ay de mí! son todas estas culpas muy enormes para poder alcanzar el perdón; ¡estoy perdido, nadie puede ayudarme! Semejante historia contristó el corazón del pastor, que veía en ella el retrato de su propia alma; despertando en él sus antiguas

creencias y, recordando la autoridad que Jesucristo concede al hombre consagrado sacerdote, con alegría dijo al moribundo: ¡Amigo y hermano mío! Yo puedo ayudaros y consolaros, yo puedo socorreros con la ayuda de Dios; sabed que yo soy también sacerdote católico como vos, y como vos he renegado; pero con mi autoridad sacerdotal puedo, al que se halla en este extremo, dar una absolución válida y abrirle las puertas del cielo. Figuraos la admiración y alegría del anciano: le pareció como que un ángel bajaba de los cielos a darle la salvación, y viendo así cuán grande es la misericordia del Señor, que en la última hora de su vida todavía le ofrecía el perdón, la reconciliación y le prometía el cielo y con él la vida eterna. Confesó con grandísimo dolor sus pecados, y absuelto... murió en los brazos del Señor. Este es el triunfo del amor de Dios, que se complace en salvar a todos los hombres, hasta los más degradados y hasta en su última agonía, con la ternura de una madre; cambió el corazón de aquel anciano de tal suerte que en el mismo instante resolvió su conversión, así como la del moribundo. Volvió a la casa de donde saliera, en la que todavía estaban los demás reunidos, a los que les dijo: Adiós, señores míos; me vuelvo al gremio de la Iglesia católica, que tan perfidamente he abandonado; la misericordia de Dios me llama a penitencia, a la reconciliación, y como Dios es clementísimo, espero me otorgará el perdón y podré alcanzar mi salvación.

Al lado de los que ya han caído hay otros que vacilan en cometer delito tan tremendo. Y a éstos, ¿qué les diré? Que están al borde de un abismo sin fondo, y que sólo esperan para precipitarse a que los empuje el dominio. Estos deben

de llamar todas las virtudes a su corazón, considerar atentamente los Novísimos que esperan, los bienes que van a perder y con gran indignación arrancar de raíz las dudas que el enemigo de sus almas haya sugerido en su imaginación, protestando una y mil veces que jamás se separarán de la santa Iglesia. Acuérdense que la fe está fundada sobre los Patriarcas y Profetas, sobre los Apóstoles y los mártires, sobre el buen sentido de todas las gentes, sobre milagros sinnúmero, sobre la ciencia de los Doctores, bajo la protección del cielo y con la confirmación que de bueno o mal grado la han dado muchas veces hasta los mismos demonios. Con estas consideraciones y sin discutir con sus enemigos ni hacer caso de las sugerencias diabólicas, han de destruir todos los argumentos que las pasiones o el demonio les presenten.

CAPITULO IX

Primera precaución para no perder la fe: desterrar la ignorancia.

El que es dueño de un tesoro inmenso no se contenta solamente con cuidar que no se lo roben, sino que procura por todos los medios posibles no ser engañado. Así debe hacer el católico respecto al don, nunca bastante apreciado de la fe, y por eso, si se adoptan las necesarias precauciones a este fin, no será nunca sorprendido.

He aquí por qué voy a indicaros algunas muy eficaces a este propósito.

La primera es desterrar la ignorancia, porque

es observación hecha por varios escritores, que hasta en los primeros tiempos de la Iglesia aquellos que mejor conocieron la Religión, los que más la comprendieron, fueron los que mejor y más exactamente cumplían sus preceptos, los que más los amaban, los que con más fervor los practicaban, y esto, a la vez que es una nueva prueba de su verdad, es una indicación de lo que debe hacerse para mantenerla siempre en nuestro corazón.

¿Conocieron a fondo la Religión San Justino, San Cipriano, San Epifanio, San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Gregorio, San Atanasio, Santo Tomás y los demás Santos Padres y Doctores que tanto y tanto la meditaron y tanto y tanto escribieron sobre ella? Pues porque tan a fondo la conocieron, por eso la amaron tanto. ¿Y por qué en nuestros días la despreciamos y la descuidamos tanto, hasta el punto de abandonarla algunos del todo? ¿Cuál es la razón? Es porque muchas veces no la conocemos bien, y otras la mixtificamos fingiendo lo que no es. Más de una vez me he encontrado con algunos que censuraban ásperamente una doctrina inicuamente enseñada, decían ellos, por la Iglesia, y haciéndoles después conocer que la Iglesia no enseñaba semejante cosa, se quedaban con la boca abierta como tontos. Cuán cierto es, por tanto, que si todos conociesen a fondo la Religión no blasfemarían, dice Santiago, de aquello que ignoran.

Sabían que la Iglesia católica es divina en su fundación, divina en su propagación y divina en su conservación; que en las verdades que nos propone creer, en los dogmas, en los misterios, contiene sublimes razones, tanta armonía y con-

cierto, que el que lo medita siquiera una vez, no puede por menos de quedar plenamente satisfecho. Su doctrina, por lo que se refiere a las costumbres, es tan pura, tan inmaculada, que, aunque quieran, no pueden tacharla en lo más mínimo. Nada digo de su culto, que tan bien responde a la majestad del Señor, no menos que a nuestra debilidad y pequeñez, que se queda uno absorto.

No hablo tampoco de sus ritos y ceremonias, que están llenas de profundísimos misterios y santas alusiones que causan admiración; tampoco de su admirable constitución, de la jerarquía de sus Pastores, de la certeza de sus enseñanzas, de la unión que hace de la misericordia y la justicia de la majestad de Dios con la miseria del hombre, del cielo y la tierra, de nuestra felicidad espiritual y eterna con los bienes temporales que se pueden disfrutar acá abajo.

Pero ¿hay entrè los fieles quien preste alguna atención a tan sublimes profundidades, a tantos dones interiores, a tantos bienes espirituales de gracia, y que se forme un concepto claro y se dé cuenta de qué es lo que cree, lo que espera y lo que ama? Sería preciso conociese lo sólidamente fundada que está la Iglesia, cómo se apoya en la Sagrada Escritura, en la tradición, cómo le dan sus votos la razón en el discurso, y la sabiduría en la autoridad.

Sería preciso conocer cuán falsas son, por el contrario, todas las sectas separadas de la Iglesia católica, lo asqueroso de su origen, cómo cayeron muy pronto en toda suerte de contradicciones y de desórdenes; cómo se destrozan, se recriminan, se excomulgan entre sí, sin tener nada cierto, nada sólido; cómo están abandonadas todas de

las gracias más preciosas de Dios, de su protección, de las pruebas externas de santidad, como son las profecías, los milagros, la curación de los enfermos, la recta interpretación de la Escritura y muchas cosas más. Debemos conocer los débiles fundamentos en que se apoya todo el edificio protestante, y cuán fáciles son de destruir todos los sofismas sobre los que se sostiene.

Con todo esto, el católico se siente tan iluminado interiormente y tan fuerte, que al oír poner en duda su fe se llena de indignación y horror.

Pero ¿qué es lo que hacen la mayoría de los católicos, qué es lo que hacéis vosotros? La mayoría ignora de hecho la mayor parte, por no decir todas las razones fundamentales de la Religión; fuera de algunas pocas, imperfectas y superficiales, que han aprendido de niños, nosaben más. Decid la verdad. ¿No es esto cierto? ¿Qué tiene, por tanto, de particular que no sepáis responder a la más ligera pregunta, o que tal vez creáis que no tiene respuesta? ¡Ah! Si quisierais estar más firmes, más seguros de vuestra fe, procurarías conocerla más a fondo: no os daría vergüenza de que os vieran entrar en la iglesia, asistiríais a las explicaciones de la doctrina cristiana y del Santo Evangelio, y en vez de leer cualquier libracó que sin saber cómo ha llegado a vuestras manos, procuraríais leer libros de sólida doctrina católica que alimentase vuestro espíritu y diese pasto a vuestro corazón.

Los que más escándalo ocasionan entre el pueblo, y muy particularmente en las poblaciones rurales, son los que habiendo estado poco tiempo en las ciudades, vuelven a sus casas con fama de instruídos. Voy a hablaros con toda sinceridad. No todos los que vuelven a sus pueblos, aunque

hayan pasado algunos años en las ciudades, son más instruídos que vosotros en materia de Religión. No hablo de aquellos que han aprovechado el tiempo y son verdaderamente sabios, porque éstos no sólo no desprecian la Religión, sino que, por el contrario, la profesan de todo corazón y la inculcan a sus dependientes; éstos se esfuerzan en aumentar y fomentar el culto y su esplendor en las iglesias, dando excelente ejemplo con su asidua asistencia. Algunos hay de éstos, pero hay muchos más que vuelven a sus casas con el cerebro vacío y el corazón gastado, no puede decirse hasta qué extremo, que no han estudiado la Religión mucho más que vosotros; personas irreligiosas, intrigantes, que creen que no han venido al mundo más que para divertirse y solozarse hasta en las cloacas; jóvenes ligeros y llenos de vicios, que murmuran y motejan al Papa y a todas las autoridades del cielo y de la tierra. Algunos tal vez habrán asistido a alguna Universidad, habrán tal vez aprendido a tomar el pulso, a sangrar, a componer emplastos, a enredar pleitos y engañar clientes; pero fuera de esto que han estudiado poco y mal, han pasado la mayor parte del tiempo en los cafés, en los billares, en los teatros, en el juego, o en algunos otros sitios muchísimos peores, uniendo a esta ignorancia los muchos errores que han bebido en multitud de infames libros. No os extrañe, por tanto, que éstos hablen, como lo hacen, sin temor al escándalo y como si fuesen personas muy conocedoras de la Religión, cuando ya hemos dicho que no saben de ella ni una palabra. Si poseyesen la verdadera doctrina, si conociesen a fondo la Religión, hablarían y obrarían como hacen los que la conocen; esto es, la respetarían, la amarían y la practicarían.

El célebre Laharpe fué en sus primeros años un impío, un incrédulo, y, lo que aún es peor, un protestante; más tarde se convirtió, y vino a ser uno de los más célebres defensores de la Iglesia. Por su conversión, un amigo suyo, impío, se quiso burlar un día; pero Laharpe le contestó con las siguientes sencillas palabras: «Yo también me burlé un día de la Religión católica; pero la estudié después concienzudamente, y cuando la he conocido no he podido por menos de amarla y profesarla».

CAPITULO X

Segunda precaución para conservar la fe: dominar la soberbia

¿Cómo nació el protestantismo? Como todas las demás herejías: por un acto de soberbia.

Cuando toda la Iglesia católica, profesaba la misma fe, entendía del mismo modo la Religión, estando perfectamente acordes cientos y cientos de generaciones con sus Obispos, sus Prelados, los Pontífices, los Doctores y los Santos, surge de repente un hombre que dice: «Escuchadme todos, que yo os haré ver que estáis equivocados, que no sabéis una palabra respecto de la fe, que no comprendéis las Escrituras, que no sabéis lo que hacéis: yo, yo sólo lo he comprendido todo; yo soy el maestro de todos los maestros, el doctor de todos los doctores; nadie me contradiga: obedecedme todos, y creed lo que yo he soñado, lo que yo me he forjado en mi mente, que será de ahora en adelante la única verdad». Con

un acto semejante empezaron todas las herejías, y con este acto empezó el protestantismo.

¿Puede darse un acto mayor de soberbia? Así como de la soberbia nació el protestantismo, con la soberbia se ha sostenido y sostiene; y así como se ve muy claro que por soberbia se rebeló Martín Lutero contra la Iglesia, por la misma causa sus sucesores se rebelaron contra él, y sucesivamente se fueron rebelando los sucesores de sus antecesores hasta nuestros días; lo que demuestra que siempre han tenido el mismo espíritu, y que nunca acabarán estas rebeliones, inventándose nuevos cismas y divisiones.

Supuesto esto, que es innegable, ¿cuál será la precaución necesaria para no caer en el abismo en que los protestantes se encuentran? Tomar el camino opuesto, que es el señalado por Jesucristo. Si ellos se han perdido por su orgullo rebelándose contra la Iglesia, nosotros nos salvaremos sometiéndonos con profunda humildad a la misma Iglesia. Sabéis, por haberlo oído y leído más de una vez, que la Iglesia católica, con la asistencia que tiene del Espíritu Santo, no puede caer en error, y que lo que enseña es la verdad; por lo que nosotros, descansando en su seno maternal, viviremos con la mayor tranquilidad y con toda seguridad, sin pensar más que en ser hijos sumisos y obedientes.

Así, pues, cuando se acerquen a vosotros ciertos importunos preguntándoos por qué creéis este dogma o estotro, debéis responderles sin vacilar: Porque así lo ha dicho y enseñado la Iglesia.—Pero lo que la Iglesia os ha dicho no puede ser, os responderán.—Pues si no puede ser, decídselo a ella; cuando ella cambie de opinión cambiaremos nosotros. Jesús me ha dicho que yo

oiga a la Iglesia, no a vosotros; que si no escucho a la Iglesia seré tenido como hereje y publicano, que es lo mismo que decir que no le pertenecemos, y por no escucharos a vosotros, no me ha amenazado con ningún mal. Jesucristo me asegura, además, que el que oye a los pastores de la Iglesia católica, a El oye; y que el que los desprecia, a El desprecia, así como a su Padre, que lo envió. Estoy, por tanto, seguro de que mientras no me separe de la Iglesia católica y de sus pastores, no corre peligro alguno mi salvación.

Otra de las razones por la que los soberbios corren peligro de perder la fe, es porque la fe requiere un terreno que le sea favorable para fructificar. Decidme, por favor, los que conozcáis la agricultura ¿por qué se escoge y se prepara el terreno según las plantas y semillas que se han de sembrar? ¿Por qué no ponen en terrenos bajos y humedos la vid? ¿Por qué no ponen en los ribazos las lechugas? Porque no darían fruto, pues cada semilla y cada planta requiere un terreno que le sea propio. Pues lo mismo sucede con la fe: no arraiga en todos los corazones, sino en los corazones humildes. De aquí descubriréis el origen de la incredulidad de muchos. La fe propone a todos las mismas creencias, los mismos deberes: las propone al monarca y al filósofo, al artista y al boyero, y he aquí por qué ciertos espíritus soberbios claman indignados: ¡Cómo yo que sé tanto, que he leído tanto, que he estudiado tanto, debo creer y practicar lo que cree y practica un patán, lo mismo que la más ignorante mujercilla! ¿He de rezar las mismas oraciones, asistir a las mismas funciones, confesarme del mismo modo? ¡Quita allá, quita allá! Y se irritan; la soberbia les exaspera y rehusan someterse a lo que creen los

demás fieles, rechazando las prácticas comunes. Así creen adquirir más reputación cuanto más se indignan, cuando aparentan creer menos, cuando sólo creen sus convicciones particulares, siendo esto la causa por la cual pierden muchos la fe. ¡Qué infelices son! Por un poco de vanidad se arrojan al precipicio, imitando así a Lucifer, que no quiso, como los demás ángeles, estar sometido a Dios, porque lo que fué castigado; y así como éste perdió el paraíso, aquéllos perdieron los bienes del paraíso eterno, que es la Iglesia católica, para precipitarse a un tiempo en el antro de todos los males, que es el infierno.

Atengámonos, pues, a la santa humildad. San Francisco de Asís, habiendo visto la caída de uno que en un tiempo fué su compañero, y que después se alejó miserablemente de la Iglesia, se arrojó al suelo con gran fervor y se abrazó a él. Preguntado por qué lo hacía, respondió: Quiero humillarme mucho más, porque aquél ha perdido la fe por su soberbia. ¡Dios quiera que no os suceda a vosotros tan tremenda desgracia!

CAPITULO XI

Tercera precaución para conservar la fe: desterrar las malas costumbres.

La ignorancia y la soberbia preparan, indudablemente, el camino para perder la fe, pero lo allanan mucho los que viven mal. Observad, dice San Jerónimo de su tiempo, observad a todos aquellos que se separan de la Iglesia y predicán la herejía: no encontraréis ninguno que sea cas-

to. Si se pudieran enumerar todos, empezando por Simón Mago y viniendo a parar a nuestros días, se vería que todos eran víctimas de las más asquerosas pasiones.

El protestantismo, sin embargo, ha superado en esto a todas las antiguas herejías. El corifeo del protestantismo levantó la bandera de la incontinencia, casándose sacrílegamente con una monja, y los que siguieron su doctrina siguieron también su ejemplo. Todos los primeros jefes se dedicaron a asaltar los conventos y a seducir y a robar cuantas mujeres podían.

Las primeras y más solemnes reuniones de aquellos nuevos teólogos las tuvieron en las tabernas, entre los vapores de la cerveza y el humo de los guisados, pronunciando discursos tan infames que eran capaces de enrojecer las paredes de un cuartel. En efecto: en medio de tantas torpezas y lujurias, la reforma tomó tal desenfreno, que a muchos de los primeros seducidos bastó para hacerles volver al seno de la Iglesia católica.

Y a este desenfreno, que ciertamente permitió y permite el protestantismo, debe el éxito que merece de gran número de sus adeptos. Pues ¿qué es lo que desea el deshonesto? Que le permitan hecharse en brazos de los goces sensuales y saciarse en ellos sin el menor remordimiento; pues el protestantismo es lo más a propósito para el caso.

Negada por Lutero la necesidad de las buenas obras, proclamada la imposibilidad de la continencia, predicando a los cuatro vientos que aunque se cometan pecados no se pierde la salvación con tal de que se crea en Cristo, dió a algunos, con esto sólo, libertad plena para desfogarse a

su gusto. Derogada la confesión, se quitaba el fastidio de tener que humillarse delante de un sacerdote; derogadas las obras satisfactorias, se quitaba el trabajo de cumplir las penitencias, y con esta cómoda doctrina el criminal se encuentra a gusto, y es por lo que tantos se arrojaron en brazos de esta secta de perdición.

Pues lo mismo que sucedió en lo antiguo sucede en los tiempos presentes. ¿A quiénes pueden seducir y halagar estas doctrinas tan perversas? ¿En quiénes despertar las ganas de seguirlas? A todos los que están deseosos de una libertad vergonzosa. Si me preguntáis, pues, quiénes son los que están en mayor peligro de prevaricar, os contestaré:

En las ciudades, los que están más en peligro son los jóvenes, que, arrojando todo freno y abandonando todo temor divino, pasan los días presa de la disolución; aquéllos cuya imaginación se deleita constantemente en imágenes groseras, que les hacen usar un lenguaje inmundo; aquéllos cuyo corazón sólo se alimenta de complacencias y placeres indignos. Estos desvergonzados, que sólo anhelan todo desahogo brutal, éstos son los que más desean quitarse de encima el yugo, para ellos muy pesado, de la Religión católica.

Y lo desean más, porque mientras pertenecen a la Iglesia católica encuentran muchos obstáculos para lograr sus infames deseos. ¿No los habéis oído perorar muchas veces diciendo que el Catolicismo no es bueno? ¿Sabéis por qué? Porque les es muy incómodo; porque saben que mientras vuestras esposas y vuestras hijas se mantengan en el amor de Dios serán honradas y guardarán su honra, y esto no les conviene. Quisieran que fuesen más libres, menos ariscas...

Pues en eso estriban sus convicciones protestantes. ¡Qué vergüenza!

En las ciudades y en los pueblos están en peligro los que no quieren trabajar, y, sin embargo, quieren alimentar sus mil vicios; los que sólo quieren divertirse, los que sólo se cuidan de agradar y satisfacer los caprichos de esta o aquella mujer que han arrancado del seno de su familia, éstos están también en inminente peligro de perder la fe, pues que encuentran mucho más cómodo no asistir al templo, no confesar y no ejecutar ningún acto de piedad.

De los que viven en las aldeas y en los pueblos, ¿quiénes son los que están más expuestos a ser seducidos? ¿Los padres de familia que viven honradamente y velan con asiduidad sobre sus hijos, y los jóvenes honrados que huyen del vicio, cumplen con sus obligaciones y esperan, con la ayuda de Dios, contraer honesto matrimonio? De ninguna manera. Estos aman su religión, la respetan, la practican y no hacen caso de las seducciones protestantes, ni asisten jamás a sus conventículos. Corren peligro de perder la fe los que son el escándalo de sus convecinos; los apegados a amorcillos indignos o a prácticas vergonzosas; los dominados por deseos brutales; los que, como consecuencia legítima, no encuentran ningún placer en las cosas de Dios y de la piedad; los que están en Misa medio echados en un banco o de pie en el fondo de la iglesia, lo mismo que si se hallasen en una cuadra, burlándose dentro y fuera del templo del que entra y del que sale. Sí; éstos son el contingente mayor de la nueva religión. Yo he oído a uno decir con todo descaro: *Yo quiero hacerme protestante, porque así hace uno la vida más cómoda.* La mayor li-

bertad para vivir es lo que más alegra a los viciosos.

¿Lo creeréis? También hay algunos sacerdotes y aun religiosos que están expuestos a perder la fe. Pero esto es un escándalo, me diréis. Nada de eso; esto es una prueba más en favor de la Iglesia católica, la cual es tan pura, tan inmaculada, que no puede soportar en su seno ni aun a los sacerdotes, cuando éstos se olvidan de la pureza de su estado.

En los primeros tiempos del protestantismo, los sacerdotes y religiosos que apostataron, todos lo hicieron para tomar mujer sacrílegamente, tanto, que cuando se veía a alguno algo libre de vida y de no muy buenas costumbres, se solía decir: «Debía hacerse vecino de Ginebra y cambiar de fe»; siendo refrán de aquellos tiempos, que la reforma protestante acababa como las comedias: en matrimonio.

Lo mismo acontece en nuestros tiempos. En Inglaterra y América hay algunos eclesiásticos que, huyendo de nosotros, han abjurado la fe. Pues bien, ¿cuál es la causa o el motivo principal? Después de haber sido el escándalo de las poblaciones con su depravada conducta, se hicieron protestantes para casarse.

De ello son testigos De-Santos, Achilles, Bonamici, Severine, el P. Jacinto, el P. Tornos, el P. Cabrera y otros; y dos que de ellos han entrado en sí mismos y han vuelto al redil que abandonaron, han confesado que no apostataron por convicción, sino por satisfacer sus pasiones.

Si la deshonestidad puede conducir hasta hacer prevaricar a un sacerdote y a un religioso, ¿en qué peligro no estará quien ignore los sólidos fundamentos en que se apoya la fe? ¿En cuánto

peligro el joven que pasa la vida en continuas diversiones y que tenga el corazón enervado por los vicios? ¿En cuánto una mujer, una joven que sólo vive de imaginación y de sensaciones más que de razonamientos, cuando no sabe contener sus vicios? ¡No, no hay seguridad para el que se abandona a la incontinencia!

Observan graves historiadores que la verdadera razón por la que el siglo xvi admitió la reforma en tantos países, no es otra que aquella de que hemos hablado. Estaban relajadas las costumbres y cansados los corazones, y les resultaba sumamente agradable una religión que permitía arrojar el yugo al que lo llevaba de mala gana; y Dios, para castigo de sus malas costumbres, permitió que perdiesen la fe.

CAPITULO XII

Cuarta precaución para conservar la fe: practicar exactamente la religión.

Las precauciones que os he expuesto sirven principalmente para defenderos de los ataques de los adversarios; la última que ahora voy a indicaros es, por asentimiento unánime de todos los sabios, la más eficaz y la que os hace impenetrable a sus envenenados dardos. ¿Y cuál es ésta? La práctica fervorosa de todo lo que se refiere a la doctrina católica, porque tanto como este cumplimiento nos aleja del protestantismo, tanto más nos acerca el abandono en este punto.

Se asombran algunos cuando oyen hablar de lo decaída que en varios países está la fe, y en

los que muchos la han abandonado; pero este asombro está fuera de lugar, porque (es una cosa terrible, pero cierta) el asombro sería si algunos se hubiesen preservado del error. ¿Qué es lo que algunos católicos tienen de tales? Nada. No tienen espíritu de oración, no tienen devoción, no son piadosos, no frecuentan los Sacramentos, y cuando más, lo hacen por Pascua, y esto con indiferencia, con una negligencia que no la hay mayor, y quiera Dios que no lo hagan por cumplir y sacrílegamente.

No tienen nada que demuestre ser católicos. Se avergüenzan de pasar por tales en sus conversaciones, en la observancia de los ayunos y abstinencias y en las muestras exteriores de la fe.

¿Es esta la vida de un católico? Pero es que éstos no son nada: se les puede llamar católicos de geografía, esto es, católicos, no porque profesen la fe de Jesucristo y estimen a la Iglesia, sino porque han nacido en tal grado de latitud y tal de longitud, o sea en un país que profesa la religión católica; pero que están dispuestos a ser cismáticos con los cismáticos, o turcos con los turcos, según hubiesen nacido en grados más o menos distantes del Ecuador.

A las personas que están en este estado no es difícil hacerlas abrazar el protestantismo: lo abrazarían porque son una protesta contra las prácticas de la Iglesia, que ya de hecho aborrecen, y en caso de que se les echara en cara su conducta, contestarían muy frescos que se marchaban por convicción; lo abrazarían, porque el protestantismo es para ellos el modo de evitarse la carga de cualquier culto. Y en esto se conocen principalmente los que han nacido protestantes y los tráfugas del Catolicismo; porque los que han

nacido en la secta, la mayor parte viven en ella de buena fe; no hacen todo lo que deberían hacer, pero a lo menos practican lo que saben. Conservan algunas prácticas que han heredado de sus antepasados cuando se separaron de la Iglesia católica; tienen sus especies de reuniones, de oraciones y de ritos; como conocen, si no toda, la mayor parte de la Sagrada Escritura, poseen algunas, aunque muy pocas verdades, mientras que los católicos que apostatan, como esto no lo hacen ni pueden hacerlo de buena fe, no pueden someterse, ni se someten a las prácticas de ningún culto.

No tienen la fe católica, porque han renunciado a ella; no profesan tampoco la doctrina protestante, porque nunca llegan a creerla en el fondo de su corazón; así es que nada creen y nada profesan, viviendo en la más completa indiferencia.

Cierto que este modo de vivir es muy conforme a la corrupción nativa en el hombre, a sus tendencias, a sus pasiones, y así es que no es extraño lo abraza con cierta solitud; porque es casi seguro que para el que vive sin ninguna religión, el primer paso es hacerse protestante. Entre no observar una ley y encontrar ésta que es mala, no hay más que un paso.

Otra de las razones por las que el que no practica con fervor la Religión católica está muy expuesto a apostatar, es que porque no observándola bien siente únicamente el peso de la ley y no su suavidad; de donde tarde o temprano, por cansancio o por fastidio, acaba por sacudir el yugo.

La fe católica bien observada tiene una unción y suavidad admirables; pero es preciso que sea observada.

De aquí que el católico sea fuerte cuando ora, cuando pide al Señor, cuando recibe las gracias de la devoción, cuando se corrobora en el sacramento de la Penitencia y cuando se nutre, sobre todo, con la divina Eucaristía. Con esta ayuda toma la fuerza necesaria para observar exactamente la ley católica, y sin ella se siente débil para soportar ese peso, y de ahí las aflicciones, la flojedad, los pretextos para abandonarla y las tentaciones para abrazar el protestantismo, el deísmo, cualquiera otro error o disparate con tal de quedar en libertad.

Y por el contrario, los católicos que son celosos en practicar la fe, encuentran en esto mismo su salvaguardia. La encuentran, porque con el conocimiento que tienen de los misterios de Jesucristo y con su amor a su Santa Iglesia, se aviva más su fe, y cuanto más conocen lo uno y lo otro, mucho más se enfervorizan y aficianan.

La encuentran, porque empezando así a gustar interiormente lo que tiene de suave y consolador, su corazón se abre en la presencia de Dios y halla gusto infinito en la oración, en apartarse del pecado, en el sacramento de la Penitencia, en la unión estrechísima con Dios en la Eucaristía, en el testimonio de su conciencia, en saber que tiene a la Virgen y a los Santos por intercesores, en ser de la Comunión de los justos que viven acá en la tierra y de los que reinan en el cielo, y así está siempre animado a pedir a Dios estos bienes y a procurar no perderlos.

La encuentran, porque todo el ejercicio de la piedad cristiana sirve con eficacia admirable para ordenar cristianamente la vida; para ser padres de familia solícitos, hijos amorosos, amos discretos y caritativos, criados obedientes y respetuo-

sos, trabajadores fieles y laboriosos, señores humildes y justos. La encuentran, porque en ella halla el buen católico fuerza para combatir las pasiones, para librarse de sus enemigos, para sobrellevar sus trabajos, para no caer en las desventuras y caminar con pie seguro por la senda de los Mandamientos; y de aquí lo imposible que es decir cómo no se aficiona el hombre a una religión que con tantos bienes le enriquece.

He aquí por qué a todo el que desea permanecer alejado de todo peligro de perder el inefable tesoro de la fe, que procura tantos bienes en el presente y tantos en el porvenir, yo, el último de todos, le daré un consejo con todo el afecto de mi alma: que emprenda una vida de católico fervoroso. No os metáis en disputas ni entréis en discusiones en materia de Religión; no aguantéis bajo ningún pretexto que otros se abroguen la libertad de tratar de enseñaros, sino respondedles con la práctica constante de la Religión a todas esas objeciones. Si desprecian el templo de Dios, frecuentadlo vosotros; si motejan la Confesión y Comunión, practicadlas lo más a menudo que podáis; ridiculizan los ayunos y abstinencias, observadlos sin preocuparos de lo que dicen; critican a la Iglesia y el Pontificado, no os acobardéis en ensalzarlo y alabarlo, declarándoos su defensor; insultan a vuestra presencia a los sacerdotes y religiosos, no reparéis en tomar su defensa y sostener con firmeza que no son todos de su misma opinión; en una palabra: ellos que digan; vosotros haced, y con esto vuestra fe no corre peligro.

Conduciéndoos de esta manera tendréis el aprecio de los buenos, de quienes únicamente debéis desear ser apreciados y estimados; y tam-

bién al poco tiempo os captaréis las simpatías de los malos, los cuales no tienen buen concepto sino de aquellos que los derrotan; y encontraréis después otra cosa que vale mucho más: el amor de Aquel que os ha de juzgar, de Jesucristo.

El mundo pasa, y con el mundo pasarán sus locuras, sus vanidades, los malos juicios y las pasiones; pasarán también todas las sectas que han infestado a la Iglesia, así como hemos visto desaparecer los ebionitas, los cerintianos, los arrianos, los eutiquianos, etc., así desaparecerá el protestantismo; lo que no pasará será la Iglesia de Jesucristo. Como fundada sobre una roca inamovible, y tiene a Jesucristo que la gobierna, durará hasta el fin de los siglos, que será trasladada de este valle de lágrimas y de combates al reino de la gloria por una eternidad.

Bienaventurados aquellos que hayan pertenecido a la Iglesia católica, no en el nombre, sino en las obras.

Rogad, lectores, piadosos, rogad incesantemente al Divino Salvador que no permita que las pasiones cieguen nuestro corazón, que no nos separemos nunca del seno de nuestra Santa Madre la Iglesia católica, que no perdamos el triunfo de nuestra salvación y que no permita que ninguno de nuestros hermanos caiga en los lazos de la inicua secta protestante.

Amén.

FIN



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	5
PRIMERA PARTE	
Falsedad del protestantismo.	
CAPÍTULO PRIMERO.—El protestantismo es falso por las personas de sus fundadores.....	9
CAP. II.—El protestantismo es falso por las personas que lo propagaron.....	12
CAP. III.—El protestantismo es falso por las personas que lo abrazan y por las que lo abandonan.....	25
CAP. IV.—El protestantismo es falso por cuanto los protestantes no llenan ninguna misión.....	31
CAP. V.—El protestantismo es falso porque es nuevo.....	35
CAP. VI.—El protestantismo es falso porque carece de unidad.....	40
CAP. VII.—El protestantismo es falso porque supone que la Iglesia verdadera puede faltar.....	44
CAP. VIII.—El protestantismo es falso porque no es católico, o sea universal.....	48
CAP. IX.—El protestantismo es falso puesto que no tiene ni la santidad verdadera ni el don de milagros.....	52

	<u>Págs.</u>
CAP. X.—El protestantismo es falso porque con sus principios hace imposible la salvación.....	58
CAP. XI.—El protestantismo es falso porque carece de una cabeza suprema.....	99
CAP. XII.—El protestantismo es falso porque suprime la confesión.....	73
CAP. XIII.—El protestantismo es falso porque carece del beneficio de la Sagrada Comunión.....	78
CAP. XIV.—El protestantismo es falso porque no tiene sacrificio..	82
CAP. XV.—El protestantismo es falso porque no tiene tradición.....	89
CAP. XVI.—El protestantismo es falso porque condena la abstinencia y los ayunos....	95
CAP. XVII.—El protestantismo es falso por las mentiras y contradicciones que propala....	99
CAP. XVIII.—El protestantismo es falso porque sus principios conducen a renegar de todo el cristianismo.....	106
CAP. XIX.—El protestantismo es falso porque abre la puerta al fanatismo..	116
CAP. XX.—El protestantismo es falso porque se abjura de él en la última hora.....	125

SEGUNDA PARTE

Engaños con los que se introduce el protestantismo.

CAPÍTULO PRIMERO.—Primer engaño.—Aparentar santidad y virtud.....	131
CAP. II.—Segundo engaño.—Basta la fe sola para salvarse.....	135

	<u>Págs.</u>
CAP. III.—Tercer engaño.—Rechazar todas las prácticas exteriores de la fe.....	140
CAP. IV.—Cuarto engaño.—Hacer a cualquier individuo juez en materias de fe.....	148
CAP. V.—Quinto engaño.—Decir que la Iglesia católica prohíbe la lectura de la Biblia..	151
CAP. VI.—Sexto engaño.—Atribuir a la Iglesia católica la idolatría.....	156
CAP. VII.—Séptimo engaño.—Las imágenes y las reliquias son origen de idolatría.....	162
CAP. VIII.—Octavo engaño.—Desprestigiar al clero católico.....	171
CAP. IX.—Noveno engaño.—Lujo del Papa y los Prelados de la Iglesia.....	178
CAP. X.—Décimo engaño.—Tráfico de las indulgencias.....	191
CAP. XI.—Undécimo engaño.—Venta de las dispensas, etc.....	205
CAP. XII.—Duodécimo engaño.—El purgatorio es invención de los curas por interés suyo..	211

TERCERA PARTE

Consecuencias de perder la fe y modo de evitarlo.

CAPÍTULO PRIMERO.—Bienes espirituales que nos quitan los protestantes.....	219
CAP. II.—De otros beneficios que también destruyen los protestantes.....	224
CAP. III.—Los protestantes arrancan hasta los bienes temporales.....	226
CAP. IV.—Es pecado horrendo abandonar la Iglesia católica.....	230
CAP. V.—Cómo deben conducirse los que son tentados por los protestantes con discursos.	236

	<u>Págs.</u>
CAP. VI.—Qué deben hacer los que son tentados por los protestantes con libros malos.	240
CAP. VII.—Qué deben hacer los que se ven tentados con dinero por los protestantes...	245
CAP. VIII.—Qué deben hacer los que, desgraciadamente, se han dejado seducir.....	249
CAP. IX.—Primera precaución para no perder la fe: desterrar la ignorancia.....	254
CAP. X.—Segunda precaución para conservar la fe: dominar la soberbia.....	259
CAP. XI.—Tercera precaución para conservar la fe: desterrar las malas costumbres.....	262
CAP. XII.—Cuarta precaución para conservar la fe: practicar exactamente la religión.....	267

